

LISA KLEYPAS

Escándalo en primavera



Prólogo

—He tomado una decisión respecto al futuro de Daisy —anunció Thomas Bowman a su esposa y a su hija—. Aunque a los Bowman no nos gusta admitir una derrota, no podemos ignorar la realidad.

—¿De qué realidad está hablando, padre? —preguntó Daisy.

—No estás hecha para la nobleza británica. —Bowman frunció el ceño y añadió—: O quizá la nobleza no está hecha para ti. He recibido una pobre contrapartida a mi inversión en la incesante búsqueda de un marido para ti. ¿Sabes lo que esto significa, Daisy?

—¿Que soy una acción de bajo rendimiento? —arriesgó ella.

Era difícil admitir que Daisy era una mujer adulta de veintidós años. Era baja, delgada y de cabello oscuro, y todavía gozaba de la soltura y la espontaneidad de una niña, mientras que otras mujeres de su edad ya se habían convertido en damas serias y formales. Sentada y con las rodillas dobladas, en aquellos momentos parecía una muñeca de porcelana abandonada en un extremo del sofá. A Bowman le molestó ver que su hija sostenía un libro en el regazo y que señalaba con un dedo la página que estaba leyendo. Resultaba evidente que Daisy estaba esperando a que su padre terminara de hablar para reanudar la lectura.

—¡Deja ese libro! —ordenó el señor Bowman.

—Sí, padre.

Daisy abrió el libro con disimulo para memorizar el número de la página y lo dejó a un lado. Aquel gesto exasperó a Bowman. Libros, libros..., la mera visión de un libro había llegado a representar para él el vergonzoso

fracaso de su hija en el mercado matrimonial.

Mientras daba chupadas a su enorme cigarro, Bowman se sentó en uno de los sillones acolchados que había en la salita de la *suite* del hotel en el que se alojaban desde hacía más de dos años. Mercedes, su esposa, estaba sentada cerca de él, en una silla estrecha con respaldo de mimbre. Bowman era un hombre robusto y fornido, tan expansivo en sus dimensiones físicas como en su temperamento. Aunque era calvo en la coronilla, poseía un bigote espeso, como si la energía necesaria para hacer crecer el cabello se hubiera concentrado toda en su labio superior.

Cuando se casó, Mercedes ya era muy delgada, pero, con los años, había adelgazado todavía más, como una pastilla de jabón que, con el uso, se convierte en una fina lámina. Siempre llevaba el cabello, negro y sedoso, recogido de una forma escrupulosa y las mangas de su vestido se ajustaban con exactitud a sus muñecas, las cuales eran tan diminutas que Bowman podría haberlas partido como si fueran ramitas de abedul. Incluso cuando estaba sentada e inmóvil como en aquel momento, Mercedes despedía una energía nerviosa.

Bowman no se había arrepentido de elegir a Mercedes como esposa. Su férrea ambición encajaba a la perfección con la de él. Mercedes era una mujer implacable, toda ángulos agudos, siempre presionando para lograr un lugar en la sociedad para los Bowman. Fue ella quien insistió en que, como no lograban introducirse en los ambientes más selectos de Nueva York, debían llevar a sus hijas a Inglaterra.

—Pasaremos por encima de ellos y ya está —había declarado Mercedes con determinación.

Con Lillian, su hija mayor, sin duda lo habían logrado. De algún modo, Lillian había conseguido atrapar a lord Westcliff, un primer premio, un hombre de linaje impecable. El conde había constituido una estupenda adquisición para la familia. Sin embargo, en aquellos momentos Bowman se sentía impaciente por regresar a Norteamérica. Si Daisy pudiera conquistar a un marido de la nobleza, a aquellas alturas ya lo habría conseguido. Había llegado el momento de recortar gastos.

Bowman reflexionó acerca de sus cinco hijos y se preguntó cómo podía ser que se parecieran tan poco a él. Tanto Mercedes como él eran personas

emprendedoras, sin embargo sus tres hijos varones no eran nada ambiciosos, aceptaban las cosas como venían y estaban convencidos de que todo lo que quisieran les caería del cielo como la fruta madura cae del árbol. Lillian era la única que parecía haber heredado algo del espíritu agresivo de Bowman. Sin embargo, era una mujer y, en consecuencia, su empuje constituía un auténtico desperdicio.

Y después estaba Daisy. De todos sus hijos, Daisy era a la que menos entendía. Incluso de niña, Daisy nunca extraía las conclusiones correctas de las historias que él le contaba o cuando le formulaba preguntas que no parecían estar relacionadas con la lección que él intentaba transmitirle. Cuando, en una ocasión, Bowman le explicaba por qué los inversores que preferían un riesgo reducido aunque éste representara menores beneficios debían invertir su capital en deuda nacional, Daisy lo interrumpió y le preguntó: «Padre, ¿no sería maravilloso que los colibríes celebraran reuniones para tomar el té y que nosotros fuéramos pequeñitos y nos invitaran?»

A lo largo de los años, los esfuerzos de Bowman para cambiar a Daisy se habían encontrado con una fuerte resistencia. A ella le gustaba su forma de ser y, por ende, querer cambiar algo de su persona era como intentar conducir una bandada de mariposas. O pegar gelatina en el tronco de un árbol.

Como a Bowman le volvía loco la naturaleza impredecible de su hija, no le sorprendía que ningún hombre quisiera casarse con ella. ¿Qué tipo de madre sería? Seguro que, en lugar de inculcar normas sensatas en las mentes de sus hijos, les contaría historias acerca de hadas que se deslizaban por los arco iris.

Mercedes intervino en la conversación con voz tensa debido a la consternación que sentía.

—Querido, aún falta mucho para que termine la temporada. En mi opinión, hasta ahora Daisy ha realizado unos progresos notables. Lord Westcliff la ha presentado a varios caballeros prometedores y todos están sumamente interesados en tener al conde como cuñado.

—Considero muy revelador —declaró Bowman de forma insinuante— que para estos «caballeros prometedores» lo atractivo sea tener a Westcliff como cuñado y no a Daisy como esposa. —Bowman taladró a Daisy con una

dura mirada—. ¿Es probable que alguno de estos caballeros pida tu mano?

—Ella no tiene forma de saberlo —argumentó Mercedes.

—Las mujeres siempre sabéis estas cosas. Responde, Daisy, ¿alguno de esos caballeros te parece digno de ti?

Daisy titubeó mientras una expresión reflexiva aparecía en sus entornados ojos oscuros.

—No, padre —reconoció al final con franqueza.

—Lo que me temía. —Bowman entrelazó sus gruesos dedos sobre la barriga y contempló a las dos silenciosas mujeres de una forma autoritaria—. Tu fracaso se ha convertido en un serio inconveniente, hija. Me disgusta el gasto innecesario que estamos realizando en vestidos y fruslerías, me disgusta el tedio que supone llevarte de baile improductivo en baile improductivo. Y, aún más importante, me disgusta que esta empresa me haya retenido en Inglaterra cuando mi presencia es tan necesaria en Nueva York. Por lo tanto, he decidido elegir un marido para ti.

Daisy lo miró con desconcierto.

—¿Y en quién ha pensado, padre?

—En Matthew Swift.

Ella lo contempló como si se hubiera vuelto loco y Mercedes dio un respingo.

—¡Eso no tiene sentido, Bowman! ¡Ningún sentido! Ese enlace no supondría ninguna ventaja para nosotros ni para Daisy. El señor Swift no es un aristócrata ni posee bienes significativos.

—Es uno de los Swift de Boston —replicó Bowman—, una familia nada despreciable; de buen nombre e ilustre linaje. ¡Y lo que es más importante, Swift siente una gran devoción por mí y dispone de una de las mentes empresariales más capaces que he conocido en mi vida! Lo quiero como hijo político. Quiero que herede mi compañía cuando llegue el momento.

—¡Tienes tres hijos que heredarán la compañía por derecho de nacimiento! —exclamó Mercedes con rabia.

—A ninguno de ellos le importa nada mi compañía. No sienten ningún interés por ella. —Bowman pensó en Matthew Swift, quien llevaba prosperando bajo su tutela durante casi diez años, y sintió una punzada de orgullo. Ese joven constituía un reflejo de él mismo incluso más que sus

propios hijos—. Ninguno de ellos tiene la apasionada ambición y la firmeza de carácter de Swift —continuó Bowman—. Lo convertiré en el padre de mis herederos.

—¡Has perdido la cabeza! —gritó Mercedes con vehemencia.

Daisy intervino con un tono de voz calmado que estuvo a punto de suavizar la agitación de su padre.

—Debo señalar que, en este asunto, se necesita mi cooperación. Sobre todo ahora que hemos llegado a la cuestión de engendrar herederos. Y le aseguro que ningún poder sobre la tierra podrá obligarme a tener hijos con un hombre que ni siquiera me gusta.

—Ya va siendo hora de que empieces a pensar en serle útil a alguien —bramó Bowman. Siempre había formado parte de su naturaleza aplastar las rebeliones con una fuerza todavía mayor—. En mi opinión, deberías desear tener un marido y un hogar propios en lugar de continuar con tu existencia parasitaria.

Daisy se estremeció como si la hubieran abofeteado.

—Yo no soy ningún parásito.

—¿Ah, no? Entonces explícame de qué forma se ha beneficiado el mundo de tu presencia en él. ¿Qué has hecho por los demás?

Al verse enfrentada a la tarea de justificar su existencia, Daisy contempló a su padre con frialdad y guardó silencio.

—Éste es mi ultimátum —declaró Bowman—. Encuentra un marido apropiado antes de finales de mayo o te entregaré a Swift.

1

—No debería contártelo —se reprochó Daisy mientras paseaba de un extremo al otro del salón Marsden aquella misma tarde—. En tu estado no deberías alterarte, pero no puedo guardármelo para mí o explotaré, lo cual, probablemente, te alteraría mucho más.

Su hermana mayor levantó la cabeza del reconfortante pecho de lord Westcliff.

—Cuéntamelo —declaró Lillian mientras tragaba saliva para aplacar, una vez más, las náuseas que sentía—. Lo que de verdad me altera es que me oculten cosas.

Lillian estaba reclinada en el sofá, con la cabeza apoyada en el brazo de Westcliff, quien introducía en su boca con una cuchara trocitos de hielo con sabor a limón. Ella cerró los ojos mientras tragaba y sus pestañas oscuras contrastaron con sus mejillas pálidas.

—¿Estás mejor? —preguntó Westcliff con dulzura mientras secaba una gota que asomaba por la comisura de sus labios.

Lillian asintió con la cabeza, aunque su rostro continuaba de un blanco fantasmagórico.

—Sí, creo que ayuda. ¡Uf! Será mejor que reces para que sea un niño, Westcliff, porque ésta será tu única oportunidad de tener un heredero. No pienso volver a pasar por esto nunca más.

—Abre la boca —la animó él mientras le acercaba más hielo aromatizado.

Cualquier otro día, Daisy se habría emocionado al contemplar la vida

privada de los Westcliff. No resultaba habitual ver a Lillian tan vulnerable ni a Marcus tan amable y pendiente de ella. Sin embargo, Daisy estaba tan concentrada en sus propios problemas que apenas percibió aquel detalle y soltó:

—Nuestro padre me ha dado un ultimátum. Esta noche, él...

—Espera —pidió Westcliff en voz baja mientras cambiaba de posición para sostener mejor a Lillian.

A continuación, la ayudó a volverse de lado y ella se reclinó todavía más en él mientras una de sus manos blancas y delicadas se apoyaba, de una forma casual, sobre su barriga. Westcliff murmuró algo inteligible junto al cabello negro y enmarañado de Lillian y ella asintió y exhaló un suspiro.

Cualquier persona que presenciara los tiernos cuidados que Westcliff prodigaba a su joven esposa, no podría evitar darse cuenta de los evidentes cambios que se habían producido en el conde, a quien siempre se lo había considerado un hombre frío. Ahora Westcliff resultaba mucho más accesible, sonreía más, reía más y sus criterios acerca de lo que constituía un comportamiento adecuado se habían relajado de una forma considerable, lo cual era una buena cosa si uno deseaba tener a Lillian por esposa y a Daisy como cuñada.

Los ojos de Westcliff, que eran de un tono marrón tan oscuro que parecían negros, se entrecerraron un poco mientras miraba a Daisy. Aunque no dijo nada, Daisy leyó en su mirada su deseo de proteger a Lillian de cualquier persona o cosa que pudiera alterar su tranquilidad.

De repente, Daisy se sintió avergonzada por haber ido corriendo a describirle a su hermana las injusticias que su padre estaba cometiendo con ella. Debería haberse guardado los problemas para sí misma en lugar de recurrir a su hermana mayor como una cría chivata. Sin embargo, en aquel momento los ojos marrones de Lillian se abrieron y la miraron de una forma cálida y sonriente mientras miles de recuerdos de la infancia danzaban en el aire entre ellas como luciérnagas radiantes de alegría. La intimidad que existía entre las hermanas era algo que ni siquiera el marido más protector podía evitar.

—Cuéntame —pidió Lillian mientras se acomodaba en el brazo de Westcliff—. ¿Qué te ha dicho el ogro?

—Que si no encuentro un marido antes de finales de mayo, él elegirá a uno por mí. Y adivina en quién está pensando. ¡Inténtalo!

—No me imagino quién puede ser —contestó Lillian—. Nuestro padre no aprueba a nadie.

—¡Oh, sí que aprueba a alguien! —replicó Daisy en tono inquietante—. Hay una persona a quien nuestro padre aprueba al ciento por ciento.

Llegados a aquel punto, incluso Westcliff empezó a sentirse interesado.

—¿Es alguien a quien conozco? —preguntó Westcliff.

—Pronto lo conocerá —respondió Daisy—. Mi padre lo ha hecho llamar. Llegará a Hampshire la próxima semana para la caza del ciervo.

Westcliff repasó en su memoria los nombres que Thomas Bowman le había pedido que incluyera en la lista de los invitados a la caza de primavera.

—¿El norteamericano? —preguntó—. ¿El señor Swift?

—¡Exacto!

Lillian observó a Daisy con incredulidad. A continuación, ocultó el rostro en el hombro de Westcliff y soltó un grito ahogado. Al principio, Daisy temió que estuviera llorando, pero enseguida resultó evidente que Lillian se estaba riendo y que no podía contenerse.

—No..., de verdad... ¡Qué absurdo! Tú nunca podrías...

—No lo encontrarías tan divertido si fueras tú quien tuviera que casarse con él —comentó Daisy con ceño.

Westcliff miró a las dos hermanas de forma alternada.

—¿Qué tiene de malo el señor Swift? Por lo que vuestro padre me ha contado, parece un hombre bastante respetable.

—Todo es malo en él —respondió Lillian mientras soltaba una última risotada.

—Pero tu padre lo aprecia —replicó Westcliff.

—¡Bueno! —exclamó Lillian con sorna—. Mi padre se siente halagado por la forma en que el señor Swift intenta emularlo y hace caso de todo lo que él dice.

El conde reflexionó acerca de las palabras de su esposa mientras cogía otro pedazo de hielo con sabor a limón con la cuchara y lo presionaba contra los labios de Lillian. Cuando el líquido helado se deslizó por su garganta, ella soltó un gemido de delectación.

—¿Tu padre está equivocado cuando afirma que el señor Swift es inteligente? —preguntó Westcliff a Daisy.

—No, el señor Swift es inteligente —admitió ella—, pero no se puede mantener una conversación con él. El señor Swift formula miles de preguntas y absorbe todo lo que uno le contesta sin ofrecer nada a cambio.

—Quizá sea tímido —contestó Westcliff.

En esta ocasión fue Daisy quien no pudo evitar echarse a reír.

—Le aseguro, milord, que el señor Swift no es tímido. Él es...

Daisy se interrumpió, pues le resultaba difícil expresar sus pensamientos con palabras.

La frialdad intrínseca de Matthew Swift iba acompañada de un aire insufrible de superioridad. No se le podía decir nada, él lo sabía todo. Como Daisy había crecido en una familia en la que abundaban los caracteres inflexibles, no sentía el menor interés en introducir a otra persona rígida y discutidora en su vida.

En su opinión, el hecho de que el señor Swift encajara tan bien con su familia no constituía un dato a su favor.

Quizá Swift le habría resultado más tolerable si hubiera algo atractivo o encantador en su persona. Sin embargo, el señor Swift no había sido agraciado con ningún rasgo dulcificador, ni en cuanto a su carácter ni en cuanto a su físico. No tenía sentido del humor, no era amable y, para colmo, físicamente era muy desgarbado. El señor Swift era alto y desproporcionado y tan nervudo que sus extremidades parecían estar hechas de pura fibra. Daisy recordaba cómo colgaban los abrigos de sus anchos hombros, como si no hubiera nada debajo.

—En lugar de enumerar las cosas que no me gustan de él —respondió Daisy por fin—, será más fácil que le diga que no existe ninguna razón por la que pudiera gustarme.

—Ni siquiera es físicamente atractivo —añadió Lillian—. Es un auténtico saco de huesos.

Lillian dio unas palmaditas en el pecho musculoso de Westcliff en silenciosa alabanza de su físico vigoroso. Westcliff parecía estar divirtiéndose.

—¿Swift tiene alguna característica que lo salve?

Las dos hermanas reflexionaron acerca de aquella cuestión.

—Tiene unos dientes bonitos —contestó al final Daisy de mala gana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lillian—. ¡Si nunca sonríe!

—Sois muy duras con él —indicó Westcliff—. Sin embargo, el señor Swift puede haber cambiado desde que lo visteis por última vez.

—No tanto como para que acepte casarme con él —contestó Daisy.

—No tienes que casarte con Swift si no lo deseas —indicó Lillian con vehemencia mientras se agitaba entre los brazos de su marido—. ¿No es cierto, Westcliff?

—Claro, amor mío —murmuró él mientras le apartaba el cabello del rostro.

—Y tú nunca permitirías que mi padre alejara a Daisy de mi lado —continuó Lillian.

—Claro que no. Siempre se puede negociar.

Lillian se relajó en los brazos de su marido. Tenía una confianza absoluta en sus habilidades.

—Ya está —murmuró Lillian a Daisy—. No tienes por qué preocuparte. ¿Lo ves? Westcliff lo tiene todo... —Lillian se interrumpió y bostezó— bajo control.

Al ver que los párpados de su hermana se cerraban, Daisy sonrió con comprensión, miró a Westcliff por encima de la cabeza de Lillian y realizó un gesto para indicarle que se iba. Él respondió con un cortés asentimiento de cabeza y su atención volvió de una forma compulsiva al somnoliento rostro de Lillian. Daisy no pudo evitar preguntarse si algún día un hombre la miraría de aquel modo, como si su peso fuera un bien preciado en los brazos de él.

Daisy estaba convencida de que Westcliff intentaría ayudarla tanto como pudiera, aunque sólo fuera por el bien de Lillian. Sin embargo, su fe en la influencia del conde estaba empañada por su conocimiento de la voluntad inflexible de su padre.

Aunque se enfrentaría a él con todos los medios de los que disponía, Daisy tenía el presentimiento de que no lo tenía todo a su favor.

Daisy se detuvo en el umbral de la puerta y se volvió para mirar a la pareja que estaba sentada en el sofá con una expresión de preocupación en el rostro. Lillian se había quedado dormida y su cabeza reposaba con pesadez en

el pecho de Westcliff. El conde percibió la mirada triste de Daisy y arqueó una ceja de una forma inquisitiva.

—Mi padre... —empezó Daisy. A continuación se mordió el labio. Ese hombre era socio de su padre y no resultaba adecuado acudir a él con sus quejas. Sin embargo, la paciencia que reflejaba el rostro de Westcliff la animó a continuar—. Me ha dicho que soy un parásito —terminó Daisy en voz baja para no despertar a Lillian—. Me ha preguntado en qué se ha beneficiado el mundo de mi existencia o qué he hecho yo por los demás.

—¿Y tú qué le has contestado? —preguntó Westcliff.

—Yo... No se me ha ocurrido nada.

Los ojos de color café de Westcliff resultaban insondables. Él le indicó con un gesto que se acercara al sofá y ella lo obedeció. Para sorpresa de Daisy, Westcliff le cogió la mano y se la apretó con calidez. El conde, quien solía ser reservado y distante, nunca había hecho nada parecido anteriormente.

—Daisy —declaró Westcliff con suavidad—, la mayor parte de las vidas no se distinguen por sus grandes logros, sino por una infinidad de logros pequeños. Cada vez que haces algo amable por alguien o consigues que sonría, aportas significado a tu vida. Nunca dudes de tu valía, amiguita. El mundo sería un lugar sombrío sin Daisy Bowman.

Pocas personas pondrían en duda que Stony Cross Park era uno de los lugares más bonitos de Inglaterra. La comarca de Hampshire contenía una variedad infinita de paisajes, desde bosques casi impenetrables a campos húmedos y cubiertos de flores vistosas, a ciénagas y a la omnipresente casa solariega construida sobre un risco con vistas al río Itchen.

En aquella época, en Hampshire la vida florecía por todas partes: pálidos brotes surgían de la alfombra que formaban las hojas caídas a los pies de los cedros y los robles de corteza agrietada; grupos de jacintos resplandecían en las zonas más oscuras del bosque; los saltamontes brincaban por los campos cubiertos de primulas y cardaminas, y las translúcidas libélulas azules se sostenían en el aire sobre los pétalos blancos y de intrincado perfil de las flores de los tréboles de agua. El aire olía a primavera y la atmósfera estaba

saturada del aroma de los arbustos de boj y de la tierna hierba de los campos.

Después de doce horas de viaje en carruaje, que Lillian describió como un viaje a través del infierno, los Westcliff, los Bowman y la caravana de invitados que los seguían se sintieron aliviados al llegar, por fin, a Stony Cross Park.

El cielo tenía otro color en Hampshire, era de un azul más suave, y el aire lo envolvía a uno de una calma que lo llenaba de felicidad. En Hampshire no se oía el traqueteo de las ruedas ni el repiqueteo de los cascos de los caballos en las calles adoquinadas, ni el reclamo de los vendedores y los mendigos, ni los silbatos de las fábricas ni ningún otro alboroto de los que agredían, de una forma continua, los oídos de los habitantes de la ciudad. En Hampshire sólo se oía el gorjeo de los petirrojos en los setos, el golpeteo de los pájaros carpinteros en los árboles y el zambullido ocasional de un martín pescador que se sumergía en el río desde la protección que le proporcionaban los juncos.

Lillian, para quien antes el campo constituía un aburrimiento mortal, se sintió muy feliz al estar de nuevo en la finca. El aire de Stony Cross Park le sentaba bien y, después de la primera noche en la casa, Lillian se sintió mejor de lo que se había sentido en semanas y también adquirió mejor aspecto. Ahora que su embarazo ya no podía disimularse con vestidos de talle alto, Lillian se veía obligada a someterse a una especie de confinamiento, o sea que ya no podía mostrarse en público. Sin embargo, en su propia finca disponía de una libertad relativa, aunque limitaría su trato con los invitados a reuniones en pequeños grupos.

Daisy se sintió feliz al comprobar que la habían instalado en su dormitorio preferido. La pintoresca y encantadora habitación había pertenecido, anteriormente, a *lady Aline*, la hermana de lord Westcliff, que en aquel momento residía en Norteamérica, con su esposo y su hijo. La característica más atractiva de la habitación consistía en una salita adjunta que habían traído de Francia y habían vuelto a montar en la casa. La salita procedía de un castillo del siglo XVII y disponía de un diván, el cual resultaba ideal para echar una siesta o leer.

Acomodada con uno de sus libros en un extremo del diván, Daisy sintió como si estuviera escondida del resto del mundo. ¡Ah, si pudiera quedarse

allí, en Stony Cross, y vivir para siempre con su hermana! Pero, incluso mientras tenía este pensamiento, Daisy sabía que nunca sería completamente feliz de aquella manera. Ella quería tener su propia vida, su propio marido y sus propios hijos.

Por lo que recordaba, aquélla era la primera vez en su vida que ella y su madre actuaban como aliadas. Las unía el deseo de evitar que su padre la casara con el detestable Matthew Swift.

—¡Ese horrible joven! —había exclamado Mercedes—. No tengo ninguna duda de que ha sido él quien ha inculcado esa maldita idea en la mente de tu padre. Siempre he sospechado que él...

—¿Sospechado qué? —la apremió Daisy, pero su madre apretó los labios hasta que formaron un surco de amargura.

Mercedes estudió con atención la lista de los invitados e informó a Daisy de que un gran número de posibles pretendientes acudirían a la finca.

—Aunque no sean herederos directos de un título, todos ellos proceden de familias nobles —explicó Mercedes—. ¡Y nunca se sabe! A veces ocurren desastres, enfermedades devastadoras o accidentes masivos. Varios miembros de una familia podrían desaparecer de golpe y, entonces, tu marido sería un lord por ausencia de otros candidatos.

Esperanzada ante la idea de que una calamidad se produjera en la futura familia política de Daisy, Mercedes examinó más de cerca la lista de los invitados.

Daisy esperaba con impaciencia la llegada de Evie y St. Vincent, quienes se reunirían con ellos más adelante, en algún momento de la semana. Echaba de menos a Evie con toda su alma, sobre todo desde que Annabelle estaba ocupada con su bebé y Lillian se movía demasiado despacio para acompañarla en los vigorosos paseos que tanto le gustaban.

Después de tres días desde su llegada a Hampshire, una tarde Daisy salió sola a dar una vuelta. Tomó un sendero que había recorrido varias veces en visitas anteriores. Ataviada con un vestido de muselina azul claro estampada con flores y con unas botas robustas de paseo, Daisy avanzó por el sendero mientras balanceaba con la mano un sombrero de paja que sostenía de las cintas de contención.

Mientras caminaba por el sendero de tierra húmeda que transcurría junto

a unos campos cubiertos de celidonias amarillas y rosolís rojos, Daisy reflexionó acerca de su problema.

¿Por qué le costaba tanto encontrar un marido?

La razón no estribaba en que no quisiera enamorarse. De hecho, estaba tan predispuesta a enamorarse que le parecía sumamente injusto no haber encontrado a nadie hasta entonces. ¡Lo había intentado! Pero siempre había algo que no le gustaba.

Si un caballero tenía la edad apropiada, era muy pasivo o presuntuoso. Si era amable e interesante, o era tan viejo que podría ser su abuelo o tenía un problema muy molesto, como estar siempre de malhumor o salpicar la cara de sus interlocutores con saliva mientras hablaba.

Daisy sabía que no disponía de una gran belleza. Era demasiado baja y delgada y, aunque la gente alababa sus ojos oscuros y el contraste de su cabello negro con su piel clara, también había oído demasiadas veces los calificativos «menuda» y «picaruela» aplicados a su persona. El número de los pretendientes que las mujeres menudas conseguían atraer no podía compararse, ni de lejos, al que atraían las mujeres de belleza escultural o las de cuerpo menudo pero exuberante.

También se decía que Daisy pasaba demasiado tiempo entre libros, lo cual probablemente era cierto. Si pudiera, se pasaría la mayor parte del tiempo leyendo y soñando. Cualquiera noble sensato sin duda concluiría que Daisy no sería una esposa eficiente en las cuestiones relacionadas con la administración del hogar, sobre todo en las que requerían una especial atención en los detalles. Y el noble en cuestión habría acertado en sus conclusiones.

A Daisy no podía importarle menos el contenido de la despensa o cuánto jabón había que encargar para la colada diaria. Le interesaban mucho más las novelas, la poesía y la historia. Estas lecturas desataban su imaginación y, mientras Daisy atisbaba a través de alguna ventana con la mirada perdida, en su imaginación vivía aventuras exóticas, viajaba sobre alfombras mágicas, navegaba por océanos lejanos o buscaba tesoros en las islas tropicales.

Y también había excitantes caballeros en los sueños de Daisy. Caballeros a los que guiaban valerosas heroicidades y metas nobles. Estos hombres imaginarios eran mucho más excitantes e interesantes que los reales;

hablaban en una prosa bonita, resultaban invencibles en los duelos y en las luchas con espada, y besaban de una forma impetuosa y apasionada a las mujeres de las que quedaban prendados.

Claro que Daisy no era tan inocente como para creer que estos hombres existían de verdad, aunque tenía que admitir que, con todas aquellas imágenes románticas en su mente, los hombres de la vida real le parecían terriblemente..., bueno, aburridos.

Daisy levantó el rostro hacia el cálido sol cuyos brillantes rayos atravesaban la bóveda arbórea y cantó una alegre canción popular que se titulaba *La casadera en la buhardilla*:

*Venid, hombre rico, venid, hombre pobre.
Venid, necio o sabio.
¡Venid, seáis quien seáis!
¿No os casaríais aunque sólo fuera por piedad?*

Daisy pronto llegó al objetivo que buscaba, un pozo alimentado por un manantial que las Floreros habían visitado en varias ocasiones. Se trataba de un pozo de los deseos. Según la tradición local, el pozo estaba habitado por un espíritu, el cual concedía un deseo si se le lanzaba un alfiler. El único peligro consistía en acercarse demasiado, pues el espíritu del pozo podía atraparla a una y arrastrarla al interior del pozo para que viviera para siempre como su consorte.

Las otras veces que había ido al pozo, Daisy había formulado deseos para sus amigas y siempre se habían convertido en realidad. Sin embargo, en aquel momento necesitaba algo de magia para ella misma.

Daisy dejó el sombrero de paja en el suelo, se acercó al burbujeante agujero y contempló el agua de aspecto lodoso. A continuación introdujo la mano en el bolsillo de su vestido de paseo y sacó un papel de alfileres.

—Espíritu del pozo —declaró de un modo despreocupado—, como he tenido tan mala suerte en la búsqueda del tipo de esposo que siempre he deseado, a partir de ahora lo dejo en tus manos. Sin requisitos ni condiciones. Lo que deseo es el hombre adecuado para mí. Estoy preparada para tener una actitud abierta.

Daisy extrajo los alfileres del papel en grupos de dos y de tres y los fue tirando al pozo. Las varillas de metal centellearon en el aire antes de caer en

la agitada superficie del agua y desaparecer en el turbio líquido.

—Deseo que todos estos alfileres sirvan para el mismo deseo —indicó Daisy al pozo.

Daisy permaneció largo rato junto al pozo, concentrada y con los ojos cerrados. El burbujeo del agua quedaba amortiguado por el canto entrecortado del mosquitero oliváceo que bajaba en picado para atrapar a algún insecto en pleno vuelo y el zumbido que producía una libélula cercana.

De repente, Daisy oyó un chasquido a sus espaldas, como el producido por un pie al pisar una ramita.

Daisy se dio la vuelta y vio el contorno oscuro de un hombre que se dirigía hacia ella. Sólo estaba a unos metros de distancia. La impresión que le produjo descubrir que había alguien tan cerca cuando creía que estaba sola hizo que su corazón palpitará con más intensidad.

El recién llegado era alto y musculoso, como el marido de su amiga Annabelle, aunque parecía algo más joven. Quizá no llegaba a los treinta.

—Discúlpeme —dijo él con voz grave—, no pretendía asustarla.

—¡Oh, no me ha asustado! —mintió ella con voz desenfadada pero con el pulso todavía acelerado—. Sólo me ha... sorprendido un poco.

Él se acercó a ella con las manos en los bolsillos y una actitud relajada.

—He llegado a la finca hace un par de horas y me han dicho que estaba usted paseando por aquí.

A Daisy aquel hombre le resultaba familiar. Él la miraba como si esperara que ella lo reconociera. Daisy sintió una oleada de arrepentimiento, como experimentaba siempre que olvidaba a alguien que le habían presentado con anterioridad.

—¿Es usted un invitado de lord Westcliff? —preguntó ella mientras intentaba situarlo con desesperación.

Él le lanzó una mirada extrañada y sonrió ligeramente.

—Sí, señorita Bowman.

Conocía su nombre. Daisy lo observó con creciente turbación. No podía imaginar cómo podía haber olvidado a un hombre tan atractivo. Sus facciones eran marcadas y decididas, demasiado masculinas para considerarlas hermosas y demasiado llamativas para considerarlas corrientes. Sus ojos eran azules, del mismo color que el cielo en una mañana esplendorosa y resultaban

todavía más intensos en contraste con su piel bañada por el sol. Había algo extraordinario en él, una especie de vitalidad apenas reprimida que era tan intensa que casi provocó que Daisy retrocediera un paso.

Cuando inclinó la cabeza para mirarla, un brillo caoba se reflejó en su cabello castaño oscuro. Llevaba el cabello más corto de lo que marcaban las preferencias europeas, al estilo norteamericano. Ahora que lo pensaba, reflexionó Daisy, había hablado con acento norteamericano. Y el olor fresco y limpio que despedía... Si Daisy no se equivocaba, se trataba del aroma de... ¿el jabón Bowman?

De repente, Daisy se dio cuenta de quién se trataba y las rodillas casi cedieron bajo su peso.

—¡Usted! —susurró ella con los ojos desorbitados mientras contemplaba el rostro de Matthew Swift.

2

Daisy debió de haberse tambaleado un poco, porque él la sujetó con suavidad de los brazos.

—¡Señor Swift! —declaró ella con voz ahogada mientras retrocedía de una forma instintiva.

—Se caerá en el pozo. Venga conmigo.

Él la sujetaba de una forma leve pero firme, y la alejó unos cuantos metros del burbujeante pozo. Daisy, molesta al verse conducida como una oca que hubiera perdido a su familia, se puso en tensión. Algunas cosas, pensó de una forma sombría, no habían cambiado. Matthew Swift seguía siendo tan dominante como siempre.

Daisy no podía dejar de mirarlo. ¡Santo cielo, nunca había visto una transformación así en su vida! El antiguo «saco de huesos», como lo había descrito Lillian, se había llenado y se había convertido en un hombre corpulento y de aspecto exuberante que irradiaba salud y vigor. Iba vestido con ropas elegantes, más sueltas de lo que establecían las modas del pasado. Aun así, la holgada caída del tejido no ocultaba la poderosa musculatura de su cuerpo.

Las diferencias que se habían producido en él no sólo eran físicas. La madurez le había proporcionado una ostensible confianza en sí mismo, y ahora Swift tenía el aspecto de un hombre que se conocía a sí mismo y sus capacidades. Daisy se acordó de cuando empezó a trabajar para su padre. Entonces era un oportunista delgaducho y de mirada fría, vestido con ropas caras pero que le quedaban mal, y con unos zapatos viejos y gastados.

—Esto es típico del viejo Boston —había explicado el padre de Daisy con indulgencia cuando los desgastados zapatos despertaron comentarios entre los miembros de la familia—. Hacen que la ropa y los zapatos les duren una eternidad. Por muy elevada que sea la fortuna familiar, la economía es como una religión para ellos.

Daisy se apartó de las manos de Swift.

—Ha cambiado usted —declaró mientras intentaba recobrar la compostura.

—Usted no —replicó él. Resultaba imposible saber si su comentario constituía un cumplido o una burla—. ¿Qué estaba haciendo junto al pozo?

—Estaba... Creí... —Daisy buscó en vano una explicación razonable—. Se trata de un pozo de los deseos.

La expresión de Swift era seria, pero Daisy advirtió un sospechoso destello en sus vívidos ojos azules, como si, en secreto, aquello lo divirtiera.

—Supongo que lo sabrá de buena fuente.

—Todos los habitantes del pueblo lo visitan —contestó Daisy con indignación—. Se trata de un pozo de los deseos legendario.

Swift la miraba de aquel modo que ella tanto odiaba, absorbiéndolo todo, sin que ningún detalle escapara a su percepción. A causa de su escrutinio, Daisy sintió que las mejillas se le encendían.

—¿Y cuál ha sido su deseo? —preguntó él.

—Se trata de una cuestión privada.

—Conociéndola —contestó él—, podría tratarse de cualquier cosa.

—Usted no me conoce —soltó Daisy.

La idea de que su padre quisiera casarla con un hombre que era tan inadecuado para ella en todos los aspectos le resultaba enloquecedora. El matrimonio con él sería como un intercambio de dinero y obligaciones, de desengaños y desprecio mutuo. Y resultaba evidente que él no se sentía más atraído por ella de lo que ella se sentía por él. Swift nunca se casaría con una mujer como ella, a no ser por el reclamo que suponía la empresa de su padre.

—Quizá no —accedió Swift.

Sin embargo, sus palabras sonaron falsas. Él creía que sabía con exactitud quién y cómo era ella. Sus miradas se encontraron, desafiantes y calculadoras.

—Si usted lo cree...

—Dado que la fama del pozo es legendaria —declaró Swift—, odiaría dejar pasar una oportunidad como ésta.

Swift hurgó brevemente en el bolsillo y sacó una moneda grande de plata. Hacía siglos que Daisy no veía dinero norteamericano.

—Se supone que tiene que echar un alfiler —explicó ella.

—No tengo ningún alfiler.

—¡Pero ésa es una moneda de cinco dólares! —exclamó ella con incredulidad—. No estará pensando en tirarla, ¿no?

—No voy a tirarla, sino a realizar una inversión. Será mejor que me explique el procedimiento apropiado para formular deseos. Se trata de mucho dinero para malgastarlo.

—Se burla de mí.

—Lo digo muy en serio. Y como nunca he hecho esto antes, agradecería cualquier consejo. —Swift esperó la respuesta de Daisy y, cuando le resultó evidente que ella no pensaba contestar, una sonrisa asomó en la comisura de sus labios—. Sea como sea, echaré la moneda.

Daisy se maldijo a sí misma. Aunque resultaba obvio que él se estaba burlando de ella, no podía resistirse. Un deseo no podía desperdiciarse. Sobre todo un deseo de cinco dólares. ¡Vamos!

Daisy se acercó al pozo y declaró con voz cortante:

—Primero sostenga la moneda en la palma de la mano hasta que esté templada.

Swift se colocó al lado de Daisy.

—¿Y después?

—Cierre los ojos y concéntrese en lo que más desee. —Daisy introdujo una nota de desdén en su voz—. Y tiene que ser algo personal, no puede referirse a fusiones o monopolios bancarios.

—Yo pienso en otras cosas además de en los negocios.

Daisy lo miró con escepticismo y él la sorprendió con una breve sonrisa.

¿Lo había visto sonreír antes? Quizás en una o dos ocasiones. Daisy tenía un vago recuerdo de una de aquellas ocasiones, cuando el rostro de Swift era tan escuálido que lo único que Daisy percibió fueron unos dientes blancos encuadrados en una mueca que apenas reflejaba un sentimiento de alegría.

Sin embargo, la sonrisa que Swift acababa de esbozar era algo ladeada, lo que la convertía en encantadora y seductora. Aquella sonrisa contenía un destello de calidez que hizo que Daisy se preguntara qué tipo de hombre se ocultaba detrás de su sobrio exterior.

Daisy se sintió muy aliviada cuando la sonrisa desapareció y Swift volvió a su habitual rostro impertérrito.

—Cierre los ojos —le indicó ella—. Y borre todo de su mente. Salvo el deseo.

Las espesas pestañas de Swift se cerraron y así Daisy tuvo la oportunidad de observarlo sin que él la observara a su vez. Swift no disponía del tipo de rostro con el que un muchacho se sentiría cómodo. Sus facciones eran demasiado angulosas, su nariz demasiado larga y su mandíbula prominente.

Sin embargo, Swift por fin encajaba con su aspecto. Los austeros ángulos de su rostro se habían suavizado gracias a sus abundantes pestañas negras y a su boca ancha, que insinuaba sensualidad.

—¿Y ahora qué? —murmuró él, todavía con los ojos cerrados.

Daisy lo miró con atención y se horrorizó ante el impulso que surgió en su interior, el cual la empujaba a acercarse y explorar la piel morena de las mejillas del hombre con las yemas de los dedos.

—Cuando una imagen se haya fijado en su mente —consiguió explicar Daisy—, abra los ojos y lance la moneda al interior del pozo.

Las pestañas de Swift se separaron y descubrieron unos ojos brillantes como el fuego que parecían atrapados tras unos cristales de color azul.

Sin mirar hacia el pozo, Swift tiró la moneda justo en el centro del mismo.

Daisy notó que el corazón le latía con fuerza, como cuando leía los pasajes más escabrosos de *El aprieto de Penélope*, donde un rufián secuestraba a una doncella y la encerraba en una torre hasta que ella accediera a entregarle su virtud.

Incluso mientras la leía, Daisy sabía que la novela era ridícula, pero esto no evitó en lo más mínimo que disfrutara con la lectura. Y se sintió morbosamente decepcionada cuando Reginald, el soso y rubio héroe que no era ni la mitad de interesante que el rufián, rescató a Penélope y la salvó de una ruina inminente.

La perspectiva de estar encerrada en una torre sin ningún libro no le había parecido en absoluto atractiva a Daisy. Sin embargo, los intimidatorios monólogos del rufián acerca de la belleza de Penélope y la descripción del deseo que sentía por ella y de las perversiones que tenía pensado obligarle a realizar la habían fascinado.

Constituía una verdadera mala suerte que Matthew Swift se pareciera tanto al guapo rufián que Daisy había imaginado.

—¿Qué ha deseado? —preguntó Daisy.

Él torció la comisura de los labios.

—Se trata de una cuestión privada.

Daisy frunció el ceño al reconocer sus propias palabras, buscó su sombrero con la mirada y se dispuso a recogerlo. Tenía que escapar de la enervante presencia de Matthew Swift.

—Regreso a la casa —declaró por encima del hombro—. Buenos días, señor Swift. Disfrute del resto de su paseo.

Para su desespero, él la alcanzó en pocas zancadas y se acomodó a su paso.

—La acompañaré.

Ella evitó mirarlo.

—Preferiría que no lo hiciera.

—¿Por qué no? Vamos en la misma dirección.

—Porque quiero caminar en silencio.

—Entonces no hablaré.

Daisy dedujo que era inútil oponerse, pues resultaba evidente que él había tomado una decisión, y apretó los labios. El escenario, los campos, el bosque, eran tan bonitos como antes, pero ella ya no los disfrutaba.

No le sorprendió que Swift ignorara sus objeciones. Sin duda, contemplaba su matrimonio de la misma forma: no importaba lo que ella quisiera o pidiera, él dejaría a un lado sus deseos e insistiría en salirse con la suya.

Debía de pensar que ella era tan maleable como un niño. Con su arraigada arrogancia, quizás incluso creía que ella se sentiría agradecida porque él había accedido a casarse con ella. Daisy se preguntó si él siquiera se molestaría en proponérselo. Lo más probable era que le echara un anillo en el

regazo y le ordenara que se lo pusiera.

Mientras el ingrato paseo continuaba, Daisy se esforzó en no echar a correr. Las piernas de Swift eran tan largas que daba un paso por cada dos de ella. El resentimiento que Daisy sentía creció hasta formar un nudo en su garganta.

Aquella caminata simbolizaba su futuro. Ella avanzaba tan deprisa como podía, pero sabía que, por muy rápido o lejos que fuera, nunca conseguiría alejarse de él.

Al final, no pudo soportar más aquel silencio.

—¿Fue usted quien inculcó la idea en la mente de mi padre? —preguntó de repente.

—¿Qué idea?

—¡Vamos, no sea condescendiente conmigo! —exclamó con irritación—. Ya sabe a lo que me refiero.

—No, no lo sé.

Por lo visto, insistía en jugar con ella.

—Me refiero al pacto que ha realizado con mi padre —respondió ella—. Usted quiere casarse conmigo para heredar la compañía.

Swift se detuvo de una forma tan repentina que, en otras circunstancias, ella se habría echado a reír. Parecía que hubiera topado con una pared invisible. Daisy también se detuvo y cruzó los brazos sobre el pecho mientras se volvía para mirarlo.

La expresión de Swift era de total perplejidad.

—Yo... —Su voz sonó grave y tuvo que carraspear para poder hablar—. No sé de qué demonios está usted hablando.

—¿Ah, no? —preguntó ella con escepticismo.

Quizá su deducción había sido errónea y su padre todavía no había mencionado su plan a Swift.

Si fuera posible morir de vergüenza, Daisy lo habría hecho allí mismo. Acababa de ponerse en la situación más humillante de toda su vida. Lo único que Swift tenía que hacer era afirmar que él nunca habría aceptado casarse con una de las Floreros.

El susurro de las hojas y el gorjeo de los pájaros mosquiteros pareció aumentar de volumen en el silencio que se produjo a continuación. Aunque

resultaba imposible leer los pensamientos de Swift, Daisy percibió que examinaba con rapidez distintas posibilidades y conclusiones.

—Mi padre me lo dijo como si todo estuviera arreglado —explicó ella—. Creí que lo habían hablado durante su última visita a Nueva York.

—Él nunca me mencionó nada parecido. La idea de casarme con usted nunca ha cruzado mi mente y no ambiciono heredar la compañía de su padre.

—Usted es pura ambición.

—Es cierto —respondió él mientras la observaba con fijeza—, pero no necesito casarme con usted para asegurar mi futuro.

—Mi padre parece creer que usted no dudaría en aceptar la oferta de convertirse en su hijo político y que siente un gran afecto por él.

—He aprendido mucho de él —fue la predecible y poco arriesgada respuesta de Swift.

—Estoy convencida de que es así. —Daisy se refugió tras una expresión de desdén—. Mi padre le ha enseñado muchas lecciones que lo han beneficiado en el mundo de los negocios, pero ninguna que lo haya beneficiado en el negocio de la vida.

—Desaprueba usted el negocio de su padre —afirmó más que preguntó él.

—Sí, por la forma en que ha entregado su corazón y su alma a su negocio y ha ignorado a las personas que lo aman.

—Ese negocio le ha proporcionado a usted muchos lujos —señaló él—. Entre ellos, la oportunidad de casarse con un noble inglés.

—¡Yo nunca pedí lujos! ¡Nunca he querido nada más que una vida tranquila!

—¿Para sentarse sola en una biblioteca y leer? —sugirió Swift en un tono demasiado amable—. ¿Para pasear por el jardín? ¿Para disfrutar de la compañía de sus amistades?

—¡Sí!

—Los libros son caros. Y también las casas bonitas con jardines. ¿Se le ha ocurrido pensar que alguien tiene que pagar por su vida tranquila?

Aquella pregunta se acercaba tanto a la acusación de su padre acerca de que era un parásito que Daisy se estremeció.

Cuando Swift vio su reacción, su expresión cambió y empezó a hablar de

otra cosa, pero Daisy lo interrumpió con brusquedad.

—No es asunto suyo cómo vivo mi vida o quién paga por ella. Sus opiniones no me importan y usted no tiene derecho a exponerlas.

—Si mi futuro va a estar unido al de usted, sí que lo tengo.

—¡Su futuro no va a estar unido al mío!

—Hablaba de un modo hipotético.

Daisy odiaba a las personas que analizaban la semántica de todos los términos de una discusión.

—Nuestro matrimonio nunca será nada más que una hipótesis —afirmó ella—. Mi padre me ha concedido hasta finales de mayo para que encuentre a otro hombre con el que casarme. Y lo encontraré.

Swift la observó con vivo interés.

—Me imagino qué tipo de hombre habrá estado buscando: cabello rubio, aristócrata, sensible, de disposición alegre y con mucho tiempo libre para disfrutar de los pasatiempos de los caballeros...

—Así es —lo interrumpió Daisy mientras se preguntaba cómo había conseguido que su descripción sonara tan ridícula.

—Eso pensaba. —La suficiencia de su voz hizo que a Daisy se le pusieran los nervios de punta—. La única razón que pueda motivar que, después de tres temporadas, una joven con su aspecto no haya conseguido un compromiso matrimonial es que haya fijado unos estándares imposibles de cumplir. Usted busca un hombre perfecto, por esto su padre la está obligando a que tome una decisión.

De una forma momentánea, a Daisy le distrajeron las palabras «una joven con su aspecto». Como si ella fuera una gran belleza. Daisy decidió que Swift sólo podía haber realizado aquel comentario en un arrebato de profundo sarcasmo y sintió que su temperatura aumentaba.

—Yo no aspiro a casarme con el hombre perfecto —afirmó con los dientes apretados. A diferencia de su hermana, quien maldecía con una fluidez espectacular, a Daisy le costaba hablar cuando estaba enfadada—. Soy muy consciente de que no existe tal cosa.

—Entonces, ¿por qué no ha encontrado a nadie, cuando incluso su hermana ha conseguido atrapar a un marido?

—¿Qué quiere decir con «incluso su hermana»?

—«Cásese con Lillian, conseguirá una fortuna». —Aquella frase insultante había sido el origen de muchos comentarios maliciosos en los círculos de la alta sociedad de Manhattan—. ¿Por qué cree que nadie pidió nunca la mano de su hermana en Nueva York a pesar de la enorme dote que ofrecía su padre? Ella es la peor pesadilla de cualquier hombre.

Aquello fue lo último.

—¡Mi hermana es una joya y Westcliff ha tenido el buen gusto de reconocerlo! Él podría haberse casado con cualquier mujer, pero la quería a ella. ¡Le reto a que repita su opinión acerca de mi hermana delante del conde!

Daisy se dio la vuelta de una forma airada y se alejó por el sendero tan deprisa como le permitieron sus cortas piernas.

Swift siguió el ritmo de Daisy sin dificultad mientras mantenía las manos en los bolsillos de una forma despreocupada.

—A finales de mayo... —repitió Swift sin el menor jadeo debido al ritmo acelerado de su caminar—. Esto supone algo menos de dos meses. ¿Cómo va a encontrar un pretendiente en este plazo?

—¡Me plantaré en una esquina con una pancarta si es necesario!

—Mis mejores deseos de éxito, señorita Bowman. En cualquier caso, no estoy seguro de desear ser el ganador por defecto.

—¡Usted no será el ganador por defecto! ¡Puede estar seguro, señor Swift! Nada en el mundo conseguirá que acepte ser su esposa. Siento lástima por la pobre mujer que acabe a su lado. No se me ocurre nadie que merezca tener a un mojigato tan frío y pretencioso como usted por marido.

—Espere. —El tono de su voz se había suavizado en lo que podía ser un intento de conciliación—. Daisy...

—¡No se dirija a mí por mi nombre de pila!

—Tiene razón. Eso ha sido inadecuado. Le pido disculpas. Lo que quería decir, señorita Bowman, es que no hay necesidad de mostrar hostilidad. Nos enfrentamos a una cuestión de serias consecuencias para ambos. Espero que podamos comportarnos de una forma civilizada y encontrar una solución aceptable.

—Sólo existe una solución —respondió Daisy con gravedad—, y consiste en que le diga a mi padre que rehúsa, de una forma categórica, casarse conmigo en ninguna circunstancia. Prométame que lo hará y yo intentaré

comportarme de una forma civilizada con usted.

Swift se detuvo, lo que obligó a Daisy a detenerse también. Ella se volvió hacia él y arqueó las cejas de una forma expectante. Sin duda no se trataba de una promesa difícil para él, dadas sus anteriores afirmaciones. Sin embargo, Swift le lanzó una mirada larga e insondable mientras mantenía las manos en los bolsillos y su cuerpo permanecía tenso e inmóvil. Parecía que estuviera escuchando algo con atención.

La mirada de Swift se deslizó por el cuerpo de Daisy mientras la valoraba abiertamente. En sus ojos había un brillo extraño, y Daisy sintió un escalofrío que surgió de la médula de sus huesos. Pensó que él la miraba como un tigre al acecho y le devolvió la mirada mientras intentaba descifrar, de forma desesperada, las maquinaciones de su cerebro. Daisy percibió rastros de diversión y de un ansia abrumadora. ¿Pero ansia de qué? Desde luego, no de ella.

—No —respondió él con suavidad, como si hablara consigo mismo.

Daisy sacudió la cabeza con desconcierto. Tenía los labios secos y tuvo que humedecérselos con la punta de la lengua para poder hablar y la exasperó que la mirada de Swift siguiera aquel leve movimiento.

—¿Eso es un «no» como en «No, no me casaré con usted»? —preguntó ella.

—No, ha sido un «no» como en «No, no le prometo que no lo haré».

Y, tras decir esto, Swift pasó junto a ella y continuó su camino hacia la casa mientras ella lo seguía a trompicones.

—Intenta torturarte —declaró Lillian con indignación cuando, algo más tarde, Daisy le contó lo que había ocurrido.

Estaban sentadas en la salita privada de la primera planta con sus dos amigas más íntimas, Annabelle Hunt y Evie, *lady* St. Vincent. Se habían conocido dos años antes, un cuarteto de Floreros que, por diversas razones, no habían conseguido atraer a ningún caballero adecuado.

En la sociedad victoriana, era creencia común que las mujeres, debido a su naturaleza voluble y su menor inteligencia, no podían disfrutar de amistades de la misma calidad que las que se producían entre los hombres.

Sólo los hombres podían ser leales entre ellos y tener relaciones realmente honestas y altruistas.

Daisy opinaba que esta creencia constituía una auténtica basura. Ella y su grupo de Floreros estaban unidas por un lazo estrecho de cariño y confianza profundos. Se ayudaban entre ellas y se animaban las unas a las otras sin el menor rastro de competición o de celos. Daisy quería a Annabelle y a Evie casi tanto como a Lillian. Podía imaginarlas a todas, cuando fueran viejecitas, charlando acerca de sus nietos mientras tomaban té y galletas y viajando juntas como un grupo de damas de cabello plateado y lengua cortante.

—No me creo, ni por un segundo, que el señor Swift no supiera nada acerca de la decisión de nuestro padre —continuó Lillian—. Es un mentiroso y se ha conchabado con nuestro padre. Y sin lugar a dudas, quiere heredar la compañía.

Lillian y Evie estaban sentadas en unas sillas tapizadas con brocados situadas cerca de las ventanas, mientras que Daisy y Annabelle estaban acomodadas en el suelo rodeadas por el voluminoso relieve de sus faldas. Una niña rolliza con abundantes rizos morenos gateaba de aquí para allá entre las cuatro amigas. De vez en cuando se detenía y, con gran concentración, cogía algo de la alfombra con sus dedos diminutos.

Isabelle, la niña, era la hija de Annabelle y Simon Hunt y había nacido unos diez meses antes. Seguramente, ningún bebé había sido nunca objeto de tanta adoración por parte de todos los habitantes de la casa, entre ellos su padre.

Contrariamente a todas las expectativas, el viril y masculino señor Hunt no se había sentido en absoluto decepcionado al ver que su primer hijo era una niña. El señor Hunt adoraba a su hija y no tenía el menor reparo en cogerla en brazos en público o arrullarla de una forma que pocos padres se atrevían a hacer. Hunt incluso había pedido a Annabelle que le diera más hijas en el futuro y había añadido, con picardía, que siempre había deseado ser amado por muchas mujeres.

Como cabía esperar, la niña era muy guapa. No tener hijos excepcionalmente hermosos habría constituido una imposibilidad física para Annabelle. Daisy cogió el cuerpo regordete y activo de Isabelle, le hizo cosquillas con la nariz en su cuello sedoso y la volvió a dejar sobre la

alfombra.

—Tendrías que haberlo oído —explicó Daisy—. Su arrogancia es increíble. Swift ha decidido que es culpa mía que todavía siga soltera. Me ha dicho que debo de haber puesto mi estándar muy alto, me ha sermoneado acerca del coste de mis libros y me ha indicado que alguien tiene que pagar por mi caro estilo de vida.

—¡No es capaz! —exclamó Lillian mientras el rostro se le encendía de rabia.

Daisy enseguida se arrepintió de habérselo contado. El médico de la familia les había advertido que Lillian no debía alterarse, pues se acercaba su último mes de embarazo. Lillian ya se había quedado embarazada el año anterior, pero al poco tiempo perdió el bebé. A Lillian le costó superar aquella pérdida, y también le sorprendió, pues era de constitución fuerte.

A pesar de que el médico le aseguró que no debía culparse por haber perdido la criatura, Lillian se mostró melancólica durante las semanas siguientes a la pérdida. Sin embargo, gracias al inquebrantable apoyo de Westcliff y al cariño de sus amigas, de una forma gradual, Lillian recuperó su positiva y habitual forma de ser.

Ahora que se había quedado embarazada de nuevo, Lillian se mostraba menos displicente con su embarazo, pues le preocupaba la posibilidad de abortar otra vez. Por desgracia, no era una mujer a la que le sentara bien el confinamiento. Lillian sentía náuseas, vomitaba, con frecuencia se encontraba mal y le irritaban las restricciones que le imponía su estado.

—¡No lo permitiré! —exclamó Lillian—. ¡No te casarás con Matthew Swift y enviaré a nuestro padre a freír espárragos si intenta alejarte de Inglaterra!

Sin levantarse del suelo, Daisy alargó el brazo y apoyó la mano en la rodilla de su hermana con actitud tranquilizadora mientras observaba su rostro alterado y esbozaba una sonrisa forzada para reconfortarla.

—Todo saldrá bien —declaró—. Ya se nos ocurrirá algo. Tenemos que encontrar una solución.

Habían estado muy unidas durante mucho tiempo. Hasta donde les alcanzaba la memoria, y debido a la falta de afecto por parte de sus padres, Lillian y Daisy habían constituido, la una para la otra, la única fuente de amor

y de apoyo.

Evie, la menos habladora de las cuatro amigas, intervino en la conversación con un ligero tartamudeo, el cual aparecía cuando estaba nerviosa o la embargaba una gran emoción. Cuando se conocieron, dos años antes, el tartamudeo de Evie era tan pronunciado que mantener una conversación con ella constituía una auténtica frustración. Sin embargo, desde que se distanció de su maltratadora familia y se casó con lord St. Vincent, Evie se sentía mucho más segura de sí.

—¿El s-señor Swift aceptaría casarse con una mujer a la que no ha elegido él personalmente? —Evie apartó un tirabuzón pelirrojo que se había deslizado sobre su frente—. Si lo que ha dicho es cierto, que su situación financiera ya es s-segura, no tiene por qué casarse con Daisy.

—Se trata de algo más que dinero —replicó Lillian mientras se agitaba en la silla en busca de una postura más cómoda. Cuando la encontró, apoyó las manos sobre la amplia curva de su barriga—. Como ninguno de nuestros hermanos ha salido como quería nuestro padre, éste ha convertido a Swift en una especie de hijo suplente.

—¿Qué quieres decir con que vuestros hermanos no son como él quería? —preguntó Annabelle intrigada.

Annabelle se inclinó para besar los diminutos dedos de los pies de su hija, que no dejaban de moverse, y la niña soltó una borboteante risita de placer.

—Quiero decir que no sienten devoción por la compañía —aclaró Lillian—. Que no son eficientes, crueles y sin escrúpulos; que no ponen los intereses de la compañía por encima de los demás aspectos de su vida. Éste es el lenguaje que tienen en común mi padre y el señor Swift. Nuestro hermano Ransom ha intentado hacerse un lugar en la compañía, pero nuestro padre siempre lo compara con el señor Swift.

—Y el señor Swift siempre gana —añadió Daisy—. ¡Pobre Ransom!

—Nuestros otros dos hermanos ni siquiera lo intentan —continuó Lillian.

—¿Y q-qué hay del padre del señor Swift? —preguntó Evie—. ¿No le molesta que su hijo se convierta en el hijo de hecho de otro hombre?

—Bueno, ésta siempre ha sido la parte más intrigante de la historia —contestó Daisy—. El señor Swift procede de una familia muy conocida de Nueva Inglaterra. Se establecieron en Plymouth y algunos de ellos se

mudaron a Boston a principios de mil setecientos. Los Swift son conocidos por su distinguido linaje, pero sólo unos cuantos han conseguido conservar sus riquezas. Como nuestro padre dice siempre, se requiere una generación para conseguirla, una segunda para gastarla y la tercera se queda, sólo, con el nombre. Claro que si hablamos del Viejo Boston, el proceso requiere diez generaciones en lugar de tres. ¡Son tan lentos en todo!

—Te estás yendo por las ramas, querida —la interrumpió Lillian—. Vuelve al objeto de la conversación.

—Lo siento. —Daisy sonrió levemente antes de continuar con su explicación—. Bueno, sospechamos que se produjo algún tipo de ruptura entre el señor Swift y sus familiares, porque apenas habla de ellos. Y son pocas las ocasiones en las que viaja a Massachusetts para visitarlos. De modo que, aunque al padre del señor Swift le molestara que su hijo se introdujera en otra familia, no nos enteraríamos.

Las cuatro mujeres permanecieron en silencio unos instantes mientras reflexionaban acerca de la situación.

—Encontraremos a alguien para Daisy —declaró Evie—. Ahora que podemos buscar más allá de la nobleza, nos resultará más fácil. Hay muchos caballeros aceptables y de buena familia que n-no poseen un título.

—El señor Hunt tiene muchos conocidos solteros —intervino Annabelle—. Te podría presentar a un buen número de candidatos.

—Te lo agradezco —declaró Daisy—, pero no me atrae la idea de casarme con un industrial. —Daisy se interrumpió y añadió como disculpa—: Sin ofender al señor Hunt, claro.

Annabelle se echó a reír. Dijo:

—Yo no diría que todos los industriales son hombres sin alma. El señor Hunt puede ser bastante sensible y emocional a veces.

Sus amigas la observaron con reserva, pues ninguna podía imaginarse al marido corpulento y de enérgicas facciones de Annabelle mostrándose sensible de ninguna forma. El señor Hunt era inteligente y encantador, pero parecía tan insensible a las emociones como un elefante al zumbido de un mosquito.

—Aceptaremos tu palabra —contestó Lillian—. Y volviendo a la cuestión que nos ocupa, Evie, ¿le preguntarás a lord St. Vincent si conoce a

algún caballero apropiado para Daisy? Ahora que hemos ampliado nuestra definición de «apropiado», es posible que encuentre a un candidato decente. No hay duda de que posee información acerca de todos los habitantes de Inglaterra que disponen de más de dos chelines en el bolsillo.

—Se lo preguntaré —respondió Evie con decisión—. Estoy segura de que encontraremos unos cuantos candidatos presentables.

Como propietario de Jenner's, el exclusivo club de juego que el padre de Evie había fundado hacía ya mucho tiempo, lord St. Vincent estaba llevando el negocio a unas cimas que nunca había alcanzado antes y mantenía un archivo con información detallada de la vida personal y del estado financiero de todos los miembros.

—Gracias —contestó Daisy de corazón. Su mente deambuló por pensamientos relacionados con el club—. Me pregunto si... ¿Crees que lord St. Vincent podría averiguar algo más acerca del pasado misterioso del señor Rohan? Quizá sea un antiguo lord irlandés o algo parecido.

Un breve silencio recorrió la habitación como si fuera una ráfaga de copos de nieve diminutos. Daisy percibió que su hermana y sus amigas intercambiaban unas miradas significativas. De repente, se sintió molesta con ellas y, todavía más, consigo misma por mencionar al hombre que colaboraba en la gestión del club de juego.

Rohan era un joven medio gitano, de cabello negro y ojos brillantes de color avellana. Sólo se habían visto en una ocasión, en la que Rohan le robó un beso a Daisy. De hecho, fueron tres besos, y aquélla fue, con mucho, la experiencia más erótica de su vida. Y también la única experiencia erótica de su vida.

Rohan la besó como si fuera una mujer adulta, y no la hermana pequeña de alguien, y con una sensualidad persuasiva que dejaba entrever todas las cosas prohibidas a las que conducían los besos. Daisy debería haberlo abofeteado. Pero en lugar de eso, había soñado en aquellos besos unas cien mil veces como mínimo.

—No lo creo, querida —contestó Evie con dulzura.

Daisy sonrió con demasiada amplitud, como si hubiera contado un chiste.

—¡Oh, claro que no lo es! Pero ya sabes cómo es mi imaginación. Quiere sumergirse en cualquier misterio.

—Debemos centrarnos en lo que es importante, Daisy —recriminó Lillian con dureza—. Nada de fantasías ni historias. Y nada de volver a pensar en Rohan. Sólo es una distracción.

El impulso inicial de Daisy consistió en soltar una respuesta mordiente, como había hecho siempre cuando Lillian se ponía mandona. Sin embargo, después de contemplar los ojos marrones de su hermana, los cuales eran del color del pan de jengibre, como los suyos, y de percibir en ellos un destello de pánico, sintió una oleada de amor protector hacia ella.

—Tienes razón —contestó con una sonrisa forzada—. No tienes por qué preocuparte, ya lo sabes. Haré todo lo que sea preciso para quedarme aquí contigo. Incluso casarme con un hombre al que no amo.

Se produjo otro silencio y entonces intervino Evie:

—Encontraremos a un hombre a quien puedas amar, Daisy. Y esperemos que el afecto mutuo crezca con el tiempo. —Una sonrisita irónica curvó sus labios carnosos—. A veces sucede.

3

«Me refiero al pacto que ha realizado con mi padre...»

Las palabras de Daisy vagaron por la mente de Matthew hasta mucho después de que se separaran. A la primera oportunidad que tuviera, llevaría a Thomas Bowman a un aparte y le preguntaría qué demonios pasaba. Sin embargo, con el ajetreo de los invitados, que no cesaban de llegar, lo más probable era que no dispusiera de una oportunidad hasta la noche.

Matthew se preguntó si el viejo Bowman había considerado en serio la posibilidad de casarlo con Daisy. ¡Santo cielo! A lo largo de los años, Matthew había tenido muchos pensamientos relacionados con Daisy Bowman, pero ninguno había contemplado el matrimonio. Esta alternativa estaba tan lejos de lo posible que ni siquiera valía la pena tenerla en cuenta. De modo que Matthew nunca la había besado, nunca había bailado con ella y ni siquiera había dado un paseo con ella, pues sabía con certeza que los resultados serían desastrosos.

Los secretos de su pasado perseguían su presente y ponían en peligro su futuro. Matthew siempre era consciente de que la identidad que había creado para sí mismo podía romperse en mil pedazos en cualquier momento. Lo único que se requería era que alguien atara unos cabos, que alguien reconociera lo que era o quién era en realidad. Daisy se merecía un marido que fuera íntegro y honesto, no uno que había construido su vida sobre falsedades.

Pero esto no impedía que Matthew la quisiera. Siempre había querido a Daisy con una intensidad que parecía irradiar de todos los poros de su piel.

Daisy era dulce, amable, ingeniosa, excesivamente razonable y, al mismo tiempo, absurdamente romántica. Sus chispeantes ojos oscuros llenaban los sueños de Matthew. Daisy tenía momentos ocasionales de torpeza, cuando su mente estaba demasiado ocupada en sus pensamientos y le impedía centrarse en lo que estaba haciendo. A menudo, llegaba tarde a cenar porque se había enfrascado demasiado en la lectura. Con frecuencia, perdía dedales, zapatillas y cabos de lápices. Y le encantaba contemplar las estrellas. La inolvidable visión de Daisy reclinada de una forma nostálgica en la barandilla de una terraza y su vivaracho perfil levantado hacia el cielo nocturno había hecho crecer en Matthew el más ardiente deseo de dirigirse a ella y besarla con pasión.

Matthew había imaginado, con mucha más frecuencia de la que debería, que se acostaba con ella. Si hubiera ocurrido, él habría sido extremadamente dulce; la habría adorado. Lo habría hecho todo y cualquier cosa para complacerla. Él ansiaba disfrutar de la intimidad del roce de su cabello en sus manos, de la blanda prominencia de sus caderas, de la suave piel de sus hombros en sus labios. Y ansiaba disfrutar del peso dormido de su cuerpo en sus brazos. Él quería todo esto y mucho más.

A Matthew le sorprendía que nadie se hubiera dado cuenta de sus sentimientos. Daisy debería haberlo percibido cada vez que lo miraba. Por suerte para él, ella no lo había notado. Daisy siempre lo había ignorado, como a un eslabón más en la maquinaria de la compañía de su padre, y Matthew se alegraba de su actitud.

Sin embargo, algo había cambiado. Matthew reflexionó acerca de la forma en que Daisy lo había mirado antes, acerca de la sorpresa que había reflejado su expresión. ¿Acaso su aspecto había cambiado tanto?

De una forma distraída, Matthew hundió las manos en los bolsillos y entró en el recinto de Stony Cross Manor. Nunca había pensado en su aspecto, aparte de asegurarse de que llevaba el cabello cortado y el rostro limpio. La rígida educación de Nueva Inglaterra había borrado en él cualquier rastro de vanidad, pues los bostonianos aborrecían el engreimiento y hacían todo lo posible por evitar lo nuevo y lo que estaba de moda.

No obstante, durante los dos últimos años, Thomas Bowman había insistido en que Matthew acudiera a su sastre de Park Avenue y a su

peluquero en lugar de a un barbero y que, de vez en cuando, se hiciera la manicura, como correspondía a un caballero de su posición. También, a insistencia de Bowman, Matthew había contratado a una cocinera y a una ama de llaves, lo que significaba que, últimamente, comía mejor. Esto, unido a que había perdido los últimos vestigios de la juventud, le había proporcionado un aspecto de madurez. Matthew se preguntó si esto atraía a Daisy y enseguida se maldijo a sí mismo por preguntárselo.

Pero la forma en que ella lo había mirado antes..., como si lo viera por primera vez en su vida, como si se diera cuenta de que existía.

Daisy nunca lo había mirado de aquel modo en ninguna de las ocasiones en las que él había visitado la casa de su familia en la Quinta Avenida. Matthew recordó la primera vez que vio a Daisy, durante una cena privada a la que sólo asistía la familia.

El comedor, decorado con gran magnificencia, resplandecía gracias a la luz que la araña de cristal esparcía con profusión. Las paredes estaban forradas con un grueso papel dorado y las molduras estaban pintadas con pintura de oro. Una de las paredes estaba cubierta por cuatro espejos enormes, más grandes de lo que él había visto nunca.

Durante la cena, estuvieron presentes dos de los hijos varones, ambos jóvenes robustos que fácilmente debían de pesar el doble que Matthew. Mercedes y Thomas se sentaron en los extremos de la mesa. Las dos hijas, Lillian y Daisy, se sentaron en uno de los lados y, de una forma furtiva, acercaron sus platos y sillas para estar más cerca la una de la otra.

Thomas Bowman tenía una relación conflictiva con sus dos hijas y, de una forma alternativa, las ignoraba o las sometía a duras críticas. Lillian, la hija mayor, respondía a Bowman con una ruda insolencia.

Sin embargo, Daisy, quien entonces tenía quince años, trataba a su padre de una forma especulativa y más bien alegre que parecía molestarlo más allá de lo que él podía soportar. Daisy hizo que Matthew sintiera deseos de sonreír. Con su piel luminosa, sus exóticos ojos de color canela y sus ideas impredecibles, Daisy Bowman parecía proceder de un bosque encantado y poblado de criaturas míticas.

Matthew enseguida se dio cuenta de que cualquier conversación en la que Daisy tomaba parte solía derivar hacia temas maravillosos e insospechados.

Matthew se divirtió en secreto cuando Thomas Bowman reprendió a Daisy delante de todos por su última diablura. Por lo visto, recientemente en la casa de los Bowman había multitud de ratones porque las trampas que colocaban habitualmente por alguna razón no funcionaban.

Uno de los sirvientes informó de que Daisy había estado merodeando de noche por la casa y que hacía saltar todas las trampas para evitar que los ratones murieran.

—¿Es cierto, hija? —gruñó Thomas Bowman mientras miraba fijamente y con enojo a Daisy.

—Es posible —reconoció ella—. Pero existe otra explicación.

—¿Y cuál es esa otra explicación? —preguntó Bowman con aspereza.

Daisy habló como si le diera la enhorabuena.

—¡Creo que hospedamos a los ratones más inteligentes de Nueva York!

A partir de aquel día, Matthew nunca rechazó una invitación a la mansión de los Bowman, no sólo porque así complacía al dueño de la casa, sino porque tenía la oportunidad de ver a Daisy. Matthew recopiló tantas miradas robadas de Daisy como pudo, pues sabía que eso era todo lo que obtendría de ella. Y, a pesar de la fría amabilidad con la que ella lo trataba, los momentos que había pasado en su compañía eran los únicos de su vida en los que había estado cerca de la felicidad.

Matthew apartó aquellos agitados pensamientos de su mente y continuó avanzando hacia la casa. Nunca había estado en el extranjero antes, pero era así como había imaginado que sería Inglaterra: jardines cuidados, verdes colinas en la lejanía y un pueblo rústico a los pies de fincas esplendorosas como aquélla.

La casa y los muebles eran antiguos y de bordes redondeados por el desgaste, pero en casi todos los rincones había un jarrón de valor incalculable o una estatua o una pintura que Matthew había visto representadas en los libros de historia del arte. En invierno debía de haber bastantes corrientes de aire en el interior de la casa, pero gracias a las numerosas chimeneas, a las gruesas alfombras y a los cortinajes de terciopelo, no se podía decir que vivir allí constituyera un sufrimiento.

Cuando Thomas Bowman o, mejor dicho, su secretaria le escribió comunicándole la noticia de que se requería su presencia en Inglaterra para

que supervisara el establecimiento de una delegación de la compañía jabonera en aquel país, el impulso inicial de Matthew fue negarse. Le habría encantado asumir aquel reto y la responsabilidad que llevaba implícito, pero estar cerca de Daisy Bowman, aunque sólo fuera en el mismo país, era más de lo que Matthew podía soportar. Su presencia lo traspasaba como flechas que prometían un futuro de deseo eternamente insatisfecho.

Sin embargo, las últimas frases de la carta de la secretaria, en las que le informaba de la situación de la familia, captaron la atención de Matthew.

«Se duda que la joven señorita Bowman tenga éxito en la búsqueda de un caballero apropiado con el que casarse. Por consiguiente, y en caso de que no se haya prometido hacia finales de la primavera, el señor Bowman la enviará de regreso a Nueva York».

Aquella información hizo reflexionar a Matthew. Si Daisy regresaba a Nueva York, él estaría encantado de ir a Inglaterra. Además, si aceptaba el puesto que le ofrecían en Bristol y esperaba para ver si Daisy conseguía un marido, se cubriría las espaldas. Si Daisy conseguía un candidato, Matthew podía encontrar a alguien que lo reemplazara y regresar a Nueva York.

Mientras hubiera un océano entre ellos, todo iría bien.

Cuando entró en el vestíbulo principal, Matthew vio a lord Westcliff. El conde estaba acompañado por un hombre moreno y corpulento que, a pesar de su elegante atuendo, poseía un cierto aspecto de pirata. Matthew supuso que se trataba de Simon Hunt, el socio de Westcliff y, según se decía, su mejor amigo. Aunque Hunt gozaba de éxito financiero, el cual, por lo que se decía, era considerable, era hijo de un carnicero y no tenía ningún lazo sanguíneo con la aristocracia.

—Señor Swift —lo llamó Westcliff de una forma amigable cuando se encontraron a los pies de la grandiosa escalera del vestíbulo—, ha regresado pronto de su paseo. Espero que las vistas le resultaran agradables.

—Las vistas eran magníficas, milord —contestó Matthew—. Espero poder realizar muchos más paseos como éste por la finca. He regresado pronto porque, por el camino, me encontré con la señorita Bowman.

—¡Ah! —comentó Westcliff con rostro impasible—. Sin duda, verlo habrá constituido una sorpresa para la señorita Bowman.

«Y no muy agradable», daban a entender sus palabras. Matthew miró al

conde a los ojos sin parpadear. Una de sus habilidades más útiles consistía en captar las mínimas alteraciones en la expresión y la postura de los demás, las cuales delataban sus pensamientos. Sin embargo, Westcliff era un hombre de un autocontrol excepcional y Matthew admiraba esta característica.

—Creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que ésta ha sido una de las múltiples sorpresas que la señorita Bowman ha recibido recientemente —contestó Matthew en un intento deliberado por descubrir si Westcliff sabía algo acerca del posible acuerdo de matrimonio entre Daisy y él.

El conde respondió con un levísimo arqueamiento de las cejas, como si considerara que su comentario resultaba interesante pero no merecedor de una respuesta. «¡Maldición!», pensó Matthew con creciente admiración.

Westcliff se volvió hacia el hombre de cabello moreno que estaba a su lado.

—Hunt, me gustaría presentarte a Matthew Swift, el norteamericano de quien te hablé antes. Swift, le presento al señor Simon Hunt.

Swift y Hunt se estrecharon la mano con firmeza. Hunt era entre cinco y diez años mayor que Matthew y, por su aspecto, parecía que podía ser muy duro en una pelea. Se trataba de un hombre directo y seguro de sí mismo a quien, según se contaba, le encantaba mortificar a los pretenciosos y pedantes de la alta sociedad.

—He oído hablar de sus logros con la compañía Consolidated Locomotive Works —declaró Matthew—. Su fusión de los conocimientos profesionales de los ingleses con los métodos productivos de los norteamericanos ha despertado un gran interés en Nueva York.

Hunt sonrió con sarcasmo.

—Aunque me encantaría quedarme con todo el mérito, la modestia me obliga a revelar que Westcliff ha tenido algo que ver en dicho éxito. Él y su cuñado son socios míos.

—Resulta evidente que esta combinación es muy exitosa —contestó Matthew.

Hunt se volvió hacia Westcliff.

—Dispone de un gran talento para la adulación —señaló—. ¿Lo contratamos?

Westcliff sonrió divertido.

—Me temo que mi suegro se opondría. Los talentos del señor Swift son necesarios para construir una fábrica y establecer una delegación de la compañía en Bristol.

Matthew decidió derivar la conversación hacia otra dirección.

—He leído que, recientemente, el gobierno está realizando gestiones para nacionalizar la industria ferroviaria británica —le comentó a Westcliff—. Me interesaría conocer su opinión al respecto, milord.

—¡Santo cielo, no le pregunte acerca de esto! —exclamó Hunt.

Aquel tema hizo que Westcliff frunciera el ceño.

—Lo último que necesita la gente es que el gobierno asuma el control de la industria. Dios nos libre de más interferencia por parte de los políticos. El gobierno gestionaría los ferrocarriles con la misma ineficacia con que hace todo lo demás. Además, el monopolio arruinaría la capacidad competitiva de la industria, con lo que aumentarían los impuestos, por no mencionar...

—Por no mencionar —interrumpió Hunt con malicia— el hecho de que Westcliff y yo no queremos que el gobierno recorte nuestros futuros beneficios.

Westcliff le lanzó una mirada severa.

—Da la casualidad de que yo tengo en mente el interés público.

—¡Qué suerte que, en este caso, lo que es mejor para el público también sea lo mejor para ti! —comentó Hunt.

Matthew contuvo una sonrisa. Westcliff puso los ojos en blanco y le dijo a Matthew:

—Como puede ver, el señor Hunt no pierde oportunidad para burlarse de mí.

—Yo me burlo de todo el mundo —replicó Hunt—. Tú sólo eres el blanco que tengo más a mano.

Westcliff se volvió hacia Matthew.

—Hunt y yo nos dirigíamos a la terraza trasera para fumar un cigarro. ¿Se une a nosotros?

Matthew sacudió la cabeza.

—Lo siento pero no fumo.

—Yo tampoco —contestó Westcliff compungido—. Tenía por costumbre fumar un cigarro de vez en cuando, pero, por desgracia, el humo del tabaco

no es bueno para la condesa, dadas sus circunstancias.

Matthew tardó unos instantes en darse cuenta de que la condesa era Lillian Bowman. Le resultaba extraño que la divertida y luchadora Lillian fuera ahora *lady Westcliff*.

—Usted y yo charlaremos mientras Hunt fuma su cigarro —le indicó Westcliff—. Venga con nosotros.

La invitación no parecía admitir una negativa, pero Matthew lo intentó de todos modos.

—Gracias, milord, pero hay cierta cuestión que deseo discutir con alguien y yo...

—Supongo que ese alguien es el señor Bowman.

«¡Demonios! —pensó Matthew—. Lo sabe». Aunque no lo hubiera percibido por sus palabras, lo habría hecho por la forma en que Westcliff lo miraba. De modo que Westcliff conocía la intención de Bowman de casarlo con Daisy y, como es lógico, tenía una opinión al respecto.

—Primero discutiré esa cuestión conmigo —continuó el conde.

Matthew miró con recelo a Simon Hunt, quien le devolvió una mirada inexpresiva.

—Estoy convencido —contestó Matthew— de que el señor Hunt no querrá aburrirse oyendo hablar de los asuntos privados de otra persona...

—En absoluto —replicó Hunt en tono alegre—. Me encanta oír hablar de los asuntos de otras personas. Sobre todo, si son privados.

Los tres se dirigieron a la terraza trasera, que dominaba acres de pulcros jardines separados por senderos cubiertos de grava y setos cuidadosamente esculpidos. En la verde y exuberante lejanía se distinguía una vieja plantación de perales. Una brisa densa, cargada con el aroma de las flores, recorría los jardines. Al fondo se oía el correr de las copiosas aguas de un río cercano y el susurro del viento entre las hojas de los árboles amortiguaba el sonido.

Matthew se sentó a la mesa, se acomodó en el asiento e intentó relajarse. Él y Westcliff contemplaron cómo Simon Hunt cortaba el extremo del cigarro con una navaja. Matthew permaneció en silencio y esperó pacientemente a que Westcliff iniciara la conversación.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce el plan de Bowman de que usted y Daisy se casen? —preguntó Westcliff de repente.

Matthew respondió sin titubear.

—Más o menos una hora y quince minutos.

—Entonces, ¿no fue idea suya?

—En absoluto —aseguró Matthew.

El conde se reclinó en el asiento, entrelazó los dedos de las manos por encima del abdomen y observó a Matthew con los ojos entornados.

—Usted tiene mucho que ganar con ese trato.

—Milord —contestó Matthew impasible—, si dispongo de un talento en esta vida, éste consiste en hacer dinero. No necesito casarme para conseguirlo.

—Me alegra oírlo —replicó el conde—. Deseo formularle otra pregunta, pero antes quiero dejar clara mi postura. Siento un gran afecto por mi cuñada y considero que se encuentra bajo mi protección. Usted conoce bien a los Bowman y, sin duda, es consciente de la estrecha relación que existe entre la condesa y su hermana. Si algo causara infelicidad a Daisy, mi esposa también sufriría. Y yo no lo permitiré.

—Comprendido —respondió Matthew escuetamente.

Había una aguda ironía en el hecho de que estaba siendo advertido para que se alejara de Daisy cuando él ya había decidido hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar casarse con ella. Matthew sintió la tentación de enviar a Westcliff al infierno, pero mantuvo la boca cerrada y conservó la serenidad.

—Daisy dispone de una personalidad única —continuó Westcliff—, de una naturaleza cálida y romántica. Si se la obliga a contraer un matrimonio sin amor, se sentirá desolada. Ella se merece un marido que la valore por todo lo que es y que la proteja de las duras realidades del mundo, un marido que le permita soñar.

Resultaba sorprendente oír a Westcliff expresar estos sentimientos, pues el conde era conocido por ser un hombre pragmático y equilibrado.

—¿Y qué pregunta desea formularme, milord? —preguntó Matthew.

—¿Me da su palabra de que no se casará con mi cuñada?

Matthew sostuvo la fría y oscura mirada del conde. No era sensato contrariar a un hombre como Westcliff, quien no estaba acostumbrado a recibir negativas. Sin embargo, Matthew había soportado las broncas y los

bramidos de Thomas Bowman durante años y le había plantado cara cuando otros hombres habrían huido temerosos de su ira. Aunque Bowman podía ser un bravucón mordaz y despiadado, no había nada que respetara más que un hombre que estuviera a su altura. De modo que Matthew pronto asumió el papel, dentro de la compañía, de comunicarle las malas noticias y las duras verdades que los demás temían anunciarle.

Éste era el entrenamiento de Matthew y la razón de que el intento de Westcliff de dominarlo no hubiera ejercido ningún efecto en él.

—Me temo que no, milord —contestó Matthew con tono amable.

A Simon Hunt se le cayó el cigarro al suelo.

—¿No me da usted su palabra? —preguntó Westcliff con incredulidad.

—No.

Matthew se inclinó con agilidad para coger el cigarro caído y se lo devolvió a Hunt, quien lo miró con un brillo de advertencia en la mirada, como si intentara prevenirlo en silencio de los riesgos de saltar desde un acantilado.

—¿Y por qué no? —preguntó Westcliff—. ¿Porque no quiere perder su puesto en la compañía de Bowman?

—No. En estos momentos, Bowman no puede permitirse prescindir de mí. —Matthew sonrió ligeramente en un intento de borrar la arrogancia de sus palabras—. Yo sé más de producción, administración y comercialización que ningún otro en la empresa Bowman. Además, me he ganado la confianza del señor Bowman, de modo que no me despedirá aunque rehúse casarme con su hija.

—Entonces le resultará muy fácil poner punto final a este asunto —replicó el conde—. Quiero que me dé su palabra, Swift. ¡Ahora!

Cualquier hombre de carácter más débil que el de Matthew se habría sentido intimidado ante la orden de Westcliff.

—Podría considerar esta opción —replicó Matthew con frialdad—, si usted me ofreciera el incentivo adecuado. Por ejemplo, si avalara mi nombramiento como jefe supremo de la delegación y garantizara mi permanencia en el puesto durante, digamos..., unos tres años.

Westcliff lo miró con incredulidad.

El tenso silencio que se produjo entre ellos terminó con una escandalosa

carcajada de Simon Hunt.

—¡Santo cielo, tiene unos cojones de oro! —exclamó Hunt—. Acuérdate de mis palabras, Westcliff: lo contrataré para Consolidated.

—No soy barato —declaró Matthew.

Y sus palabras hicieron reír a Hunt con tanta intensidad que casi se le volvió a caer el cigarro al suelo.

Incluso Westcliff sonrió, aunque a desgana.

—¡Maldición! —murmuró Westcliff—. No voy a avalarlo con tanta facilidad. No cuando hay tanto en juego. No hasta que esté convencido de que es usted el hombre adecuado para el puesto.

—Entonces, yo diría que nos encontramos en un punto muerto. —Matthew adoptó una expresión amistosa—. De momento.

Los otros dos hombres intercambiaron una mirada con la que acordaron, de una forma tácita, analizar aquella cuestión más tarde, cuando Swift no los oyera. Matthew sintió una punzada de curiosidad, pero, mentalmente, se encogió de hombros, pues sabía que no podía controlarlo todo. Al menos, había dejado claro que no era posible intimidarlo y que dejaba sus opciones abiertas.

Además, no podía dar su palabra respecto al matrimonio cuando Bowman ni siquiera le había comentado aquella cuestión.

4

—Daisy es la menor de la camada en todos los sentidos —declaró Thomas Bowman aquella noche mientras iba y venía de un extremo al otro de la salita anexa a su dormitorio. Él y Matthew habían acordado reunirse después de la cena, mientras el resto de los invitados charlaban en la planta baja—. Es menuda y superficial. «Ponle un nombre práctico y sólido», le pedí a mi esposa cuando nació. Jane o Constance u otro por el estilo. Sin embargo, ella eligió Marguerite. ¡Un nombre francés, imagínese! En recuerdo de una prima por línea materna. Y la cuestión del nombre todavía degeneró más cuando Lillian, quien entonces sólo tenía cuatro años, averiguó que Marguerite era el nombre en francés de nuestro inglés Daisy. Una maldita e insignificante flor. Y, a partir de entonces, Lillian la llamó Daisy. Y ése es el nombre que le quedó.

Mientras Bowman continuaba su recorrido, Matthew pensó en lo perfecto que era aquel nombre. Una flor pequeña y de pétalos blancos que parecía muy delicada pero que era sumamente fuerte. Resultaba relevante que en una familia de personalidades tan enérgicas, Daisy siempre hubiera permanecido fiel a su naturaleza.

—... Como es lógico, yo endulzaría el trato para usted —decía Thomas Bowman en aquellos momentos—. Lo conozco bien y estoy seguro de que elegiría un tipo muy distinto de mujer para casarse, una con sentido práctico y no una chiquilla inconstante como Daisy. Por lo tanto...

—No será necesario que lo endulce —lo interrumpió Matthew con serenidad—. Daisy..., digo, la señorita Bowman es completamente...

—«¿Hermosa, deseable, cautivadora?»— aceptable. El hecho de casarse con una mujer como la señorita Bowman constituiría, en sí mismo, una recompensa.

—Bien —gruñó Bowman sin duda nada convencido—. Resulta muy caballeroso por su parte realizar esta afirmación. Sin embargo, le concederé una justa recompensa que consistirá en una dote generosa, más acciones de la compañía, etcétera, etcétera. Quedará usted satisfecho, se lo aseguro. Y, en cuanto a los preparativos de la boda...

—Yo todavía no he aceptado —lo interrumpió Matthew. Bowman dejó de caminar por la sala y miró a Matthew de una forma inquisitiva—. Para empezar —prosiguió Matthew con prudencia—, es posible que la señorita Bowman encuentre un pretendiente en los próximos dos meses.

—Es imposible que encuentre un pretendiente de su calibre —comentó Bowman con suficiencia.

Matthew respondió con gravedad a pesar de que se estaba divirtiendo.

—Gracias, pero no creo que la señorita Bowman comparta su elevada opinión.

El viejo Bowman realizó un gesto de desdén.

—¡Bah, la mente de las mujeres es tan variable como el clima inglés! Seguro que puede persuadirla para caerle bien. Regátele un ramillete de flores, deje caer un par de cumplidos o, todavía mejor, cite un fragmento de esos condenados libros de poesía que ella lee. Seducir a una mujer es fácil, Swift. Todo lo que tiene que hacer es...

—Señor Bowman —lo interrumpió Matthew con una repentina sensación de alarma. ¡Santo cielo, lo último que necesitaba era una exposición de técnicas de cortejo de parte de su jefe!—, creo que puedo resolver este asunto sin consejos de nadie. No es ésta la cuestión.

—Entonces qué... ¡Ah! —Bowman esbozó una sonrisa típica de un hombre de mundo—. Comprendo.

—¿Comprende qué? —preguntó Matthew con aprensión.

—Como es lógico, teme usted mi reacción si, más adelante, decide que mi hija no es la mujer adecuada para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, siempre que actúe con discreción, mantendré la boca cerrada.

Matthew suspiró y se frotó los ojos. De repente se sentía cansado.

Aquello empezaba a resultar desmedido. Sobre todo cuando hacía tan poco que había llegado a Bristol procedente de Nueva York.

—Me está diciendo que mirará hacia otro lado si le soy infiel a mi mujer —afirmó más que preguntó.

—Los hombres nos enfrentamos a tentaciones y, a veces, nos perdemos. Así es como funciona el mundo.

—Pues yo no funciono así —contestó Matthew con rotundidad—. Yo soy fiel a mi palabra, tanto en los negocios como en mi vida personal. Cuando prometo ser fiel a una mujer, lo soy. Pase lo que pase.

El espeso bigote de Bowman se retorció en una sonrisa de medio lado.

—Usted todavía es joven y puede permitirse el lujo de tener escrúpulos.

—¿Y las personas de edad no pueden permitírselo? —preguntó Matthew con un toque de burla afectuosa en la voz.

—Algunos escrúpulos se sobrevaloran. Ya lo descubrirá algún día.

—¡Espero que no!

Matthew se dejó caer en una silla y se llevó las manos a la cabeza mientras deslizaba los dedos entre los espesos mechones de su cabello.

Tras un instante largo, Bowman se aventuró a preguntar:

—¿Realmente sería tan terrible tener a Daisy como esposa? Algún día tendrá usted que casarse y ella aporta ventajas. La compañía, por ejemplo. Cuando yo muera, usted conseguirá una participación mayoritaria.

—Usted nos sobrevivirá a todos —murmuró Matthew.

Bowman soltó una risotada de satisfacción.

—Quiero que herede usted la compañía —insistió. Aquella era la primera vez que hablaba de una forma tan franca respecto a esa cuestión—. Usted se parece más a mí que cualquiera de mis hijos. La compañía estará mucho mejor en sus manos que en las de cualquier otro. Tiene usted un don. Tiene la habilidad de entrar en una habitación y controlarlo todo. Usted no le teme a nadie, los demás lo saben y lo valoran por ello. Cásese con mi hija, Swift. Y construya mi fábrica. Cuando regrese a casa, le entregaré Nueva York.

—¿Podría incluir Rhode Island? No es muy grande.

Bowman ignoró el sarcástico comentario.

—Tengo ambiciones para usted más allá de la compañía. Dispongo de buenas conexiones con hombres poderosos y usted no ha escapado a su

atención. Le ayudaré a conseguir todo lo que pueda imaginar. Y el precio no es muy alto. Cásese con Daisy y sea el padre de mis nietos. Esto es todo lo que le pido.

—Eso es todo —repitió Matthew aturdido.

Cuando Matthew empezó a trabajar para Bowman, diez años atrás, nunca esperó que aquel hombre se convertiría en un padre sustituto para él. Bowman era como un barril de explosivos: bajo, rollizo y con un genio muy vivo. Además, sus tristemente famosos ataques de ira podían predecirse por la tonalidad roja intensa que adquiría su coronilla. Sin embargo, Bowman era un hombre hábil con los números y, cuando se trataba de manejar a las personas, era sumamente astuto y calculador. Bowman también era generoso con los que lo complacían, se mantenía fiel a sus promesas y cumplía con sus responsabilidades.

Matthew había aprendido mucho de Thomas Bowman. Había aprendido a detectar las debilidades de sus oponentes y a utilizarlas a su favor. Había aprendido en qué momentos debía empujar y cuándo retirarse. Y también había aprendido que era bueno soltar la propia agresividad en los negocios siempre que no se cruzara la línea de la mala educación. Los hombres de negocios de Nueva York, los verdaderos hombres de negocios, no los aficionados de la alta sociedad, no le respetaban a uno a menos que mostrara cierta tendencia a discutir.

Al mismo tiempo, Matthew había aprendido a templar su vigor con diplomacia, y ahora sabía que ganar una discusión no significaba, necesariamente, conseguir hacer lo que uno quería. Debido a su naturaleza introvertida, a Matthew no le había resultado fácil mostrarse encantador. Sin embargo, aunque le había costado grandes esfuerzos, había aprendido a resultar encantador, pues el encanto era una característica necesaria en su trabajo.

Thomas Bowman había respaldado a Matthew en todos los pasos que había dado y lo había guiado en un par de asuntos delicados. Matthew se sentía agradecido por su orientación y no podía evitar que, a pesar de sus fallos, su arisco jefe le gustara. Porque Bowman tenía razón cuando afirmaba que eran iguales.

El hecho de que Bowman hubiera tenido una hija como Daisy constituía

uno de los grandes misterios de la vida.

—Necesito algo de tiempo para pensarlo —declaró Matthew.

—¿Qué es lo que tiene que pensar? —protestó Bowman—. Como ya le he dicho... —Se interrumpió al ver la expresión de Matthew—. Está bien. Está bien. Supongo que no es necesario que conteste de inmediato. Lo discutiremos más adelante.

—¿Has hablado con el señor Swift? —preguntó Lillian a Marcus cuando éste entró en la habitación.

Aunque había intentado esperarlo despierta, Lillian se había adormecido y, en aquellos momentos, hacía grandes esfuerzos para sentarse en la cama.

—Sí, he hablado con él —respondió Marcus atribulado mientras se quitaba la elegante chaqueta y la colocaba sobre los brazos de una silla Luis XIV.

—Yo tenía razón, ¿verdad? A que es abominable. Detestable. Cuéntame qué te ha dicho.

Marcus contempló a su esposa embarazada. Era tan hermosa, con su cabello largo y suelto y sus ojos entrecerrados por el sueño, que se le encogía el corazón.

—Todavía no —murmuró él mientras se sentaba en la cama—. Primero quiero contemplarte durante un rato.

Lillian sonrió y se pasó las manos por la enmarañada y oscura cabellera.

—Tengo un aspecto horrible.

—No. —Marcus se acercó más a ella y bajó la voz—. Todas tus partes son preciosas. —Sus manos se deslizaron con suavidad por las abundantes curvas del cuerpo de Lillian y le transmitieron un efecto relajante, en lugar de excitante—. ¿Qué puedo hacer por ti? —susurró él.

Ella continuó sonriendo.

—Una sola mirada te revelará que ya has hecho suficiente, milord. —Lillian lo rodeó con sus estilizados brazos y él apoyó la cabeza en sus senos—. Westcliff —susurró ella junto a su cabello—, nunca podría tener un hijo con ningún otro hombre.

—Esto es muy reconfortante.

—Me siento tan colmada y tan... sumamente incómoda. ¿Resulta inadecuado decir que no me gusta estar embarazada?

—Claro que no —contestó Marcus con la voz amortiguada por el contacto de su boca con el escote de Lillian—. A mí tampoco me gustaría.

Lillian sonrió, se separó de Marcus y volvió a reclinarsse en las almohadas.

—Quiero que me hables del señor Swift. Cuéntame lo que habéis hablado tú y ese odioso espantapájaros andante.

—Yo no lo describiría exactamente como un espantapájaros. Por lo visto ha cambiado desde que lo viste por última vez.

—¡Ummm! —Sin duda, a Lillian le había desagradado aquella revelación—. En cualquier caso, no es nada favorecido.

—Como en general no suelo pensar acerca de lo que resulta atractivo o no en un hombre, no estoy cualificado para emitir un juicio competente, pero creo que nadie describiría al señor Swift como poco favorecido.

—¿Me estás diciendo que es atractivo?

—Yo diría que muchas personas dirían que sí, que lo es.

Lillian levantó una mano frente al rostro de Marcus.

—¿Cuántos dedos hay?

—Tres —respondió Marcus divertido—. Querida, ¿qué estás haciendo?

—Estoy comprobando tu visión. Creo que te falla la vista. Ahora sigue el movimiento de mi dedo.

—¿Por qué no sigues tú el movimiento del mío? —sugirió él mientras alargaba la mano hacia su camión.

Ella le cogió la mano y clavó la mirada en sus destellantes ojos.

—Sé serio, Marcus. ¡El futuro de Daisy está en juego!

Marcus se separó de ella de un modo complaciente.

—¡Está bien!

—Cuéntame de qué habéis hablado —lo apremió ella.

—Le he explicado al señor Swift, con bastante dureza, que no permitiré que nadie haga desgraciada a Daisy. Y le he pedido que me dé su palabra de que no se casará con ella.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó Lillian con un suspiro de alivio.

—Y él se ha negado.

—¿Él, qué...? —Lillian se quedó boquiabierta a causa de la sorpresa—. Pero si nadie te niega nada.

—Por lo visto, el señor Swift no se ha enterado —respondió Marcus.

—Pero tú harás algo, ¿no, Marcus? No permitirás que nadie intimide ni obligue a Daisy a casarse con Swift.

—Tranquila, cariño, te lo prometo. Nadie obligará a Daisy a casarse en contra de su voluntad. Sin embargo... —Marcus titubeó y se preguntó si debía contárselo todo a Lillian—. Mi opinión respecto a Matthew Swift es algo distinta a la tuya.

Lillian frunció el ceño.

—Mi opinión es más exacta. Yo hace más tiempo que lo conozco.

—Tú lo conociste hace años —contestó Marcus sin alterarse—. Pero la gente cambia, Lillian. Y yo creo que la mayor parte de lo que tu padre opina acerca de Swift es cierto.

—¿Tú también, Marcus?

Él sonrió al ver la expresión teatral de Lillian. A continuación, deslizó una mano por debajo de las sábanas, cogió el pie de Lillian, lo colocó sobre su regazo y masajeó el dolorido empeine con los pulgares. Ella suspiró y se reclinó sobre las almohadas.

Marcus reflexionó acerca de lo que había averiguado en relación con Swift hasta entonces. Se trataba de un joven inteligente, avisado y bien educado. El tipo de hombre que pensaba antes de hablar. Marcus se sentía a gusto junto a este tipo de hombre.

A primera vista, emparejar a Matthew Swift con Daisy Bowman parecía por completo incongruente. Sin embargo, Marcus no estaba del todo de acuerdo con la opinión de Lillian en el sentido de que Daisy tenía que casarse con un hombre romántico y sensible como ella. No habría equilibrio en dicha unión. Después de todo, incluso los barcos veleros más veloces necesitaban un ancla.

—Debemos enviar a Daisy a Londres lo antes posible —declaró Lillian con inquietud—. Estamos en la temporada alta y ella está encerrada en Hampshire lejos de los bailes y las veladas.

—Fue ella quien decidió venir —le recordó Marcus mientras le cogía el otro pie—. Ella nunca se perdonaría si se perdiera el nacimiento del bebé.

—¡Oh, no te preocupes! Yo prefiero que Daisy se pierda el nacimiento y conozca a posibles pretendientes a que esté aquí conmigo esperando, se le agote el tiempo y tenga que casarse con Matthew Swift y trasladarse con él a Nueva York. En ese caso sería muy difícil que volviera a verla.

—Ya he pensado en esta posibilidad —declaró Marcus—. Y por esta razón, he invitado a unos cuantos pretendientes posibles a Stony Cross Park, para la caza del ciervo.

—¿Eso has hecho?

Lillian levantó la cabeza de la almohada.

—St. Vincent y yo confeccionamos una lista de posibles pretendientes y discutimos a fondo las cualidades de cada uno de los candidatos. Al final, nos quedamos con doce. Y todos ellos son adecuados para tu hermana.

—¡Oh, Marcus, eres el hombre más inteligente y maravilloso...!

Él interrumpió las alabanzas de Lillian con un movimiento de la mano, sacudió la cabeza y sonrió al recordar los apasionados argumentos que St. Vincent y él sostuvieron durante la elaboración de la lista.

—Permíteme que te diga que St. Vincent es endemoniadamente maniático. Si fuera una mujer, ningún hombre sería bueno para él.

—Nunca lo son —contestó Lillian sin pudor—. Por esta razón las mujeres tenemos un dicho: «Apunta alto y confórmate con lo que encuentres».

Marcus dio un respingo.

—¿Es eso lo que tú hiciste?

Ella sonrió.

—No, milord. Yo apunté alto y conseguí mucho más de lo que esperaba.

Lillian rió mientras Marcus se inclinaba sobre su cuerpo y la besaba con pasión.

Antes del amanecer, varios invitados tomaron un desayuno rápido en la terraza posterior de la casa y salieron, vestidos con ropas de *tweed*, sarga y lino encerado, dispuestos a pescar truchas. Unos sirvientes de ojos somnolientos los siguieron hasta el río mientras acarreaban las cañas, las cestas y unas cajas de madera con los cebos y el resto de los útiles. Los

hombres estarían fuera buena parte de la mañana mientras las mujeres dormían.

Todas, salvo Daisy. A ella le encantaba pescar, pero ya sabía, sin tener que preguntarlo, que no sería bien recibida en el grupo de hombres. En el pasado, Lillian y ella habían ido a pescar juntas con frecuencia, pero en la actualidad, a causa de su estado, Lillian no estaba en condiciones de acompañarla.

Daisy hizo lo posible para convencer a Evie y a Annabelle para que fueran con ella al lago artificial que Westcliff mantenía generosamente abastecido de truchas, pero ninguna de sus amigas mostró entusiasmo por aquella idea.

—¡Os lo pasaréis muy bien! —las animó Daisy—. Os enseñaré a lanzar el anzuelo. En realidad, es muy fácil. ¡No me digáis que os vais a quedar dentro de la casa en una mañana de primavera tan hermosa como ésta!

Sin embargo, Annabelle opinó que quedarse a dormir hasta tarde le parecía una idea estupenda y, como St. Vincent, el marido de Evie, había decidido no ir a pescar, ella dijo que prefería quedarse en la cama con él.

—Te lo pasarás mucho mejor pescando conmigo —declaró Daisy.

—No —declaró Evie con determinación—. Seguro que no.

Daisy, frustrada y sintiéndose un poco sola, desayunó y se dirigió al lago con su caña favorita de madroño con el extremo de barba de ballena y el carrete con pie de fijación.

La mañana era preciosa y soplaba una brisa fresca y suave. La salvia, una vez finalizado el periodo de letargo, desplegaba sus hojas azules y púrpura junto a los setos de endrino. Daisy atravesó un campo tapizado de verde hierba y se dirigió hacia una zona cubierta de ranúnculo, milenrama y la flor rosa de cuclillo.

Tras pasar junto a una morera, Daisy percibió un alboroto junto a la orilla del lago. Allí había dos muchachos y, entre ellos, había algo... ¿Un animal, un pájaro...? ¡Un ganso! El animal protestaba con potentes graznidos y un violento aleteo mientras los muchachos reían tontamente.

—¡Eh, vosotros! —gritó Daisy—. ¿Qué hacéis? ¿Qué pasa aquí?

Al ver a la intrusa, los muchachos soltaron un grito y echaron a correr con tanto impulso que sus piernas se desdibujaron mientras se alejaban del lago.

Daisy aceleró el paso y se dirigió hacia el indignado ganso. Se trataba de un animal grande, de la raza doméstica Greylag. Esta raza se distinguía por su plumaje gris, su cuello musculoso y su afilado pico naranja.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Daisy al ver que tenía algo atado a la pata.

Cuando se acercó al animal, el ganso hostil se lanzó hacia adelante como si quisiera atacarla, pero lo que llevaba atado a la pata lo paró en seco. Daisy se detuvo y dejó en el suelo los aparejos de pesca.

—Voy a intentar ayudarte —informó al agresivo animal—, pero una actitud como ésta resulta descorazonadora. Si lograras dominar tu carácter... —Daisy avanzó, poco a poco, hacia el ganso y examinó el origen de su problema—. ¡Oh, cielos! —exclamó—. Esos granujas te estaban haciendo pescar para ellos, ¿no?

El ganso soltó un graznido en señal de asentimiento.

Los muchachos habían atado el extremo de un pedazo de sedal a la pata del ganso y el otro a una cucharilla que tenía un agujero en la cazoleta. Del agujero colgaba un anzuelo. De no ser por la compasión que despertaba en Daisy el maltratado animal, se habría echado a reír.

Se trataba de un artilugio ingenioso. Los muchachos azuzaban al ganso para que nadara hacia el interior del lago y, cuando el animal regresaba a la orilla, la cucharilla brillaba como si se tratara de un pececillo plateado. Si el brillo atraía a una trucha, ésta se vería atrapada por el anzuelo y el ganso la llevaría hasta la orilla. Sin embargo, la cucharilla había quedado enredada en unas zarzamoras y el ganso no podía soltarse.

Daisy se acercó a la zarzamora con movimientos lentos mientras hablaba con voz suave. El ganso permaneció inmóvil y la observó con atención con un ojo negro y brillante.

—Buen chico —lo tranquilizó Daisy mientras alargaba el brazo hacia el sedal—. Cielo santo, eres enorme. Si tienes un poco más de paciencia... ¡Ay!

De una forma repentina, el ganso se lanzó sobre Daisy y le golpeó el antebrazo con un potente picotazo.

Daisy retrocedió a toda prisa y contempló la marca que le había producido el animal, la cual empezaba a amoratarse. Daisy regañó al beligerante ganso:

—¡Criatura desagradecida! Sólo por esto debería marcharme y dejarte aquí sin más.

Daisy se frotó el antebrazo dolorido y se preguntó si podría utilizar la caña de pescar para desatascar el sedal de la zarzamora. Claro que, de todas maneras, todavía quedaría el problema de desatar la cucharilla de la pata del ganso. Tendría que regresar a la casa y buscar a alguien para que la ayudara.

Cuando se inclinó para coger el equipo de pesca, Daisy oyó un ruido inesperado. Alguien silbaba una tonada que le resultaba muy familiar. Escuchó con atención y recordó la melodía. Se trataba de una canción que era popular en Nueva York justo antes de que ella se marchara de allí. La canción se titulaba *El final de un día perfecto*.

Alguien se acercaba adonde ella estaba desde el río. Se trataba de un hombre con ropas empapadas que acarreaba un cesto de pesca y llevaba puesto un sombrero de ala baja. El desconocido iba vestido con una chaqueta deportiva de *tweed* y unos pantalones de tejido burdo y resultaba imposible no percatarse de la forma en que su ropa húmeda se ajustaba al firme contorno de su cuerpo. Los sentidos de Daisy se dispararon al reconocerlo y su pulso se aceleró.

El hombre interrumpió su silbido cuando vio a Daisy. Sus ojos eran más azules que el agua o el cielo y brillaron sorprendidos en su rostro tostado por el sol. Cuando se quitó el sombrero en señal de deferencia, los oscuros y espesos mechones de su cabello despidieron destellos de color caoba bajo el reflejo del sol.

«¡Maldición!», exclamó Daisy para sus adentros no sólo porque él era la última persona que deseaba ver en aquel momento, sino porque, además, tenía que admitir que Matthew Swift era muy atractivo.

Daisy no quería encontrarlo tan atractivo, ni quería sentir la curiosidad que sentía por él, ni quería sentir el deseo de adentrarse en su vida privada y desvelar sus secretos, sus placeres y sus temores. ¿Por qué nunca se había interesado por él antes? Quizás, antes, ella era demasiado inmadura. Quizá no era él quien había cambiado, sino ella.

Swift se acercó a Daisy con cautela.

—Señorita Bowman.

—Buenos días, señor Swift. ¿Cómo es que no está pescando con los

demás?

—Mi cesto estaba lleno y pescaba tantas truchas que pensé que, si continuaba, los demás se sentirían incómodos.

—¡Qué modesto es usted! —exclamó Daisy con sequedad—. ¿Dónde está su caña?

—Se la ha quedado Westcliff.

—¿Por qué?

Swift dejó el cesto en el suelo y volvió a ponerse el sombrero.

—La he traído de Norteamérica. Se trata de una caña articulada de nogal norteamericano con un extremo flexible de fresno, un carrete multiplicador de Kentucky y un mango de manivela equilibrado.

—Los carretes multiplicadores no funcionan —contestó Daisy.

—Los ingleses no —la rectificó Swift—, pero en Norteamérica se han realizado mejoras. Cuando Westcliff se dio cuenta de que podía lanzar el sedal directamente desde el carrete, se puede decir que me arrebató la caña de las manos. Ahora mismo está pescando con ella.

Daisy conocía el interés de su cuñado por la tecnología y sonrió. Sentía la mirada de Swift sobre ella y no quería mirarlo, pero no pudo evitarlo.

Le resultaba difícil reconciliar los recuerdos del joven detestable que había conocido en Norteamérica con aquel robusto espécimen de hombre. Swift era como un penique de cobre recién acuñado: brillante, reluciente y perfecto. La luz matutina se posó en la piel de Swift e iluminó sus largas pestañas y los diminutos abanicos de arrugas que irradiaban de la comisura de sus párpados. Daisy deseaba tocar su rostro, hacerlo sonreír y sentir la curvatura de sus labios en las yemas de sus dedos.

El silencio que reinaba entre ellos se prolongó y se volvió tenso y embarazoso hasta que un imperioso graznido del ganso lo interrumpió.

Swift contempló a la enorme ave.

—Por lo que veo tiene compañía. —Cuando Daisy le explicó lo que los dos muchachos habían hecho, Swift sonrió—. Chicos listos.

A ella, aquel comentario no le pareció muy compasivo.

—Quiero ayudarlo —comentó ella—, pero cuando intenté acercarme, me dio un picotazo. Pensaba que los animales domésticos eran más receptivos a la cercanía de los humanos.

—Los gansos Greylag no son conocidos por su buen temperamento —le informó Swift—. Sobre todo los machos. Lo más probable es que quisiera demostrarle quién es el jefe.

—Pues lo ha conseguido —respondió Daisy mientras se frotaba el antebrazo.

Swift percibió el morado que tenía Daisy en el brazo y frunció el ceño.

—¿Es ahí donde le ha dado el picotazo? Déjeme ver.

—No, estoy bien... —empezó ella, pero él ya se había acercado.

Swift rodeó la muñeca de Daisy con sus largos dedos y, con suavidad, deslizó el pulgar de la otra mano por encima del oscuro morado.

—Se le forman morados con facilidad —murmuró él con la cabeza de oscuros cabellos inclinada sobre el brazo de Daisy.

El corazón de Daisy palpitó con intensidad y, al final, adoptó un ritmo acelerado. Swift olía a aire libre, a sol, a agua y a hierba. Y, aún más hondo, se percibía el aroma seductor de un hombre sudoroso y de cuerpo cálido. Daisy luchó contra el impulso de precipitarse a sus brazos, de estrecharse contra su cuerpo, de llevar la mano de él hacia su pecho. Y aquel silencioso anhelo la dejó paralizada.

Daisy levantó la mirada hacia Swift y se encontró con que sus ojos azules miraban directamente a los suyos.

—Yo... —Daisy se separó de él con nerviosismo—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿En relación con el ganso? —Swift encogió sus anchos hombros—. Podríamos retorcerle el pescuezo y llevarlo a la casa para la cena.

Su sugerencia provocó que Daisy y el ganso lo contemplaran escandalizados.

—Ése ha sido un chiste muy malo, señor Swift.

—No se trataba de ningún chiste.

Daisy se plantó con determinación entre Swift y el ganso.

—Resolveré la situación yo sola. Ya puede irse.

—Yo no le aconsejaría que se encariñara con él. Si se queda en Stony Cross Park el tiempo suficiente, llegará un día en que lo encontrará en su plato.

—No me importa si le parezco una hipócrita —contestó ella—, pero no

pienso comerme a un ganso al que conozco.

Aunque Swift no sonrió, Daisy percibió que su comentario le había resultado divertido.

—Filosofías aparte —continuó él—, se enfrenta usted a la cuestión práctica de cómo liberar su pata. La única recompensa que conseguirá por sus esfuerzos consistirá en una serie de picotazos y morados.

—Si usted quisiera sujetarlo, yo podría coger la cucharilla y...

—No —contestó Swift con firmeza—. Ni por todo el té de China.

—Nunca le he encontrado sentido a esa expresión —declaró ella—. Si tenemos en cuenta la producción mundial total, India produce mucho más té que China.

Swift torció los labios mientras reflexionaba sobre aquella cuestión.

—Como China es la principal productora de cáñamo, supongo que podríamos decir «Ni por todo el cáñamo de China», pero no suena tan bien. Sin embargo, lo exprese como lo exprese, no pienso ayudar al ganso.

Swift se inclinó para coger su cesto.

—¡Por favor! —pidió Daisy. Swift le lanzó una mirada sufrida—. ¡Por favor! —repitió ella.

Ningún caballero podía negarle algo a una dama que acababa de pedirselo dos veces.

Swift murmuró algo indescifrable entre dientes y volvió a dejar el cesto en el suelo.

Daisy sonrió con suficiencia.

—Gracias.

Sin embargo, su sonrisa se desvaneció cuando él le advirtió:

—Me debe una.

—Desde luego —replicó Daisy—. Nunca esperaría que hiciera algo a cambio de nada.

—Y cuando le pida que me devuelva el favor, ni siquiera tiene que pensar en la posibilidad de negarse. Sea lo que sea lo que le pida.

—Así será, siempre que sea algo razonable. No voy a casarme con usted sólo porque ha salvado a un pobre ganso.

—Créame —respondió él con voz misteriosa—, el matrimonio no formará parte de mi petición.

Swift empezó a quitarse la chaqueta, aunque le costó separar el húmedo tejido verde aceituna de lana de sus fornidos hombros.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Daisy con los ojos muy abiertos.

Swift apenas consiguió contener una mueca de exasperación.

—No permitiré que este maldito pájaro arruine mi chaqueta.

—No es preciso montar un escándalo porque unas cuantas plumas se peguen a su chaqueta.

—No son las plumas lo que me preocupa —declaró él de forma cortante.

—¡Ah!

Daisy se esforzó en contener una sonrisa y lo observó mientras se quitaba la chaqueta y el chaleco. La camisa blanca arrugada se pegaba a su amplio pecho, se volvía más húmeda y casi transparente sobre la superficie musculosa de su abdomen y, más abajo, desaparecía tras la cintura empapada de sus pantalones. Unos tirantes blancos se extendían sobre sus hombros y se cruzaban en su espalda fornida. Swift dejó con cuidado la ropa encima del cesto de la pesca para que no se ensuciara. La brisa jugueteó con su cabello y desplazó un mechón sobre su frente.

Aquella extraña situación: el ganso agresivo, Matthew Swift empapado y en mangas de camisa..., hizo que Daisy sintiera unos deseos incontenibles de echarse a reír. Con toda rapidez, Daisy se tapó la boca con una mano, pero fue inútil.

Él sacudió la cabeza mientras sonreía en respuesta a la risa de Daisy. Ella decidió que sus sonrisas nunca duraban mucho, que se desvanecían con la misma rapidez con la que aparecían. Verlo sonreír era como presenciar un extraño fenómeno natural, como las estrellas fugaces, cuya visión era breve y fascinante.

—Si le cuenta esto a alguien, pequeña..., lo pagará caro.

Sus palabras eran amenazadoras, pero algo en el tono de su voz, cierta sensualidad erótica, provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Daisy.

—No se lo contaré a nadie —contestó ella con voz entrecortada—. Esta situación resulta tan embarazosa para usted como para mí.

Swift se agachó junto a la chaqueta, cogió una navaja y se la entregó a Daisy. ¿Era resultado de su imaginación o él había mantenido los dedos en la palma de su mano más tiempo del necesario?, se preguntó Daisy.

—¿Para qué es la navaja? —preguntó ella con intranquilidad.

—Para cortar el sedal de la pata del ganso. Tenga cuidado, está muy afilada. Odiaría que cortara una arteria por accidente.

—No se preocupe, no le haré daño al pobre animal.

—No me refería al ganso, sino a mí. —Swift lanzó una mirada calibradora a la impaciente ave—. Si me lo pones difícil, a la hora de la cena no serás más que paté —advirtió al animal.

El ganso extendió las alas de una forma amenazadora para parecer lo más grande posible.

Swift se le acercó con pasos decididos y colocó un pie encima del sedal para limitar los movimientos. El ave siseó, agitó las alas y se detuvo un instante antes de tomar la decisión de lanzarse hacia delante. Swift lo agarró mientras maldecía e intentaba esquivar las embestidas del pico del animal. Una nube de plumas se levantó alrededor de los dos.

—¡No lo estrangule! —gritó Daisy al ver que Swift había agarrado al ganso por el pescuezo.

Seguramente fue una suerte que la respuesta de Swift se perdiera en la explosión de sacudidas, graznidos y forcejeos de la fiera con plumas. De algún modo, Swift consiguió dominar al ganso hasta que éste se convirtió en una masa que escupía y se retorció entre sus brazos. Despeinado y cubierto de plumas y plumón, Swift lanzó una mirada iracunda a Daisy.

—Venga aquí y corte el sedal —soltó.

Daisy obedeció con celeridad y se arrodilló junto a los combatientes. Con sumo cuidado, cogió la pata palmeada y llena de barro del ganso, pero éste soltó un graznido y la apartó de un tirón.

—¡Por todos los santos, no sea tímida! —exclamó Swift con impaciencia—. ¡Sólo cójale la pata y corte el hilo!

Si no hubiera habido quince kilos de ganso enfurecido entre ellos, Daisy habría lanzado una mirada rabiosa a Matthew Swift. En lugar de esto, Daisy cogió con firmeza la pata del animal y deslizó la punta de la navaja por debajo del sedal. Swift tenía razón, la hoja de la navaja estaba endiabladamente afilada, con un simple roce cortó el hilo de pescar en dos.

—¡Ya está! —exclamó Daisy en tono triunfal mientras plegaba la navaja—. Ya puede soltar a su amigo emplumado, señor Swift.

—Gracias —respondió él en tono mordaz.

Cuando Swift abrió los brazos y liberó al animal, éste reaccionó de una forma inesperada. Dispuesto a vengarse y considerando que su libertador era el culpable de todas sus desgracias, la criatura se dio la vuelta dispuesta a picotear a Swift en el rostro.

—¡Ay!

Swift cayó sentado en el suelo y se llevó la mano al ojo mientras el ganso se alejaba a toda velocidad y soltaba un graznido triunfante.

—¡Señor Swift! —Preocupada, Daisy se acercó a gachas hasta él, se sentó a horcajadas sobre su regazo y tiró de su mano—. ¡Déjeme ver!

—Estoy bien —respondió él mientras se frotaba el ojo.

—¡Déjeme ver! —repitió ella mientras le cogía la cabeza entre las manos.

—Voy a exigir que me sirvan carne de ganso para la cena —murmuró él mientras permitía que Daisy le ladeara la cabeza para inspeccionar su ojo.

—No, no lo hará. —Daisy examinó con delicadeza la pequeña herida que el ganso le había producido en el extremo de la ceja y limpió con su manga una gota de sangre que brotaba del corte—. Es de mala educación comerse a alguien después de haberle salvado la vida. —La risa hizo temblar su voz—. Por suerte el ganso tiene mala puntería. No creo que el ojo se le ponga morado.

—Me alegro de que lo encuentre divertido —murmuró él—. Está cubierta de plumas, ¿lo sabe?

—Usted también.

Pequeñas bolitas de pelusa y filamentos de plumas grises y blancas estaban atrapadas en el resplandeciente cabello oscuro de Swift. A Daisy se le volvió a escapar la risa, la cual surgió como burbujas que suben a la superficie de un estanque.

Daisy empezó a sacar plumas y pelusa del cabello de Swift mientras sus espesos mechones le acariciaban los dedos y él alargó los brazos hacia el cabello de Daisy, el cual se había desprendido de los alfileres, y también empezó a sacar plumas de su brillante melena negra.

Durante uno o dos minutos, ambos se ocuparon en silencio el uno del otro. Daisy estaba tan concentrada en la tarea que, al principio, no se percató de lo inapropiada que resultaba su postura. Por primera vez desde que lo

conocía, estaba muy cerca de Swift y podía ver la diversa tonalidad de sus ojos azules, los cuales adquirían un matiz cobalto en el círculo exterior del iris. Y también percibió la textura de su piel suave y morena, que se ensombrecía en la zona de la bien rasurada mandíbula.

Daisy se dio cuenta de que Swift evitaba su mirada de una forma deliberada y que se concentraba en encontrar hasta el menor rastro de plumón en su cabello. De repente, Daisy percibió una excitante comunicación entre sus cuerpos y fue consciente de la sólida fuerza de Swift y de su ardiente aliento en la mejilla de ella. La ropa de Swift estaba húmeda y el calor de su piel ardiente llegaba hasta ella en aquellas zonas en las que sus cuerpos estaban en contacto.

Ambos se quedaron quietos al mismo tiempo, atrapados en un medio abrazo, mientras todas las células de la piel de Daisy parecían llenarse de un fuego líquido. Fascinada y desorientada, Daisy se relajó en aquella sensación mientras sentía los latidos de su pulso en todas las extremidades. Ya no quedaban más plumas en el cabello de Swift, pero Daisy se descubrió a sí misma deslizando los dedos entre las oscuras ondas de sus mechones.

Resultaría tan fácil para Swift hacerla rodar hasta colocarla debajo de él mientras el peso de su cuerpo la presionaba contra la húmeda tierra. La dureza de las rodillas de Swift despertó en Daisy el instinto primitivo de abrirse a él y permitirle que colocara las piernas de ella a su antojo.

Daisy notó que Swift contenía la respiración. Entonces él agarró a Daisy con firmeza por los brazos y la apartó de su regazo sin miramientos.

Ella aterrizó con un golpe seco al lado de él mientras intentaba recobrar la compostura. En silencio, Daisy buscó la navaja por el suelo y se la devolvió a Swift.

Después de introducirla en su bolsillo, Swift empezó a sacudirse las plumas y la suciedad de las pantorrillas.

Daisy se preguntó por qué él estaba sentado en aquella posición tan contraída y se puso de pie.

—Bueno —declaró Daisy con indecisión—, supongo que tendré que entrar en la casa a hurtadillas y por la entrada de servicio. Si mi madre me ve así, sufrirá un ataque.

—Yo regreso al río para ver cómo le va a Westcliff —respondió él con

voz áspera—. Y quizá pesque un poco más.

Daisy se dio cuenta de que Swift intentaba evitarla y frunció el ceño.

—Creí que, por hoy, ya tenía bastante de permanecer sumergido en agua fría hasta la cintura —declaró ella.

—Por lo visto no —murmuró él.

Y permaneció de espaldas a Daisy mientras recogía el chaleco y la chaqueta.

5

Perpleja y enojada, Daisy se alejó del lago artificial a grandes pasos.

No pensaba contarle a nadie lo que había ocurrido allí, aunque le habría encantado divertir a Lillian con la historia del ganso. Sin embargo, no quería revelar a nadie que había descubierto un aspecto distinto en Matthew Swift y que, durante unos instantes breves, se había permitido a sí misma flirtear con la peligrosa atracción que había experimentado hacia él. Claro que, en realidad, aquella atracción no había significado nada.

Aunque Daisy todavía era virgen, sabía algunas cosas acerca del sexo y era consciente de que el cuerpo de una mujer podía responder a un hombre sin que el corazón estuviera involucrado. Como le había sucedido en una ocasión con Cam Rohan. Sin embargo, la desconcertaba ser consciente de que se sentía atraída por Matthew Swift de la misma manera. ¡Aquellos dos hombres eran tan distintos! Uno era romántico y el otro, reservado. Uno era un gitano joven y guapo que había avivado su imaginación con posibilidades exóticas y el otro un hombre de negocios, de mirada dura, ambicioso y pragmático.

Daisy había conocido un sinnúmero de hombres ambiciosos durante los años que había vivido en la Quinta Avenida. Aquel tipo de hombres querían la perfección, querían a una esposa que fuera la mejor de las anfitrionas y que organizara las mejores cenas y veladas. Una esposa que vistiera los mejores trajes y tuviera los mejores hijos, quienes jugarían sin hacer ruido en la habitación de la planta superior mientras sus padres negociaban tratos comerciales en el estudio de la planta baja.

Y Matthew Swift, con su potente determinación, el hombre en el que su padre se había fijado por su talento y mente brillante, sería el marido más exigente que se pudiera imaginar. Swift querría una esposa cuya vida girara en torno a sus metas, y él la criticaría con severidad cuando ella no consiguiera complacerlo. No había futuro junto a un hombre así.

Pero había algo que hablaba en favor de Matthew Swift: había ayudado al ganso.

Daisy entró a hurtadillas en la casa, se lavó, y se puso un vestido limpio. Mientras tanto, sus amigas y su hermana se habían reunido en una salita para tomar té y tostadas. Las tres estaban sentadas junto a una de las mesitas redondas de la sala, cerca de la ventana, y las tres levantaron la vista cuando Daisy entró en la habitación.

Annabelle sostenía a Isabelle contra su hombro y le frotaba la diminuta espalda con suaves movimientos circulares de la mano. Varias de las otras mesas también estaban ocupadas, sobre todo por mujeres, aunque había cerca de media docena de hombres en la sala, entre ellos lord St. Vincent.

—¡Buenos días! —saludó Daisy con alegría mientras se dirigía a su hermana—. ¿Cómo has dormido, cariño?

—¡Muy bien! —El aspecto de Lillian era estupendo. Sus ojos se veían límpidos y llevaba el cabello recogido en la nuca con una redecilla de seda de color rosa—. He dormido con las ventanas abiertas y la brisa que procedía del lago resultaba muy refrescante. ¿Has ido a pescar esta mañana?

—No. —Daisy intentó sonar despreocupada—. Sólo he dado un paseo.

Evie se inclinó hacia Annabelle para coger a la niña en brazos.

—Déjame sostenerla —pidió. Isabelle se mordía el diminuto puño con frenesí y babeaba de una forma copiosa. Evie cogió en brazos a la agitada niña y explicó a Daisy—: La pobre está sacando los dientes.

—Ha estado lloriqueando toda la mañana —declaró Annabelle.

Daisy vio que sus luminosos ojos azules tenían aspecto de cansados. Eran los ojos de una joven madre. Aquel toque de cansancio realzaba la belleza de Annabelle y suavizaba la perfección de diosa de sus facciones.

—¿No es muy pronto para que esté sacando los dientes? —preguntó

Daisy.

—Es una Hunt —contestó Annabelle con sequedad—. Y los Hunt son vigorosos. Según mi marido, todos los miembros de su familia nacieron, prácticamente, con dientes. —Annabelle contempló a su hija con preocupación—. Creo que debería llevármela de aquí.

Una veintena de miradas reprobadoras se dirigían hacia ellas. No se consideraba correcto que los niños, y menos los bebés, estuvieran con los adultos salvo para mostrarlos, en cuyo caso el bebé tenía que ir vestido de blanco, con volantes y cintas, y después de exhibirlo brevemente y recibir la aprobación general, debían llevarlo de vuelta y con rapidez a la habitación de los niños.

—¡Tonterías! —exclamó Lillian enseguida sin preocuparse por bajar la voz—. Isabelle apenas llora y no molesta a nadie. Sólo está un poco inquieta. Creo que todos deberían ser un poco más tolerantes.

—Probemos otra vez con la cuchara —murmuró Annabelle con un deje de ansiedad en su armoniosa voz. Entonces cogió una cucharilla de plata de un cuenco lleno de hielo picado y le explicó a Daisy—: Mi madre me sugirió que le pusiera una cuchara helada en las encías, por lo visto siempre funcionó con mi hermano Jeremy.

Daisy se sentó al lado de Evie mientras contemplaba cómo Isabelle mordía la cucharilla. El pequeño y rechoncho rostro del bebé estaba colorado y surcado de lágrimas. Cuando lloriqueó, sus tiernas e inflamadas encías quedaron a la vista y Daisy hizo una mueca de compasión.

—Necesita dormir una siesta —explicó Annabelle—, pero el dolor le impide conciliar el sueño.

—¡Pobrecita!

Mientras Evie intentaba tranquilizar a Isabelle, se oyó un leve revuelo que procedía del otro extremo de la sala. La llegada de una persona había despertado una oleada de interés. Daisy se volvió hacia allí y vio la atractiva y alta figura de Matthew Swift.

¡De modo que no había regresado al río! Debía de haber esperado a que Daisy se alejara para volver a la casa evitando, así, tener que acompañarla.

Como su padre, Swift sentía poco interés por ella. Daisy se dijo a sí misma que aquel hecho no debía importarle, pero le dolió.

Swift llevaba puesta una chaqueta gris oscuro impecablemente planchada, un chaleco gris perla y un pañuelo en el cuello anudado con un lazo conservador. Aunque en Europa se había puesto de moda que los hombres llevaran las patillas largas y el cabello suelto y ondulado, por lo visto esta moda todavía no había llegado a Norteamérica. Matthew Swift iba completamente afeitado y llevaba el resplandeciente cabello pegado a los lados de la cabeza y a la nuca, lo cual le proporcionaba un atractivo aire infantil.

Daisy lo contempló con disimulo mientras otro hombre lo presentaba a los invitados que había en la sala. Daisy advirtió gestos de placer en el rostro de los caballeros de cierta edad cuando Swift hablaba con ellos, celos en el de los caballeros más jóvenes y un interés seductor en el de las mujeres.

—¡Santo cielo! —murmuró Annabelle—. ¿Quién es éste?

—El señor Swift —gruñó Lillian malhumorada.

Annabelle y Evie abrieron unos ojos como platos.

—¿El mismo señor Swift que describiste como un saco de huesos? —preguntó Evie.

—¿El mismo que dijiste que era tan excitante como un plato de espinacas mustias? —añadió Annabelle.

Lillian, ceñuda, desvió su atención de Swift y dejó caer un terrón de azúcar en su té.

—Supongo que no es tan horrible como lo describí —aceptó—, pero no permitáis que su apariencia os engañe. Cuando conozcáis al hombre que hay en su interior, la impresión que tenéis de su exterior cambiará.

—Yo c-creo que hay unas cuantas damas que querrían conocer cualquier parte de él —observó Evie provocando que Annabelle soltara una risita y casi se atragantara con el té.

Daisy lanzó una rápida mirada por encima de su hombro y comprobó que era cierto. Las damas de la sala se agitaban en sus asientos, reían tontamente y tendían a Swift sus suaves y pálidas manos para que él se las besara.

—Todo este jaleo se debe a que es norteamericano y, por lo tanto, una novedad —refunfuñó Lillian—. Si alguno de mis hermanos hubiera venido, todas estas damas se olvidarían de inmediato del señor Swift.

Aunque a Daisy le habría gustado estar de acuerdo con ella, estaba

bastante segura de que sus hermanos no ejercerían el mismo efecto que el señor Swift. Aunque eran los herederos de una gran fortuna, los hermanos Bowman no gozaban del refinamiento social cuidadosamente cultivado por Swift.

—Está mirando hacia aquí —advirtió Annabelle. La ansiedad transmitió una leve tensión a su postura—. Está frunciendo el ceño, como todos los demás. Isabelle está haciendo demasiado jaleo. Me la llevaré afuera y...

—¡No te la lleses a ninguna parte! —ordenó Lillian—. Ésta es mi casa y tú eres mi amiga y todas las personas a las que les molesten los ruidos del bebé pueden irse de inmediato.

—¡Viene hacia aquí! —susurró Evie—. ¡Callaos!

Daisy fijó la mirada en su té mientras sus músculos se ponían más y más tensos.

Swift se acercó a la mesa y se inclinó con cortesía.

—*Milady* —saludó a Lillian—, qué placer volver a verla. ¿Puedo felicitarla de nuevo por su matrimonio con lord Westcliff? Y... —Swift titubeó, pues aunque resultaba evidente que Lillian estaba embarazada, no era correcto referirse a su estado—. Y tiene usted muy buen aspecto —terminó él.

—Tengo el tamaño de una cochera —declaró Lillian con rotundidad mientras echaba por los suelos su diplomacia.

Swift apretó los labios como si intentara contener una sonrisa.

—En absoluto —respondió con gentileza.

A continuación, miró a Annabelle y a Evie y todas esperaron a que Lillian las presentara. Ella lo hizo a regañadientes.

—Os presento al señor Swift —murmuró mientras dejaba caer la mano en el aire en dirección a él—. La señora de Simon Hunt y *lady* St. Vincent.

Swift se inclinó con agilidad para besar la mano de Annabelle y habría hecho lo mismo con Evie, pero en aquel momento ella sostenía al bebé. Los gemidos y lloriqueos de Isabelle iban en aumento y pronto se convertirían en auténticos aullidos a menos que alguien hiciera algo para evitarlo.

—Ésta es mi hija Isabelle —la presentó Annabelle en tono de disculpa—. Está sacando los dientes.

«Esto lo hará huir a la velocidad de un rayo», pensó Daisy. A los hombres

les aterrizaraban los bebés que lloraban.

—¡Ah! —exclamó él.

Swift introdujo una mano en el bolsillo de su chaqueta y hurgó entre una colección de artículos que tintinearón al chocar entre ellos. ¿Qué demonios tenía allí dentro? Daisy lo observó mientras él sacaba la navaja, un trozo de sedal y un pañuelo blanco y limpio.

—¿Qué va a hacer, señor Swift? —preguntó Evie con una sonrisa inquisitiva.

—Voy a improvisar algo.

Swift colocó un poco de hielo picado en el centro del pañuelo, juntó los extremos apretando el tejido alrededor del hielo y los ató con un trozo de sedal. Después de volver a introducir la navaja en su bolsillo, alargó los brazos para coger al bebé sin ningún trazo de timidez.

Evie, con los ojos abiertos de par en par, le entregó a Isabelle. Las cuatro mujeres lo observaron sorprendidas mientras él apoyaba a Isabelle contra su hombro con soltura. Swift introdujo el hielo envuelto en el pañuelo en la boquita de Isabelle y ella lo mordió con ansia, aunque no dejó de llorar.

Swift, ajeno a las miradas fascinadas de todos los presentes, se dirigió a la ventana mientras murmuraba algo en el oído de Isabelle. Parecía que le estaba contando una historia. Después de unos minutos, la niña se calmó.

Cuando Swift regresó a la mesa, Isabelle suspiraba medio dormida mientras mantenía la improvisada bolsa de hielo fuertemente apretada entre las encías.

—¡Oh, señor Swift! —exclamó Annabelle con agradecimiento mientras cogía a Isabelle entre sus brazos—. ¡Qué inteligente es usted! ¡Gracias!

—¿Qué le ha contado? —preguntó Lillian.

Él la miró y respondió sin darle importancia:

—Quería distraerla hasta que el hielo le insensibilizara las encías, de modo que le he recitado una versión detallada del acuerdo de Buttonwood de 1792.

Daisy se dirigió a él por primera vez.

—¿Y en qué consiste este acuerdo?

Swift la miró con una expresión amable y suave en el rostro y, durante un segundo, Daisy casi creyó que había soñado los sucesos de la mañana. Sin

embargo, su piel y sus nervios todavía conservaban la sensación y la sólida huella del cuerpo de Swift.

—El acuerdo Buttonwood posibilitó la creación de la agencia de Cambio y Bolsa de Nueva York —explicó él—. Creo que mi relato era bastante instructivo, pero ella pareció perder interés cuando le expuse los términos del acuerdo relativos a la estructuración de los honorarios.

—Comprendo —contestó Daisy—. Ha aburrido a la pobre niña hasta dormirla.

—Debería usted oír mi disertación acerca del desequilibrio de las fuerzas del mercado que condujo a la crisis del 37 —replicó Swift—. Según me han contado, es mejor que el láudano.

Daisy contempló sus brillantes ojos azules y, a su pesar, se echó a reír. Él le regaló otra de sus breves y maravillosas sonrisas y, sin saber por qué, Daisy se ruborizó.

La atención de Swift permaneció fija en Daisy durante unos instantes más de lo preciso, como si se sintiera fascinado por algo que veía en los ojos de ella. De repente, Swift separó la mirada de la de ella y se inclinó hacia el resto de los miembros de la mesa.

—Ahora las dejaré para que sigan disfrutando del té. Ha sido un placer, señoras. —Swift miró a Annabelle y añadió con seriedad—: Tiene usted una hija encantadora, *madame*. Pasaré por alto su falta de aprecio hacia mi charla informativa.

—Es usted muy amable, señor —replicó Annabelle con ojos chispeantes.

Swift regresó al otro extremo de la sala mientras las jóvenes con las que se cruzó simulaban estar ocupadas añadiendo innecesarios terrones de azúcar al té o alisando las servilletas en sus regazos.

Evie fue la primera en hablar.

—Tenías razón —le dijo a Lillian—, es absolutamente horrible.

—Sí —añadió Annabelle con énfasis—. Cuando lo miras, las primeras palabras que te vienen a la mente son «espinacas mustias».

—¡Callaos las dos! —exclamó Lillian en respuesta a su sarcasmo mientras clavaba los dientes en una tostada.

Por la tarde, Lillian insistió en arrastrar a Daisy al exterior de la casa, hasta el terreno cubierto de hierba que estaba situado en la zona este y en el que la mayoría de los jóvenes jugaban, en aquellos momentos, a las bochas.

En cualquier otro momento, a Daisy no le habría importado complacer a su hermana, pero acababa de llegar a una parte muy emocionante de una novela en la que una institutriz llamada Honoria encontraba un fantasma en el ático. «¿Quién es usted?», había preguntado la institutriz con voz trémula mientras contemplaba al fantasma. Éste se parecía mucho a lord Clayworth, un viejo amor de la institutriz.

Cuando Daisy iba a leer la respuesta del fantasma, Lillian le arrebató con decisión el libro de las manos y la empujó fuera de la biblioteca.

—¡Maldita sea! —se quejó Daisy—. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!... ¡Lillian, acababa de llegar a la mejor parte!

—Mientras hablamos, hay al menos media docena de posibles pretendientes jugando afuera a las bochas —contestó Lillian con determinación—. Y jugar con ellos te resultará mucho más productivo que leer a solas.

—Yo no sé nada del juego de las bochas.

—Estupendo. Pídeles que te enseñen a jugar. Si hay algo que les gusta de verdad a los hombres, es enseñar a una mujer cómo tiene que hacer algo.

Juntas se dirigieron al campo de juego, donde se habían dispuesto unas sillas y unas mesas para los espectadores. Los jugadores hacían rodar unas bolas grandes de madera por la pista de hierba y reían cuando la bola de un jugador del equipo contrario caía en el estrecho canal cavado a un lado de la pista.

—¡Mmm! —masculló Lillian mientras contemplaba a los jugadores—. Tenemos competencia. —Daisy reconoció a las tres mujeres a las que se refería su hermana: *miss* Cassandra Leighton, *lady* Miranda Dowden y Elspeth Higginson—. Habría preferido no invitar a ninguna mujer soltera a Hampshire —explicó Lillian—, pero Westcliff me dijo que nuestro plan resultaría demasiado obvio. Por fortuna, tú eres más guapa que cualquiera de ellas. Aunque eres baja.

—Yo no soy baja —protestó Daisy.

—Chiquita, entonces.

—Ese término todavía me gusta menos. Me hace parecer trivial.

—Pues es mejor que raquíica —replicó Lillian—, que es la única otra palabra que se me ocurre para describir tu escasa estatura. —Lillian sonrió al ver que Daisy fruncía el ceño—. No hagas muecas, cariño, te estoy llevando a un bufet de solteros para que elijas al que quieras. ¡Oh, demonios!

—¿Qué? ¿Qué?

—Él está jugando.

No había necesidad de preguntar quién era él, el fastidio que reflejaba la voz de Lillian dejaba muy clara su identidad.

Daisy observó al grupo y vio en el otro extremo del campo a Matthew Swift, quien, junto con otros jóvenes, contemplaba cómo alguien medía la distancia que había entre las bolas. Igual que los otros jóvenes, Swift iba vestido con unos pantalones de color claro, una camisa blanca y un chaleco. Se notaba que estaba en forma y su postura relajada despedía seguridad en su propio físico.

Swift estaba muy atento al juego y parecía tomárselo muy en serio. Matthew Swift siempre tenía que esforzarse al máximo, aunque sólo se tratara de un juego de entretenimiento.

Daisy estaba segura de que él competía por algo todos los días de su vida. Y esta característica no encajaba con lo que ella sabía de los jóvenes privilegiados del viejo Boston o del viejo Nueva York, de los mimados vástagos de familias ricas que sabían que no tenían que trabajar si no querían. Daisy se preguntó si Swift alguna vez hacía algo sólo por placer.

—Están intentando determinar quién ha ganado el punto —explicó Lillian—. O sea, quién ha conseguido acercar más sus bolas a la bola blanca que hay en el extremo.

—¿Cómo sabes tanto acerca de este juego? —preguntó Daisy.

Lillian sonrió con ironía.

—Westcliff me enseñó a jugar. Él es tan bueno que siempre gana, de modo que, en general, sólo se sienta a mirar.

Las dos hermanas se acercaron a las sillas, donde Westcliff estaba sentado con Evie, lord St. Vincent y los Craddock, un teniente general

retirado y su esposa. Daisy se dispuso a sentarse en una de las sillas, pero su hermana la empujó hacia el campo de juego.

—¡Ve a jugar! —la apremió Lillian con el mismo tono de voz que utilizaría para ordenar a un perro que fuera a buscar un palo.

Daisy suspiró, dedicó un último y melancólico pensamiento a su novela inacabada y se dirigió a desgana hacia el campo de juego. Conocía al menos a dos de los caballeros que estaban jugando. En realidad ninguno de ellos podía considerarse un mal candidato a ser su pretendiente. Allí estaba, por ejemplo, el señor Hollingberry, un hombre de aspecto agradable, de treinta y tantos años, de mejillas rellenas y un poco rechoncho, pero atractivo. Y el señor Mardling, de constitución atlética, cabello espeso, rubio rizado y ojos verdes.

En el campo también había dos hombres a los que Daisy no había visto nunca antes en Stony Cross, el señor Alan Rickett, que tenía aspecto de intelectual, con sus gafas y su chaqueta algo arrugada, y lord Llandrindon, un caballero guapo, de cabello negro y estatura media.

Llandrindon se acercó a Daisy de inmediato y se ofreció para explicarle las reglas del juego. Daisy intentó no mirar por encima del hombro hacia el señor Swift, quien en aquel momento estaba rodeado de mujeres. Ellas reían, flirteaban y le pedían consejo sobre cómo sujetar la bola y sobre cuántos pasos debían realizar antes de lanzarla por la pista de hierba.

Swift no parecía haberse dado cuenta de la presencia de Daisy, pero cuando ella se volvió para coger una bola de madera de un montón que había en el suelo, sintió un cosquilleo en la nuca y supo que él la estaba mirando.

Daisy se arrepentía de haberle pedido que la ayudara a liberar al pobre ganso. Aquel episodio había despertado en ella algo que estaba fuera de su control, una inquietante conciencia que no lograba desterrar de su mente. «¡Basta ya de tanta tontería y ponte a jugar!», se dijo a sí misma. Daisy se obligó a escuchar con atención los consejos que le daba lord Llandrindon acerca de la estrategia que debía adoptar en el juego.

Westcliff observó lo que ocurría en el campo y comentó en voz baja:

—Por lo visto, Daisy se lleva bien con Llandrindon. Él es uno de los candidatos más prometedores, tiene la edad adecuada, un temperamento agradable y es culto.

Lillian contempló la lejana figura de Llandrindon de una forma

meditativa. Incluso su estatura era conveniente, pues a Daisy le incomodaban los hombres que eran mucho más altos que ella.

—Tiene un nombre raro —reflexionó Lillian en voz alta—. Me pregunto de dónde es.

—De Thurso —contestó lord St. Vincent, quien estaba sentado al otro lado de Evie.

Entre Lillian y St. Vincent se había establecido una tregua precaria después de los múltiples conflictos que habían surgido entre ellos en el pasado. Lillian había decidido, sin mucho entusiasmo, que aunque St. Vincent nunca le gustaría de verdad, debía tolerarlo, pues hacía años que era amigo de Westcliff.

Lillian sabía que si le pedía a su esposo que diera por finalizada aquella amistad, él lo haría por ella, pero Lillian lo amaba demasiado para pedirle algo así. Además, St. Vincent constituía una influencia positiva para Marcus. Con su ingenio y perceptividad, St. Vincent aportaba equilibrio a la sobrecargada vida de Marcus. Marcus era uno de los hombres más poderosos de Inglaterra y necesitaba con desesperación rodearse de personas que no lo tomaran demasiado en serio.

El otro aspecto a favor de St. Vincent consistía en que por lo visto era un buen marido para Evie. De hecho, parecía idolatrarla. Uno nunca habría pensado que pudieran llevarse bien: Evie la tímida Florero y St. Vincent, el vividor implacable. Sin embargo, habían entablado una singular relación.

St. Vincent era sofisticado y seguro de sí mismo y poseía una belleza masculina tan deslumbrante que a algunas mujeres se les cortaba la respiración cuando lo miraban. Sin embargo, Evie sólo tenía que pronunciar una palabra y él acudía a su lado a toda prisa. Aunque su relación era más tranquila y menos demostrativa que la de los Hunt o los Westcliff, una energía misteriosa y apasionada fluía entre ambos.

Y, mientras Evie fuera feliz, Lillian se mostraría cordial con St. Vincent.

—Thurso —repitió Lillian con suspicacia mientras miraba alternativamente a St. Vincent y a su esposo—. Este nombre no parece inglés.

Los dos hombres intercambiaron una mirada y Marcus contestó sin alterarse:

—De hecho, está en Escocia.

Lillian entrecerró los ojos.

—¿Llandrindon es escocés? Pues no tiene acento.

—Realizó la mayor parte de sus estudios en colegios ingleses y después asistió a Oxford —explicó St. Vincent.

—Mmm. —Los conocimientos de Lillian de la geografía escocesa eran escasos y nunca había oído hablar de Thurso—. ¿Y dónde está Thurso con exactitud? ¿Justo al otro lado de la frontera?

Westcliff evitó su mirada.

—En algún lugar más al norte. Cerca de las islas Orkney.

—¿En el extremo norte del país? —Lillian no podía creer lo que acababa de oír y le costó mucho contener su ira y hablar en voz baja—. ¿Por qué no nos ahorramos tiempo y desterramos a Daisy directamente a Siberia? ¿Es probable que allí haga menos frío que en Thurso! ¡Santo cielo! ¿Cómo habéis podido escoger a Llandrindon como candidato?

—No tuve más remedio —se disculpó St. Vincent—. Posee tres fincas extensas y una cuadra entera de caballos de pura sangre. Cada vez que viene al club, mis ganancias superan las cinco mil libras.

—Entonces es un derrochador —contestó Lillian con voz grave.

—Esta característica todavía lo hace más apropiado para Daisy —replicó St. Vincent—. Algún día necesitará el dinero de tu familia.

—No me importa lo apropiado que sea, el objetivo es mantener a mi hermana en este país. ¿Con cuánta frecuencia podré ver a Daisy si vive en el otro extremo de Escocia?

—En cualquier caso, Thurso está más cerca que Norteamérica —señaló Westcliff quitándole importancia al asunto.

Lillian se volvió hacia Evie con la esperanza de obtener su apoyo.

—¡Evie, di algo!

—No importa de dónde proceda lord Llandrindon. —Evie alargó el brazo para apartar un mechón de cabello que se le había enredado a Lillian en el lóbulo de la oreja—. Daisy no se casará con él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lillian con curiosidad.

Evie le sonrió.

—Oh, no es más que una sensación.

Debido a las ganas que tenía de terminar la recreación y volver a su novela, Daisy cogió el tranquillo del juego con rapidez. El primer jugador lanzaba la bola blanca, que se llamaba boliche, hacia el extremo de la pista de hierba sin que saliera del borde. El objetivo consistía en hacer rodar tres bolas de madera para que quedaran lo más cerca posible del boliche.

La única dificultad consistía en que las bolas de madera eran menos redondeadas por un lado, de modo que nunca se deslizaban por completo en línea recta. Daisy enseguida aprendió a compensar la asimetría de la bola inclinándola un poco hacia la derecha o la izquierda, según fuera necesario. La pista era rápida, de hierba bien segada y tierra compacta, lo cual resultaba fantástico, pues Daisy tenía prisa por terminar y regresar con Honoria y el fantasma.

Como había un número parejo de hombres y mujeres, los jugadores decidieron dividirse en equipos de dos. A Daisy le tocó Llandrindon como compañero, pues él era un jugador muy competente.

—Es usted muy buena, señorita Bowman —la alabó lord Llandrindon—. ¿Está segura de que no había jugado antes?

—Nunca —respondió ella con entusiasmo. Daisy cogió una bola de madera y giró el lado plano hacia la derecha—. Deben de ser sus hábiles instrucciones, milord.

Daisy avanzó hasta la línea de lanzamiento, alargó el brazo hacia atrás y lanzó la bola con efecto y pericia. La bola apartó una de las del equipo contrario y se detuvo a cinco centímetros del boliche. Habían ganado la partida.

—Bien jugado —declaró el señor Rickett mientras se quitaba las gafas para limpiarlas. Después se las volvió a poner, sonrió a Daisy y añadió—: Se mueve usted con tanta gracia, señorita Bowman, que es un placer contemplar su destreza en el juego.

—No tiene nada que ver con la destreza —respondió Daisy con modestia—. Me temo que sólo se trata de la suerte del principiante.

Lady Miranda, una joven rubia y delgada de aspecto de porcelana examinó sus delicadas manos con preocupación.

—Creo que me he roto una uña —declaró.

—La acompañaré hasta las sillas —se ofreció Rickett con diligencia,

como si ella se hubiera roto un brazo en lugar de una uña.

Y los dos se alejaron de la zona de juego.

Daisy decidió, con pesar, que debería haber perdido la partida a propósito, pues así no tendría que jugar otra ronda. Sin embargo, no era justo para el compañero de equipo perder adrede y lord Llandrindon estaba encantado de que hubieran ganado.

—Muy bien —declaró Llandrindon—, veamos con quién tendremos que enfrentarnos en la final.

Ambos contemplaron cómo competían los dos equipos restantes, el formado por el señor Swift y la señorita Leighton y el formado por el señor Mardling y la señorita Higginson. El señor Mardling era un jugador irregular y alternaba lanzamientos brillantes con otros desastrosos mientras que la señorita Higginson era mucho más constante. Cassandra Leighton era una auténtica calamidad. El juego parecía divertirla mucho y no había dejado de soltar risitas tontas y ahogadas durante todo el tiempo. Sus hilaridades continuas resultaban muy fastidiosas, pero no parecían molestar a Matthew Swift.

Swift, por su parte, era un jugador agresivo y táctico. Reflexionaba a conciencia antes de efectuar un lanzamiento y sus movimientos eran comedidos. Daisy se fijó en que no tenía ningún reparo en apartar las bolas de los contrarios de su camino o en desplazar el boliche a su favor.

—¡Es un jugador formidable! —comentó lord Llandrindon en voz baja y con los ojos brillantes—. ¿Cree usted que podremos superarlo?

De repente, Daisy se olvidó de la novela que la esperaba en la casa. La idea de jugar contra Matthew Swift le producía una gran emoción.

—Lo dudo, pero podemos intentarlo con ganas, ¿no cree?

Llandrindon rió en señal de aprobación.

—Desde luego.

Swift y la señorita Leighton ganaron la partida y los componentes del equipo contrario abandonaron el campo de juego. Lo cierto es que se lo tomaron muy bien.

Los cuatro jugadores restantes reunieron las bolas y el boliche y regresaron a la línea de lanzamiento. Cada uno de los equipos dispondría de cuatro bolas, o sea que cada jugador efectuaría dos lanzamientos.

Daisy se volvió hacia Matthew Swift y él la miró por primera vez desde que ella había llegado. La mirada de Swift, directa y desafiante, hizo que a Daisy el corazón le latiera con fuerza en el pecho y la sangre le recorriera las venas a toda velocidad. El cabello alborotado de Swift le caía sobre la frente y su piel morena brillaba con una ligera capa de sudor.

—Lanzaremos una moneda para ver quién empieza —sugirió lord Llandrindon.

Swift asintió con la cabeza y apartó la vista de Daisy.

Cassandra Leighton gritó de excitación cuando ella y Swift ganaron el lanzamiento de la moneda. Swift hizo rodar con destreza el boliche hasta el final de la pista.

La señorita Leighton cogió una bola y la sostuvo cerca de su pecho. Daisy pensó que se trataba de una estratagema intencionada para desviar la atención hacia sus generosos atributos.

—Aconséjeme, señor Swift —declaró la señorita Leighton mientras le lanzaba una mirada de desamparo por debajo de sus curvadas pestañas—. ¿Debo lanzar la bola con el lado plano hacia la derecha o hacia la izquierda?

Swift se acercó a ella y colocó la bola en sus manos en la forma adecuada. La señorita Leighton irradiaba felicidad por la atención de la que era objeto por parte de Swift. Él le susurró un consejo y le indicó la ruta más conveniente que debía seguir la bola y la señorita Leighton se inclinó hacia él hasta que sus cabezas casi se tocaron. Una sensación de rabia creció en el pecho de Daisy y le atenazó los músculos de la garganta.

Al final, el señor Swift se separó de la señorita Leighton. Ella dio unos graciosos pasos hacia delante y lanzó la bola. Sin embargo, el lanzamiento fue débil y la bola avanzó balanceándose hasta que se detuvo justo en medio de la pista. El resto de la partida sería mucho más difícil, a menos que alguien decidiera malgastar uno de sus tiros para apartarla.

—¡Vaya! —murmuró Daisy entre dientes.

La señorita Leighton casi se cayó al suelo de risa.

—¡Santo cielo! Lo he fastidiado todo, ¿no?

—En absoluto —declaró Swift con aire despreocupado—. Sin un reto no es divertido.

Daisy se preguntó, fastidiada, por qué Swift se mostraba tan amable con

la señorita Leighton. Nunca habría creído que fuera el tipo de hombre al que le atraían las mujeres tontas.

—Su turno —la apremió lord Llandrindon mientras ofrecía una bola a Daisy.

Ella curvó los dedos alrededor de la gastada superficie de madera y giró la bola entre sus manos hasta que se sintió cómoda. A continuación, observó la forma blanca y distante del boliche y visualizó la ruta que quería que siguiera su bola. Daisy avanzó tres pasos, echó el brazo hacia atrás y lo lanzó con ímpetu hacia adelante. La bola rodó por uno de los laterales de la pista, esquivó sin problemas la bola de la señorita Leighton y, en el último segundo, realizó un movimiento curvo y se detuvo con precisión delante del boliche.

—¡Brillante! —exclamó Llandrindon mientras los espectadores gritaban y aplaudían.

Daisy lanzó una rápida mirada a Matthew Swift. Él sonrió y la escudriñó de un modo que pareció llegarle a Daisy hasta los mismos huesos. El tiempo se detuvo. En raras ocasiones un hombre la había mirado de aquella manera.

—¿Lo ha hecho a propósito o ha sido un golpe de suerte? —preguntó Swift con voz suave.

—Lo he hecho a propósito —respondió Daisy.

—Lo dudo.

Daisy se indignó.

—¿Por qué?

—Porque ninguna novata podría planificar y llevar a cabo un tiro como éste.

—¿Está usted poniendo en duda mi honestidad, señor Swift? —Sin esperar su respuesta, Daisy llamó a su hermana, quien los observaba desde la hilera de sillas—. Lillian ¿alguna vez he jugado a las bochas antes de hoy?

—Nunca —respondió Lillian con énfasis.

Daisy se volvió hacia Swift y le lanzó una mirada desafiante.

—Para realizar este tiro —declaró Swift—, tendría que haber calculado la velocidad que la bola alcanzaría sobre la hierba, el ángulo que tenía que imprimir a la bola para compensar la superficie plana de la misma y el momento de deceleración a partir del cual la ruta de la bola variaría. Además, tendría que haber tenido en cuenta la posibilidad de que el viento soplara en

contra de su lanzamiento y tendría que haber tenido la experiencia necesaria para ponerlo en práctica.

—¿Es así como juega usted? —preguntó Daisy con toda tranquilidad—. Yo sólo visualizo por dónde quiero que vaya la bola y la lanzo sin más.

—¿Suerte e intuición? —Swift la miró con aire de superioridad—. No se puede ganar un juego de esta manera.

Como respuesta, Daisy retrocedió un paso, se cruzó de brazos y declaró:

—Su turno.

Swift se agachó y cogió una de las bolas. Mientras ajustaba los dedos, se dirigió a la línea de lanzamiento y contempló la pista. A pesar de lo indignada que estaba, Daisy sintió que el estómago se le encogía de placer al observarlo. Daisy analizó aquella sensación y se preguntó cómo había podido Swift adquirir aquella mortificante influencia física sobre ella. Su figura, la forma como se movía... provocaban que unos embarazosos escalofríos recorrieran su cuerpo.

Swift realizó un lanzamiento potente y la bola rodó por la pista mientras reproducía el tiro de Daisy, aunque con un impulso más calculado. Su bola empujó la de Daisy a la zanja lateral y se detuvo donde antes estaba la de ella, justo delante del boliche.

—¡Ha sacado mi bola de la pista! —protestó Daisy—. ¿Esto es legal?

—Sí —afirmó lord Llandrindon—. Un poco rudo, pero completamente legal. En realidad, a ese golpe se lo denomina «bola muerta».

—¿Mi bola está muerta? —preguntó Daisy indignada.

Swift respondió a la cara de pocos amigos de Daisy con una mirada implacable.

—«Nunca hieras levemente a un enemigo».

—Sólo usted citaría a Maquiavelo durante una partida de bochas — declaró Daisy con los dientes apretados.

—Lo siento —declaró lord Llandrindon con amabilidad—, pero creo que es mi turno.

Al ver que ninguno de los dos le prestaba la menor atención, lord Llandrindon se encogió de hombros y se dirigió a la línea de lanzamiento. Su bola se deslizó por la pista y se detuvo justo detrás del boliche.

—Yo siempre juego para ganar —indicó Swift a Daisy.

—¡Santo Dios! —exclamó ella con exasperación—. ¡Habla usted exactamente igual que mi padre! ¿Alguna vez se ha parado a pensar que algunas personas juegan sólo por diversión, que consideran el juego una actividad placentera para pasar el tiempo? ¿O, según usted, todo debe reducirse a una cuestión de vida o muerte?

—Si no se juega para ganar, el juego no tiene sentido.

Al ver que Swift no le hacía el menor caso, Cassandra Leighton interrumpió la conversación.

—Creo que me toca a mí, señor Swift. ¿Sería tan amable de alcanzarme una bola?

Swift la complació sin apenas mirarla, pues estaba absorto en la pequeña y tensa cara de Daisy.

—Aquí tiene —declaró con brusquedad mientras le entregaba la bola sin miramientos.

—Quizá podría aconsejarme... —empezó la señorita Leighton, pero su voz se apagó cuando vio que Swift y Daisy seguían discutiendo.

—Muy bien, señor Swift —declaró Daisy con frialdad—. Si no puede disfrutar de un simple juego de bochas sin convertirlo en una guerra, tendrá guerra. Jugaremos por puntos.

Daisy no estaba segura de si había sido ella quien había avanzado hacia él o lo contrario, pero, de repente, los dos estaban muy cerca y Swift inclinaba la cabeza hacia ella.

—¡Usted no puede derrotarme! —exclamó Swift en voz baja—. Es una novata y, además, una mujer. No sería justo si no se me asignara una desventaja.

—Su compañera de juego es la señorita Leighton —susurró Daisy con severidad—. En mi opinión, eso constituye una desventaja suficiente. Además ¿juzga usted que las mujeres no pueden jugar a las bochas tan bien como los hombres?

—No, no lo juzgo, lo afirmo directamente.

Daisy sintió una oleada de rabia y un deseo intenso de tirarlo al suelo.

—¡Guerra! —declaró ella mientras regresaba a su lado de la pista.

Años más tarde, aquella partida sería recordada como la partida de bochas más encarnizada que se había jugado en Stony Cross. El juego se amplió a treinta puntos y, después, a cincuenta. A partir de entonces, Daisy perdió la cuenta de los puntos. Matthew Swift y ella discutieron por cada centímetro de terreno y por todas las reglas del juego, cuestionaron todos los lanzamientos como si el destino de una nación dependiera de ellos y, sobre todo, se dedicaron con toda el alma a empujar sus mutuas bolas a la zanja.

—¡Bola muerta! —exclamó Daisy después de realizar un tiro perfecto que envió la bola de Swift fuera de la pista.

—Quizá debería recordarle, señorita Bowman, que el propósito del juego no es empujar mis bolas a la zanja, sino acercar las suyas lo más posible al boliche —declaró Swift.

—¡Eso me resulta endemoniadamente imposible, pues usted no para de sacar mis bolas de la pista!

Daisy advirtió que la señorita Leighton daba un respingo a causa de su lenguaje. En realidad, ella nunca hablaba de aquella forma, nunca maldecía, pero las circunstancias le impedían mantener fría la mente.

—Dejaré de empujar sus bolas a la zanja si usted deja de hacerlo con las mías —ofreció el señor Swift.

Daisy reflexionó acerca de su oferta durante medio segundo, pero, por desgracia, le resultaba sumamente agradable empujar las bolas de Swift a la zanja.

—¡Ni por todo el cáñamo de China, señor Swift!

—Muy bien.

Swift cogió una bola y la lanzó con tal potencia que ésta chocó de una forma violenta contra la bola de Daisy produciendo un crujido ensordecedor.

Daisy se quedó boquiabierta mientras contemplaba cómo las dos mitades de su bola rebotaban hasta la zanja.

—¡La ha roto! —exclamó mientras se volvía hacia Swift con los puños apretados—. ¡Además ha tirado cuando no era su turno! ¡Ahora le tocaba a la señorita Leighton, fanático despiadado!

—¡Oh, no! —contestó con nerviosismo la señorita Leighton—. Estoy

encantada de permitir que el señor Swift lance en mi lugar, pues él es mucho más hábil que...

Su voz se apagó cuando se dio cuenta de que nadie la escuchaba.

—Su turno —invitó Swift a lord Llandrindon, quien parecía desconcertado por el grado de ferocidad que había adquirido el juego.

—¡Oh, no, no es su turno! —Daisy arrebató la bola de las manos de lord Llandrindon—. Él es demasiado caballero para sacar su bola fuera de la pista, pero yo no.

—No —accedió Swift—, sin duda usted no es un caballero.

Daisy se dirigió con determinación a la línea de lanzamiento y lanzó la bola con todas sus fuerzas. La bola se deslizó por la hierba y golpeó la bola de Swift desplazándola hasta el extremo de la pista, donde se tambaleó hasta que, por fin, cayó al interior de la zanja. Daisy lanzó a Swift una mirada vengativa y él respondió con un burlón asentimiento de la cabeza en señal de felicitación.

—Debo decir —indicó Llandrindon— que su forma de jugar a las bochas es excepcional, señorita Bowman. Nunca he visto a nadie jugar tan bien la primera vez. ¿Cómo se las arregla para que todos sus lanzamientos sean perfectos?

—«Cuando la voluntad es grande, las dificultades no lo son».

Daisy vio que Swift esbozaba una sonrisa al reconocer la cita de Maquiavelo.

El juego continuó. Y continuó. Y la tarde dio paso al anochecer. Daisy se percató de que lord Llandrindon, la señorita Leighton y la mayoría de los espectadores se retiraban, de forma gradual, al interior de la casa. Resultaba evidente que a lord Westcliff también le habría gustado marcharse, pero Daisy y Swift le pedían, continuamente, que arbitrara o midiera la distancia entre las bolas y el boliche, pues sólo confiaban en su juicio.

Pasó una hora, y otra, y el juego resultaba demasiado absorbente para que ninguno de los jugadores pensara en el hambre, la sed o el cansancio. En determinado momento, Daisy no estaba segura de cuándo la competitividad que existía entre ambos se transformó, a pesar de ellos mismos, en un reconocimiento de las habilidades mutuas. Daisy se sintió embelesada cuando Swift la alabó por algún lanzamiento especialmente magistral o cuando se

descubrió a sí misma disfrutando de la visión de Swift mientras realizaba cálculos silenciosos, entornaba los ojos o ladeaba la cabeza. Eran pocas las ocasiones en las que la vida real había sido mucho más interesante que su vida de fantasías, pero aquélla era una de esas ocasiones.

—¡Chicos! —La voz sarcástica de Westcliff provocó que Daisy y Swift lo miraran de una forma expectante. Westcliff se había levantado de la silla y estiraba sus entumecidos músculos—. Esta partida ya se ha alargado demasiado para mí. Pueden ustedes seguir jugando, pero les ruego que me disculpen si me retiro.

—¿Pero entonces quién arbitrará el juego? —protestó Daisy.

—Dado que ya hace más de media hora que nadie lleva la cuenta de los puntos, mi arbitraje ya no es necesario —contestó el conde con sequedad.

—Sí que llevamos la cuenta de los puntos —argumentó Daisy mientras se volvía hacia Swift—. ¿Cómo vamos?

—No tengo ni idea.

Ambos sostuvieron la mirada. De repente, Daisy se sintió nerviosa y a duras penas consiguió contener la risa. A Swift le hizo gracia su reacción y sus ojos brillaron.

—Creo que ha ganado usted —declaró.

—¡Vamos, no sea condescendiente conmigo! —exclamó Daisy—. Usted ha ganado. Yo puedo aceptar una derrota. Forma parte del juego.

—No estoy siendo condescendiente. Hemos ido empatando durante al menos... —Swift hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un reloj— dos horas.

—Lo cual significa que, lo más probable, es que usted haya mantenido su ventaja inicial.

—Pero usted igualó mi ventaja después de la tercera partida...

—¡Por todos los demonios! —se oyó exclamar a Lillian desde uno de los lados del campo de juego. Su voz sonaba exasperada, pues hacía rato que había entrado en la casa para echar una siesta y ahora, al salir, veía que ellos seguían jugando—. Habéis estado discutiendo toda la tarde como un par de hurones y ahora os peleáis acerca de quién ha ganado. Si alguien no os detiene, seguiréis peleando hasta medianoche. Daisy, estás cubierta de polvo y tu cabello parece el nido de un pájaro. ¡Entra en la casa y arréglate! ¡Ahora!

—No es necesario que grites —contestó Daisy con suavidad mientras seguía a su hermana al interior de la casa.

Daisy miró por encima del hombro a Matthew Swift y le arrojó la mirada más amistosa que le había lanzado nunca. A continuación, volvió a dirigir la vista al frente y aceleró el paso.

Swift empezó a recoger las bolas de madera.

—Déjelas —le indicó Westcliff—. Los sirvientes lo ordenarán todo. Será mejor que emplee el tiempo en arreglarse para la cena, que empezará, más o menos, dentro de una hora.

Matthew asintió en señal de aceptación, dejó las bolas en el suelo y se dirigió hacia la casa con Westcliff. Por el camino, contempló la distante y menuda figura de Daisy hasta que desapareció de su vista.

A Westcliff no se le escapó la mirada fascinada de Matthew.

—Tiene usted una forma única de cortejar a una mujer —comentó Westcliff—. Nunca creí que derrotar a Daisy en un juego de campo atraería su interés, pero parece que a usted le ha funcionado.

Matthew bajó la vista hacia el suelo y adoptó un tono de voz desenfadado.

—Yo no estoy cortejando a la señorita Bowman.

—Entonces quizás he malinterpretado su aparente pasión por el juego de las bochas.

Matthew le lanzó una mirada defensiva.

—Admito que encuentro divertida a la señorita Bowman, pero esto no significa que quiera casarme con ella.

—Las hermanas Bowman son peligrosas en este sentido. Cuando una de ellas atrae la atención de uno, lo único que uno sabe es que se trata de una de las criaturas más provocativas que ha conocido en su vida. Pero, por muy exasperante que sea, más tarde descubre que no puede esperar para volver a verla. Como si se tratara de una enfermedad incurable, ese sentimiento se extiende de un órgano a otro. Entonces empieza uno a sufrir de ansiedad. Las demás mujeres empiezan a parecerle a uno insulsas y aburridas y uno la quiere tanto que cree que va a volverse loco y no puede dejar de pensar...

—No tengo ni idea de qué está usted hablando —lo interrumpió Matthew mientras palidecía.

No pensaba sucumbir a una enfermedad incurable. Un hombre tenía alternativas en la vida. Y no importaba lo que creyera Westcliff, lo que a él le ocurría no era más que un impulso físico. Un poderoso aunque desafortunado, desgarrador y enloquecedor impulso físico. Pero podría dominarlo gracias a la fuerza de la voluntad.

—Si usted lo dice —contestó Westcliff con incredulidad.

6

Matthew se contempló en el espejo que colgaba encima del tocador de madera de cerezo de su habitación y anudó su elegante y almidonado fular blanco con hábiles movimientos de las manos. Tenía hambre, pero la idea de asistir a la cena formal e interminable que lo esperaba lo llenaba de inquietud. Se sentía como si estuviera avanzando por un tablón estrecho suspendido muy alto en el aire y supiera que un paso en falso lo enviaría de inmediato a una muerte segura.

No debería haber aceptado el reto de Daisy. No debería haber jugado aquel maldito juego durante horas.

Pero, aquella tarde, Daisy estaba adorable y, mientras jugaban, su atención estaba centrada por completo en él y él no había podido resistir la tentación. Daisy era la mujer más irritante y cautivadora que había conocido nunca. Daisy era como un paquete pequeño pero repleto de tormentas eléctricas y arco iris.

¡Maldición, cuánto deseaba hacer el amor con ella! A Matthew le sorprendía que Llandrindon o cualquier otro hombre pudiera actuar de una manera racional en su presencia.

Había llegado la hora de asumir el control de la situación. Haría todo lo que fuera necesario para unirla a Llandrindon. Comparado con los otros solteros presentes en la finca, el caballero escocés era la mejor elección. Llandrindon y Daisy disfrutarían de una vida tranquila y ordenada y, aunque Llandrindon se descarriara en algún momento, como hacían casi todos los hombres que disfrutaban de una vida holgada, Daisy estaría demasiado

ocupada con su familia y sus hijos para darse cuenta. Y, si se daba cuenta, aprendería a desviar la vista de sus indiscreciones y a refugiarse en sus sueños.

Llandrindon nunca apreciaría el inconmensurable regalo que suponía que Daisy formara parte de su vida.

Matthew bajó taciturno las escaleras y se unió a la elegante multitud que se había congregado para dirigirse en procesión al comedor. Las mujeres se habían puesto vistosos trajes bordados con cuentas y ribeteados de encaje. Los hombres iban vestidos de negro sobrio y blanco deslumbrante y sus ropas constituían el telón de fondo adecuado para el vistoso despliegue de las mujeres.

—¡Swift! —lo llamó con afecto Thomas Bowman—. Venga aquí. Quiero que cite a estos caballeros los últimos datos de producción estimados.

En opinión de Bowman, cualquier momento era bueno para hablar de negocios. Matthew se unió al grupo de media docena de hombres que estaban en una de las esquinas de la habitación y recitó los números que le había pedido Bowman.

Una de las habilidades más convenientes de Matthew era almacenar largas listas de datos en su cabeza. Le encantaban los números, sus pautas y sus secretos, la forma en que algo complejo podía reducirse a algo simple. En matemáticas, a diferencia de la vida, siempre había una solución, una respuesta concreta.

Sin embargo, mientras recitaba los datos, Matthew vio a Daisy, quien estaba con Lillian y sus amigas, y la mitad de su cerebro se bloqueó de inmediato.

Daisy vestía un traje de color amarillo que se ajustaba con precisión a su esbelto talle y empujaba sus pequeños y bonitos pechos hacia el escote de un corpiño de satén fruncido. Unas cintas de seda amarilla trenzadas hasta formar artísticos cordones ataban los extremos del corpiño. Daisy llevaba el cabello recogido en la parte alta de la cabeza y unos cuantos tirabuzones le caían sobre la nuca y los hombros. Daisy se veía delicada y perfecta, como uno de esos adornos azucarados de las fuentes de los postres, que se supone que no deben comerse.

Matthew deseaba bajar su corpiño hasta que sus brazos quedaran

atrapados por las cintas de seda. Deseaba arrastrar su boca por esa pálida y suave piel hasta encontrar las puntas de los pechos y hacerla estremecer de placer...

—¿De verdad cree que existe suficiente espacio para que el mercado crezca? Después de todo, estamos hablando de las clases bajas. Sea cual sea su nacionalidad, de todos es conocido que no les gusta lavarse con frecuencia.

Matthew desvió su atención hacia aquel hombre alto y bien arreglado cuyo cabello rubio brillaba con intensidad a la luz de los candelabros. Antes de contestar, se recordó a sí mismo que lo más probable era que no hubiera malicia tras su pregunta. Los de las clases privilegiadas a menudo tenían ideas erróneas acerca de los pobres, si es que se paraban a pensar en ellos en algún momento.

—De hecho —contestó Matthew con suavidad—, los datos disponibles indican que en cuanto el jabón se fabrique en serie a un precio asequible, el mercado aumentará, aproximadamente, un diez por ciento anual. Las personas de todas las clases sociales quieren estar limpias, señor Mardling. El problema es que el jabón de buena calidad siempre ha constituido un artículo de lujo y, en consecuencia, es difícil de conseguir.

—Fabricación en serie —reflexionó Mardling en voz alta con su afilado rostro tenso por la concentración—. Hay algo desagradable en esta expresión. Parece constituir una forma de permitir que las clases bajas imiten a las superiores.

Matthew observó el círculo de hombres y percibió que la coronilla de Bowman se estaba enrojeciendo, lo cual nunca constituía una buena señal, y que Westcliff, con ojos inescrutables, no decía palabra alguna.

—De esto se trata exactamente, señor Mardling —respondió Matthew con gravedad—. La fabricación en serie de artículos como la ropa y el jabón proporcionará a los menos favorecidos la oportunidad de vivir con los mismos estándares de salud y dignidad que nosotros.

—¿Pero cómo sabremos quién es quién? —protestó Mardling.

Matthew le lanzó una mirada inquisitiva.

—Me temo que no lo entiendo.

Llandrindon intervino en la conversación:

—Creo que lo que Mardling pregunta es cómo podremos diferenciar a la dependienta de una tienda de una mujer de bien si ambas están limpias y visten de una forma similar. Y si un caballero no puede distinguir lo que son por su apariencia, ¿cómo sabrá la forma en que ha de tratarlas?

Aturdido por el esnobismo de la pregunta, Matthew reflexionó a fondo en su respuesta. Dijo:

—Siempre he pensado que todas las mujeres debían ser tratadas con respeto fuera cual fuera su posición social.

—Bien dicho —comentó Westcliff con brusquedad mientras Llandrindon abría la boca para replicar.

Nadie tenía interés en contradecir al conde, pero Mardling insistió:

—Westcliff, ¿no ve nada malo en animar a los pobres a mejorar su posición social? ¿En permitirles aparentar que no hay ninguna diferencia entre ellos y nosotros?

—El único mal que vislumbro —respondió Westcliff con calma— consiste en desanimar a las personas que quieren mejorar, a causa del miedo a perder nuestra supuesta superioridad.

Aquella declaración hizo que a Matthew le gustara el conde más de lo que ya le gustaba.

Preocupado por la cuestión de la hipotética dependienta, Llandrindon se dirigió al señor Mardling:

—No tema, Mardling, no importa cómo se vista una mujer. Un caballero siempre percibirá pistas que revelarán su verdadero estatus. Una dama siempre tiene la voz suave y bien modulada, mientras que las dependientas hablan en un tono de voz estridente y con un acento vulgar.

—Claro —reconoció Mardling con alivio. Entonces simuló tener un escalofrío y añadió—: Una dependienta vestida de gala y hablando en *cockney*... Es como tener uñas de pizarra.

—Sí —confirmó Llandrindon con una carcajada—. ¡O como una margarita común en un ramillete de rosas!

Evidentemente, Llandrindon había realizado aquel comentario sin pensar. En el grupo se produjo un repentino silencio mientras Llandrindon se daba cuenta de que, de una forma inadvertida, había insultado a la hija de Bowman o, mejor dicho, el nombre de la hija de Bowman, Daisy.

—Una flor versátil, la margarita —comentó Matthew rompiendo el silencio—. Maravillosa por su frescura y simplicidad. Siempre he pensado que quedaba bien en cualquier arreglo floral.

Una serie de murmullos de conformidad se elevó de inmediato en el grupo.

—Sí, claro.

—Desde luego.

Lord Westcliff lanzó a Matthew una mirada de aprobación.

Más tarde, ya fuera por una planificación previa o por un cambio de distribución del último momento, Matthew descubrió que estaba sentado a la izquierda de Westcliff, en la mesa principal. Los rostros de muchos de los invitados reflejaron de una forma evidente su sorpresa al ver que se había concedido un lugar de honor a un joven que no poseía una posición social distinguida.

Ocultando su propia sorpresa, Matthew vio que Thomas Bowman le sonreía con orgullo de padre. Lillian, por su parte, lanzaba a su esposo una mirada iracunda aunque discreta que habría causado terror en el corazón de muchos hombres de carácter más débil que el de Matthew.

Después de una cena sin incidentes, los invitados se dispersaron en varios grupos. Algunos hombres querían tomar un oporto y fumar un cigarro en la terraza posterior, varias mujeres deseaban tomar un té, y un grupo diverso se dirigió al salón para charlar y participar en unos juegos.

Matthew se dirigía a la terraza cuando sintió una palmada en el hombro. Al bajar la vista, vio los ojos pícaros de Cassandra Leighton. La señorita Leighton era una mujer llena de vida cuya principal habilidad parecía consistir en atraer la atención de los demás sobre sí misma.

—Señor Swift —declaró Cassandra—, insisto en que se una a nosotros en la sala. No permitiré que se niegue a venir. *Lady Miranda* y yo hemos planeado unos juegos y estoy convencida de que los encontrará muy entretenidos. —Cassandra le guiñó un ojo con malicia—. Hemos estado maquinando, ¿sabe?

—Maquinando —repitió Matthew con recelo.

—¡Oh, sí! —La señorita Leighton soltó una risita—. Hemos decidido que esta noche seremos un poco malvadas.

A Matthew nunca le habían gustado los juegos de salón, para los cuales se requería una frivolidad de la que él no disponía. Además, era del dominio público que en la atmósfera permisiva de la sociedad británica, las prendas que debían pagarse en aquellos juegos a menudo consistían en malas pasadas o actos potencialmente escandalosos. Matthew sentía una aversión innata y sensible al escándalo. Y si alguna vez se veía envuelto en uno, tendría que ser por una buena razón, no como resultado de un juego estúpido de salón.

Sin embargo, antes de responder, Matthew percibió algo en su visión periférica, un destello amarillo. Se trataba de Daisy. Su mano descansaba en el brazo de lord Llandrindon y ambos se dirigían al pasillo que conducía al salón.

La parte lógica del cerebro de Matthew le indicó que si Daisy iba a actuar de una forma escandalosa con Llandrindon era asunto de ella. Sin embargo, una parte más profunda y primitiva de su cerebro reaccionó con una posesividad que impulsó a sus pies a avanzar en aquella dirección.

—¡Oh, estupendo! —gorjeó Cassandra Leighton mientras introducía la mano en el hueco del brazo de Matthew—. ¡Nos lo pasaremos muy bien!

El hecho de que un instinto primario pudiera asumir, de una forma repentina, el control del cuerpo de Matthew constituía un descubrimiento nuevo y desagradable para él. Matthew frunció las cejas y caminó junto a la señorita Leighton mientras ella soltaba una sarta de palabras sin sentido.

Un grupo de hombres y mujeres jóvenes se había reunido en el salón, donde todos reían y charlaban con animación. La atmósfera estaba cargada de expectativas y también se distinguía cierto aire malicioso, como si unos cuantos de los presentes supieran que estaban a punto de participar en algo subido de tono.

Matthew se quedó cerca de la puerta y enseguida localizó a Daisy, quien estaba sentada cerca de la chimenea. Llandrindon estaba medio apoyado en el brazo de su sillón.

—El primer juego será el de los animales —declaró *lady* Miranda con una sonrisa amplia. *Lady* Miranda esperó a que cesara la oleada de risitas ahogadas que se levantó en la sala y continuó—: Para los que no estén familiarizados con las reglas, les diré que son muy sencillas. Las damas elegirán a un compañero y a los caballeros se les asignará un animal al que

deberán imitar: un perro, un cerdo, un burro, etcétera. Las damas saldrán de la habitación, volverán a entrar con los ojos vendados e intentarán encontrar a sus compañeros. Los caballeros las ayudarán a localizarlos realizando el sonido del animal que se les ha asignado. La dama que encuentre a su compañero en último lugar, deberá pagar una prenda.

Matthew refunfuñó para sus adentros. Odiaba los juegos cuyo único propósito consistía en que los participantes hicieran el ridículo. A él no le gustaba hacer el ridículo, ya fuera de una forma voluntaria o involuntaria, y aquélla era la típica situación que Matthew siempre habría evitado a toda costa.

Matthew observó a Daisy y vio que ella no reía tontamente como las otras mujeres, sino que su rostro reflejaba determinación. Daisy intentaba ser una más y comportarse como las mujeres superficiales que estaban a su alrededor. ¡Maldición! No resultaba extraño que se hubiera convertido en una de las Floreros, si aquello era lo que se esperaba de las jóvenes casaderas.

—¡Usted será mi compañero, señor Swift! —gritó la señorita Leighton.

—Será un privilegio —respondió Matthew con amabilidad.

Ella rió tontamente como si él hubiera dicho algo muy divertido. Matthew nunca había conocido a una mujer que riera de aquella manera y de una forma tan continuada y pensó que, si dejaba de hacerlo, quizá sufriría un ataque.

Un sombrero lleno de trocitos de papel pasó de mano en mano. Matthew extrajo uno y lo leyó.

—Una vaca —informó a la señorita Leighton con frialdad.

Ella soltó una risita ahogada.

Sintiéndose como un idiota, Matthew se quedó a un lado mientras la señorita Leighton y las demás mujeres salían de la habitación.

Los hombres se repartieron por la sala de una forma estratégica y rieron con satisfacción al pensar en lo divertido que sería que un grupo de mujeres con los ojos vendados chocaran con ellos y los toquetearan para intentar identificarlos.

A continuación se produjeron algunos gritos de prueba: «¡Quiquiriquí!» «¡Miau!» «¡Hinnn!», seguidos de múltiples explosiones de risa. Cuando las mujeres entraron en la habitación, la sala se llenó de gritos. Aquello parecía

un zoológico lleno de animales exaltados. Las mujeres buscaban a sus compañeros mientras tropezaban con hombres que rebuznaban, piaban y bufaban.

Matthew rogó para que ni Westcliff, ni Hunt y, mucho menos Bowman, entraran por casualidad en la habitación y lo vieran en aquella situación. Si esto ocurriera, le tomarían el pelo durante el resto de su vida.

Su dignidad sufrió un golpe mortal cuando oyó la voz de Cassandra Leighton:

—¿Dónde está el señor vaca?

Matthew exhaló un suspiro.

—¡Mu! —exclamó con voz grave.

La risita tonta de la señorita Leighton atravesó el aire de la sala y, de una forma intermitente, apareció a la vista de Matthew mientras toqueteaba todas las figuras masculinas que encontraba en las proximidades. Unos cuantos chillidos y gruñidos no planificados se oyeron a su paso mientras avanzaba a tientas entre la multitud.

—¡Eh, señor vacaaa! —gritó la señorita Leighton—. ¡Necesito más ayuda de su parte!

Matthew resopló.

—¡Mu!

—¡Otra vez! —trinó ella.

Cassandra Leighton tuvo suerte de que su venda la protegiera de la mirada asesina de Matthew.

—¡Mu!

Risitas, risitas y más risitas. La señorita Leighton se aproximó a Matthew con los brazos extendidos hacia delante y las manos abriéndose y cerrándose en el aire. Cuando llegó a él, sus manos tropezaron con su cintura y se deslizaron hacia abajo. Matthew la cogió de las muñecas y tiró de ellas hacia arriba con determinación.

—¿He encontrado al señor vaca? —preguntó ella con un tono de voz falso mientras se apoyaba en él.

Él la apartó de un empujón.

—Sí.

—¡Viva por mí! —gritó ella mientras se quitaba la venda de los ojos.

Otras parejas se habían reunido y los animales dejaban de emitir sus gritos conforme las mujeres los encontraban. Al final, sólo quedaba un sonido, un intento extraño de reproducción de la vibración de un insecto. ¿Un saltamontes? ¿Un grillo?

Matthew estiró el cuello para ver quién emitía el sonido y quién era su desafortunada pareja. Se oyó una exclamación y una oleada de risas amistosas. Y, entre la multitud, Matthew vio que Daisy Bowman se quitaba la venda mientras lord Llandrindon se encogía de hombros en forma de disculpa.

—Éste no es el sonido que emiten los grillos —protestó Daisy mientras reía y se ruborizaba—. ¡Parecía que se estuviera usted aclarando la garganta!

—No sabía hacerlo mejor —respondió Llandrindon con impotencia.

«¡Oh, Dios!» Matthew cerró los ojos unos instantes. ¡Tenía que ser Daisy!

Cassandra Leighton parecía enormemente complacida.

—¡Mala suerte! —exclamó.

—Nada de peleas —declaró con júbilo *lady* Miranda mientras se colocaba entre Daisy y Llandrindon—. ¡Te toca a ti pagar la prenda, querida!

A Daisy se le congeló la sonrisa.

—¿En qué consiste la prenda?

—Se llama «hacer de Florero» —explicó *Lady* Miranda—. Tienes que quedarte contra la pared y sacar, del sombrero, un papel con el nombre de un caballero. Si él rehúsa besarte, permanecerás contra la pared y continuarás sacando nombres hasta que alguien acepte besarte.

Daisy mantuvo la sonrisa, aunque palideció y dos rosetones encarnados brillaron en sus mejillas.

«¡Maldita sea!», pensó Matthew con furia.

Se encontraba ante un serio problema. Aquel incidente levantaría rumores que podían llevar, con facilidad, a un escándalo. Pero él no lo permitiría. Por la familia de Daisy y por ella misma. Y por él, aunque no quería pensar en este hecho.

Sin cavilarlo, Matthew avanzó en dirección a Daisy, pero la señorita Leighton lo agarró del brazo. Sus largas uñas se clavaron en la manga de su chaqueta.

—Nada de interferir —advirtió ella—. Quien juega tiene que estar dispuesto a pagar la prenda.

Cassandra sonreía, pero sus ojos reflejaban una dureza que a Matthew no le gustó en absoluto. Ella pretendía disfrutar cada segundo de la caída de Daisy.

¡Peligrosas criaturas, las mujeres!

Matthew miró alrededor y percibió la expectación en los rostros de los hombres. Ninguno de ellos iba a desaprovechar la oportunidad de besar a Daisy Bowman. Matthew sintió deseos de aplastar unas cuantas cabezas y sacar a rastras a Daisy de la habitación. Sin embargo, sólo pudo mirar mientras le acercaban el sombrero y ella introducía una mano temblorosa en su interior.

Daisy sacó un trozo de papel y lo leyó en silencio mientras fruncía el entrecejo. Un murmullo se levantó en la sala y unas cuantas respiraciones se contuvieron esperanzadas. Entonces Daisy pronunció el nombre sin levantar la vista.

—¡Señor Swift!

Daisy volvió a dejar el papel en el sombrero antes de que nadie pudiera confirmar el nombre.

Matthew sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. No estaba seguro de si la situación había mejorado de una forma drástica o había empeorado de una forma exponencial.

—¡Es imposible! —susurró la señorita Leighton—. No puede tratarse de usted.

Matthew la miró distraído.

—¿Por qué no?

—¡Porque yo no he puesto su nombre en el sombrero!

Matthew adoptó una expresión inescrutable.

—Resulta innegable que alguien lo hizo —declaró mientras liberaba su brazo de las garras de ella de un tirón.

Mientras Matthew se acercaba a Daisy, un murmullo de nerviosismo seguido de unas risitas exaltadas recorrieron la habitación. Daisy dominó la expresión de su rostro de una forma admirable, aunque había un despliegue ostentoso de color en sus mejillas. Su delgado cuerpo estaba tan tenso como

un arco y sus labios se curvaban en una sonrisa despreocupada pero forzada. Matthew percibió cómo el pulso latía con violencia en su garganta y deseó apoyar los labios en aquel latido visible y deslizar la lengua sobre él.

Matthew se detuvo delante de Daisy y le sostuvo la mirada mientras intentaba leer sus pensamientos.

¿En aquel momento, quién dominaba la situación?

Resultaba obvio que era él; sin embargo, había sido Daisy quien había citado su nombre.

Ella lo había elegido, pero ¿por qué?

—Lo he oído durante el juego —declaró Daisy con una voz tan tenue que nadie más pudo escucharla—. Parecía usted una vaca con problemas digestivos.

—A juzgar por los resultados, mi vaca era mejor que el grillo de Llandrindon —señaló Matthew.

—El sonido que emitía Llandrindon no se asemejaba en nada al del grillo. Parecía que quisiera arrancar flema de su garganta.

Matthew contuvo una repentina risotada. A Daisy se la veía tan enfadada y adorable que Matthew estuvo a punto de estrecharla entre sus brazos, pero en lugar de abrazarla dijo:

—Acabemos con esto, ¿quiere?

Matthew deseó que ella no se ruborizara tanto. En contraste con su piel clara, su sonrojo todavía resultaba más evidente y sus mejillas parecían unas amapolas escarlata.

Todos contuvieron el aliento cuando Matthew se acercó a Daisy hasta que sus cuerpos casi se tocaron. Daisy inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y frunció un poco los labios. Matthew le cogió la mano, la elevó hasta sus labios y le dio un casto beso en el dorso de los dedos.

Daisy abrió los ojos de golpe. Parecía atónita. A su alrededor se oyeron unas risas y unas exclamaciones reprobatorias.

Después de intercambiar unos cuantos comentarios afables con algunos de los caballeros, Matthew se volvió hacia Daisy y declaró con un tono de voz amable pero firme:

—Señorita Bowman, antes me mencionó que quería pasar a ver a su hermana más o menos a esta hora. ¿Puedo acompañarla?

—¡Usted no puede irse! —exclamó Cassandra Leighton desde el otro extremo de la sala—. ¡Acabamos de empezar!

—No, gracias —respondió Daisy—. Estoy convencida de que mi hermana puede esperar un poco mientras yo me divierto.

Matthew le lanzó una mirada dura y penetrante y, por el repentino cambio de expresión de Daisy supo que ella había comprendido lo que él le estaba reclamando.

Matthew le estaba pidiendo que le devolviera el favor que le debía.

«Salga conmigo ahora —exigía la mirada de Matthew—. Y sin discutir».

Matthew también percibió que Daisy quería negarse con todas sus fuerzas, pero su sentido del deber no se lo permitiría. Una deuda era una deuda.

Daisy tragó saliva de una forma ostentosa.

—Por otro lado... —Daisy casi se atragantó con sus propias palabras—. Le prometí a mi hermana que la acompañaría mientras tomaba el té.

Matthew le ofreció el brazo.

—A su servicio, señorita Bowman.

Se produjeron unas cuantas protestas, pero, cuando atravesaron el umbral de la puerta, el grupo ya estaba ocupado organizando otro juego. Sólo Dios sabía qué pequeños escándalos estarían planeando. Siempre que él o Daisy no estuvieran involucrados, a Matthew no le importaba lo que estuvieran tramando.

En cuanto salieron al pasillo, Daisy apartó su mano del brazo de Matthew. Caminaron un rato hasta que llegaron a la puerta de la biblioteca, la cual estaba abierta. Al ver que no había nadie en el interior, Daisy entró con decisión y sin pronunciar una palabra.

Matthew la siguió y cerró la puerta para que pudieran disponer de cierta intimidad. Aquello no resultaba apropiado, pero tampoco lo era discutir en el pasillo.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Daisy mientras se volvía hacia él con determinación.

—¿Qué, sacarla de la sala de juegos? —Desconcertado, Matthew adoptó un tono de censura—. Usted no debería haber ido allí. Y lo sabe.

Daisy estaba tan furiosa que sus ojos negros parecían despedir chispas.

—¿Y dónde se supone que debía estar, señor Swift? ¿Leyendo sola en la biblioteca?

—Eso habría sido mejor que provocar un escándalo —dijo Swift.

—No, no habría sido mejor. Yo estaba exactamente donde debía estar, y hacía exactamente lo que hacían todos los demás. ¡Y todo iba bien hasta que usted lo arruinó!

—¿Yo? —Matthew no podía creer lo que oía—. ¿Yo le he arruinado la noche?

—Así es.

—¿Y cómo se la he arruinado?

Ella le lanzó una mirada iracunda y acusadora.

—No besándome.

—Yo... —Daisy lo había pillado desprevenido y él la miró desconcertado—. Yo la he besado.

—En la mano —respondió Daisy con desdén—, lo cual no significa nada en absoluto.

Matthew se preguntaba cómo podía haber pasado tan de repente de una posición de superioridad a otra de víctima de una afrenta.

—Debería sentirse agradecida.

—¿Por qué?

—¿No le resulta evidente? He salvado su reputación.

—Si me hubiera besado —replicó Daisy—, lo que habría hecho es mejorar mi reputación. Pero usted me ha rechazado en público, lo cual significa que Llandrindon, Mardling y el resto de los hombres ahora saben que hay algo malo en mí.

—Yo no la he rechazado.

—¡Desde luego que lo ha hecho, canalla!

—Yo no soy un canalla. Si la hubiera besado en público, entonces sí que sería un canalla. —Matthew hizo una pausa y, al final, añadió, perplejo e irritado—: Y no hay nada malo en usted. ¿Por qué demonios ha dicho que hay algo malo en usted?

—Porque soy una de las Floreros. Nadie quiere besarme.

Aquello era demasiado. Daisy Bowman estaba furiosa porque él no había hecho lo que hacía años que ansiaba y soñaba con hacer. Él se había

comportado de una forma honorable, ¡maldita sea!, y, en lugar de agradecersele, ella se había enfadado.

—¿Acaso soy tan poco deseable? —despotricaba Daisy en aquel momento—. ¿Tan desagradable le habría resultado besarme?

¡Hacía tanto tiempo que él la deseaba! Mil y una veces se había recordado las razones por las que no podía tenerla. Y aquella situación le había resultado mucho más soportable al saber que ella lo detestaba y que no había ninguna esperanza. Sin embargo, la posibilidad de que los sentimientos de Daisy hubieran cambiado, de que ella le correspondiera, le producía un profundo estremecimiento.

Un minuto más en aquella situación, y perdería el control.

—No sé qué hacen las mujeres para atraer a los hombres —protestaba Daisy iracunda—. Y cuando, por fin, tengo la oportunidad de adquirir algo de experiencia, usted... —Daisy se interrumpió y, al ver la expresión de Matthew, frunció el ceño—. ¿Por qué pone esta cara?

—¿Qué cara?

—De sufrimiento.

Sufrimiento. Sí. El tipo de sufrimiento que experimentaba un hombre cuando había deseado a una mujer durante años y ahora se encontraba a solas con aquella mujer y tenía que soportar sus quejas acerca de que él no la había besado cuando él lo único que quería era arrancarle la ropa y poseerla allí mismo, en el suelo.

¿Quería experiencia? Matthew estaba dispuesto a ofrecerle la experiencia de su vida. Su miembro estaba tan duro que el roce del tejido de los pantalones era suficiente para provocarle una mueca de dolor. Matthew se esforzó por controlarse y se concentró en respirar. Respirar. Pero lo único que conseguía era excitarse más, hasta que una neblina roja creció en el borde de su visión.

Matthew ni siquiera se dio cuenta de que alargaba los brazos, pero, de repente, sus manos habían sujetado a Daisy justo por debajo de sus brazos, donde el calor de su cuerpo traspasaba la tela de satén amarillo. El cuerpo de Daisy era ligero y flexible, como el de un gato. Matthew podía levantarla con facilidad..., y apoyarla contra la pared...

Los ojos oscuros de Daisy se abrieron a causa de la sorpresa.

—¿Qué está haciendo?

—Quiero que responda una pregunta —consiguió decir Matthew—. ¿Por qué anunció mi nombre en la sala de juegos?

Las emociones cruzaron el rostro de Daisy en una sucesión rápida: sorpresa, culpabilidad, vergüenza. Y toda su piel adquirió un tono subido.

—No sé a qué se refiere. Su nombre estaba escrito en el papel. No tuve más remedio que...

—Miente —declaró Matthew secamente. Al ver que ella se negaba a responder, el corazón de Matthew se detuvo. Ella no podía negarlo. Su rubor se acentuó hasta alcanzar un tono encarnado—. Mi nombre no estaba escrito en el papel —continuó él con dificultad—. Pero usted lo anunció de todas maneras. ¿Por qué?

Los dos sabían que sólo podía haber una razón. Matthew cerró los ojos un instante. Su pulso latía tan rápido y con tanta intensidad que le ardían las venas. Entonces oyó la voz titubeante de Daisy:

—Sólo quería saber qué..., cómo..., sólo quería...

Aquello constituía una tentación irresistible. Matthew intentó alejarse de ella, pero sus manos se negaban a soltar las esbeltas curvas de Daisy, envueltas en satén amarillo. Resultaba demasiado agradable sostenerla en sus manos. Matthew contempló su exquisita boca, la sutil y deliciosa hendidura en medio de su labio inferior. «Un beso», pensó con desesperación. Al menos podía darle un beso... Aunque... si empezaba, no estaba seguro de poder detenerse.

—Daisy... —Matthew intentó encontrar las palabras adecuadas para suavizar la tensión del momento, pero le resultaba difícil hablar de una forma coherente—. Le diré a su padre..., a la primera oportunidad, que no puedo casarme con usted en ningún caso.

Ella seguía sin mirarlo a la cara.

—¿Por qué no se lo ha dicho ya?

Porque quería que ella se fijara en él. Porque quería simular, aunque sólo fuera durante un tiempo breve, que lo que nunca se había atrevido a soñar era posible.

—Porque quería molestarla —respondió él.

—¡Pues bien, lo ha conseguido!

—Pero nunca pensé en serio en la posibilidad de casarme con usted. Nunca podría hacerlo.

—Porque soy una de las Floreros —declaró ella con resentimiento.

—No, eso no...

—Porque no me desea.

—Daisy, quiere parar de...

—¿No me merezco ni siquiera un beso?

—¡Está bien! —soltó Matthew perdiendo el autocontrol—. ¡Maldita sea, usted gana! La besaré.

—¿Por qué?

—Porque si no la beso no parará nunca de quejarse.

—¡Demasiado tarde! Debería usted haberme besado en la sala de juegos. Pero no lo hizo. Y ahora que ha echado por tierra la posibilidad de que me bese ningún otro hombre, no voy a conformarme con un premio de consolación de poca monta.

—¿De poca monta?

Aquella expresión había constituido un error. Matthew percibió que Daisy se había dado cuenta de su equivocación nada más decirlo.

Acababa de determinar su destino.

—Que... quería decir, poco apasionado —rectificó ella con voz entrecortada mientras intentaba desembarazarse de él—. Es evidente que usted no quiere besarme, por lo tanto...

—¡Ha dicho de poca monta! —Él tiró de ella con brusquedad—. Esto significa que ahora tengo que demostrarle algo.

—¡No! —exclamó ella enseguida—. De verdad. No tiene que demostrarme nada.

Daisy soltó un grito, pero él colocó una mano en su nuca, acercó su cabeza a la de él y ya no se oyó ninguna palabra.

7

Matthew supo que besarla constituía un error en el mismo instante en que sus labios se unieron a los de Daisy. Porque nada igualaría la perfección que experimentó al tenerla en sus brazos. ¡Estaba acabado, pero por Dios que no le importaba!

Los labios de Daisy estaban suaves y calientes, como la luz del sol, como las llamas blancas de una hoguera. Daisy jadeó cuando él rozó su labio inferior con la punta de la lengua. Poco a poco, Daisy subió las manos hasta los hombros de Matthew. Entonces él sintió cómo los dedos de ella se deslizaban entre su cabello, en la parte posterior de su cabeza, como si ella no quisiera que él la apartara. ¡Pero, por todos los demonios, no pensaba hacerlo! Nada podía detenerlo.

Matthew apoyó la mano en el exquisito borde de la mandíbula de Daisy y le levantó el rostro mientras los dedos le temblaban. El sabor de su boca, dulce y elusivo, despertó en él un apetito que amenazaba con estallar y escapar a su control. Matthew buscó la seda húmeda que había en el interior de sus labios cada vez con más intensidad, con más profundidad, hasta que ella empezó a exhalar largos suspiros y pegó su cuerpo al de él.

Matthew le hizo sentir lo fuerte y lo corpulento que era mientras deslizaba su musculoso brazo por la espalda de Daisy y separaba las piernas para sujetarla entre sus potentes muslos. El torso de Daisy estaba envuelto en encajes y ceñido por un corsé acolchado. A Matthew casi le dominó el deseo salvaje de desgarrar las puntillas y el tejido acolchado para tocar la suave carne que cubrían.

En lugar de hacerlo, Matthew hundió los dedos en el cabello recogido con alfileres de Daisy y tiró de él hacia atrás hasta que el peso de la cabeza de Daisy quedó apoyado en su mano y su pálido cuello quedó a la vista. Matthew buscó el latido que había visto antes y sus labios se arrastraron con dulzura por el secreto recorrido que seguían sus nervios por debajo de la piel. Cuando sus labios alcanzaron aquel punto sensible, Matthew notó en su boca la vibración del gemido contenido de Daisy.

Así debía de ser hacer el amor con ella, pensó Matthew con aturdimiento: sentir el dulce temblor de su carne cuando la penetraba, percibir el delicado caos de su respiración, distinguir los gemidos de indefensión en su garganta... Su piel, cálida y femenina, olía a té y a talco con un deje salino. Matthew volvió a buscar su boca, introdujo la lengua en su interior húmedo y sedoso y aquel sabor tan íntimo lo enloqueció.

Ella debería haberse resistido, pero él sólo percibió rendición y más dulzura y perdió el control. Matthew profanó su boca con besos profundos y apasionados mientras acercaba el cuerpo de ella al de él con movimientos rítmicos. Matthew notó, a través del vestido de Daisy, que ella separaba las piernas y ajustó uno de sus muslos entre los de ella. Daisy se retorció presa del deseo mientras su rostro adquiría el color de las amapolas al final del verano. Si hubiera sabido con exactitud lo que él deseaba, Daisy habría hecho algo más que ruborizarse, se habría desmayado allí mismo.

Matthew separó su boca de la de Daisy y presionó su mandíbula contra la de ella.

—Creo —declaró con voz entrecortada— que esto aclara cualquier duda acerca de si la considero deseable o no.

Daisy reunió las fuerzas necesarias para girarse y contempló, sin verlas, las hileras de libros encuadernados en piel que había frente a ella. Sus pequeñas manos se apoyaron en uno de los estantes de caoba mientras luchaba para controlar el ritmo acelerado de su respiración.

Matthew la rodeó con los brazos y apoyó las manos encima de las de ella. Los estrechos hombros de Daisy se pusieron en tensión junto al pecho de Matthew cuando él acercó la boca al lóbulo de su oreja.

—¡No! —exclamó ella con voz densa mientras apartaba el rostro.

Matthew no podía detenerse. Siguió el movimiento de la cabeza de Daisy

y hundió el rostro en la curva de su cuello. Apoyó una mano en la piel que asomaba por el escote del corpiño de Daisy, justo encima de la elevación de sus pechos. Daisy colocó su mano libre encima de la de Matthew y apretó los dedos, como si se necesitara el esfuerzo combinado de ambos para refrenar los acelerados latidos de su corazón.

Matthew puso en tensión todos sus músculos para dominar la urgente necesidad que sentía de cogerla en sus brazos y llevarla hasta el sofá de la habitación. Quería hacer el amor con ella, quería hundirse en su interior hasta que los recuerdos amargos del pasado se disolvieran en su dulzura. Sin embargo, aquella posibilidad le había sido robada incluso mucho antes de que se conocieran.

Él no tenía nada que ofrecerle. Su vida, su nombre, su identidad... todo era una ilusión. Él no era el hombre que ella creía que era. Y sólo era cuestión de tiempo que lo descubriera.

Matthew se dio cuenta, apesadumbrado, de que, inconscientemente, había cogido la falda del vestido de Daisy, como si se dispusiera a levantársela. El tejido de satén caía en cascadas resplandecientes entre sus dedos. Matthew pensó en todas las telas y los adornos que cubrían el cuerpo de Daisy y en el placer indescriptible que experimentaría si la desnudaba. Y se imaginó que recorría su cuerpo con la boca y los dedos y que, con ellos, descubriría todas sus curvas y recovecos, todos sus rincones.

Matthew contempló su mano como si perteneciera a otra persona y estiró los dedos uno a uno hasta que la tela de satén amarillo cayó por su propio peso. Hizo que Daisy se volviera hacia él y contempló las ricas profundidades de sus ojos oscuros.

—Matthew —declaró ella con voz áspera.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre de pila. Él se esforzó en ocultar la intensidad de su respuesta.

—¿Sí?

—Respecto a lo que dijiste antes... No afirmaste que no te casarías conmigo en ningún caso, sino que no podías casarte conmigo. ¿Por qué lo expresaste de esa manera?

—Como no va a suceder —respondió él—, la diferencia resulta irrelevante.

Daisy arrugó el entrecejo y frunció los labios de una forma que hizo que él deseara besarla de nuevo.

Matthew se apartó para que ella pudiera irse. Daisy obedeció su silenciosa señal y se deslizó por su lado. Sin embargo, cuando su brazo rozó el brazo de Matthew él la agarró por la muñeca y, de repente, Daisy estaba otra vez en los brazos de Matthew. Él no podía parar de aplastar su boca contra la de Daisy, de besarla como si ella le perteneciera, como si él estuviera en su interior.

«Esto es lo que siento por ti —le dijo con sus besos salvajes y apasionados—. Esto es lo que quiero».

Matthew sintió la tensión en las extremidades de Daisy, percibió su excitación y se dio cuenta de que podía llevarla al clímax allí mismo y en aquel mismo momento si le levantaba el vestido y...

«¡No!», se dijo a sí mismo con ferocidad. Aquello ya había ido demasiado lejos. Matthew se dio cuenta de que estaba a punto de perder el control, separó sus labios de los de Daisy, exhaló un gemido y la apartó de su lado.

Daisy salió de la biblioteca a toda velocidad. Los pliegues traseros de su vestido amarillo la siguieron y rozaron el marco de la puerta antes de desaparecer como el último rayo de sol en el horizonte.

Matthew se preguntó, con aire taciturno, si podría relacionarse con ella de una forma normal a partir de aquel momento.

Constituía una tradición milenaria que la señora de la casa actuara como benefactora de los lugareños y los arrendatarios de los terrenos de una finca rural. Esto significaba abastecer de los artículos básicos, como la comida o la ropa, a quienes más lo necesitaban y proporcionarles ayuda y consejo. Hasta entonces, Lillian había realizado aquellas funciones con actitud voluntariosa, pero su estado le impedía continuar con aquella tarea.

Resultaba impensable pedir a Mercedes que la reemplazara, pues Mercedes era demasiado brusca e impaciente y no le gustaba estar rodeada de gente enferma. Mercedes hacía que los ancianos se sintieran intranquilos y algo en el tono de su voz provocaba que, de una forma inevitable, los bebés

lloraran.

Por lo tanto, Daisy constituía la alternativa lógica para llevar a cabo aquella función. A Daisy no le molestaba realizar visitas de beneficencia durante todo el día. Le gustaba salir sola en la carreta, entregar vasijas y paquetes, leer para aquellos que no podían hacerlo y saber cómo les iba a las gentes del lugar. Además, gracias a la naturaleza informal de su misión, no tenía que vestirse con elegancia ni preocuparse por el protocolo.

Y había otra razón por la que Daisy se alegraba de ir al pueblo, y consistía en que así se mantenía ocupada y lejos de la casa y podía pensar en otra cosa que no fuera Matthew Swift.

Habían pasado tres días desde aquel espantoso juego de salón y sus consecuencias, o sea, que Matthew la besara hasta casi hacerle perder la razón. Desde entonces, Matthew se comportaba con ella como siempre lo había hecho, con cortesía y frialdad.

Daisy tenía la sensación de que todo había sido un sueño; sin embargo, cuando estaba cerca de él, los nervios se le crispaban y su estómago brincaba como si tuviera ranas en su interior.

Daisy deseaba contárselo a alguien, pero le habría resultado humillante y, además, le habría parecido una traición, aunque no sabía a quién. Lo único que sabía era que algo no iba bien. A Daisy le costaba dormirse y, en consecuencia, durante el día se sentía torpe y descentrada.

Daisy creyó que podía estar enferma y acudió al ama de llaves, quien, después de oír la descripción de los síntomas, le hizo tomar una cucharada de aceite de castor que tenía un sabor espantoso. Pero aquel remedio no ayudó a Daisy en nada. Y lo peor de todo era que Daisy no podía concentrarse en la lectura. Leía las mismas páginas una y otra vez, pero no despertaban su interés.

Daisy no sabía qué hacer para volver a sentirse bien y decidió que lo mejor sería dejar de pensar en ella misma y hacer algo por los demás.

Aquel día, a media mañana, Daisy salió de la finca en una carreta descubierta y tirada por un robusto caballo pardo llamado *Hubert*. La carreta iba cargada con recipientes de porcelana llenos de comida, rollos de carne de carnero embutidos de nabos, quesos, bacón, bobinas de franela, té y botellas de oporto.

En general, las visitas resultaban muy agradables y los aldeanos parecían disfrutar de la alegre presencia de Daisy. Aquel día, los aldeanos la hicieron reír con sus relatos acerca de cómo eran los viejos tiempos, cuando la madre de lord Westcliff realizaba las visitas.

La condesa les entregaba los regalos a regañadientes y esperaba esplendorosas muestras de agradecimiento. Si las mujeres no realizaban profundas reverencias, la condesa les preguntaba con acritud si les dolían las rodillas. La condesa también esperaba que los aldeanos le consultaran acerca del nombre que debían poner a sus hijos y les indicaba cuáles tenían que ser sus opiniones acerca de la religión y la higiene. Y, lo que era todavía peor, la condesa les llevaba comida mezclada de una forma desagradable y les entregaba carne, verdura y dulces apretujados en un mismo recipiente.

—¡Santo cielo! —exclamó Daisy mientras colocaba frascos de comida y rollos de tela encima de una mesa—. ¡Pues sí que estaba hecha una vieja bruja! Igual que en los cuentos...

A continuación, Daisy relató a los niños, de una forma teatral, el cuento de Hansel y Gretel mientras ellos reían, se escondían debajo de la mesa y asomaban la cabeza para mirarla complacidos.

Al final del día, Daisy había llenado una libreta con notas sobre si sería posible encontrar a un especialista para que examinara la vista del señor Hearnsey, quien veía cada vez peor, o si podía conseguir otra botella de tónico del ama de llaves para los problemas digestivos del señor Blunt.

Daisy prometió a los aldeanos que formularía sus peticiones directamente a lord y *lady* Westcliff, subió a la carreta, que ahora estaba vacía, y emprendió la vuelta a Stony Cross Park.

Pronto anochecería y las largas sombras de los robles y los castaños cruzaban la carretera sin pavimentar que salía del pueblo. Aquella zona de Inglaterra todavía no había sido deforestada para proveer de madera a las flotas navieras y a las fábricas que habían surgido en los alrededores de las grandes ciudades. Los bosques todavía eran vírgenes y parecían parajes de otro mundo. Los cruzaban unos senderos medio ocultos bajo las frondosas ramas de los árboles. En las zonas más umbrías, los árboles estaban rodeados de vapor y misterio, como si fueran centinelas de un mundo poblado de druidas, hechiceros y unicornios. Un búho de color pardo planeó por encima

del camino como una mariposa de luz en la penumbra del anochecer.

La tarde era silenciosa, salvo por el traqueteo de las ruedas de la carreta y el golpeteo de las herraduras de *Hubert* en el sendero. El caballo aceleró el paso y Daisy sujetó las bridas con firmeza. *Hubert* parecía nervioso y giraba la cabeza de un lado a otro.

—¡Tranquilo, muchacho! —dijo Daisy, y lo obligó a reducir la marcha cuando la carreta pasó por encima de un bache—. No te gusta el bosque, ¿verdad? No tienes por qué preocuparte, pronto llegaremos a cielo abierto.

La inquietud del caballo continuó hasta que la vegetación se volvió menos densa y la bóveda de follaje desapareció. El sendero se convirtió en un camino flanqueado por el bosque a un lado y por un campo al otro.

—¡Ya está, caballito aprensivo! —declaró Daisy alegremente—. No hay nada por qué preocuparse, ¿lo ves?

Lo cierto era que su afirmación había resultado prematura.

Daisy oyó unos crujidos que procedían del bosque, como el que producían las ramitas al romperse cuando alguien las pisaba. *Hubert* relinchó con aprensión mientras ladeaba la cabeza hacia el origen del ruido. El fuerte gruñido de un animal hizo que a Daisy se le erizara el vello de la nuca.

¡Santo cielo! ¿Qué era aquello?

De una forma repentina, una figura enorme y voluminosa salió del bosque y cargó contra la carreta.

Todo sucedió tan deprisa que Daisy no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que ocurría. Sujetó las bridas con firmeza mientras *Hubert* relinchaba con pánico, levantaba las patas delanteras y se propulsaba hacia adelante. La carreta lo siguió brincando y traqueteando como si fuera de juguete.

Daisy intentó en vano mantenerse en el asiento, pero cuando las ruedas de la carreta toparon con unas rodadas profundas, Daisy salió despedida del vehículo. *Hubert* siguió galopando por el camino de una forma desenfrenada mientras Daisy aterrizaba con fuerza en la dura tierra.

A Daisy se le cortó la respiración mientras tosía y resoplaba. Entonces percibió la forma de una criatura enorme, un monstruo que corría hacia ella.

En aquel momento, el sonido de un disparo rasgó el aire y resonó en sus oídos. Daisy oyó el bramido espeluznante de un animal y, a continuación, nada.

Daisy intentó incorporarse, pero la respiración se le cortó de nuevo y cayó sin fuerzas sobre el estómago. Sentía como si le estuvieran apretando el pecho en el tornillo de un banco de carpintero. Sintió deseos de vomitar, pero al pensar en cómo le dolería el pecho si lo hacía, se contuvo.

Al cabo de unos segundos, el estruendo de unas cascos herrados hizo vibrar el suelo debajo de la mejilla de Daisy. Ella por fin consiguió inhalar un poco de aire, levantó la cabeza y se apoyó en los codos.

Tres jinetes..., no, cuatro, galopaban hacia ella mientras los cascos de sus monturas levantaban nubes de polvo en el camino. Uno de los jinetes saltó del caballo incluso antes de que éste se hubiera detenido y llegó hasta Daisy en pocas zancadas.

Ella parpadeó sorprendida mientras él se arrodillaba a su lado y la incorporaba. La cabeza de Daisy quedó apoyada en el brazo del hombre y Daisy se encontró, cara a cara, con el rostro moreno de Matthew Swift.

—Daisy... —Ella nunca lo había oído hablar en aquel tono de voz ronco y apremiante. Mientras la sujetaba con un brazo, Matthew deslizó la mano que tenía libre por el cuerpo de Daisy en busca de posibles heridas—. ¿Te has hecho daño?

Daisy intentó explicarle que se le había cortado la respiración y él pareció comprender sus sonidos incoherentes.

—Está bien —declaró él—. No intentes hablar, respira despacio. —Matthew notó que ella se movía y la acomodó de una forma más confortable entre sus brazos—. Reclínate en mí. —Le acarició el cabello y se lo apartó de la cara. Ella se estremeció levemente y él la acercó más a su cuerpo—. Despacio, cariño. Con calma. Ahora estás a salvo.

Daisy cerró los ojos para ocultar su sorpresa. Matthew Swift le susurraba palabras dulces y la sostenía en sus fuertes y musculosos brazos y Daisy sintió que los huesos se le derretían como si fueran de mantequilla.

Tras años de juegos bruscos y medio salvajes con sus hermanos, Daisy había aprendido a recuperarse con rapidez de una caída. En cualquier otra circunstancia, ya se habría levantado, pero todas las células de su cuerpo, saturadas de placer, querían prolongar aquel momento lo máximo posible.

Matthew le acarició la mejilla con suavidad.

—Mírame, cariño, dime dónde te duele.

Daisy abrió los ojos. El rostro de él estaba muy cerca del de ella. Daisy quedó atrapada en sus extraordinarios ojos azules. Se sentía como si estuviera flotando en capas de color.

—Tienes unos dientes bonitos —declaró Daisy medio aturdida—, pero ¿sabes una cosa?, tus ojos son todavía más bonitos que tus dientes.

Swift frunció las cejas mientras la yema de su pulgar se deslizaba por la mejilla de Daisy. Su roce hizo que Daisy se sonrojara.

—¿Puedes decirme cómo te llamas? —preguntó él.

Ella parpadeó.

—¿Lo has olvidado?

—No, quiero saber si tú lo has olvidado.

—Sería absurdo que olvidara mi propio nombre. Me llamo Daisy Bowman —replicó ella.

—¿Y cuándo es tu cumpleaños?

Daisy no pudo evitar esbozar una sonrisa de medio lado.

—Si te dijera una fecha equivocada no lo sabrías.

—Tu cumpleaños —insistió él.

—El cinco de marzo.

Él curvó los labios con ironía.

—No juegues conmigo, diablilla.

—Está bien, el doce de septiembre. ¿Cómo es que sabes cuándo es mi cumpleaños?

En lugar de responder, Swift levantó la vista y se dirigió a sus compañeros, quienes se habían reunido alrededor de ellos.

—Sus pupilas están bien y está consciente. Y tampoco se ha roto ningún hueso —explicó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Westcliff.

Daisy miró por encima del ancho hombro de Matthew Swift y vio que su cuñado estaba de pie junto a ellos. El señor Mardling y lord Llandrindon también estaban allí y la miraban con preocupación.

Westcliff sostenía una escopeta en las manos. Entonces se agachó junto a Daisy.

—Volvíamos a la casa después de pasar la tarde cazando —explicó el conde—. Ha sido una gran casualidad que te encontráramos justo cuando el

animal te atacaba.

—Juraría que se trataba de un jabalí —declaró Daisy.

—¡No puede ser! —replicó lord Llandrindon con una risita de condescendencia—. Su imaginación se ha desbordado, señorita Bowman. Hace cientos de años que no hay jabalíes salvajes en Inglaterra.

—Pero yo he visto... —empezó Daisy en tono defensivo.

—Está bien —murmuró Swift mientras sujetaba a Daisy con más firmeza—. Yo también lo he visto.

—La señorita Bowman no anda muy errada —explicó Westcliff a Llandrindon con expresión seria—. Hemos tenido algunos problemas con unos cerdos que se escaparon y que han tenido una o dos camadas de crías salvajes. El mes pasado, uno de ellos atacó a una mujer que iba a caballo.

—¿Quiere decir que me ha atacado un simple cerdo enfadado? —preguntó Daisy mientras intentaba sentarse.

Sin apartar el brazo con el que la sostenía, Swift la acercó más a su cálido cuerpo.

Un último rayo de sol destelló en el horizonte y cegó, temporalmente, a Daisy. Ella giró el rostro y notó el roce de la barbilla de Swift en su cabello.

—No estaba enfadado —explicó Westcliff refiriéndose al cerdo—, pero es montaraz y, por lo tanto, peligroso. Los cerdos domésticos que viven en libertad se vuelven agresivos y bastante grandes de tamaño. Calculo que, el que acabamos de ver, debía de pesar al menos ciento veinte kilos.

Swift ayudó a levantarse a Daisy mientras la mantenía cerca de su vigoroso cuerpo.

—Espacio —murmuró Swift—. ¿Te encuentras bien? ¿Estás mareada?

Daisy se encontraba muy bien, pero resultaba tan agradable estar allí, junto a él, que contestó con voz entrecortada:

—Quizás un poco.

Swift deslizó una mano hasta su cabeza y la acercó con suavidad hasta su hombro. Al sentir su abrazo protector y la maravillosa solidez de su cuerpo, a Daisy le subió la temperatura. ¡Todos aquellos gestos procedían de Matthew Swift, el hombre menos romántico que había conocido nunca!

Aquella visita al pueblo estaba resultando de lo más sorprendente.

—Te acompañaré de regreso a la casa —declaró Swift cerca del oído de

Daisy, y ella sintió un escalofrío de placer por toda su piel—. ¿Crees que podrás cabalgar delante de mí?

Daisy pensó que se había vuelto loca cuando se dio cuenta de que aquella propuesta la llenaba de emoción. Podría apoyarse en él mientras la llevaba en su caballo y permitirse en secreto una o dos fantasías. Imaginaría que era una aventurera secuestrada por un apuesto villano...

—Me temo que no es una buena idea —interrumpió lord Llandrindon mientras emitía una carcajada—, si tenemos en cuenta la relación que hay entre ustedes dos...

Daisy palideció y, al principio, pensó que se refería a los tórridos momentos que vivieron en la biblioteca. Pero Llandrindon no podía saber nada acerca de lo que pasó. Ella no se lo había contado a nadie y Swift era como una tumba en todo lo relacionado con su vida privada. No, Llandrindon tenía que estar hablando de su rivalidad en el juego de las bochas.

—Será mejor que sea yo quien acompañe a la señorita Bowman a casa —continuó Llandrindon—. Así evitaremos cualquier posibilidad de enfrentamiento.

Daisy miró el rostro sonriente del vizconde con los ojos entornados y deseó que no hubiera dicho nada. A continuación, abrió los labios para protestar, pero Swift se le adelantó.

—Quizá tenga usted razón, milord.

¡Vaya! Daisy sintió frío y contrariedad mientras Swift la alejaba del cálido cobijo de su cuerpo.

Westcliff contempló el suelo con el rostro ceñudo.

—Tengo que encontrar al animal y rematarlo.

—Espero que no lo haga por mi causa —replicó Daisy consternada.

—Hay sangre en el suelo —contestó el conde—. El animal está herido. Resulta más compasivo matarlo que dejarlo sufrir.

El señor Mardling fue a buscar su escopeta y declaró con entusiasmo:

—¡Yo lo acompañaré, milord!

Mientras tanto, lord Llandrindon ya había montado en su caballo.

—Ayúdela a subir —le indicó a Swift—. Yo la llevaré sana y salva hasta la casa.

Swift levantó la barbilla de Daisy y extrajo un pañuelo del bolsillo.

—Si todavía te sientes mareada, cuando lleguemos a la casa —declaró mientras le limpiaba con cuidado las motas de tierra del rostro— enviaré a buscar al médico, ¿de acuerdo?

A pesar de su actitud autoritaria, su mirada reflejaba una ternura velada y Daisy deseó deslizarse al interior de su chaqueta y acurrucarse contra los latidos de su corazón.

—¿Regresa usted con nosotros o se queda con lord Westcliff? —preguntó ella con distancia forzada.

—Los seguiré a ustedes de cerca. —Swift introdujo de nuevo el pañuelo en su bolsillo, se inclinó y levantó en vilo a Daisy con facilidad—. Sujétese a mí.

Daisy le rodeó el cuello con los brazos y sintió un hormigueo en la zona de las muñecas que entró en contacto con la piel cálida de la nuca de Swift y los sedosos mechones de su cabello. Él la transportó como si no pesara nada. Su torso era sólido como una roca y Daisy notó su aliento suave y regular junto a su mejilla. La piel de Swift olía a sol y a aire libre y Daisy casi no pudo contener el impulso de acurrucar el rostro en la curvatura de su cuello.

Desconcertada por la intensidad de la atracción que sentía hacia él, Daisy permaneció en silencio mientras Swift la izaba hasta la silla del caballo castaño de lord Llandrindon. El vizconde la ayudó a acomodarse delante de él y el extremo de la silla se le clavó en el muslo.

Llandrindon era un hombre guapo, elegante, de cabello oscuro y facciones agradables, pero la sensación que a Daisy le producía sentir sus brazos alrededor de ella, su pecho magro, su olor..., de alguna forma, no la hacía sentirse bien. El contacto de su mano en su cintura le resultaba extraño y molesto.

Daisy casi lloró de frustración mientras se preguntaba por qué no podía querer a lord Llandrindon en lugar de al hombre que no era adecuado para ella.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lillian a Daisy cuando entró en el salón Marsden. Lillian estaba reclinada en un sofá y leía un periódico—. Parece que te haya arrollado un carruaje.

—Lo cierto es que he tenido un encuentro con un cerdo maleducado.

Lillian sonrió y dejó el periódico a un lado.

—¿Quién era?

—No se trata de una metáfora. Era un cerdo de verdad.

Daisy se acomodó en un sillón cercano y le relató su encontronazo con un tono humorístico.

—¿De verdad te encuentras bien? —preguntó Lillian con interés.

—Perfectamente —la tranquilizó Daisy—. Y *Hubert* también está bien. Llegó a los establos al mismo tiempo que lord Llandrindon y yo.

—¡Qué suerte!

—Sí, al encontrar el camino de vuelta a casa ha demostrado ser muy listo.

—No, no me refería al animal, sino al hecho de que lord Llandrindon te trajera a casa. No es que te esté animando a que te decidas por él, pero, por otro lado...

—No es con él con quien quería volver a casa.

Daisy contempló la suciedad de su falda y se concentró en extraer un pelo de caballo del delicado tejido de muselina.

—No me extraña —contestó Lillian—. Llandrindon es agradable, pero un poco soso. Estoy convencida de que preferías volver con el señor Mardling.

—No —respondió Daisy—. De hecho, me alegro mucho de no haber vuelto con él. El hombre con quien quería volver a casa es...

—¡No! —Lillian se tapó los oídos—. ¡No me lo digas! ¡No quiero oírlo!

Daisy la observó con una expresión ceñuda.

—¿Lo dices en serio?

Lillian efectuó una mueca.

—¡Maldita sea! —murmuró—. ¡Demonios! Hijo de...

—Cuando nazca el bebé tendrás que dejar de utilizar ese lenguaje tan soez —declaró Daisy con una leve sonrisa.

—Entonces me desahogaré a fondo hasta que el niño llegue.

—¿Estás segura de que se trata de un niño?

—Será mejor que lo sea, porque Westcliff necesita un heredero y yo no pienso pasar por esto nunca más. —Lillian se frotó los cansados ojos con la base de las manos—. Como el único que queda es Matthew Swift, deduzco que es él con quien querías volver a casa —gruñó Lillian.

—Sí, porque... me siento atraída por él.

Expresarlo en voz alta constituyó un gran alivio para Daisy, y su garganta, que hasta entonces estaba tensa y dolorida, por fin se dilató y le permitió inhalar de una forma prolongada y tranquila.

—¿Quieres decir en el sentido físico?

—Y también en otros.

Lillian apoyó la mejilla en su mano, que estaba apretada en un tenso puño.

—¿Es porque nuestro padre quiere que te cases con él? —preguntó Lillian—. ¿Esperas conseguir su aprobación?

—¡Oh, no! De hecho, la adoración que nuestro padre siente por el señor Swift constituye un factor en contra de él. No tengo ningún interés en complacer a nuestro padre, soy muy consciente de que me resultaría imposible conseguirlo.

—Entonces no entiendo por qué te gusta un hombre que sin duda no es adecuado para ti. Tú no eres una cabeza loca, Daisy. Impulsiva, sí, y romántica, seguro, pero también eres una mujer práctica e inteligente y comprendes cuáles serían las consecuencias de tener una relación con él. Creo que el problema estriba en que estás desesperada. Eres la única de nosotras que permanece soltera y nuestro padre te presentó aquel absurdo ultimátum y...

—¡Yo no estoy desesperada!

—Si estás pensando en casarte con Matthew Swift, yo diría que estás muy desesperada.

A Daisy nunca la habían acusado de tener accesos de mal genio, esta característica siempre se la habían adjudicado a Lillian. Sin embargo, en aquel momento la indignación creció en su pecho como el vapor en una tetera de agua hirviendo y Daisy tuvo que esforzarse para no explotar. La curva del vientre de su hermana la ayudó a tranquilizarse. Lillian se enfrentaba a muchas incomodidades e incertidumbres y ella no hacía más que empeorar su situación.

—Yo no he dicho nada de casarme con él —replicó Daisy—. Sólo quiero saber más cosas acerca de él. Quiero saber qué tipo de hombre es. No veo ningún mal en esto.

—Pero no lo lograrás. Ésta es la cuestión —argumentó Lillian con convicción—. Él no te mostrará quién es en realidad. Te engañará. Su habilidad consiste en descubrir lo que los demás quieren y ofrecérselo en su propio beneficio. Mira cómo se ha convertido en el hijo que nuestro padre siempre quiso tener. Y ahora simulará ser el tipo de hombre que tú siempre has deseado.

—Él no puede saber qué tipo de hombre... —empezó a decir Daisy, pero Lillian la interrumpió sin miramientos, exaltada más allá de su capacidad para hablar de una forma racional.

—Él no siente ningún interés por ti, por tu corazón, por tu mente o por saber cómo eres. Él quiere tener una participación mayoritaria en la compañía y a ti te ve como un medio para conseguirlo. Claro que intenta gustarte. Te hechizará por completo hasta el día después de la boda, y entonces descubrirás que todo era una ilusión. ¡Él es como nuestro padre, Daisy! Te aplastará o te convertirá en una mujer como nuestra madre. ¿Es ésa la vida que quieres?

—Claro que no.

Por primera vez en la vida, Daisy se dio cuenta de que no podía hablar con su hermana mayor acerca de algo tan importante.

¡Quería contarle tantas cosas! Quería contarle que no todo lo que Matthew Swift había dicho o hecho podía estar calculado. Quería contarle que Swift podría haber insistido en que regresara con él a la casa, pero que había accedido a que lo hiciera Llandrindon sin protestar. También quería contarle que la había besado, y que había sido maravilloso, y que ella se había sentido muy preocupada por los sentimientos que experimentaba.

Pero resultaba inútil hablar con Lillian cuando estaba de mal humor. Lo único que conseguirían sería dar vueltas y más vueltas sin llegar a ningún lado.

El silencio se volvió asfixiante.

—¿Y bien? —preguntó Lillian—. ¿Qué vas a hacer?

Daisy se puso de pie, se limpió una mancha del brazo y contestó compungida:

—Para empezar, creo que será mejor que tome un baño.

—¡Ya sabes a qué me refiero!

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Daisy con una amabilidad que hizo que Lillian frunciera el ceño.

—¡Decirle a Matthew Swift que es un sapo despreciable y que ni siquiera considerarás la posibilidad de casarte con él!

8

—... Y entonces se fue —explicó Lillian con vehemencia—. ¡Sin contarme qué pensaba o qué tenía intención de hacer! Además, ¡maldita sea!, sé que no me lo ha contado todo...

—Querida —la interrumpió Annabelle con dulzura—. ¿Estás segura de que le has dado la oportunidad de contártelo todo?

—¿Qué quieres decir? Estaba sentada justo delante de ella, estaba consciente y tenía las dos orejas puestas. ¿Qué otra oportunidad necesitaba?

Aquella noche, Lillian, inquieta y sin poder dormir, se reunió con Annabelle, quien estaba despierta a causa de su hija. Las dos se habían visto desde los balcones de sus respectivas habitaciones y se hicieron señas para encontrarse en la planta inferior. Era medianoche. Annabelle sugirió que fueran a pasear por la galería Marsden, una habitación larga y rectangular decorada con adustos retratos familiares y obras de arte de valor inestimable. Cubiertas con sus saltos de cama, deambularon por la galería cogidas del brazo y limitadas por el lento caminar de Lillian.

Lillian había recurrido cada vez más a Annabelle durante el embarazo. Annabelle comprendía por lo que estaba pasando, pues ella misma lo había experimentado hacía poco tiempo. Además, la presencia serena de Annabelle siempre tranquilizaba a Lillian.

—Lo que quiero decir —explicó Annabelle— es que quizás estabas tan concentrada en contarle a Daisy cómo te sentías que olvidaste preguntarle cómo se sentía ella.

—Pero ella..., pero yo... —soltó Lillian indignada. Entonces se

interrumpió y recapacitó—. Tienes razón —admitió de repente—. No se lo pregunté. Estaba tan horrorizada por la idea de que Daisy se sintiera atraída por Matthew Swift que supongo que, en realidad, no quería oír su versión, sólo quería decirle lo que tenía que hacer y dar por finalizada la cuestión.

Cuando llegaron al final de la habitación, se dieron la vuelta y pasaron junto a una serie de cuadros de paisajes.

—¿Crees que han vivido alguna situación de intimidad entre ellos? —preguntó Annabelle. Al ver la expresión de pánico en el rostro de Lillian, aclaró—: Como un beso, un abrazo...

—¡Oh, Dios mío! —Lillian sacudió la cabeza—. No lo sé. Daisy es tan inocente. A esa serpiente le resultaría tan fácil seducirla.

—En mi opinión, él se siente cautivado por Daisy de una forma genuina. ¿Qué joven no se sentiría atraído por ella? Daisy es preciosa, encantadora e inteligente.

—Y rica —añadió Lillian con voz sombría.

Annabelle sonrió.

—Ser rico no hace daño —declaró—. Sin embargo, en este caso creo que hay algo más que eso.

—¿Cómo estás tan segura?

—Resulta obvio, querida. Ya has visto cómo se miran. Está en el aire.

Lillian frunció el ceño.

—¿Podemos parar un momento? Me duele la espalda.

Annabelle la complació de inmediato y la ayudó a sentarse en uno de los bancos cubiertos con cojines que había en el centro de la sala.

—No creo que el bebé tarde mucho —murmuró Annabelle—. Incluso me arriesgaría a afirmar que llegará antes de lo que dijo el médico.

—¡Gracias a Dios! Nunca he deseado algo tanto como no estar embarazada. —Lillian intentó ver la punta de sus zapatillas por encima de la barriga. Su mente regresó al asunto de Daisy—. Hablaré con Daisy y seré honesta con ella acerca de lo que opino —declaró de repente—. Yo veo a Matthew Swift tal como es, aunque ella no lo vea así.

—Yo creo que Daisy ya conoce tu opinión —contestó Annabelle con sequedad—. Además, en última instancia, es ella quien tiene que tomar la decisión. Yo diría que cuando tú intentabas determinar cuáles eran tus

sentimientos hacia lord Westcliff, Daisy no intentó influirte en uno u otro sentido.

—La situación es por completo distinta —protestó Lillian—. ¡Matthew Swift es un ser abyecto! Además, si Daisy se casara con él, al final él se la llevaría a Norteamérica y yo difícilmente volvería a verla.

—Y a ti te gustaría que se quedara bajo tu tutela para siempre —murmuró Annabelle.

Lillian se volvió hacia su amiga y le lanzó una mirada siniestra.

—¿Estás sugiriendo que soy tan egoísta que quiero impedir que tenga su propia vida para tenerla cerca de mí?

Annabelle, impasible ante su ira, sonrió con comprensión.

—Siempre habéis estado muy unidas, ¿no? Siempre habéis sido, la una para la otra, la única fuente de amor y compañerismo de la que disponáis, ¿verdad? Sin embargo, esto está cambiando, cariño. Ahora tú tienes tu propia familia, un marido, un hijo... Y supongo que no querrás menos para ella.

Lillian se sintió herida y apartó la vista de Annabelle. Para su desgracia, los ojos se le enrojecieron y se le humedecieron.

—Te prometo que el próximo hombre por el que se sienta interesada me gustará. Sea quien sea. Siempre que no se trate del señor Swift.

—A ti no te gustará ningún hombre por el que Daisy muestre interés. — Annabelle rodeó a Lillian por los hombros con un brazo y añadió con afecto —. Me temo que eres bastante posesiva, cariño.

—Y tú eres sumamente irritante —respondió Lillian mientras apoyaba la cabeza en el blando hombro de Annabelle.

Lillian continuó gimiendo mientras Annabelle le ofrecía el tipo de abrazo firme y reconfortante que su madre nunca había sido capaz de brindarle. Llorar constituía un alivio, pero también le resultaba incómodo.

—Odio ser como una regadera —masculló Lillian.

—Estás así debido a tu estado —la consoló Annabelle—. Es del todo natural. Volverás a ser tú misma cuando haya nacido el bebé.

—Será un niño —declaró Lillian mientras se secaba las lágrimas con la mano—. Y, después, concertaremos una boda entre nuestros hijos para que Isabelle pueda ser vizcondesa.

—Yo pensaba que tú no creías en los matrimonios concertados.

—Y así era. Hasta ahora. No podemos confiar a nuestros hijos una decisión tan importante como elegir con quién tienen que casarse.

—Tienes razón, tendremos que decidirlo por ellos.

Después de reírse un rato, Lillian se sintió un poquito más animada.

—Tengo una idea —declaró Annabelle—, vayamos a la cocina y echemos una ojeada a la despensa. No me extrañaría que quedara tarta de grosella de la cena. Por no mencionar el bizcocho con crema y mermelada de frambuesa.

Lillian levantó la cabeza y se secó la nariz con la manga de la bata.

—¿Crees que un plato de dulces me hará sentir mejor?

Annabelle sonrió.

—Daño no puede hacerte, ¿no crees?

Lillian reflexionó acerca de su ofrecimiento.

—¡Vamos! —exclamó, y permitió que su amiga la ayudara a levantarse del banco.

Las doncellas recorrieron las cortinas de la entrada principal y las ataron con cordones de seda adornados con borlas. El sol matutino entró por los ventanales.

Daisy se dirigió a la salita del desayuno. Sabía que lo más probable era que ninguno de los huéspedes se hubiera levantado todavía. Daisy había intentado dormir lo máximo posible, pero la inquietud recorría su cuerpo en busca de una válvula de escape, de modo que, al final, se levantó de la cama y se vistió.

Los sirvientes estaban ocupados puliendo los objetos de bronce, limpiando la madera y las alfombras y acarreando baldes y cestos de ropa de la casa. Un poco más lejos, en la cocina, se oía el golpeteo de las ollas de metal y el tintineo de las fuentes mientras los cocineros preparaban el desayuno.

La puerta que comunicaba con el estudio privado de lord Westcliff estaba abierta y, al pasar por allí, Daisy dio una ojeada al interior de la habitación de paredes forradas con paneles de madera. Se trataba de una habitación agradable, sencilla y austera. Una hilera de vidrieras de colores derramaban

un arco iris de luz sobre el suelo alfombrado. Al ver que había alguien sentado frente al enorme escritorio de la habitación, Daisy se detuvo junto al umbral de la puerta. Por el contorno de la cabeza de pelo oscuro y los amplios hombros, Daisy dedujo que se trataba del señor Hunt, quien con frecuencia utilizaba el estudio de Westcliff cuando estaba de visita en Stony Cross.

—Buenos días... —empezó a saludar ella, pero se interrumpió cuando él se dio la vuelta.

Daisy sintió una punzada de excitación cuando se dio cuenta de que no se trataba del señor Hunt, sino de Matthew Swift.

Él se levantó de la silla y Daisy dijo con timidez:

—No, por favor, siento haber interrumpido...

Su voz se fue apagando conforme percibía que había algo distinto en él. Swift llevaba puestas unas gafas de montura metálica.

¡Unas gafas en aquel rostro de facciones tan marcadas! Su cabello estaba despeinado, como si hubiera estado tirando, de una forma distraída, de los mechones que le caían sobre la frente. Todo aquello combinado con sus prominentes músculos y su masculina virilidad, producía un efecto sumamente... erótico.

—¿Desde cuándo llevas gafas? —consiguió preguntar Daisy.

—Desde hace más o menos un año. —Matthew sonrió con turbación y se quitó las gafas con una mano—. Las necesito para leer. Demasiadas noches enfrascado en la lectura de informes y contratos.

—Son muy... favorecedoras.

—¿De verdad? —Sin dejar de sonreír, Swift sacudió la cabeza, como si no se le hubiera ocurrido nunca pensar en su aspecto. A continuación, introdujo las gafas en el bolsillo de su chaleco—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Swift con voz suave.

Daisy tardó unos instantes en darse cuenta de que se refería a su caída de la carreta.

—¡Oh, muy bien, gracias!

Swift la miraba como había hecho siempre, con fijeza y concentración. Su forma de mirarla la hacía sentirse incómoda. Sin embargo, en aquel momento, sus ojos no reflejaban crítica. De hecho, Swift la miraba como si

ella fuera la única cosa en el mundo que mereciera la pena mirar. Daisy jugueteó con la falda de su vestido de muselina rosa estampada con flores.

—Te has levantado temprano —declaró él.

—Siempre me levanto temprano. No entiendo por qué algunas personas se quedan en la cama hasta tan tarde. No se puede dormir más de un número determinado de horas.

Conforme terminaba la frase, a Daisy se le ocurrió que se podía hacer algo más en la cama aparte de dormir y se ruborizó.

Afortunadamente, Swift no se burló de ella, aunque Daisy percibió que una leve sonrisa asomaba en la comisura de sus labios. Swift dejó a un lado el arriesgado tema de los hábitos de sueño y señaló el montón de papeles que había detrás de él.

—Me estoy preparando porque pronto me iré a Bristol. Debemos resolver algunos asuntos antes de decidir si establecemos la fábrica allí o no.

—¿Lord Westcliff ha accedido a que dirijas el proyecto?

—Sí, aunque, por lo visto, tendré que someterme a un comité consultivo.

—Mi cuñado es un poco controlador —admitió Daisy—, pero cuando compruebe que eres de fiar, seguro que soltará bastante las riendas.

Él la observó con curiosidad.

—Eso casi parece un cumplido, señorita Bowman.

Ella se encogió de hombros con exageración, como queriendo mostrar despreocupación.

—Sean cuales sean tus defectos, tu fiabilidad es legendaria. Mi padre siempre dice que se puede poner en hora el reloj por tus idas y venidas.

—Fiabilidad. He aquí la descripción de un hombre excitante —contestó Swift con un deje irónico en la voz.

En el pasado, Daisy habría estado de acuerdo con su sarcástica afirmación. Cuando se decía de alguien que era un buen hombre o que era de fiar, se le estaba haciendo un flaco favor. Sin embargo, Daisy se había pasado tres años observando los caprichos de individuos que eran libertinos, desenfadados e irresponsables y había llegado a la conclusión de que la fiabilidad era una cualidad maravillosa en un hombre. Daisy se preguntó por qué no había valorado nunca esta cualidad antes.

—Señor Swift —Daisy intentó sonar desenfadada, aunque sólo lo

consiguió a medias—, me he estado preguntando algo.

—¿Sí?

Daisy avanzó hacia él y Swift retrocedió medio paso, como si para él fuera muy importante mantener cierta distancia entre ellos.

Daisy lo observó con atención.

—Como no existe ninguna posibilidad de que tú y yo... Como el matrimonio está fuera de... Me preguntaba cuándo tienes planeado casarte.

Al principio, Swift se quedó desconcertado y, después, atónito.

—No creo que el matrimonio vaya conmigo.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. ¿Porque valoras mucho tu libertad o es que tienes planeado convertirte en un mujeriego?

Swift se echó a reír, y el sonido de su risa era tan cálido que Daisy tuvo la sensación de que un tejido de terciopelo le recorría la espina dorsal.

—No, siempre he creído que perseguir a montones de mujeres constituía una pérdida de tiempo y que una mujer buena sería suficiente.

—¿Y cómo definirías a una buena mujer?

—¿Me estás preguntando con qué tipo de mujer me gustaría casarme? — La sonrisa de Swift permaneció en sus labios más tiempo del habitual y a Daisy se le erizó el vello de la nuca—. Supongo que lo sabré cuando la conozca.

Daisy se esforzó en mostrar indiferencia y se dirigió a las vidrieras de colores. Una vez allí, levantó una mano y contempló el mosaico de colores reflejado en su piel pálida.

—Puedo predecir cómo será ella. —Daisy se mantuvo de espaldas a Swift—. Para empezar, más alta que yo.

—La mayoría de las mujeres lo son —señaló él.

—Será una mujer de formación sólida y vida provechosa —continuó Daisy—, no una soñadora. Su mente estará centrada en las cuestiones prácticas de la vida y dirigirá a los sirvientes de una forma perfecta. Y nunca se dejará engañar por el pescadero para que compre pescado podrido en lugar de pescado fresco.

—Si tenía alguna intención de casarme —declaró Swift—, tú acabas de

borrarlo de mi mente.

—Te resultará fácil encontrarla —continuó Daisy con más pesadumbre en la voz de la que habría deseado mostrar—. Hay cientos de ellas en Manhattan. Quizá miles.

—¿Qué te hace pensar que yo desearía una esposa convencional?

Daisy notó que él se acercaba a ella por la espalda y los nervios se le pusieron de punta.

—Porque eres como mi padre —respondió ella.

—No del todo.

—Y si te casaras con una mujer distinta a la que acabo de describir, al final llegarías a la conclusión de que es un parásito.

Daisy sintió la suave presión de las manos de Swift sobre sus hombros. Él la hizo girar hasta situarla cara a cara con él. Sus cálidos ojos azules buscaron los de ella y Daisy tuvo la incómoda sospecha de que él le leía los pensamientos con excesiva exactitud.

—Prefiero creer —declaró él con lentitud— que nunca sería tan cruel como para pensar algo así. O tan idiota. —Su mirada se deslizó por la piel desnuda del escote de Daisy y, con una delicadeza extrema, deslizó los pulgares por el contorno, en forma de alas, de su clavícula hasta que a ella se le puso la piel de gallina—. Lo único que le pediría a una esposa —murmuró él— es que me demostrara afecto, que se sintiera feliz al verme al final del día.

A Daisy se le aceleró la respiración debido al roce de sus dedos.

—Eso no es mucho pedir.

—No, ¿verdad?

Las yemas de los dedos de Swift habían alcanzado la base del cuello de Daisy y ella tragó saliva con fuerza. Él parpadeó y apartó las manos de su cuello con rapidez. Parecía no saber qué hacer con ellas y, al final, las hundió en los bolsillos de su chaqueta.

Sin embargo, Swift no se movió. Daisy se preguntó si sentía la misma atracción irresistible hacia ella que ella experimentaba hacia él, si sentía aquella desconcertante inquietud que sólo podía apaciguarse con una cercanía mayor.

Daisy carraspeó con formalidad y enderezó la columna hasta alcanzar su

altura completa de un metro y medio más dos centímetros discutibles.

—¿Señor Swift?

—¿Sí, señorita Bowman?

—Quiero pedirte un favor.

Él la observó con atención.

—¿De qué se trata?

—Cuando le digas a mi padre, de una forma definitiva, que no vas a casarte conmigo, él se sentirá... decepcionado. Ya sabes cómo es mi padre.

—Sí, lo sé —contestó Swift con sequedad.

Cualquiera que conociera a Thomas Bowman sabía que, para él, la decepción no era más que una pausa corta en el camino a la indignación total y absoluta.

—Me temo que eso tendrá ciertas consecuencias desagradables para mí. Mi padre ya se siente disgustado porque no he conseguido encontrar a nadie con quién casarme y, si supone que he hecho algo a propósito para desbaratar sus planes acerca de nosotros... En fin, en ese caso mi situación sería... algo difícil.

—Comprendo. —Swift conocía al padre de Daisy quizá mejor que ella misma—. No le diré nada —respondió Swift con voz suave—. Y haré lo que esté en mi mano para hacerte las cosas más fáciles. Salgo para Bristol dentro de dos días. Tres a lo sumo. Llandrindon y el resto de los caballeros tienen una ligera idea de por qué han sido invitados a Stony Cross. Ninguno de ellos es un idiota. Y no habrían venido si no estuvieran interesados en ti, de modo que no te costará mucho conseguir que uno de ellos te proponga matrimonio.

Daisy supuso que debería agradecer su interés por lanzarla a los brazos de otro hombre, pero el entusiasmo de Swift la hizo sentir como un perro rabioso.

Y los perros rabiosos muerden.

—Eres muy amable —respondió Daisy—. Gracias. Has sido de gran ayuda para mí, señor Swift. Sobre todo porque me has proporcionado una experiencia que yo necesitaba de verdad. La próxima vez que bese a un hombre, a lord Llandrindon, por ejemplo, sabré cómo hacerlo.

Al ver cómo se tensaban sus labios, Daisy sintió que la embargaba una satisfacción vengativa.

—De nada —respondió él con un gruñido.

Daisy vio que él había levantado un poco las manos, como si estuviera a punto de estrangularla o de zarandearla, de modo que esbozó su sonrisa más radiante y salió de la habitación a toda prisa.

Conforme el día avanzaba, las nubes se extendieron por el cielo formando una enorme alfombra gris que ocultó la luz diurna. La lluvia empezó a caer con regularidad, convirtió la tierra de los caminos en lodo y anegó los humedales y las ciénagas haciendo que las personas y los animales corrieran a sus respectivos cobijos.

Así era el condado de Hampshire en primavera, travieso, voluble y bromista con los desprevenidos. Si en una mañana húmeda, uno se aventuraba a salir al aire libre con una sombrilla, Hampshire produciría un sol espléndido con la facilidad de un mago. Si uno salía de paseo sin la sombrilla, el cielo vertería cubos de agua sobre su cabeza.

Los invitados se concentraron en grupos variables. Unos se reunieron en la sala de música, otros en la sala de billar, otros en la sala de juegos para tomar el té o realizar representaciones teatrales *amateurs*, muchas damas se dedicaron a bordar o a realizar encaje mientras los caballeros leían, charlaban y bebían en la biblioteca. Ninguna conversación se libró de, como mínimo, un comentario sobre cuándo cesaría la lluvia.

En general, a Daisy le encantaban los días de lluvia. Acurrucarse con un libro junto a un hogar encendido constituía uno de los mayores placeres que podía imaginar. Sin embargo, todavía se sentía inquieta y las palabras impresas habían perdido la magia para ella. Daisy vagó de sala en sala mientras contemplaba con discreción las actividades a las que se habían consagrado los invitados.

Daisy se detuvo en el umbral de la puerta de la sala de billar y asomó la cabeza mientras contemplaba cómo los caballeros pululaban de una forma relajada alrededor de la mesa con las bebidas y los tacos de billar en las manos. El golpeteo de las bolas de marfil proporcionaba un arrítmico sonido de fondo al murmullo de las conversaciones masculinas. La visión de Matthew Swift en mangas de camisa e inclinado mientras ejecutaba una

carambola perfecta captó la atención de Daisy.

Swift manejaba el taco con manos hábiles y entrecerraba sus ojos azules mientras se concentraba en la disposición de las bolas en la superficie de la mesa. Unos rebeldes mechones de cabello habían caído de nuevo sobre su frente y Daisy sintió deseos de apartárselos del rostro. Swift introdujo limpiamente una bola en una de las troneras laterales y se oyeron unos cuantos aplausos, unas risas emitidas en tono bajo y el entrechocar de unas monedas que cambiaban de mano. Swift se enderezó, esbozó una de sus fugaces sonrisas y realizó un comentario a su contrincante, que no era otro que lord Westcliff.

Westcliff soltó una risotada y, con un cigarro sujeto entre los dientes, rodeó la mesa mientras consideraba sus opciones. En la habitación se percibía una atmósfera inconfundible de camaradería y diversión masculinas.

Cuando Westcliff pasó al otro lado de la mesa, vislumbró el rostro de Daisy junto al marco de la puerta y le guiñó un ojo. Ella se retiró de la puerta como una tortuga al interior de su coraza. Resultaba ridículo que vagara por la casa intentando ver a Matthew Swift.

Daisy se regañó a sí misma en silencio, se alejó de la sala de billar y se dirigió a la escalinata que partía del vestíbulo principal y conducía a la planta superior. Una vez allí, subió las escaleras lo más deprisa que pudo y no se detuvo hasta que llegó a la sala Marsden.

Annabelle y Evie se encontraban allí con Lillian, quien estaba medio repantigada en el sofá. Su rostro estaba pálido y tenso y varias arrugas surcaban su frente. Con sus delgados brazos, se sujetaba la barriga.

—Ahora hace veinte minutos —declaró Evie con la mirada fija en el reloj de la repisa del hogar.

—Todavía no son regulares —indicó Annabelle.

Annabelle cepilló el cabello negro y espeso de Lillian y lo trenzó con dedos expertos.

—¿Qué es lo que no es regular? —preguntó Daisy con una alegría forzada cuando entró en la habitación—. ¿Y por qué estáis mirando el...? —De repente, Daisy comprendió lo que ocurría y empalideció—. ¡Oh, Dios mío! ¿Tienes dolores de parto, Lillian?

Su hermana, con expresión aturdida, sacudió la cabeza.

—No son dolores muy intensos, sólo una especie de tensión en el abdomen. El primero llegó después de mediodía; una hora más tarde, tuve otro; y otro media hora después. El de ahora lo he sentido veinte minutos después del último.

—¿Lo sabe Westcliff? —preguntó Daisy sin aliento—. ¿Voy a contárselo?

—¡No! —respondieron al unísono las tres mujeres.

—No es preciso que lo preocupemos todavía —declaró Lillian con voz compungida—. Dejemos que disfrute de la tarde con sus amigos. Cuando se entere de lo que ocurre, se pondrá a pasear de arriba abajo y a dar órdenes y nadie tendrá paz. Yo la que menos.

—¿Y qué hay de nuestra madre? ¿Voy a buscarla?

Daisy tenía que preguntarlo, aunque estaba segura de cuál sería la respuesta. Mercedes no era del tipo de personas que resultaban reconfortantes en los momentos de apuro y, a pesar de que había dado a luz a cinco hijos, se impresionaba cuando oía hablar de cualquier tipo de función biológica.

—Ya estoy sufriendo bastante —contestó Lillian con sequedad—. No, no le digas nada todavía. Se sentiría obligada a sentarse aquí, conmigo, para guardar las apariencias y esto me pondría de los nervios. Ahora mismo, lo único que necesito es a vosotras tres.

A pesar del tono sarcástico de su voz, Lillian cogió la mano de Daisy y la apretó con fuerza. Dar a luz daba miedo y Lillian no constituía una excepción.

—Annabelle dice que esto podría continuar durante días y días de una forma intermitente —explicó Lillian a Daisy mientras se ponía bizca de una forma que resultaba cómica—, lo que significa que quizá no tenga el carácter dulce que suelo tener.

—Está bien, querida, muéstranos lo peor de ti.

Sin soltar la mano de Lillian, Daisy se sentó a sus pies, en el suelo alfombrado.

La habitación estaba en silencio, salvo por el tictac del reloj de la chimenea y el roce del cepillo de cerda en el cabello de Lillian. La presión de las manos de las dos hermanas hizo que sus pulsos se acompasaran en un único ritmo estable. Daisy no estaba segura de si era ella quien reconfortaba a

Lillian o al revés.

Había llegado el momento decisivo para Lillian y Daisy temía por ella, por los dolores y por las posibles complicaciones, y por el hecho de que, después del parto, su vida nunca volvería a ser como antes.

Daisy observó a Evie, quien la obsequió con una sonrisa radiante, y a Annabelle, cuyo rostro reflejaba una serenidad muy tranquilizadora. Las cuatro amigas se ayudarían en todos los desafíos, inseguridades y alegrías de la vida, pensó Daisy, y, de repente, se sintió sobrecogida por un sentimiento de amor hacia todas ellas.

—Nunca viviré lejos de vosotras —declaró Daisy—. Quiero que las cuatro estemos juntas siempre. No podría soportar perder a ninguna de vosotras.

Annabelle le acarició afectuosamente la pierna con la punta de la zapatilla.

—Nunca se puede perder a una amiga verdadera, Daisy.

9

Conforme la tarde daba paso al anochecer, la lluvia se convirtió en una tormenta y ésta en un temporal en toda regla. Un viento huracanado y cargado de lluvia golpeó los ventanales y sacudió los árboles y los arbustos meticulosamente podados mientras los relámpagos rasgaban el cielo. Las cuatro amigas permanecieron en la sala Marsden y cronometraron las contracciones de Lillian hasta que se produjeron a intervalos regulares de diez minutos. Lillian se sentía cansada y ansiosa, aunque intentaba ocultarlo. Daisy dedujo que a su hermana le resultaba difícil rendirse al proceso inevitable que estaba tomando el control de su cuerpo.

—No puedes sentirte cómoda en el sofá —declaró al final Annabelle mientras ayudaba a incorporarse a Lillian—. Levántate, cariño, ha llegado la hora de ir a la cama.

—¿Debería ya...? —empezó a preguntar Daisy mientras pensaba que ya había llegado la hora de avisar a Westcliff.

—Sí, creo que sí —contestó Annabelle.

Aliviada ante la perspectiva de hacer algo en lugar de estar sentada esperando, Daisy preguntó:

—¿Y después qué? ¿Necesitaremos sábanas, toallas...?

—Sí, sí —respondió Annabelle por encima del hombro mientras rodeaba a Lillian con un brazo firme—. Y tijeras y agua caliente. Y dile al ama de llaves que suba aceite de valeriana, té, cola de león seca y mostaza silvestre.

Mientras sus amigas ayudaban a Lillian a trasladarse al dormitorio, Daisy corrió escaleras abajo. Primero se dirigió a la sala de billar, pero ésta estaba

vacía, después buscó en la biblioteca y también en uno de los salones principales, pero parecía que Westcliff había desaparecido. Daisy controló su impaciencia, se obligó a caminar con calma mientras pasaba junto a unos invitados que estaban en el vestíbulo y se encaminó al estudio de Westcliff. Daisy se sintió aliviada al descubrir que Westcliff estaba allí con su padre, el señor Hunt y Matthew Swift. Todos estaban enfrascados en una animada conversación que incluía frases como «deficiencias en la red de distribución» o «beneficios por unidad de producción».

Los hombres se dieron cuenta de que Daisy estaba junto a la puerta y la miraron. Westcliff, quien estaba medio sentado en el escritorio, se incorporó.

—Milord —declaró Daisy—, ¿puedo hablar con usted un momento?

Aunque Daisy habló con calma, algo en su expresión debió de alertar al conde, porque no tardó ni un segundo en llegar junto a ella.

—¿Sí, Daisy?

—Se trata de mi hermana —susurró ella—. Por lo visto, el parto ya ha empezado.

Daisy nunca había visto al conde tan alterado.

—¡Pero si es demasiado pronto! —exclamó él.

—Por lo visto el bebé no opina lo mismo.

—¡Pero... llega fuera de programación!

El conde parecía muy decepcionado por el hecho de que su hijo no hubiera consultado el calendario antes de nacer.

—No necesariamente —replicó Daisy con tono razonable—. Es posible que el doctor se haya equivocado al establecer la fecha del nacimiento. Al fin y al cabo, no se trata más que de una suposición.

Westcliff hizo una mueca.

—¡Esperaba más exactitud! Falta casi un mes para la fecha programada...

—Una nueva idea cruzó la mente de Westcliff, que empalideció—. ¿Es un bebé prematuro?

Aunque a Daisy le había preocupado en secreto esta idea, sacudió la cabeza de inmediato.

—A algunas mujeres se les nota el embarazo más que a otras y mi hermana es muy delgada. Estoy segura de que el bebé está bien. —Daisy sonrió de una forma tranquilizadora—. Lillian ha sufrido dolores de parto

durante las últimas cuatro o cinco horas, y ahora los tiene más o menos cada diez minutos, y Annabelle dice que...

—¿Lleva horas con dolores de parto y nadie me lo ha comunicado? —preguntó Westcliff furioso.

—Bueno, no se considera que una mujer esté de parto hasta que los intervalos entre los dolores sean regulares y ella dijo que no quería molestarlo hasta que...

Westcliff soltó una maldición y Daisy se sobresaltó. Él se volvió y señaló a Simon Hunt con un dedo tembloroso pero autoritario.

—¡Doctor! —rugió.

Y salió de la habitación como una exhalación.

Simon Hunt no parecía sorprendido por el comportamiento primitivo de Westcliff.

—Pobre hombre —declaró con una leve sonrisa mientras se acercaba al escritorio e introducía la pluma que sostenía en la mano en su soporte.

—¿Por qué le ha llamado «doctor»? —le preguntó Thomas Bowman, quien ya empezaba a notar los efectos de la copa de coñac vespertina.

—Creo que quiere que haga llamar al doctor —respondió Hunt—, cosa que pienso hacer de inmediato.

Por desgracia surgieron dificultades a la hora de traer al doctor, un anciano venerable que vivía en el pueblo. El lacayo enviado a buscarlo regresó con la desafortunada noticia de que mientras acompañaba al doctor al carruaje de Westcliff, que los esperaba en la calle, el anciano se había lesionado.

—¿Cómo? —exclamó Westcliff, quien había salido del dormitorio para escuchar las noticias del lacayo.

Una pequeña aglomeración formada por Daisy, Evie, St. Vincent, el señor Hunt y el señor Swift, esperaba en el pasillo. Annabelle estaba en el dormitorio con Lillian.

—Milord —explicó el lacayo a Westcliff con voz compungida—, el doctor resbaló en el pavimento húmedo de la entrada, cayó al suelo antes de que yo pudiera sujetarlo y se lesionó la pierna. El doctor dice que no cree que se haya roto nada, pero, de todas maneras, no puede venir para asistir a *lady* Westcliff.

Un destello salvaje brilló en los ojos oscuros del conde.

—¿Por qué no estaba usted sosteniendo al doctor por el brazo? ¡Por el amor de Dios, si es un fósil! ¡Evidentemente no se le podía permitir caminar solo sobre el pavimento húmedo!

—Si es tan delicado —razonó Simon Hunt—, ¿cómo se supone que una vieja reliquia como él podría ayudar a *lady* Westcliff?

El conde frunció el ceño.

—El doctor sabe más de nacimientos que nadie entre esta casa y Portsmouth. Ha asistido los partos de generaciones y generaciones de descendientes de Marsden.

—A este ritmo —declaró lord St. Vincent—, el último descendiente de Marsden nacerá él solito. —St. Vincent se volvió al lacayo—. A menos que el doctor realizara alguna sugerencia sobre quién podía reemplazarlo.

—Sí, milord —contestó con inquietud el lacayo—. Me indicó que había una comadrona en el pueblo.

—Entonces vaya a buscarla de inmediato —rugió Westcliff.

—Ya lo he intentado, milord, pero está... un poco bebida.

Westcliff hizo una mueca.

—Tráigala de todas formas. En estos momentos, no voy a quejarme porque haya tomado uno o dos vasos de vino.

—Esto..., milord, en realidad, está más que un poco bebida.

El conde lo miró con incredulidad.

—Maldita sea, ¿hasta qué punto está bebida?

—Cree que es la reina, y me gritó por haber subido a su tren —contestó el lacayo.

Se produjo un breve silencio mientras el grupo asimilaba aquella información.

—Voy a matar a alguien —declaró el conde a nadie en particular, y palideció aún más al oír la llamada de Lillian.

—¡Marcus!

—¡Ya voy! —gritó Westcliff. Y se volvió hacia el lacayo mientras le lanzaba una mirada amenazadora—. ¡Encuentre a alguien! —rugió—. Un doctor, una comadrona, una maldita adivina de barraca..., pero traiga-a-alguien. ¡Ahora!

Cuando Westcliff desapareció en el interior del dormitorio, pareció dejar una estela de humo y el aire vibró, como después de la caída de un rayo. Un trueno resonó en el cielo y el suelo y los candelabros temblaron.

El lacayo estaba a punto de romper a llorar.

—Diez años al servicio de milord y ahora me despedirá.

—Vuelva a ver al doctor y averigüe si su pierna ha mejorado —le indicó Simon Hunt—. Si no es así, pregúntele si hay en el pueblo algún estudiante o aprendiz que pueda reemplazarlo. Mientras tanto, yo cabalgaré hasta el próximo pueblo para ver si encuentro a alguien.

Matthew Swift, quien había permanecido en silencio hasta entonces, preguntó con voz calmada:

—¿Qué camino tomará?

—El que conduce al este —respondió Hunt.

—Yo tomaré el del oeste.

Daisy contempló a Swift con sorpresa y gratitud. A causa de la tormenta, aquel cometido podía resultar peligroso, por no mencionar las incomodidades que implicaba. El hecho de que Swift quisiera realizarlo por Lillian, quien nunca había ocultado la antipatía que sentía hacia él, hizo que la estimación que experimentaba Daisy por Swift subiera varios grados.

Lord St. Vincent declaró con sequedad:

—Supongo que esto me deja a mí el sur. ¡Tenía que tener el bebé durante un diluvio de proporciones bíblicas!

—¿Prefiere usted quedarse aquí con Westcliff? —preguntó Simon Hunt con sarcasmo.

St. Vincent le lanzó una mirada jovial.

—Voy a buscar mi sombrero.

Habían pasado dos horas desde que los hombres se habían ido y el parto seguía su curso. Los dolores eran tan fuertes que a Lillian se le cortaba la respiración. Cogió la mano de su marido y le clavó los dedos con fuerza, aunque él no pareció sentir ningún dolor. Westcliff se mostraba paciente y tranquilizador, secaba el sudor de Lillian con un paño húmedo, le hacía tragar pequeños sorbos de infusión de cola de león y le masajeaba la parte baja de la

espalda y las piernas para ayudarla a relajarse.

Annabelle actuaba de una forma tan competente que Daisy dudó que una comadrona pudiera hacerlo mejor. Colocaba una bolsa de agua caliente en la espalda y en la barriga de Lillian, le susurraba palabras alentadoras durante las contracciones y le explicaba que si ella, Annabelle, había sobrevivido a aquella experiencia, Lillian sin duda lo haría.

Después de cada contracción a Lillian le temblaba todo el cuerpo. Annabelle la cogió de la mano con firmeza.

—No tienes por qué permanecer en silencio, cariño. Si te sirve de ayuda, grita o suelta palabrotas.

Lillian sacudió la cabeza con debilidad.

—No tengo fuerzas para gritar. Si no hablo, conservo mi energía.

—A mí me pasaba lo mismo —dijo Annabelle—, aunque te advierto que los demás no sentirán más compasión por ti si lo sobrellevas con estoicismo.

—No quiero compasión —jadeó Lillian. Y cerró los ojos al sentir que se acercaba otra contracción—. Sólo quiero... que se acabe.

Daisy contempló el rostro tenso de Westcliff y pensó que, aunque Lillian no quisiera compasión, su esposo rebotaba de este sentimiento.

—Se supone que no deberías estar aquí —le dijo Lillian a Westcliff cuando terminó la contracción. Aunque se agarró a su mano como si fuera una cuerda de salvamento—, sino abajo, bebiendo y paseando de un extremo a otro de una habitación.

—¡Santo Dios, mujer! —masculló Westcliff mientras secaba el sudoroso rostro de Lillian con un paño seco—. He sido yo quien te ha hecho esto y no voy a permitir que te enfrentes a las consecuencias tú sola.

Los labios secos de Lillian esbozaron una ligera sonrisa.

Se oyeron unos golpes rápidos y firmes en la puerta y Daisy corrió a ver de quién se trataba. Cuando la abrió unos centímetros, Daisy descubrió que era Matthew Swift, quien estaba empapado, embarrado y casi sin aliento. Al verlo, Daisy se sintió reconfortada.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Todavía no ha vuelto nadie. ¿Has encontrado a alguien?

—Sí y no.

A Daisy la experiencia le había enseñado que cuando alguien contestaba

«sí y no», los resultados no solían responder a lo que uno esperaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cautela.

—Subirá de un momento a otro. Se está lavando. Las carreteras se han convertido en lodazales, están llenas de socavones y no deja de tronar. Ha constituido un milagro que el caballo no se desbocara o se rompiera una pata.

Swift se quitó el sombrero y se secó la frente con la manga, con lo que dejó una mancha de barro a lo largo de su frente.

—¿Pero has encontrado a un médico? —insistió Daisy mientras cogía una toalla limpia de un cesto que había junto a la puerta y se la tendía a Swift.

—No, los habitantes del pueblo me informaron de que el médico se había ido quince días a Brighton.

—¿Y qué hay de una comadrona?

—Está ocupada ayudando a otras dos mujeres que, ahora mismo, están de parto en el pueblo —respondió Swift con voz tensa—. La comadrona me contó que estas cosas ocurren a veces cuando se produce una tormenta especialmente violenta. Algo, en el aire, desencadena los partos.

Daisy lo observó confusa.

—¿Entonces a quién has traído?

Un hombre medio calvo y de ojos castaños apareció al lado de Swift. Estaba mojado pero limpio. En cualquier caso, más limpio que Swift. Y su aspecto era respetable.

—Buenas noches, señorita —saludó con turbación.

—Se llama Merritt —explicó Swift a Daisy—. Es veterinario.

—¿Que es qué?

Aunque la puerta estaba casi cerrada, las personas que estaban en el interior de la habitación habían oído la conversación. Entonces se oyó a Lillian, quien gritó con voz aguda desde la cama:

—¿Me ha traído a un doctor de animales?

—Me lo han recomendado mucho —se defendió Swift.

Como Lillian estaba tapada con la ropa de la cama, Daisy abrió más la puerta para que pudiera ver al veterinario.

—¿Tiene experiencia? —preguntó Lillian a Merritt.

—Ayer ayudé a dar a luz a los cachorros de un bulldog y, antes...

—Bastante parecido —declaró Westcliff con impaciencia mientras Lillian

le apretaba la mano al sentir que se acercaba otra contracción—. ¡Entre!

Daisy permitió que el veterinario entrara en la habitación y salió al pasillo con otra toalla limpia.

—Habría ido a otro pueblo —declaró Swift con voz grave y cierto tono de disculpa—. No sé si Merritt será de ayuda, pero los arroyos y los riachuelos se han desbordado y las carreteras se han vuelto intransitables. Además, no podía volver sin nadie.

Swift cerró los ojos unos instantes. Tenía el rostro demacrado y Daisy se dio cuenta de que cabalgar con la tormenta debía de haber sido agotador.

«Fiable», pensó Daisy. A continuación, envolvió sus dedos con el extremo de la toalla, limpió el barro del rostro de Swift y secó la lluvia que había quedado atrapada en su incipiente barba. La sombra oscura que le cubría la mandíbula la fascinaba y Daisy sintió deseos de deslizar las yemas de los dedos por la superficie áspera.

Swift permaneció inmóvil y con la cabeza inclinada hacia abajo para que Daisy pudiera llegar a su rostro con facilidad.

—Espero que los demás tengan más suerte que yo en encontrar a un doctor.

—Quizá no regresen a tiempo —contestó Daisy—. El proceso se ha acelerado durante la última hora.

Swift enderezó la cabeza, como si los roces suaves de la mano de Daisy en su rostro lo molestaran.

—¿No vuelves a entrar en la habitación?

Daisy sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Mi presencia es *de trop*, como dicen por aquí. Lillian odia las aglomeraciones y Annabelle puede ayudarla mucho mejor que yo. Pero esperaré cerca por si..., por si me llama.

Swift cogió la toalla y se secó la parte de atrás de la cabeza. La lluvia había empapado su espeso cabello y éste ahora se veía tan negro y brillante como el pelo de una foca.

—Volveré enseguida —declaró—. Voy a lavarme y a ponerme ropa seca.

—Mis padres y *lady* St. Vincent están en la sala Marsden —contestó Daisy—. Puedes esperar con ellos. Allí estarás más cómodo que aquí.

Sin embargo, cuando Swift regresó, no fue a la sala Marsden, sino que

volvió junto a Daisy.

Ella estaba sentada en el suelo del pasillo con las piernas cruzadas y con la espalda apoyada en la pared. Estaba abstraída en sus pensamientos y no se dio cuenta de que Swift se acercaba hasta que estuvo a su lado. Vestido con ropa limpia y con el cabello todavía húmedo, la miraba.

—¿Puedo?

Daisy no estaba segura de qué le estaba preguntando, pero asintió de todos modos. Swift se sentó en el suelo en la misma postura que Daisy. Ella nunca se había sentado de aquella forma junto a un hombre y, desde luego, nunca pensó que lo haría con Matthew Swift. De una forma amistosa, Swift le ofreció un vaso lleno de un líquido denso y rojizo.

Sorprendida, ella lo cogió, lo acercó a su nariz y lo olió con cautela.

—Madeira —declaró con una sonrisa—. Gracias. Aunque es un poco pronto para las celebraciones, pues el bebé todavía no ha nacido.

—No lo he traído para celebrar nada, sino para ayudar a que te relajes.

—¿Cómo sabes que éste es mi vino favorito? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Pura casualidad.

Sin embargo, de algún modo ella sabía que no se trataba de una casualidad.

Hablaron poco, pero permanecieron en un amistoso silencio. De vez en cuando, Daisy le preguntaba qué hora era y él sacaba su reloj de bolsillo para informarla. Intrigada por el tintineo de los objetos que él guardaba en el bolsillo, Daisy le pidió que se los enseñara.

—Te sentirás decepcionada —contestó Swift mientras volcaba el contenido del bolsillo en el regazo de Daisy.

Ella hurgó entre los diversos objetos.

—Eres peor que un hurón —declaró Daisy con una sonrisa.

Entre los objetos había una navaja, un trozo de sedal, varias monedas, un plumín, las gafas, una pastilla pequeña de jabón —de la marca Bowman, claro— y un papelito encerado y doblado que contenía polvos de corteza de sauce. Daisy cogió el papelito entre el índice y el pulgar.

—¿Padeces dolores de cabeza, señor Swift?

—No, pero tu padre sí, señorita Bowman, siempre que recibe una mala

noticia. Y, en general, soy yo quien se las suele dar.

Daisy se echó a reír y cogió una cajita de plata de su regazo; contenía cerillas.

—¿Cerillas? Creí que no fumabas.

—Uno nunca sabe cuándo se necesitará fuego.

Daisy cogió un papel lleno de alfileres y levantó las cejas de manera inquisitiva.

—Los utilizo para sujetar documentos —explicó él—, pero también me han resultado útiles en otras ocasiones.

—¿Hay alguna emergencia para la que no estés preparado, señor Swift? —preguntó ella con un deje irónico en la voz.

—Si tuviera suficientes bolsillos, señorita Bowman, podría salvar el mundo.

Por la forma en que lo dijo, con una especie de arrogancia mezclada con nostalgia, con la cual pretendía divertir a Daisy, las defensas de la joven se derrumbaron. Rompió a reír y sintió que la inundaba una suave calidez, aunque, al mismo tiempo, se dio cuenta de que el hecho de que él le gustara no mejoraría su situación. Daisy volvió a inclinarse sobre su regazo y cogió un montón de tarjetas sujetas con un cordel.

—Me aconsejaron que trajera a Inglaterra tarjetas de visita y tarjetas comerciales —explicó Swift—. Aunque no estoy seguro de cuál es la diferencia entre ambas.

—Cuando visites a un caballero inglés, nunca debes dejar una de tus tarjetas comerciales —le explicó Daisy—. Se considera de mala educación, pues implica que intentas recolectar dinero para algún fin.

—Siempre lo hago.

Daisy sonrió. A continuación, otro objeto llamó su atención y Daisy lo cogió para examinarlo.

Se trataba de un botón. Daisy arrugó el entrecejo. El diseño de un molino estaba grabado en la parte frontal y, en la trasera, había un mechón de cabello negro cubierto por una delgada hoja de cristal fijada al botón mediante un aro de cobre.

Swift empalideció e intentó arrebatarárselo, pero Daisy cerró el puño y apartó la mano en la que sostenía el botón.

El pulso de Daisy se aceleró.

—Yo he visto este botón antes —declaró—. Formaba parte de una serie. Mi madre mandó confeccionar una chaqueta con cinco botones para mi padre. En uno de ellos mandó grabar un molino, en otro, un árbol, en otro, un puente... Mi madre cortó un mechón de cabello de cada uno de sus hijos y los introdujo en los respectivos botones. Recuerdo que me cortó un mechón de la parte trasera de la cabeza para que no se notara.

Sin mirarla, Swift recogió el resto de los objetos y volvió a metérselos en el bolsillo.

El silencio se prolongó mientras Daisy esperaba en vano una explicación. Al final, alargó el brazo y agarró la manga de Swift. Él contempló los dedos de Daisy en la tela de su chaqueta.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó ella.

Swift permaneció en silencio tanto rato que Daisy creyó que no iba a contestarle.

Al final, Swift habló con una expresión tan adusta en el rostro que a Daisy se le desgarró el corazón.

—Tu padre fue a la oficina de la compañía con la chaqueta puesta. Todos la admiramos. Sin embargo, aquel día el señor Bowman estaba de mal humor, lanzó un frasco de tinta por los aires y la chaqueta se manchó. Quedó inservible. En lugar de contarle la noticia a su esposa, el señor Bowman me entregó la chaqueta, incluidos los botones, y me ordenó que me deshiciera de ella.

—Sin embargo, conservaste un botón. —Los pulmones de Daisy se expandieron hasta dolerle y el corazón se le aceleró—. El molino. Que era el mío. ¿Y... has llevado encima un mechón de mi cabello todos estos años?

Se produjo otro largo silencio. Daisy nunca supo qué habría contestado Swift o si tan siquiera lo habría hecho, porque la voz de Annabelle rompió el silencio.

—¡Daisyyy!

Sin soltar el botón, Daisy se dispuso a levantarse. Swift se puso de pie con un movimiento ágil y, después de ayudar a Daisy, la sujetó de la muñeca, colocó la mano que le quedaba libre debajo de la de ella y le clavó una mirada inescrutable.

Daisy se dio cuenta de que él quería que le devolviera el botón y soltó una risita de incredulidad.

—¡Es mío! —protestó Daisy.

En realidad, no quería el maldito botón, pero le resultaba extraño que él hubiera conservado aquel pedacito de ella durante tantos años y tenía un poco de miedo a lo que esto significaba.

Swift no se movió ni habló, sólo esperó con una paciencia inquebrantable hasta que Daisy abrió la mano y permitió que el botón cayera en la de él. Swift guardó el objeto como una urraca posesiva y soltó la muñeca de Daisy.

Desconcertada, Daisy corrió hacia el dormitorio de su hermana. De repente se oyó el llanto de un bebé y a Daisy se le cortó la respiración de emoción. Se encontraba a sólo unos metros de la habitación de su hermana, pero a Daisy le parecieron kilómetros.

Annabelle la recibió en la puerta con aspecto cansado, pero con una sonrisa radiante en el rostro. En los brazos sostenía un pequeño bulto de ropa de lino y toallas limpias. Daisy se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza mientras reía y lloraba al mismo tiempo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó mientras contemplaba el rostro rojizo del bebé, sus brillantes ojos oscuros y su abundante pelo negro.

—Saluda a tu sobrina —declaró Annabelle mientras le entregaba el bebé con cuidado.

Daisy lo cogió y le sorprendió lo poco que pesaba.

—¿Mi hermana...?

—Lillian está bien —contestó Annabelle de inmediato—. Lo ha hecho muy bien.

Daisy entró en la habitación mientras acunaba al bebé. Lillian estaba reclinada sobre un montón de almohadas y tenía los ojos cerrados. Parecía muy pequeña en aquella enorme cama y llevaba el cabello recogido en dos trenzas, como las niñas pequeñas. Westcliff estaba sentado a su lado y parecía que acabara de batallar en Waterloo él solo.

El veterinario estaba de pie junto a la palangana de agua y se estaba enjabonando las manos. Miró a Daisy con una sonrisa y ella también le sonrió.

—Felicidades, señor Merritt —declaró Daisy—. Parece que ha añadido

una nueva especie a su repertorio.

Lillian se agitó al oír su voz.

—¿Daisy?

Daisy se acercó a la cama con el bebé en brazos.

—¡Oh, Lillian, es la cosa más bonita que he visto en toda mi vida!

Lillian sonrió con cara somnolienta.

—Yo también lo creo. ¿Podrías... —Lillian se interrumpió para bostezar— enseñársela a nuestros padres?

—Sí, claro. ¿Cómo se llama?

—Merritt.

—¿Le has puesto este nombre en honor al veterinario?

—Ha hecho un buen trabajo —contestó Lillian—. Y Westcliff está de acuerdo.

El conde arrojó más a su esposa y la besó en la frente.

—Todavía no tienes un heredero —le susurró Lillian con una leve sonrisa en los labios—. Supongo que tendremos que tener otro hijo.

—No, ni hablar —contestó Westcliff con aspereza—. No pienso volver a pasar por esto nunca más.

Daisy, divertida, contempló a la pequeña Merritt, quien se estaba durmiendo en sus brazos.

—Voy a enseñársela a los demás —anunció con voz suave.

Daisy salió al pasillo y se sorprendió al ver que estaba vacío.

Matthew Swift se había ido.

Cuando, a la mañana siguiente, Daisy se despertó, se enteró con alivio de que el señor Hunt y lord St. Vincent habían regresado sanos y salvos a Stony Cross Park. St. Vincent descubrió que la carretera que conducía al sur resultaba intransitable, pero el señor Hunt había tenido más suerte. Había encontrado a un doctor en un pueblo cercano, aunque éste rehusó viajar con una tormenta tan peligrosa como aquélla. Hunt tuvo que insistir bastante para convencerlo de que lo acompañara. Cuando llegaron a Stony Cross Manor, el doctor examinó a Lillian y a Merritt y anunció que ambas se encontraban en excelentes condiciones. Según su dictamen, el bebé era pequeño pero estaba

muy bien formado y disponía de unos pulmones bien desarrollados.

Los invitados recibieron la noticia del nacimiento con alegría, aunque se produjeron unos cuantos murmullos de decepción a causa del género de la recién nacida. Sin embargo, al ver el rostro de Westcliff mientras sostenía a su hija y oír sus promesas acerca de que iba a comprar caballos, castillos y reinos enteros para ella, Daisy supo que no habría sido más feliz si Merritt hubiera sido un niño.

Mientras desayunaba con Evie, Daisy experimentó una curiosa mezcla de emociones. Además de la alegría que sentía por el nacimiento de su sobrina y porque su hermana se encontraba bien, se sentía nerviosa, aturdida, inquieta...

Y todo a causa de Matthew Swift.

Daisy se alegró de no haberlo visto todavía aquella mañana. Después del descubrimiento que había hecho la noche anterior, no estaba segura de cómo reaccionaría al verlo.

—Evie —rogó Daisy en voz baja—, tengo que hablar contigo de una cosa. ¿Quieres dar un paseo conmigo por el jardín?

La tormenta había pasado y una débil luz grisácea se filtraba entre las nubes.

—Sí, claro, aunque afuera todo está bastante embarrado.

—Caminaremos por los senderos de grava, pero tiene que ser afuera, el asunto es demasiado privado para comentarlo dentro de la casa.

Evie abrió mucho los ojos y bebió el té tan deprisa que debió de escaldarse la lengua.

El jardín estaba desaliñado a causa de la tormenta. Había hojas y brotes esparcidos por todas partes y ramas de distintos tamaños habían caído sobre los senderos, los cuales solían estar limpios e inmaculados. El aire estaba impregnado del olor de la tierra mojada y del aroma de los pétalos. Las dos amigas inhalaban el energizante olor y pasearon por los senderos de grava. La fresca brisa las empujaba con la impaciencia de un niño y las obligaba a caminar con paso ligero. Daisy y Evie se cubrieron los hombros y los brazos con sus respectivos chales.

Daisy sintió un gran alivio al poder desahogarse con Evie. Le contó todo lo que había ocurrido entre ella y Matthew Swift, incluso lo del beso, y

terminó con lo que había averiguado acerca del botón que Swift llevaba en el bolsillo. Evie sabía escuchar mejor que ninguna otra de las personas que Daisy conocía, quizá debido a todo lo que había tenido que pasar por su tartamudeo.

—No sé qué pensar —declaró Daisy apesadumbrada—. No sé cómo sentirme. Y no sé por qué el señor Swift me parece distinto de antes o por qué me siento tan atraída por él. Resultaba mucho más fácil odiarlo. Sin embargo, ayer por la noche, cuando vi el botón...

—¿Antes de ayer no se te había ocurrido pensar que él sintiera algo por ti?

—No.

—Daisy, ¿es posible que sus acciones sean previstas, que te esté engañando y que lo del botón no sea más que un ardid?

—No, si hubieras visto su expresión... Sin duda se sentía turbado y quería evitar, a toda costa, que yo reconociera el botón. ¡Oh, Evie...! —Daisy dio un puntapié a una piedrecilla con aire distraído—. ¡Tengo la terrible sospecha de que Matthew Swift podría ser el hombre que siempre he deseado!

—Pero, si te casaras con él, te llevaría de vuelta a Nueva York —declaró Evie.

—A la larga, sí, y no puedo volver allí. No quiero vivir lejos de vosotras y de mi hermana. Además, Inglaterra me encanta. Aquí me siento más yo misma de lo que nunca me sentí en Nueva York.

Evie reflexionó acerca de aquel problema.

—¿Y si el señor Swift accediera a vivir aquí para siempre?

—No lo aceptaría. Las oportunidades económicas son mucho mayores en Nueva York. Y si se quedara aquí, viviría con la desventaja de no ser un aristócrata.

—Pero si quisiera intentarlo... —insistió Evie.

—En cualquier caso, yo nunca podría convertirme en la esposa que él necesita.

—Tenéis que hablar con franqueza el uno con el otro —afirmó Evie con determinación—. El señor Swift es un hombre inteligente y maduro y es probable que no espere que tú te conviertas en alguien que no eres.

—Todo es discutible —declaró Daisy con pesadumbre—. Él me ha dejado claro que no se casará conmigo sean cuales sean las circunstancias. Y éstas fueron sus palabras exactas.

—¿Pero él te rechaza a ti o a la idea del matrimonio?

—No lo sé. Lo único que sé es que debe de sentir algo por mí, si no, no llevaría un mechón de mi cabello en el bolsillo. —Daisy recordó cómo había cerrado Swift la mano cuando el botón cayó en ella y un escalofrío placentero le recorrió la espina dorsal—. Evie, ¿cómo sabes si amas a alguien?

Evie reflexionó acerca de aquella cuestión mientras pasaban junto a un seto bajo y redondo que contenía una explosión de primulas multicolores.

—Ahora es cuando yo debería decir algo útil y sabio —respondió Evie con un gesto de disculpa—. Sin embargo, mi situación fue diferente a la tuya. St. Vincent y yo no esperábamos enamorarnos el uno del otro. Nos pilló a los dos por sorpresa.

—Sí, pero ¿cómo supisteis que estabais enamorados?

—Fue cuando me di cuenta de que él estaría dispuesto a morir por mí. No creo que nadie, ni siquiera él mismo, creyera que era capaz de sacrificarse por los demás. Aquello me enseñó que, aunque te parezca que conoces bien a alguien, esa persona p-puede sorprenderte. Todo cambió en un instante. De repente, St. Vincent se convirtió en la persona más importante del mundo para mí. No, no en la más importante, sino en la más necesaria. ¡Cómo desearía tener facilidad de palabra!

—Comprendo lo que quieres decirme —murmuró Daisy.

Sin embargo, las palabras de Evie le habían transmitido más melancolía que claridad. Daisy se preguntó si alguna vez sería capaz de amar a un hombre como Evie amaba a su esposo. Quizás había volcado demasiado sus emociones en sus amigas y en su hermana... Quizá no le quedaba amor para nadie más.

Las dos amigas llegaron a un seto alto de enebro detrás del cual se extendía un camino enlosado que llegaba hasta una de las alas de la casa. Cuando se dirigían a un paso que atravesaba el seto, oyeron dos voces masculinas que mantenían una conversación. Aquellos dos hombres no hablaban en voz alta. De hecho, el volumen contenido de su conversación revelaba que algo secreto y, por lo tanto, intrigante constituía el tema de su

conversación. Daisy se detuvo junto al seto e hizo una señal a Evie para que se quedara quieta y en silencio.

—... no parece que tenga mucho vigor para procrear... —comentaba uno de los hombres.

El otro respondió con una protesta indignada realizada en voz baja.

—¿Que es débil? ¡Santo cielo, pero si esa mujer tiene suficiente temple para escalar el Mont-Blanc con una navaja y un ovillo de cordel de cáñamo! ¡Sus hijos serán unos auténticos toros!

Daisy y Evie se miraron atónitas. Las voces pertenecían, sin lugar a dudas, a lord Llandrindon y a Matthew Swift.

—Yo tengo la impresión de que se trata de una joven volcada en la literatura. Una intelectual.

—En efecto —dijo Swift—, le encantan los libros. Y también la aventura. Dispone de una imaginación notable acompañada de un entusiasmo apasionado por la vida y de una constitución de hierro. No encontrará una mujer igual ni en su lado del Atlántico ni en el mío.

—No tenía ninguna intención de buscar en su lado del Atlántico —contestó Llandrindon con sequedad—. Las mujeres inglesas disponen de todas las características que yo busco en una esposa.

Daisy se dio cuenta de que estaban hablando de ella y se quedó boquiabierta. Se debatía entre la satisfacción que le había producido la descripción que Matthew Swift había hecho de ella y la indignación que experimentaba al saber que intentaba venderla a Llandrindon, como si ella fuera un botellín de medicina de un vendedor ambulante.

—Yo quiero una esposa que sea elegante, inocente, apacible... —continuó Llandrindon.

—¿Apacible? ¿Y qué me dice de natural e inteligente? ¿Qué me dice de una mujer que tenga suficiente confianza en sí misma como para ser ella misma en lugar de querer imitar un pálido ideal de mujer servicial?

—Tengo una pregunta —contestó Llandrindon.

—¿Sí?

—Si es tan maravillosa, ¿por qué no se casa usted con ella?

Daisy contuvo el aliento y se esforzó en escuchar la respuesta de Swift, pero para su total frustración, la voz de Swift quedó apagada por la espesura

del seto.

—¡Maldición! —exclamó Daisy mientras realizaba el ademán de atravesar el paso que cruzaba el seto.

Evie la retuvo con firmeza.

—¡No! —susurró con severidad—. No tienes a la suerte, Daisy. Ha sido un milagro que no se dieran cuenta de que estábamos aquí.

—¡Pero yo quiero oír el resto de la conversación! —dijo Daisy.

—Yo también. —Las dos amigas se miraron con los ojos abiertos de par en par—. Daisy —comentó Evie asombrada—, creo que Matthew Swift está enamorado de ti.

10

Daisy no entendía por qué la idea de que Matthew Swift estuviera enamorado de ella tenía que volver todo su mundo del revés, pero así era.

—Si es verdad que está enamorado de mí, ¿entonces por qué está tan decidido a lanzarme a los brazos de lord Llandrindon? —preguntó Daisy con voz titubeante—. ¡Le resultaría tan fácil aceptar los planes de mi padre! Además, recibiría una generosa recompensa. Y si encima me quiere, ¿qué es lo que le impide aceptar el trato?

—Quizá quiere averiguar si tú también lo quieres.

—No, la mente del señor Swift, como la de mi padre, no funciona de esa forma. Ambos son hombres de negocios. Predadores. Si el señor Swift me quisiera, no se detendría a pedir mi permiso, de la misma forma que un león no preguntaría amablemente a un antílope si no le importaba que se lo comiera.

—Creo que deberíais mantener una conversación franca —declaró Evie.

—El señor Swift sólo recurriría a evasivas, como ha hecho hasta ahora. A menos que...

—¿A menos que qué?

—A menos que yo encontrara la forma de que bajara la guardia y lo obligara a sincerarse acerca de si siente o no algo por mí.

—¿Y cómo conseguirás que baje la guardia? —preguntó Evie.

—No lo sé. ¡Espera! Evie, tú sabes mucho más acerca de los hombres que yo. Estás casada con uno y has conocido a muchos en el club. Según tu cualificada opinión, ¿cuál es la manera más rápida de llevar a un hombre al

límite de su cordura y obligarle a admitir algo que no quiere admitir?

Evie, complacida con aquella imagen de sí misma como mujer de mundo, reflexionó acerca de su pregunta.

—Supongo que ponerlo celoso. He visto a hombres civilizados pelearse como fieras en el callejón que hay detrás del club por conseguir los favores de una dama.

—Mmm. Me pregunto si podría conseguir que el señor Swift se pusiera celoso.

—Yo diría que sí —contestó Evie—. Al fin y al cabo, es un hombre.

Por la tarde, Daisy abordó a lord Llandrindon cuando él entró en la biblioteca para devolver un libro a la estantería.

—Buenas tardes, milord —lo saludó Daisy con viveza mientras simulaba no percatarse de la expresión atribulada de sus ojos.

Daisy esbozó una amplia sonrisa convencida de que, después de la campaña que Matthew Swift había realizado a su favor, el pobre Llandrindon debía de sentirse como un zorro pillado en un descampado.

Llandrindon se recuperó con rapidez y consiguió esbozar una sonrisa cortés.

—Buenas tardes, señorita Bowman. ¿Puedo preguntarle cómo se encuentran su hermana y el bebé?

—Las dos se encuentran muy bien, gracias. —Daisy se acercó a él y examinó el libro que sostenía en las manos—. *Historia de la cartografía militar*. Vaya, parece muy... fascinante.

—Sí que lo es —corroboró Llandrindon—. Y sumamente instructivo. Aunque me temo que se perdió algo en la traducción. Uno debería leerlo en alemán, el idioma original, para apreciar el alcance completo de la obra.

—¿Alguna vez lee novelas, milord?

Él pareció sinceramente horrorizado por la pregunta.

—¡Oh, nunca! Desde pequeño me enseñaron que sólo debía leer libros que cultivaran la mente o fortalecieran el carácter.

A Daisy le molestó su tono de superioridad.

—¡Qué lástima! —exclamó ella entre dientes.

—¿Cómo?

—Que es muy bonito —rectificó enseguida Daisy mientras fingía examinar la encuadernación de piel grabada del libro. Daisy lo miró con una sonrisa que esperaba que pareciera desenfadada—. ¿Es usted un lector ávido, milord?

—Intento no ser ávido en ningún sentido. «Moderación en todo», ésta es una de mis máximas más significativas.

—Yo no tengo ninguna máxima. Si las tuviera, siempre estaría incumpléndolas.

Llandrindon rió entre dientes. Preguntó:

—¿Afirma usted que es de naturaleza voluble?

—Yo prefiero pensar que soy de mente abierta —respondió Daisy—. Percibo la sabiduría en multitud de creencias.

—¡Ah!

Daisy casi podía leer sus pensamientos y se dio cuenta de que lo que ella denominaba apertura de mente, él lo consideraba negativo.

—Me gustaría saber más acerca de sus máximas, milord. Quizá durante un paseo por los jardines...

—Yo..., esto... —Resultaba atrevido e imperdonable que una mujer invitara a un caballero a dar un paseo en lugar de que sucediera a la inversa. Sin embargo, la naturaleza caballeresca de Llandrindon no le permitía rehusar—. Claro, señorita Bowman, quizá mañana...

—Ahora sería estupendo —declaró ella con entusiasmo.

—Pues ahora —respondió él con voz débil—. Sí, estupendo.

Daisy se cogió de su brazo antes de que Llandrindon tuviera tiempo de ofrecérselo y tiró de él hacia la puerta.

—¡Vamos!

Llandrindon no tuvo más remedio que permitir que aquella joven alegre y decidida lo llevara por donde ella quisiera y pronto se encontró bajando una de las escalinatas que comunicaban la terraza posterior de la casa con los jardines.

—Milord —declaró Daisy—, tengo algo que confesarle. Estoy tramando un pequeño complot y espero conseguir su ayuda.

—Un pequeño complot —repitió él con nerviosismo—. Mi ayuda.

Bueno. Esto...

—Como es lógico, se trata de un complot inofensivo —continuó Daisy—. Mi objetivo consiste en alentar a cierto caballero para que me prodigue sus atenciones, pues parece algo reticente a cortejarme.

—¿Reticente? —repitió Llandrindon con apenas un hilo de voz.

La valoración de Daisy acerca de la capacidad mental de Llandrindon cayó varios grados, pues lo único de lo que era capaz era de repetir las palabras de ella como un loro.

—Sí, reticente. Pero tengo la impresión de que, detrás de esa reserva, existe otro sentimiento.

Llandrindon, quien en general era ágil, tropezó en un desnivel del camino.

—¿Y... y qué es lo que le produce esta impresión, señorita Bowman?

—La intuición femenina —aventuró Daisy.

—Señorita Bowman —explotó él—, si he dicho o hecho algo que le haya producido la impresión errónea de que... de que yo...

—No me refiero a usted —lo atajó ella con rotundidad.

—¿Ah, no? ¿Entonces a quién...?

—Me refiero al señor Swift.

La repentina alegría que experimentó Llandrindon resultó muy palpable.

—¡El señor Swift! ¡Sí! ¡Sí! Señorita Bowman, él alabó sus cualidades durante horas y horas. ¡Claro que a mí no me molestó en absoluto oír hablar de sus encantos!

Daisy sonrió.

—Me temo que el señor Swift continuará mostrándose reticente a expresar sus sentimientos a menos que algo lo empuje a salir de su cubil, como se obliga a los faisanes a levantar el vuelo en los campos de trigo. Sin embargo, si usted accediera a dar la impresión de que se siente interesado por mí, con alguna que otra salida en carruaje, algún paseo o un par de bailes, quizás el señor Swift reuniría el ímpetu que necesita para declararse.

—Será un placer —declaró Llandrindon. Por lo visto, encontraba el papel de conspirador mucho más atractivo que el de blanco matrimonial—. Le aseguro, señorita Bowman, que puedo representar sin problemas que la estoy cortejando.

—Quiero que retrase el viaje una semana.

Matthew Swift, quien estaba sujetando cinco documentos con un alfiler, se pinchó el dedo por accidente. Apartó el dedo, ignoró la diminuta gota de sangre que apareció en la piel y contempló a Westcliff sin comprender. Westcliff había permanecido encerrado con su esposa y su hija recién nacida durante al menos treinta y seis horas y, de repente, aparecía la noche antes de que Matthew saliera para Bristol y le daba una orden sin sentido.

Matthew mantuvo su voz bajo un control estricto.

—¿Puedo preguntarle por qué, milord?

—Porque he decidido acompañarlo. Y mi agenda no me permite salir mañana.

Por lo que Matthew sabía, en aquellos momentos la agenda del conde sólo incluía a Lillian y al bebé.

—No es necesario que venga usted —declaró Swift ofendido por la implicación de que no podría manejar la situación por sí solo—. Yo conozco más que nadie los diversos aspectos del negocio y lo que se requiere en este momento.

—De todos modos, usted es un extranjero —replicó Westcliff con una expresión inescrutable en el rostro—. Y mi presencia abrirá puertas a las que, de otra forma, usted no tendría acceso.

—Si duda usted de mi capacidad para negociar...

—No tiene nada que ver con sus capacidades. Tengo una fe total en ellas y en Norteamérica serían más que suficientes. Sin embargo, en este país, y ante una empresa de esta magnitud, necesita usted el patrocinio de alguien muy bien situado en la sociedad, de alguien como yo.

—No estamos en la época medieval, milord. Y resultaría absurdo que tuviera que montar un numerito de circo que incluyera a un noble para cerrar un negocio.

—Como parte de ese numerito de circo —contestó Westcliff con ironía—, a mí tampoco me seduce la idea. Sobre todo porque tengo una hija que acaba de nacer y una esposa que todavía no se ha recuperado del parto.

—¡No puedo esperar una semana! —explotó Matthew—. Ya he concertado citas. He quedado con todos, desde el comodoro del puerto hasta

los propietarios de la compañía local de aguas.

—Entonces aplace estas citas.

—Seguro que se producirán quejas.

—La noticia de que yo lo acompañaré la semana que viene será suficiente para acallar la mayoría de las quejas.

Si esta afirmación hubiera procedido de otro hombre, habría sonado arrogante, pero viniendo de Westcliff no era más que la constatación de una realidad.

—¿El señor Bowman conoce su decisión? —preguntó Matthew.

—Sí, y después de oír mi opinión, está de acuerdo.

—¿Y qué voy a hacer aquí durante una semana?

El conde arqueó una ceja como queriendo decir que su hospitalidad nunca había sido cuestionada. Personas de todas las edades, nacionalidades y clases sociales ansiaban ser invitadas a Stony Cross Park. Matthew era, con toda probabilidad, el único hombre en Inglaterra que no quería estar allí.

Pero a Matthew no le importaba que los demás no opinaran como él. Llevaba demasiado tiempo sin trabajar. Estaba harto de diversiones insulsas, charlas superficiales, paisajes bonitos, aire fresco, paz y tranquilidad. ¡Él quería actividad, maldita sea! Por no mencionar el aire con olor a carbón de la ciudad y el clamor del tráfico de carruajes en las calles.

Y, por encima de todo, quería alejarse de Daisy Bowman. Tenerla tan cerca y no poder tocarla constituía una tortura constante. Le resultaba imposible tratarla con formalidad y cortesía cuando su mente estaba llena de imágenes morbosas en las que la abrazaba, la seducía y su boca buscaba los rincones más dulces y vulnerables de su cuerpo. Y esto sólo constituía el principio, pues Matthew quería pasar horas, días, semanas a solas con ella. Quería todos sus secretos, sonrisas y pensamientos. Quería gozar de la libertad de desnudar su alma ante ella.

Cosas que nunca conseguiría.

—Hay muchos entretenimientos en la finca y en los alrededores —explicó Westcliff en respuesta a su pregunta—. Si desea un tipo particular de compañía femenina, le sugiero que vaya a la taberna del pueblo.

Matthew ya había oído alardear a algunos de los invitados masculinos de haberse corrido una juerga con un par de doncellas bien dotadas de la

taberna. Si algo tan simple como aquello lo satisficiera..., algo como una robusta moza del pueblo, en lugar de la tentadora quimera que había hechizado su mente y su corazón.

Se suponía que el amor constituía una emoción vertiginosa de felicidad. Como los versos bobos que aparecían en las tarjetas de San Valentín y que estaban adornados con plumas, dibujos y encaje. Pero lo que él sentía no se parecía en nada a esto. Era un sentimiento febril, sombrío y atormentador, era una adicción que no podía ser saciada.

Lo que él experimentaba no era más que una necesidad insensata y él no era un insensato.

Sin embargo, Matthew sabía que si se quedaba más tiempo en Stony Cross cometería un disparate.

—Iré a Bristol y aplazaré todas las citas —declaró Matthew con desesperación—. No haré nada sin su permiso, pero al menos recopilaré información, me entrevistaré con la compañía de transporte local, echaré una ojeada a sus caballos...

—Swift —le interrumpió el conde. Algo en el tono apaciguado de su voz, un deje de ¿amabilidad?... ¿simpatía?... hizo que Swift se pusiera en tensión y a la defensiva—, comprendo que sienta tanta prisa.

—No, usted no lo comprende.

—Comprendo más de lo que usted imagina. Y, según mi experiencia, estas cuestiones no se resuelven evitándolas. Nunca podrá alejarse lo suficiente o con la suficiente rapidez.

Matthew se quedó helado y observó a Westcliff. El conde podía referirse a Daisy o a su oscuro pasado. En cualquier caso, tenía razón.

Aunque esto no cambiaba nada.

—A veces correr constituye la única alternativa —replicó Matthew con aspereza.

Y salió de la habitación sin volver la vista atrás.

Al final, Matthew no se marchó a Bristol. Sabía que se arrepentiría de su decisión..., aunque nunca sospechó que se arrepentiría tanto.

Matthew recordó los días siguientes durante el resto de su vida, porque

constituyeron una semana de tortura atroz.

En el pasado, Swift ya había estado en el infierno y había regresado. Había conocido el dolor físico, las privaciones, el hambre y el miedo aterrador. Sin embargo, ninguna de estas incomodidades se acercaba a la agonía que suponía ver a lord Llandrindon cortejando a Daisy.

Por lo visto, las semillas que había plantado en la mente de Llandrindon acerca de los encantos de Daisy habían arraigado. Llandrindon estaba constantemente al lado de Daisy. Charlaban con ella, flirteaba con ella y la miraba con una familiaridad ofensiva. Y Daisy parecía sentirse igualmente atraída por él; prestaba una atención absoluta a todas sus palabras y, cuando él aparecía, dejaba lo que estaba haciendo de inmediato.

El lunes fueron de pícnic los dos solos.

El martes salieron a dar una vuelta en carruaje.

El miércoles fueron a coger jacintos silvestres.

El jueves pescaron en el lago y volvieron con las ropas húmedas, morenos y no pararon de reír por algo que no quisieron compartir con nadie más.

El viernes bailaron juntos en una velada musical improvisada. Y hacían tan buena pareja que uno de los invitados comentó que era un placer contemplarlos bailar.

El sábado Matthew se despertó con deseos de matar a alguien.

Y el discurso que le dedicó Thomas Bowman después del desayuno no ayudó en nada a mejorar su humor.

—Le está ganando —gruñó Bowman mientras empujaba a Matthew al interior del estudio para mantener una conversación privada con él—. Ese bastardo de Llandrindon se pasa horas enteras con Daisy, irradiando encanto y soltando todas esas tonterías que a las mujeres les gusta oír. Si tenía usted alguna intención de casarse con mi hija, sus oportunidades se han reducido casi a la nada. Usted la ha evitado, se ha mostrado taciturno y distante y su expresión, durante toda la semana, habría asustado a niños y a animales por igual. Su idea de cortejar a una mujer confirma todo lo que he oído acerca de los bostonianos.

—Quizá Llandrindon sea el mejor partido para ella —contestó Matthew con frialdad—. Por lo visto sienten un afecto mutuo.

—¡No estamos hablando de afecto, sino de matrimonio! —La coronilla

de Bowman empezó a enrojecer—. ¿Comprende usted lo que está en juego?

—¿Aparte de la cuestión financiera? —preguntó Swift.

—¿A qué otra cosa podría referirme?

Matthew le lanzó una mirada irónica.

—Al corazón de su hija, a su futura felicidad, a...

—¡Bah! Las personas no se casan para ser felices. Y si lo hacen, enseguida descubren que es una idiotez.

A pesar de su malhumor, Matthew sonrió levemente y declaró:

—Si lo que pretende es motivarme para que me case, no lo está consiguiendo.

Bowman introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó una moneda de plata de un dólar y la lanzó al aire. La moneda describió un arco en dirección a Matthew y éste la cogió con actitud pensativa.

—¿Esto es motivación suficiente? —preguntó Bowman—. Cásese con Daisy y conseguirá más como ésa. Más de las que cualquier hombre podría gastar en toda una vida.

Se oyó una voz junto al umbral de la puerta y ambos hombres se volvieron hacia allí.

—¡Estupendo!

Se trataba de Lillian, quien llevaba puesto un vestido rosa y un chal. Lillian contempló a su padre con una mirada cercana al odio y los ojos negros como piedras volcánicas.

—¿Hay alguien en tu vida que sea más que un mero peón, padre? —preguntó con acritud.

—Ésta es una conversación entre hombres —replicó Bowman rojo de ira, culpabilidad o una mezcla de las dos—. No es de tu incumbencia.

—Daisy es de mi incumbencia —respondió Lillian con voz suave pero fría—. Y los mataré a los dos antes de permitir que la hagan desgraciada.

Antes de que su padre pudiera contestar, Lillian se volvió y se alejó por el pasillo.

Bowman soltó una maldición, salió de la habitación y se alejó en sentido contrario.

Matthew, quien se había quedado solo en el estudio, dejó la moneda encima del escritorio de un manotazo.

—¡Tanto esfuerzo para alguien a quien no le importo nada! —murmuró Daisy para sí mientras unos pensamientos funestos acerca de Matthew Swift cruzaban su mente.

Llandrindon estaba sentado a pocos metros de distancia, en el borde de una fuente del jardín. Permanecía inmóvil con actitud obediente mientras Daisy lo retrataba. Daisy nunca había sido muy hábil realizando retratos, pero ya no se le ocurrían más cosas para hacer con él.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el escocés.

—¡He dicho que tiene una buena mata de pelo!

Llandrindon era un hombre muy agradable, amable, corriente y extremadamente convencional. Daisy admitió con pesadumbre que, mientras se esforzaba en volver loco de celos a Matthew Swift, lo único que había conseguido era volverse loca de aburrimiento.

Daisy llevó el dorso de su mano hasta sus labios y reprimió un bostezo mientras intentaba demostrar que estaba enfrascada en el dibujo.

Aquella había sido una de las peores semanas de toda su vida. Día tras día de aburrimiento mortal mientras pretendía divertirse en compañía de un hombre que no le interesaba nada en absoluto. La culpa no era de Llandrindon, él había hecho todo lo posible por resultar entretenido, pero Daisy estaba segura de que no tenían nada en común y que nunca lo tendrían.

A Llandrindon este hecho parecía importarle tan poco como a Daisy. Él podía hablar sin fundamento durante horas. Podría haber llenado periódicos enteros con cotilleos de sociedad sobre personas a las que Daisy no conocía. Y se enfrascaba en largos discursos acerca de cosas como la búsqueda de la gama de color perfecta para la sala de caza de su finca en Thurso o la descripción detallada de los estudios que había realizado. Y sus relatos nunca tenían un propósito claro.

Por su parte, Llandrindon tampoco parecía sentir ningún interés en lo que Daisy le contaba. No se reía cuando ella le explicaba las travesuras que hacía con Lillian cuando eran pequeñas, y si ella comentaba algo como: «¡Mire aquella nube, parece un gallo!», él la observaba como si estuviera loca.

A Llandrindon tampoco le gustó hablar con ella acerca de la ley y los pobres, ni que Daisy cuestionara su distinción entre los pobres que eran

dignos de ayuda y los que no lo eran.

—Da la impresión, milord —comentó ella—, que la ley está expresamente diseñada para castigar a los que más necesitados están de ayuda.

—Algunas personas son pobres porque su flaqueza moral las ha llevado a tomar determinadas decisiones y, por lo tanto, no merecen ser ayudadas.

—¿Se refiere usted a las mujeres públicas? —preguntó Daisy—. ¿Y qué diría si supiera que esas mujeres no tenían más remedio...?

—No pienso hablar con usted de las mujeres públicas —contestó él horrorizado.

Como poco, las conversaciones con él eran limitadas. Sobre todo porque a Llandrindon le resultaba difícil seguir los rápidos cambios de tema de Daisy. Mucho después de que ella hubiera terminado de hablar de una cuestión, él seguía formulando preguntas sobre aquella misma cuestión.

—Creí que seguíamos con el tema del caniche de su tía —había comentado él aquella misma mañana.

A lo que Daisy replicó con impaciencia:

—No, he dejado de hablar del caniche de mi tía hace cinco minutos. Ahora mismo le estaba contando la visita que realizamos a la ópera.

—¿Y cómo hemos pasado del caniche a la ópera? —preguntó él.

Daisy estaba arrepentida de haber involucrado a Llandrindon en su plan, sobre todo porque no había resultado efectivo. Matthew Swift no había exteriorizado el menor indicio de celos, había mostrado su habitual rostro de granito y apenas le había dirigido una mirada durante días.

—¿Por qué frunce las cejas, querida? —preguntó Llandrindon mientras giraba el rostro hacia ella.

¿Querida? Él nunca había empleado una palabra cariñosa con ella. Daisy lo observó por encima de la libreta de dibujo. Él la miraba de un modo que la hacía sentirse incómoda.

—Estese quieto, por favor —contestó ella con un tono remilgado—, estoy dibujando la barbilla.

Daisy se concentró en el dibujo y pensó que no estaba tan mal, aunque... ¿su cabeza de verdad tenía forma de huevo? ¿Y sus ojos estaban tan cerca el uno del otro? Resultaba extraño que una persona pudiera ser atractiva pero

que, al examinarla facción por facción, su encanto desapareciera. Daisy decidió que los retratos no eran su fuerte. A partir de aquel momento, se limitaría a dibujar plantas y fruta.

—Esta semana ha surtido un raro efecto en mí —reflexionó Llandrindon en voz alta—. Me siento... diferente.

—¿Se ha puesto enfermo? —preguntó Daisy con preocupación mientras cerraba la libreta de dibujo—. Lo siento, lo he obligado a permanecer sentado al sol durante demasiado tiempo.

—No, no me refiero a ese tipo de diferencia. Lo que quiero decir es que me siento de maravilla. —Llandrindon la miró de una forma extraña—. Me siento mejor de lo que me he sentido nunca.

—Supongo que se deberá al aire del campo. —Daisy se puso de pie, se sacudió la falda y se acercó a él—. Tiene un efecto tonificante.

—No es el aire campestre al que encuentro tonificante, señorita Bowman, sino a usted —declaró Llandrindon en voz baja.

Daisy se quedó boquiabierta.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

Llandrindon se puso de pie y la cogió por los hombros.

—Yo... Yo... Milord... —consiguió tartamudear Daisy totalmente sorprendida.

—Estos días que he pasado con usted me han hecho reflexionar profundamente —declaró Llandrindon.

Daisy giró la cabeza a ambos lados, pero sólo vio los cuidados setos y la explosión de rosas silvestres florecidas.

—¿El señor Swift está cerca? —susurró Daisy—. ¿Por eso me habla de esta manera?

—No, le hablo así porque lo siento. —De una forma apasionada, Llandrindon la acercó a él hasta que la libreta de dibujo casi quedó aplastada entre ellos—. Me ha abierto usted los ojos, señorita Bowman. Ha conseguido que lo vea todo de una forma diferente. Ahora quiero encontrar formas curiosas en las nubes y hacer cosas que inspiren poemas. Quiero leer novelas. Quiero hacer de mi vida una aventura...

—¡Qué bonito! —exclamó Daisy mientras se revolvía entre sus firmes

manos.

—... con usted.

«¡Oh, no!»

—Bromea usted —contestó ella con voz débil.

—Estoy loco por usted —declaró Llandrindon.

—Yo no estoy disponible —dijo Daisy.

—Estoy decidido.

—Yo estoy... sorprendida.

—¡Querida mujercita! —exclamó él—. Es usted tal como él la describió: mágica, una tormenta eléctrica envuelta en arco iris, inteligente, encantadora y apetecible...

—¡Espere! —Daisy lo contempló atónita—. ¿Matth... o sea el señor Swift dijo eso?

—¡Sí, sí, sí!

Y antes de que Daisy pudiera moverse, hablar o respirar, Llandrindon bajó la cabeza y la besó.

A Daisy se le cayó la libreta de dibujo de las manos y adoptó una actitud pasiva mientras se preguntaba si sentiría algo.

Desde un punto de vista objetivo, no hubo nada malo en el beso de Llandrindon. No fue demasiado seco ni demasiado baboso, ni demasiado duro ni demasiado blando. Fue... aburrido.

«¡Maldición!» Daisy se apartó con ceño. Se sentía culpable por no haber disfrutado del beso y todavía se sintió peor cuando se dio cuenta de que Llandrindon lo había disfrutado mucho.

—Querida señorita Bowman —susurró él en tono seductor—, no me había contado usted que su sabor era tan dulce.

Llandrindon intentó cogerla otra vez y Daisy retrocedió mientras soltaba un gritito.

—¡Milord, contrólese!

—No puedo.

Al principio, Llandrindon la persiguió con pasos lentos alrededor de la fuente, hasta que parecieron dos gatos corriendo en círculos. De repente, él se precipitó hacia adelante y agarró la manga del vestido de Daisy. Ella le dio un buen empujón y se apartó mientras notaba que la suave muselina blanca de su

vestido se desgarraba tres o cuatro centímetros en la costura del hombro.

Se oyó un sonoro «¡plaf!» y se produjo una salpicadura de gotas de agua.

Daisy contempló atónita el espacio vacío donde estaba Llandrindon un segundo antes y se tapó los ojos con las manos, como si este gesto pudiera lograr que aquella situación se desvaneciera.

—Milord, ¿se ha caído usted en la fuente? —preguntó Daisy con cautela.

—¡No me he caído, usted me ha empujado! —respondió él con despecho.

—¡Le aseguro que no ha sido intencionado!

Daisy se obligó a mirarlo.

Llandrindon se puso de pie en el plato de la fuente. El agua chorreaba de su ropa y de su cabello y los bolsillos de su chaqueta estaban llenos de agua hasta los bordes. Por lo visto, el chapuzón había enfriado su apasionamiento de una forma considerable.

Llandrindon lanzó a Daisy una mirada fulminante y permaneció en silencio con aire ofendido. De repente, abrió unos ojos como platos e introdujo la mano en uno de los bolsillos llenos de agua. Una ranita saltó desde el interior del bolsillo a la fuente.

Daisy intentó contener la risa, pero cuanto más lo intentaba más le costaba, hasta que, al final, soltó una carcajada.

—Lo siento —balbuceó mientras se tapaba la boca con las manos y unas risitas incontenibles se escapaban entre sus dedos—. ¡Lo siento tanto...! ¡Oh, Dios mío!

Daisy se retorció de risa hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

La tensión que había surgido entre ellos se desvaneció cuando Llandrindon, aunque a desgana, esbozó una sonrisa. Salió de la fuente chorreando agua por todas partes.

—Tenía entendido que cuando una mujer besaba a un sapo éste se convertía en un príncipe, pero, por desgracia, en mi caso no ha funcionado —declaró él con sequedad.

Daisy sintió una oleada de compasión y ternura en su interior, aunque no pudo evitar soltar unas cuantas risitas más. Al final, se acercó a él con lentitud, colocó sus pequeñas manos a ambos lados de la cara mojada de Llandrindon y le dio un beso rápido y amistoso en los labios.

Él abrió mucho los ojos.

—Usted es el hermoso príncipe de alguien —declaró Daisy mientras esbozaba una sonrisa de disculpa—, sólo que no es el mío. Pero cuando encuentre a la mujer adecuada, ella será muy afortunada.

Daisy se agachó para coger la libreta del suelo y emprendió el camino de vuelta a la casa.

Un curioso giro del destino hizo que Daisy tomara el camino que pasaba cerca del alojamiento de los solteros. Se trataba de una edificación pequeña construida aparte de la casa principal y situada cerca de un risco, con lo que disponía de hermosas vistas al río. Algunos de los invitados masculinos habían elegido la privacidad de aquella vivienda para alojarse. En aquellos momentos estaba vacía, pues la cacería había terminado el día anterior y la mayoría de los invitados ya se habían ido.

Salvo Matthew Swift, claro.

Daisy avanzó, enfrascada en sus pensamientos, por un sendero que transcurría junto a un muro de siderita y cerca del risco que daba al río. Su ánimo pasó de la alegría a la pesadumbre cuando pensó en su padre, quien estaba decidido a casarla con Matthew Swift; y en Lillian, quien quería que se casara con quien fuera menos con Swift; y en su madre, quien no se sentiría satisfecha con nada inferior a un noble. Mercedes no estaría contenta cuando supiera que Daisy había rechazado a Llandrindon.

Daisy reflexionó acerca de la semana que estaba finalizando y se dio cuenta de que su intento de captar la atención de Matthew no había constituido un juego para ella. De hecho, le importaba muchísimo. Ella nunca había querido algo tanto como la oportunidad de hablar con él de una forma sincera, honesta, sin reservas. Sin embargo, en lugar de empujar los sentimientos de Matthew a la superficie, sólo había conseguido destapar los suyos.

Cuando estaba con Matthew, percibía la promesa de algo más maravilloso y excitante que nada de lo que había leído o con lo que hubiera soñado.

Algo real.

Resultaba increíble que un hombre al que siempre había considerado frío y desapasionado fuera tan gentil, sensual y tierno, que aquel hombre llevara,

en secreto, un mechón de su cabello en el bolsillo.

Daisy advirtió que alguien se acercaba, levantó la vista y todo su cuerpo se puso a temblar.

Matthew, con aspecto huraño y sombrío, avanzaba a zancadas por el camino que procedía de la casa principal.

Era un hombre con prisa y sin ningún lugar adonde ir.

Al verla, Matthew se detuvo de repente con una expresión de desesperación en el rostro.

Los dos se observaron en medio de un silencio tenso.

Daisy frunció el ceño. O eso o se lanzaba a sus brazos y rompía a llorar. La profundidad de su sufrimiento la extrañó incluso a ella misma.

—Señor Swift —lo saludó con voz vacilante.

—Señorita Bowman.

Por la expresión del rostro de Swift, se diría que él preferiría estar en cualquier lugar del mundo menos allí, con ella.

A Daisy se le pusieron los nervios de punta por la expectación cuando él alargó el brazo para coger la libreta de dibujo que ella llevaba en la mano.

Daisy le permitió cogerla.

Matthew entrecerró los ojos cuando miró la libreta, la cual estaba abierta por la página que contenía el retrato de Llandrindon.

—¿Por qué lo has dibujado con barba? —preguntó Matthew.

—No es una barba —respondió Daisy secamente—, es una sombra.

—Parece como si no se hubiera afeitado en tres meses.

—No he pedido tu opinión acerca de mi dibujo —declaró Daisy con brusquedad. Cogió la libreta, pero él no la soltó—. Devuélvemela —exigió mientras tiraba con todas sus fuerzas—, o...

—¿O qué, me dibujarás a mí? —Matthew soltó la libreta de repente y Daisy retrocedió unos cuantos pasos tambaleándose. Él levantó las manos en actitud defensiva—. No, todo menos eso.

Daisy avanzó hacia él y le golpeó el pecho con la libreta. Odiaba sentirse tan viva cuando estaba cerca de él. Odiaba que sus sentidos bebieran de su presencia como la tierra seca absorbía la lluvia. Odiaba su rostro hermoso y su cuerpo viril, y aquella boca que era más tentadora de lo que ninguna boca masculina tenía derecho a ser.

Matthew deslizó la mirada por la figura de Daisy y su sonrisa se desvaneció cuando vio la costura desgarrada de su hombro.

—¿Qué le ha ocurrido a tu vestido?

—No ha sido nada. He tenido una especie de..., bueno, podría llamarse una escaramuza, con lord Llandrindon.

Aquella era la forma más inocente que se le ocurrió a Daisy para describir el tropiezo que había tenido con Llandrindon, el cual, desde luego, había sido inofensivo. Daisy estaba segura de que a la palabra «escaramuza» no se le podía asignar ninguna connotación escabrosa.

Sin embargo, por lo visto la definición que Swift aplicaba a aquella palabra era mucho más amplia que la de ella. De repente su expresión se volvió turbia y amenazadora y sus ojos azules centellearon.

—¡Lo mataré! —declaró él con voz gutural—. ¡Se ha atrevido a...! ¿Dónde está?

—¡No, no! —respondió Daisy a toda velocidad—. Me has malinterpretado. ¡No ha ocurrido lo que crees! —Daisy dejó caer la libreta, rodeó a Swift con los brazos y utilizó todo su peso para retenerlo mientras él avanzaba en dirección al jardín. Era como si intentara detener a un toro enfurecido. Swift avanzó unos pasos mientras llevaba a Daisy en vilo—. ¡Espera! ¿Qué derecho tienes a hacer nada respecto a algo relacionado conmigo?

Swift se detuvo con respiración jadeante y miró iracundo el rostro acalorado de Daisy.

—¿Te ha tocado? ¿Te ha forzado a...?

—¡Eres como el perro del hortelano! —gritó Daisy enardecida—. Si no me quieres, ¿por qué te importa que alguien lo haga? ¡Déjame tranquila y vuelve a tu proyecto de construir la maldita fábrica y a amasar montones de dinero! ¡Espero que te conviertas en el hombre más rico del mundo! ¡Espero que consigas todo lo que quieres y que, un día, mires a tu alrededor y te preguntes por qué nadie te quiere y por qué te sientes tan...

Daisy no pudo terminar la frase, pues Swift le dio un beso con unos labios duros y fustigadores. Un escalofrío salvaje recorrió el cuerpo de Daisy, quien apartó el rostro a un lado.

—... infeliz —terminó justo antes de que él le cogiera la cabeza entre las

manos y volviera a besarla.

En esta ocasión, los labios de Swift se mostraron más suaves y se retorcieron de una forma sensual hasta encontrar la posición perfecta. El galopante corazón de Daisy envió una oleada de sangre caliente por sus venas dilatadas. Daisy se agarró a las musculosas muñecas de Swift y las yemas de sus dedos apretaron el pulso de él, que era igual de frenético que el de ella.

Cada vez que Daisy creía que Matthew iba a terminar el beso, él la besaba con más y más profundidad. Daisy respondió de una forma enfebrecida y sus rodillas se debilitaron hasta que temió desplomarse como una muñeca de trapo.

Daisy consiguió romper el contacto entre los labios de ambos y susurró con voz agónica:

—Matthew, llévame a algún lugar.

—No.

—Sí. Necesito... necesito estar a solas contigo.

Matthew jadeó de una forma irregular, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su pecho fornido. Daisy sintió el roce desesperado de sus labios en la cabeza.

—No confío tanto en mí mismo —declaró él por fin.

—Sólo para hablar. Por favor. No podemos quedarnos aquí, al aire libre, y si ahora me dejas me moriré.

A pesar de la excitación y del estado de agitación en el que se encontraba, Matthew no pudo evitar soltar una risa ahogada al oír la dramática afirmación de Daisy.

—No te preocupes, no te morirás.

—Sólo para hablar —repitió Daisy mientras se aferraba a él—. No te tentaré.

—Cariño —contestó él con un suspiro entrecortado—, tú me tientes sólo con estar en la misma habitación que yo.

Daisy sintió una oleada de calor en la garganta, como si acabara de tragarse un rayo de sol. Entonces tuvo la sensación de que, si lo presionaba más, provocaría una reacción contraria a lo que esperaba y guardó silencio. Se apretó contra él y dejó que la silenciosa comunicación de sus cuerpos derritiera la firme determinación de Matthew.

Matthew soltó un gruñido suave, cogió la mano de Daisy y tiró de ella hacia el alojamiento de los hombres.

—¡Dios nos ayude si alguien nos ve!

Daisy estuvo tentada de responder, en broma, que en ese caso, él se vería obligado a casarse con ella, pero se mordió la lengua y subió las escaleras de la entrada detrás de Matthew.

11

El interior de la casa, revestido con madera de palisandro y amueblado con muebles sólidos, estaba a oscuras y la temperatura era fresca. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas de terciopelo de color rubí ribeteadas con borlas de seda. Sin soltar la mano de Daisy, Matthew la condujo a través del edificio hasta una habitación situada en la parte de atrás.

Cuando Daisy cruzó el umbral se dio cuenta de que estaba en el dormitorio de Matthew. Daisy sintió un hormigueo de excitación en la piel. La habitación estaba ordenada y olía a cera de abeja y a pulimento para la madera. La ventana estaba cubierta con una cortina de encaje de color crema que permitía la entrada de la luz solar.

Encima del tocador había una serie de objetos bien ordenados, un peine, un cepillo de dientes, una lata de polvos para limpiarse los dientes y una pastilla de jabón. Y junto al lavamanos había una cuchilla de afeitar y un suavizador. No había pomadas, ceras, colonias, cremas, anillos ni agujas para el fular. ¡No se lo podía considerar un dandi!

Matthew cerró la puerta y se volvió hacia Daisy. Parecía muy grande en aquella habitación tan pequeña y su constitución robusta hacía que su entorno todavía pareciera más reducido. Mientras lo contemplaba, a Daisy se le secó la boca. Quería estar cerca de él, quería sentir toda su piel junto a la de ella.

—¿Qué hay entre tú y Llandrindon? —preguntó él.

—Nada. Sólo amistad. Al menos por mi parte.

—¿Y por la de él?

—Sospecho que... Bueno, me pareció entender que no le desagradaría...

ya sabes.

—Sí, lo sé —respondió Matthew con voz áspera—. Y, aunque no soporto al maldito bastardo, no puedo culparlo por quererte. No después de cómo lo has seducido y provocado durante toda la semana.

—Si lo que pretendes es insinuar que he estado actuando como una mujer fatal, yo...

—No intentes negarlo. He visto cómo coqueteabas con él, cómo te inclinabas hacia él cuando hablabais. He visto tus sonrisas, tus vestidos provocativos...

—¿Mis vestidos provocativos? —preguntó Daisy sorprendida.

—Sí, como el que llevas ahora.

Daisy contempló su recatado vestido blanco, el cual le cubría todo el pecho y la mayor parte de los brazos. Ni una monja podría haber objetado nada en contra de aquel vestido. Daisy miró a Matthew con sarcasmo.

—Llevo días intentando ponerte celoso. Me habrías ahorrado mucho trabajo si hubieras admitido que lo estabas desde el primer momento.

—¿Estabas intentando ponerme celoso de una forma deliberada? —explotó él—. ¿Y qué creías que conseguirías con eso? ¿O es que volverme loco es tu último invento sobre cómo pasar el rato?

Daisy se ruborizó.

—Creí que sentías algo por mí y esperaba que lo admitieras.

Matthew, perplejo, abrió y cerró la boca, aunque no pronunció ninguna palabra. Daisy, inquieta, se preguntó qué era lo que sentía. Tras unos instantes, Matthew sacudió la cabeza y se reclinó en el tocador, como si necesitara apoyo físico.

—¿Estás enfadado? —preguntó ella con preocupación.

—El diez por ciento de mí está enfadado —respondió él con voz grave y entrecortada.

—¿Y el restante noventa por ciento?

—Esa parte está a un paso de lanzarte sobre la cama y... —Matthew se interrumpió y tragó saliva de una forma ostentosa—. Daisy, eres demasiado cándida para comprender el peligro en el que te encuentras. Tengo que hacer uso de todo mi autodomínio para no tocarte. No juegues conmigo, cariño. Es muy fácil para ti torturarme y estoy al límite. Para eliminar cualquier duda

que puedas albergar, te diré que siento celos de todos los hombres que se acercan a menos de trescientos metros de ti. Siento celos de la ropa que toca tu piel y del aire que respiras. Siento celos de todos los momentos que pasas fuera de mi vista.

Daisy, atónita, susurró:

—Tú..., tú nunca has dado muestras de esos sentimientos.

—A lo largo de los años, he recopilado miles de recuerdos de ti. Todas tus miradas, todas las palabras que me has dirigido... Aquellas visitas que realizaba a la casa de tus padres, aquellas cenas, aquellas vacaciones... Apenas podía esperar el momento de cruzar la puerta para verte. —Las comisuras de sus labios se torcieron con un deje de diversión—. Tú, en medio de todas aquellas personas seguras y desenvueltas... Me encanta ver cómo te relacionas con tu familia. Tú siempre has sido todo lo que yo creía que una mujer tenía que ser y te he querido todos los instantes de mi vida desde que te conocí.

Daisy sintió que la inundaba un sentimiento terrible de arrepentimiento.

—Pero yo nunca fui ni siquiera amable contigo —declaró con pesar.

—Y yo me alegraba de que no lo fueras. Si te hubieras mostrado amable conmigo, lo más probable es que me hubiera encendido en llamas allí mismo. —Daisy hizo el ademán de acercarse a él y Matthew la detuvo con un gesto—. No, no lo hagas. Como ya te dije una vez, no me puedo casar contigo sean cuales sean las circunstancias. Y esto no va a cambiar. Pero no tiene nada que ver con cuánto te quiero. —Matthew contempló la figura menuda de Daisy y sus ojos brillaron como zafiros fundidos—. ¡Dios mío, cómo te quiero! —susurró él.

Daisy ardía en deseos de lanzarse en sus brazos.

—Yo también te quiero. Tanto que no creo que pueda irme sin saber por qué no puedes casarte conmigo.

—Si pudiera explicarte mis razones, ya lo habría hecho, créeme.

Daisy se obligó a formular la pregunta que más temía:

—¿Ya estás casado?

Matthew clavó la mirada en la de ella.

—¡No, por Dios!

Daisy sintió un alivio enorme.

—Entonces, sea lo que sea podrá solucionarse. Siempre que me lo cuenten.

—Si tuvieras algo más de conocimiento del mundo, no emplearías frases como «sea lo que sea podrá solucionarse» —declaró él con aire taciturno.

Matthew se trasladó al otro lado del tocador para dejar libre el camino hasta la puerta y permaneció en silencio un rato largo, como si estuviera cavilando sobre una cuestión de importancia.

Daisy permaneció inmóvil y silenciosa mientras sostenía su mirada. Lo único que podía ofrecerle era paciencia. Esperó sin pronunciar una palabra, sin siquiera parpadear.

Matthew desvió la vista con expresión distante. Sus ojos se volvieron duros y planos como placas de cobalto.

—Hace mucho tiempo —dijo por fin—, me surgió un enemigo. Uno poderoso. Aunque yo no hice nada para que fuera mi enemigo. Por su causa, me vi obligado a irme de Boston. Y tengo buenas razones para creer que el odio que siente ese hombre hacia mí me alcanzará algún día. He vivido con esta espada colgada sobre mi cabeza durante años y no quiero que estés cerca de mí cuando caiga.

—Pero tiene que haber algo que podamos hacer —declaró Daisy con ansia y decidida a enfrentarse a aquel enemigo desconocido con todos los medios de los que disponía—. Si me contaras algo más... Dime cómo se llama y...

—No. —Matthew pronunció aquella palabra con calma, pero de un modo tan tajante que Daisy se quedó callada de un modo brusco—. He sido todo lo sincero que he podido, Daisy. Espero que no traiciones mi revelación. —Matthew señaló la puerta con la cabeza—. Ya es hora de que te vayas.

—¿Así, sin más? —preguntó ella con desconcierto—. ¿Después de lo que acabas de contarme esperas que me vaya?

—Sí. Intenta que nadie te vea —dijo Matthew.

—No es justo que me cuentes tu historia sin permitir que yo... —Daisy se interrumpió.

—La vida casi nunca es justa —respondió él—. Ni siquiera para una Bowman.

Daisy pensó con rapidez mientras contemplaba el duro perfil de Matthew.

Sus palabras no eran el resultado de una mera obstinación, sino que había hablado con convencimiento. Sus palabras no daban opción a discusiones ni negociaciones.

—¿Entonces, me voy con Llandrindon? —preguntó ella con la intención de provocarlo.

—Sí.

Daisy frunció el ceño.

—Deberías ser un poco más consecuente. Hace un rato estabas dispuesto a hacerlo trizas.

—Si lo quieres, yo no tengo ningún derecho a oponerme —admitió Matthew.

—¡Si me quieres, tienes todo el derecho del mundo a decir algo al respecto! —Daisy se dirigió hacia la puerta—. ¿Por qué todo el mundo afirma que las mujeres somos ilógicas, cuando los hombres lo sois cien veces más? ¡Primero queréis algo, después no lo queréis! ¡A continuación tomáis decisiones irracionales fundadas en secretos que no explicáis y se supone que nadie puede cuestionarlas porque la palabra de un hombre es decisiva!

Cuando iba a coger el tirador de la puerta, Daisy vio que la llave estaba en la cerradura y su mano se detuvo en el aire.

Miró a Matthew, quien estaba de pie, en tensión y al otro lado del tocador para mantener una distancia segura entre ambos.

Aunque Daisy era la que tenía el carácter más suave de todos los Bowman, no era en absoluto cobarde. Y no aceptaría una derrota sin luchar.

—Me obligas a tomar medidas desesperadas —declaró Daisy.

—No puedes hacer nada —contestó él con voz suave.

Matthew no le dejaba otra alternativa.

Daisy cerró la puerta con llave y la sacó con cuidado de la cerradura.

El clic que produjo la pieza de metal sonó extremadamente alto en medio del silencio que reinaba en la habitación.

De una forma calmada, Daisy separó el borde superior de su corpiño de su pecho y sostuvo la llave encima del hueco del escote.

Cuando comprendió lo que ella pretendía hacer, Matthew abrió unos ojos como platos.

—¡No serás capaz!

Mientras Matthew rodeaba el tocador, Daisy dejó caer la llave en el interior del corpiño y se aseguró de que se deslizara por debajo del corsé. A continuación, encogió los pulmones y el estómago hasta que la fría pieza de metal llegó a su ombligo.

—¡Maldita sea! —Matthew llegó al lado de Daisy con una velocidad sorprendente y alargó los brazos para cogerla, pero los encogió enseguida, como si hubiera tocado puro fuego—. ¡Sácala! —exigió con el rostro congestionado por la rabia.

—No puedo.

—¡Lo digo en serio, Daisy!

—Ha resbalado muy abajo. Tendré que quitarme el vestido.

Era innegable que Matthew deseaba matarla, pero Daisy también percibió la intensidad de su deseo. Los pulmones de Matthew trabajaban como fuelles y un calor abrasador irradiaba de su cuerpo.

—No me hagas esto —declaró Matthew con un susurro que contenía la fiereza de un rugido.

Daisy esperó con paciencia.

Le correspondía a él realizar el siguiente movimiento.

Matthew se volvió de espaldas a Daisy. Las costuras de su chaqueta estaban en tensión debido a la expansión de sus músculos. Tenía los puños apretados mientras intentaba dominarse. Matthew inhaló hondo una vez, y otra, y cuando habló, su voz sonó pastosa, como si acabara de despertarse de un sueño profundo.

—Quítate el vestido.

Daisy no quería hacerlo enfadar más de lo necesario y respondió con un tono de disculpa:

—No puedo hacerlo sola. Se abotona a la espalda.

Matthew declaró algo en voz apagada que sonó muy grosero. Tras un silencio eterno, se volvió hacia ella. Su mandíbula podría haber sido forjada con hierro.

—No voy a derrumbarme con tanta facilidad. Puedo resistirme a ti, Daisy. Dispongo de varios años de práctica. Date la vuelta.

Daisy lo obedeció. Mientras inclinaba la cabeza hacia delante, sintió que la mirada de él se deslizaba por la hilera interminable de botones de perla.

—¿Cómo es posible que te desvistas alguna vez? —masculló él—. Nunca había visto tantos malditos botones en una sola pieza de ropa.

—Es la moda.

—Es ridículo.

—Puedes enviar una carta de protesta a la revista femenina de Godey —sugirió Daisy.

Matthew soltó un gruñido desdeñoso y se aplicó a la tarea de desabotonar el vestido mientras intentaba hacerlo sin tocar el cuerpo de Daisy.

—Te ayudará pasar los dedos por detrás de la abertura —explicó Daisy—. Y después puedes empujar el botón por...

—¡Cállate! —soltó Matthew.

Ella cerró la boca.

Matthew luchó con los botones otro minuto. Al final soltó un gruñido de exasperación y siguiendo los consejos de Daisy deslizó dos dedos entre el vestido y su piel. Daisy sintió el roce de sus nudillos en la parte superior de la espalda y un escalofrío de placer recorrió su espina dorsal.

Él fue desabrochando los botones con una lentitud enervante. Daisy notó cómo intentaba desabrochar con torpeza los mismos botones una y otra vez.

—¿Te importa si me siento? —preguntó ella con voz suave—. Estoy cansada de estar de pie.

—No hay ningún lugar para sentarse.

—Sí que lo hay.

Daisy se separó de él, se dirigió a la cama de cuatro columnas e intentó subir al colchón. Por desgracia, la cama era una antigüedad de estilo Sheraton. Se trataba de una cama de gran altura para evitar las corrientes y poder guardar otra debajo. La parte superior del colchón le llegaba a Daisy a la altura de los pechos. Daisy intentó auparse para apoyar las caderas en el colchón, pero la gravedad la venció.

—Normalmente... —declaró Daisy mientras se contorsionaba con los pies colgando de la cama— hay una banqueta... —Daisy se agarró del cubrecama— junto a las camas tan altas como ésta. —Daisy se esforzó en subir la rodilla hasta el colchón—. ¡Santo cielo, si alguien cayera de esta cama durante la noche, sería un desplome mortal!

Daisy notó que Matthew la sujetaba por la cintura.

—La cama no es tan alta —declaró él mientras la levantaba como si fuera una niña y la depositaba encima del colchón—. Lo que pasa es que eres bajita.

—Yo no soy bajita, sólo tengo cierta desventaja vertical.

—Como quieras —dijo Matthew—. Enderézate.

El peso de Matthew hundió el colchón detrás de Daisy y sus manos volvieron a la tarea de desabotonar el vestido.

Daisy notó el ligero temblor de los dedos del hombre contra su piel y se sintió envalentonada para declarar:

—Nunca antes me habían atraído los hombres altos, pero tú me haces sentir...

—Si no te callas te estrangularé —la interrumpió él con brusquedad.

Daisy permaneció en silencio mientras escuchaba el ritmo de la respiración de Matthew, la cual se volvía más y más profunda y descontrolada. En cambio, sus dedos se volvían cada vez más diestros en su labor y por fin consiguió desabotonar la larga hilera de botones de perla. El vestido se abrió y las mangas resbalaron de los hombros de Daisy.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—¿La llave?

—Sí, Daisy, la llave —contestó Matthew con un tono de voz mortífero.

—Ha caído dentro del corsé, lo que significa que también tendré que quitármelo.

No se produjo ninguna reacción a su declaración, ningún sonido, ningún movimiento. Daisy se volvió para mirar a Matthew.

Él parecía aturdido. Sus ojos tenían una tonalidad azul fuera de lo común que contrastaba con el rubor de su rostro. Daisy se dio cuenta de que él estaba enfrascado en una salvaje lucha interior para evitar tocarla.

Daisy, acalorada y agitada por la vergüenza que experimentaba, sacó los brazos fuera de las mangas, deslizó el vestido más abajo de sus caderas y se contorneó para sacárselo del todo, tras lo cual lo dejó resbalar hasta el suelo.

Matthew contempló el vestido como si se tratara de una especie de animal exótico que no hubiera visto nunca antes. Poco a poco, su mirada volvió a Daisy y, mientras ella se desabrochaba el corsé, una protesta incoherente salió de su garganta.

Daisy experimentó timidez y picardía por el hecho de desvestirse delante de Matthew, pero la animó ver que él parecía incapaz de apartar la mirada de cada centímetro nuevo de piel revelada. Cuando el último corchete se abrió, Daisy tiró la maraña que formaba el corsé y los cordones al suelo. Ahora lo único que cubría su torso era una camisa arrugada.

La llave había caído sobre su regazo. Daisy la cogió y miró con cautela a Matthew.

Él tenía los ojos cerrados y varias arrugas surcaban su frente reflejando sufrimiento y concentración.

—Esto no va a ocurrir —declaró Matthew más para sí mismo que para ella.

Daisy se inclinó hacia él e introdujo la llave en el bolsillo de su chaqueta. A continuación, cogió el borde inferior de su camisa y se la sacó por la cabeza. Un escalofrío recorrió la parte superior desnuda de su cuerpo. Estaba tan nerviosa que los dientes le castañetearon.

—Me acabo de quitar la camisa. ¿Quieres mirar?

—No.

Sin embargo, Matthew abrió los ojos y vio los pequeños pechos de punta rosada de Daisy y el aliento se le escapó entre los dientes apretados. Matthew permaneció sentado e inmóvil mientras contemplaba cómo Daisy le desabrochaba el fular y desabotonaba su chaleco y su camisa. El rubor cubría por completo el cuerpo de Daisy, pero ella continuó desvistiendo a Matthew con obstinación. Tras ponerse de rodillas encima de la cama, Daisy le quitó la chaqueta.

Matthew sacó los brazos de las mangas de la chaqueta y del chaleco como un sonámbulo.

Daisy le abrió la camisa con determinación y se embelesó contemplándole el pecho y el torso. La piel de Matthew brillaba como satén tirante sobre sus potentes y abultados músculos. Daisy rozó con la yema de los dedos el recio contorno de sus costillas y la ondulada musculatura de su abdomen.

De repente, Matthew le cogió la mano, aunque no sabía si apartarla o apretarla más contra su cuerpo. Daisy cerró la mano sobre la de él y contempló con fijeza sus dilatados ojos azules.

—Estoy aquí y soy tuya. Quiero que hagas todo lo que alguna vez imaginaste que harías conmigo.

A Matthew se le cortó la respiración. Su fuerza de voluntad se fue a pique y, de repente, nada tuvo importancia, salvo las exigencias de un deseo que había sido contenido durante demasiado tiempo. Soltó un gruñido áspero de rendición y colocó a Daisy encima de su regazo. El calor atravesó las diversas capas de su ropa y Daisy jadeó cuando aquella parte suave e íntima de su cuerpo encajó con la dureza, para ella desconocida, del cuerpo de Matthew.

Él la besó en la boca mientras sus manos se deslizaban sin descanso por todo su cuerpo. La mano de Matthew cubrió la firme curvatura del pecho de Daisy y la sangre de ella alcanzó un ritmo frenético mientras el ansia que acuciaba su carne se agudizaba y se volvía imprevisible. Daisy introdujo las manos debajo de la camisa de Matthew e intentó quitársela con nerviosismo.

Matthew tumbó a Daisy sobre la cama y se quitó la camisa dejando al descubierto el poderoso contorno de su pecho y de sus hombros. Entonces se echó sobre ella y Daisy gimió de placer al sentir el contacto de su piel desnuda. El familiar olor de su cuerpo, el intenso aroma a piel masculina, la envolvió por completo. Él la besó en la boca con unos besos sensuales y apasionados mientras deslizaba las manos con ternura por su cuerpo medio desnudo. Su pulgar realizó suaves círculos sobre el pezón de Daisy, el cual se volvió duro y oscuro, hasta que ella se retorció impotente y suplicante.

Matthew comprendió su muda súplica, se inclinó e introdujo el pezón de Daisy en su boca mientras tiraba ligeramente de él con los dientes y su lengua humedecía con calidez su piel suave. Daisy gimió y se estremeció entre los brazos de Matthew. Él deslizó la boca hasta el otro pecho y besó el pezón hasta que éste se hinchó y se volvió de un color rosado intenso mientras los nervios de Daisy enviaban mensajes desenfrenados a todo su cuerpo.

—¿Comprendes ahora lo que quiero de ti? —preguntó él con voz ronca—. ¿Comprendes lo que sucederá si no nos detenemos?

—Sí.

Matthew levantó la cabeza y la miró con incredulidad.

—No soy tan inocente como crees —declaró Daisy con seriedad—. He leído mucho.

Él volvió el rostro a un lado y Daisy tuvo la impresión de que intentaba

contener una sonrisa. Entonces volvió a mirarla con una ternura inmensa.

—Daisy Bowman —declaró él con voz temblorosa—, pasaría la eternidad en el infierno a cambio de una hora contigo.

—¿Esto es lo que dura? ¿Una hora?

—Cariño, en estos momentos será un milagro si dura un minuto — contestó él con voz compungida.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Tienes que hacerme el amor, porque si no lo haces, no pararé nunca de quejarme.

Matthew rodeó el cuerpo de Daisy con sus brazos y lo apretó contra el de él, la besó en la frente y permaneció en silencio durante tanto rato que ella temió que fuera a rechazarla. Pero entonces su cálida mano se deslizó con lentitud hacia la parte inferior de su cuerpo y el corazón de Daisy dio un brinco de excitación. Matthew cogió la cinturilla de los calzones de Daisy con los dedos y tiró de ella para deshacer el lazo.

La barriga de Daisy subió y bajó al compás de su profunda respiración y toda ella se ruborizó al sentir que él deslizaba la mano por debajo de la tela suave. Matthew tocó el vello íntimo de Daisy, los rizos aplastados contra su vulnerable prominencia púbica, y jugueteó, ahuecó y acarició los suaves bucles. La yema de su dedo anular rozó una zona tan sensible de la anatomía de Daisy que ella se sobresaltó. Él contempló su rostro ruborizado y le separó con dulzura los labios de la vulva.

—Daisy, cariño —susurró él—, eres tan suave, tan delicada... ¿Dónde quieres que te toque? ¿Aquí? ¿O aquí?

—¡Ahí! —gimió ella cuando los dedos de Matthew alcanzaron el lugar exacto—. ¡Sí...! ¡Oh, sí, ahí...!

Matthew le dio unos besos húmedos a lo largo del cuello y hasta el pecho mientras deslizaba los dedos de la mano a un lugar más profundo situado entre los muslos de Daisy. Mientras le masajeaba con dedicación aquella zona, Daisy percibió una desconcertante humedad en aquel lugar. Daisy no se lo esperaba y se preguntó si estaba tan bien informada como creía.

Consternada, Daisy empezó a decir algo, pero se calló de una forma repentina cuando notó el dedo de Matthew empujar suavemente en su interior. Aquello tampoco lo esperaba.

Matthew levantó la cabeza del pecho de Daisy con la mirada velada por la excitación. Contempló el rostro de Daisy mientras masajeaba suavemente su interior con un movimiento rítmico que la condujo a un estado indescriptible de placer. Daisy levantó el cuerpo del colchón y gimió con ansiedad mientras devolvía los besos de Matthew con un fervor fuera de todo control.

—¿Te gusta? —susurró él.

—Sí, yo... —Daisy intentó hablar entre jadeo y jadeo—. Creí que... iba a dolerme.

—Esto no duele. —Matthew esbozó una sonrisa—. Sin embargo, más tarde es posible que tengas motivos de queja. —El rostro de Matthew se cubrió de sudor cuando notó las pulsaciones del cuerpo de Daisy alrededor de su dedo explorador—. No sé si podré actuar con ternura —declaró él con voz entrecortada—. Te he deseado durante demasiado tiempo.

—Confío en ti —susurró ella.

Matthew sacudió la cabeza y separó la mano del cuerpo de Daisy.

—Tu capacidad de enjuiciamiento es terrible. Estás en la cama con el último hombre del mundo en el que deberías confiar y estás a punto de cometer el error más grande de tu vida.

—¿Ésa es la idea que tienes de una seducción?

—Pensé que debía advertirte por última vez. Ahora estás sentenciada —dijo Matthew.

—¡Estupendo!

Daisy le ayudó a quitarle los calzones y las medias. Sus ojos se abrieron de par en par cuando él empezó a desabotonarse los pantalones. Con timidez y curiosidad, ella alargó el brazo para ayudarlo. Una expresión temblorosa de cariño brotó de los labios de Matthew cuando notó la pequeña y fría mano de Daisy en el interior de sus calzones. Ella lo acarició con cuidado mientras descubría la longitud y la dureza del miembro. Le encantaba sentir cómo temblaba su cuerpo.

—¿Cómo quieres que te toque? —susurró Daisy.

Matthew sacudió la cabeza y soltó una risa intermitente.

—Daisy, ahora mismo, preferiría que no lo hicieras.

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella con preocupación.

—No, no... —Él la acercó a su cuerpo y la besó en la mejilla, en la oreja,

en la cabeza—. Lo haces demasiado bien.

Las manos de Matthew acariciaron con delicadeza el cuerpo de Daisy mientras volvía a tumbarla sobre las almohadas. Matthew acabó de desvestirse y apoyó el cuerpo sobre el de ella. Daisy se estremeció de placer al sentir las exquisitas texturas de su cuerpo, su vello, la suavidad de su piel y el calor que despedía. Demasiadas cosas ocurrían al mismo tiempo, y Daisy no podía estar pendiente de todas: la humedad que se originaba entre sus piernas, el recorrido de la boca de Matthew por su cuerpo, el movimiento seductor de sus largos dedos, el roce del cabello en sus pechos, las sensaciones que descubría en el estómago...

El movimiento, sedoso y circular de la lengua de Matthew en el hueco de su ombligo lanzó fuego por las venas de Daisy, quien se estremeció sin ser apenas consciente de la zona de su cuerpo que Matthew recorría con los labios.

Matthew, en apariencia ajeno a la zona del cuerpo de Daisy que besaba, se deslizó hacia abajo hasta que ella soltó un grito ahogado y empujó con fuerza su cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó él mientras se apoyaba en los codos.

Roja de vergüenza, Daisy a duras penas consiguió explicarse.

—Estabas demasiado cerca de mi..., bueno, que, de una forma accidental...

Mientras su voz se desvanecía, Matthew reflejó en su mirada que había comprendido lo que le ocurría a Daisy. Enseguida, él inclinó la cabeza para ocultar su expresión y un temblor hizo vibrar sus hombros. Todavía sin mirarla, Matthew contestó con delicadeza:

—No ha sido algo accidental, sino intencionado.

Daisy estaba sorprendida.

—¡Pero si ibas a besarme en...!

Daisy se calló al percibir, cuando él la miró a los ojos, que la risa bailaba en su mirada.

¡Matthew no se sentía avergonzado en absoluto, sino que lo encontraba divertido!

—¡No te habré sorprendido! —exclamó él—. ¡Creí que habías leído mucho!

—Bueno, nadie escribiría nunca acerca de algo como esto...

Él se encogió de hombros con la mirada brillante.

—Tú eres la autoridad literaria.

—Te estás burlando de mí —declaró ella.

—Sólo un poco —susurró Matthew mientras la besaba de nuevo en el estómago.

Las piernas de Daisy intentaron cerrarse pero se encontraron con la resistencia que oponían las manos de Matthew.

Ella se puso a hablar con nerviosismo mientras sentía que la boca de Matthew se deslizaba hacia su cadera.

—En al... en algunas de las novelas que he leído, había ciertas partes en las que, como es lógico —Daisy inhaló hondo al notar que él mordisqueaba la parte interior de uno de sus muslos— pero..., supongo que estaban escritas de una forma tan eufemística que no-no las entendí del todo... ¡Eh! ¡Por favor! No creo que debas hacer eso...

—¿Y esto?

—¡Definitivamente no!

Daisy se retorció para librarse de él, pero Matthew había colocado las manos por dentro de las rodillas de Daisy y mantuvo sus piernas separadas mientras realizaba cosas indecorosas con su lengua. Cuando Matthew llegó a la zona sensible que había tocado antes, Daisy se estremeció. Su boca, mullida y caliente, reclamó y chupó aquella zona hasta que el éxtasis se expandió por todo el cuerpo de Daisy y, aunque ella le suplicó que parara, él siguió atormentándola, lamiendo y frotando más y más hondo hasta que, de repente, el placer se desbocó y Daisy soltó un grito de liberación.

Después de un largo rato, Matthew se desplazó hacia arriba para abrazarla. Daisy lo agarró de una forma impetuosa con los brazos y las piernas. Él se colocó entre sus muslos temblando debido al esfuerzo que realizaba para actuar con delicadeza. Daisy notó un empujón desgarrador y Matthew murmuró palabras de amor junto a su cuello e intentó calmar su dolor mientras seguía empujando más y más hondo, penetrándola, poseyéndola.

Cuando estuvieron unidos por completo, Matthew se quedó quieto para no causarle más dolor. Daisy percibió la dureza del miembro en el interior de

su cuerpo y absorbió la curiosa sensación de ser poseída, de sentirse totalmente indefensa aunque, al mismo tiempo, en aquel instante Matthew le pertenecía por completo. Daisy sabía que, aunque él llenaba su cuerpo, ella llenaba su mente y su corazón. Daisy quiso proporcionarle el mismo placer que él le había proporcionado a ella y arqueó las caderas.

—Daisy..., no, espera...

Ella arqueó las caderas una y otra vez esforzándose por estar más próxima a él. Él soltó un gemido y empujó hacia abajo con su abdomen a un ritmo ligero. Matthew aplastó su boca contra la de Daisy y se estremeció debido a la intensidad de su clímax.

Los dos permanecieron en silencio unos minutos mientras Matthew la abrazaba y acunaba la cabeza de Daisy contra su hombro. Después, Matthew se separó de ella mientras acallaba sus protestas con los labios.

—Déjame cuidar de ti —dijo Matthew.

Daisy no entendió a qué se refería, pero se sentía tan débil que permaneció echada en la cama y con los ojos cerrados. Matthew regresó enseguida con un paño húmedo y limpió el sudoroso cuerpo de Daisy y la dolorida carne situada entre sus muslos.

Cuando se tumbó de nuevo a su lado, Daisy se acurrucó contra él y cuando él los tapó a los dos con la ropa de la cama, ella suspiró de placer. Daisy se movió hasta que su oreja descansó sobre el poderoso latido del corazón de Matthew.

Daisy pensó que debería sentirse avergonzada por haberse encerrado con Matthew en el dormitorio de él y haberlo obligado a que la sedujera. Sin embargo, se sentía triunfante. Y extrañamente insegura, como si se tambaleara al borde de un nuevo tipo de intimidad que iba más allá de lo físico.

Daisy quería saberlo todo acerca de Matthew y nunca había experimentado una curiosidad tan intensa por otra persona. Aunque quizá debería tener paciencia hasta que los dos se ajustaran a las nuevas circunstancias.

Mientras la calidez de sus cuerpos se confundía bajo las sábanas, Daisy sintió la necesidad imperiosa de dormir. Nunca imaginó que resultaría tan agradable permanecer echada y sin moverse en los brazos de un hombre,

mientras olía su aroma y su fortaleza la rodeaba.

—No te duermas —oyó que él le advertía—. Tenemos que sacarte de aquí.

—No me duermo, sólo estoy... —Daisy se interrumpió y soltó un bostezo enorme— descansando los ojos.

—Sólo durante un minuto.

Matthew le acarició el cabello y deslizó la mano a lo largo de su espalda y aquello fue suficiente para que Daisy cayera en un sueño dulce y profundo.

Daisy se despertó con el repiqueteo de la lluvia en el tejado y la caricia de una brisa húmeda que procedía de la ventana, que estaba abierta. El clima de Hampshire había decidido refrescar la tarde con un chaparrón espontáneo, del tipo que solía durar menos de media hora y dejaba la tierra fragante y esponjosa.

Daisy parpadeó varias veces mientras percibía aquel entorno con el que no estaba familiarizada: el dormitorio masculino, la vívida y extraña sensación que le producía aquel cuerpo desnudo y musculoso cerca de su espalda y el revoloteo que causaba la respiración de Matthew en su cabello. Al principio, Daisy se puso en tensión a causa de la sorpresa, pero permaneció inmóvil mientras se preguntaba si Matthew estaría despierto.

Sin variar el ritmo de su respiración, Matthew deslizó un brazo por encima del cuerpo de Daisy, extendió la mano sobre su estómago y la acercó a él. Juntos contemplaron en silencio cómo caía la lluvia. Daisy intentó recordar si alguna vez se había sentido tan segura y feliz y decidió que no. Nada podía compararse con lo que experimentaba en aquellos momentos.

Matthew notó la sonrisa de Daisy en su brazo y murmuró:

—¿Te gusta la lluvia?

—Sí. —Daisy exploró la superficie velluda de la pierna de Matthew con los dedos de los pies y le sorprendió lo largas que eran sus pantorrillas—. Algunas cosas siempre son mejores cuando llueve, como leer o dormir..., o esto.

—¿Estar tumbada en la cama conmigo? —preguntó él con un deje de diversión en la voz.

Daisy asintió con la cabeza.

—Se diría que estamos solos en el mundo.

Matthew deslizó un dedo por su cuello y por el perfil de su hombro.

—¿Te he hecho daño, Daisy? —susurró.

—Bueno, resultó un poco incómodo cuando tú... —Daisy se interrumpió y se ruborizó—. Pero ya me lo esperaba. Mis amigas me han contado que es mejor después de la primera vez.

Los dedos de Matthew siguieron el contorno de la oreja de Daisy y la curva sonrojada de su mejilla.

—Haré lo posible para que así sea —respondió él mientras sonreía.

—¿Te arrepientes de lo que hemos hecho? —Daisy apretó los puños mientras esperaba con tensión su respuesta.

—¡Santo cielo, no! —Matthew llevó hasta su boca el puño cerrado de Daisy, lo besó hasta que ella abrió los dedos y entonces colocó la mano de ella en la mejilla de él—. Es lo que más he deseado en toda mi vida. Y la única cosa que sabía que nunca podría tener. Estoy sorprendido, impresionado incluso, pero en absoluto arrepentido.

Daisy se volvió, se acurrucó junto a él y apretó una de las piernas de Matthew entre sus muslos.

La lluvia tamborileaba una alegre canción contra la pared de la casa y algunas gotas entraban en la habitación por la ventana. Daisy se estremeció al pensar en levantarse y Matthew le tapó el hombro desnudo con la sábana.

—Daisy, ¿dónde está la maldita llave? —preguntó él con voz impasible.

—La puse en el bolsillo de tu chaqueta —respondió ella—. ¿No te diste cuenta? Bueno, supongo que, en aquel momento, estabas algo distraído. —Daisy deslizó la mano por el pecho de Matthew y le rozó el pezón con los dedos—. Me imagino que estarás enfadado conmigo por habernos encerrado con llave en la habitación.

—Enfadado no, enfurecido —declaró él—. Insisto en que lo hagas todas las noches cuando estemos casados.

—¿Vamos a casarnos? —susurró ella mientras levantaba la cabeza.

Matthew la miró con calidez, aunque su voz no reflejó el menor placer.

—Sí, nos casaremos, aunque es probable que algún día me odies por haberme casado contigo.

—¿Por qué habría de...? ¡Ah! —Daisy recordó lo que Matthew le había contado acerca de que su pasado algún día lo alcanzaría—. Yo nunca podré odiarte —respondió ella—. Y no temo a tus secretos, Matthew. Venga lo que venga, lo afrontaré contigo. Aunque debes saber que me exaspera que me comentes cosas como la de antes y, después, te niegues a explicármelas a fondo.

Una risa incipiente brotó en el pecho de Matthew.

—Ésta es una de las múltiples razones por las que te exaspero, ¿no?

—Así es. —Daisy se colocó encima de Matthew y frotó su nariz contra el pecho de él como si fuera una gatita mimosa—. Pero me gustan mucho más los hombres exasperantes que los agradables.

Matthew arrugó el entrecejo.

—¿Agradables como Llandrindon?

—Pues sí, él es mucho más agradable que tú. —De una forma experimental, Daisy colocó los labios encima del pezón de Matthew y lo acarició con la lengua—. ¿Esto te produce la misma sensación que me produce a mí?

—No, aunque se agradece el esfuerzo. —Matthew le cogió el rostro con las manos y lo levantó hacia él—. ¿Llandrindon te besó?

Ella asintió con suavidad entre las manos de Matthew.

—Sólo una vez.

—¿Y te gustó? —preguntó él con un deje de celos en la voz.

—Yo deseaba que me gustara. Lo intenté. —Daisy cerró los ojos y apoyó la mejilla en la palma de la mano de Matthew—. Pero su beso no se pareció en nada a los tuyos.

—Daisy —susurró él mientras giraba hasta colocarse encima de ella otra vez—, yo no quería que esto sucediera. —Sus dedos exploraron los frágiles ángulos de su rostro, la curva sonriente de sus labios—. Pero ahora me parece imposible que pudiera aguantar tanto como lo hice.

Aunque los nervios de Daisy estaban saciados, toda ella se estremeció al recibir las caricias de los dedos de Matthew.

—Matthew, ¿qué ocurrirá ahora? ¿Hablarás con mi padre?

—Todavía no. A fin de mantener una apariencia de decoro, esperaré hasta regresar de Bristol. Para entonces, la mayoría de los invitados se habrán ido y

tu familia podrá enfrentarse a la situación con una privacidad relativa.

—Mi padre estará encantado con la noticia, pero mi madre experimentará cierta reserva. Y Lillian...

—Explotará —concluyó Matthew.

Daisy suspiró.

—Mis hermanos tampoco están locos por ti.

—¿De verdad? —preguntó él simulando sorpresa.

Daisy contempló con preocupación el rostro en sombras de Matthew.

Preguntó:

—¿Y si cambias de opinión? ¿Y si cuando regreses me dices que estabas equivocado y que no quieres casarte conmigo y...?

—No —la atajó Matthew mientras acariciaba las exuberantes ondas de su cabellera negra—. No hay vuelta atrás. He arrebatado tu inocencia y no voy a eludir mi responsabilidad.

Contrariada por las palabras que Matthew había utilizado, Daisy frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—La expresión que has utilizado..., acerca de que es tu responsabilidad, como si tuvieras que reparar una terrible equivocación... No es lo más romántico que podías decir, sobre todo en este momento.

—¡Oh! —Matthew sonrió abiertamente—. No soy un hombre romántico, cariño. Tú ya lo sabías. —Matthew inclinó la cabeza, besó a Daisy en el cuello y le mordisqueó la oreja—. Pero ahora soy responsable de ti. —Matthew siguió besándola hasta el hombro—. De tu seguridad, de tu bienestar, de tu placer... Y me tomo mis responsabilidades muy en serio.

Matthew le besó los pechos e introdujo sus tirantes pezones en el fundente calor de su boca. Su mano separó los muslos de Daisy y jugueteó con delicadeza entre ellos.

Daisy exhaló un gemido de placer y Matthew sonrió.

—Pronuncias sonidos muy dulces... —murmuró él—, cuando te toco así... Y así... Y tu forma de gritar cuando te corres...

Daisy se sonrojó e intentó guardar silencio, pero Matthew no tardó en conseguir que soltara otro gemido de indefensión.

—¿Matthew...?

A Daisy se le curvaron los dedos de los pies cuando él se deslizó más abajo y su lengua le hizo cosquillas en el hueco del ombligo. La voz de Matthew sonó amortiguada por la sábana que le cubría la cabeza:

—¿Sí, parlanchina?

—¿Vas a hacer... —Daisy se interrumpió y jadeó al notar que él le separaba las rodillas— lo que hiciste antes?

—Eso parece.

—Pero si ya lo...

De repente, Daisy se olvidó del misterio que suponía para ella que Matthew quisiera hacerle el amor dos veces seguidas. Daisy notó que él exploraba la tierna unión de su muslo y su ingle, el interior de sus muslos..., y perdió todas sus fuerzas. Y también notó los suaves y certeros mordisqueos, y el roce sin prisas de la lengua de Matthew, y el jugueteo de ésta en la dolorida abertura de su cuerpo y cómo se deslizaba más arriba hasta encontrar aquel lugar que la hacía gemir y jadear... ¡Sí, allí, sí...!

Él la excitó con una delicadeza enloquecedora, alejando la lengua poco a poco y acercándola después con rápidos y cálidos toqueteos. Daisy le apretó la cabeza con los muslos y la mantuvo allí mientras se arqueaba, temblaba y se estremecía de placer.

Matthew la llevó sin pausa hasta un clímax de éxtasis indescriptible, más allá de la tormenta, más allá incluso del mismo cielo... Cuando Daisy recobró el sentido de la realidad, estaba entre los brazos de Matthew y el suave repiqueteo de la lluvia primaveral calmaba su palpitante corazón.

12

La mayoría de los invitados se iban al día siguiente, de modo que la cena de aquella noche constituyó una celebración amplia y elaborada. Habían preparado dos mesas largas y las copas de cristal y la porcelana de Sèvres brillaban a la luz de las velas de los candelabros. Un ejército de lacayos vestidos con libreas azules, mostaza y negras y con galones dorados se movían con destreza entre los invitados, rellenaban las copas de agua y de vino y servían los platos con silenciosa precisión.

La velada fue magnífica. Por desgracia, Daisy nunca se había sentido menos interesada en comer que aquella noche. Fue una lástima que no pudiera hacer justicia a la comida, la cual consistió en salmón escocés, humeante cordero asado, pierna de venado acompañada de salchichas y mollejas y verduras estofadas con trufas y una salsa de crema de leche y mantequilla. De postre había bandejas llenas de frutas exquisitas: frambuesas, nectarinas, cerezas, melocotones y piñas y también un amplio surtido de tartas, pasteles y dulces de leche con limón.

Daisy se obligó a sí misma a comer, reír y conversar de la forma más natural posible, pero no le resultó fácil. Matthew estaba sentado varios puestos más allá, al otro lado de la mesa y cuando sus miradas se encontraban, Daisy casi se atragantaba con lo que estaba comiendo en aquel momento.

Las conversaciones fluían a su alrededor y Daisy participaba en ellas de una forma vaga, mientras su mente permanecía concentrada en el recuerdo de lo que había ocurrido unas horas antes. Los que la conocían bien, como sus

amigas y su hermana, se dieron cuenta de que no estaba del todo allí. Incluso Westcliff le lanzó unas cuantas miradas especulativas.

Daisy se sentía acalorada en aquella habitación de aire viciado y luces brillantes y la sangre le subía con facilidad a las mejillas. Su cuerpo estaba extremadamente sensible, la ropa interior le irritaba la piel, el corsé le resultaba insoportable y las ligas le apretaban los muslos. Cada vez que se movía, algo, la escochedura que sentía entre las piernas, el ardor y la irritación en lugares inesperados, le recordaba la tarde que había pasado con Matthew. Y aun así, su cuerpo ansiaba más... Ansiaba las caricias de las manos de Matthew, los roces de su boca imparable, la dureza de su miembro en su interior...

Daisy notó que se ruborizaba otra vez y se concentró en untar un trozo de pan con mantequilla mientras miraba a Matthew, quien conversaba con una dama que estaba sentada a su izquierda.

Matthew percibió la mirada furtiva de Daisy y miró en su dirección. La profundidad azul de sus ojos brilló con pasión y su pecho se hinchó con una respiración profunda. Matthew volvió a dirigir la atención a su compañera de mesa y se concentró en ella con tanto empeño que la dama soltó una risita eufórica.

Daisy se llevó la copa de vino rebajado con agua a los labios y se esforzó en prestar atención a la conversación que tenía lugar a su derecha. Ésta versaba acerca de una excursión al distrito de los lagos y los Highlands de Escocia. Sin embargo, su mente pronto volvió a su situación personal.

Daisy no se arrepentía de su decisión, pero no era tan inocente como para creer que todo resultaría fácil a partir de aquel momento. Más bien todo lo contrario. Para empezar, estaba la cuestión de dónde vivirían, de cuándo Matthew la llevaría de regreso a Nueva York y la de si podría ser feliz lejos de su hermana y sus amigas. Daisy también se preguntaba si sería la esposa adecuada para un hombre que estaba inmerso, por completo, en un mundo en el que ella no había encontrado la manera de encajar. Y, para terminar, también estaba la nada despreciable cuestión de cuál era el secreto que Matthew guardaba para sí.

Entonces Daisy recordó el tono suave y vibrante de la voz de Matthew cuando le dijo que ella era todo lo que él creía que debía ser una mujer.

Matthew era el único hombre que siempre la había querido como era. A Llandrindon no lo tenía en cuenta, pues su enamoramiento se había encendido demasiado deprisa y, seguramente, se apagaría con la misma rapidez.

En aquel sentido, reflexionó Daisy, su matrimonio con Matthew no sería tan distinto del de Lillian con Westcliff. Lillian y Westcliff eran dos personas de carácter fuerte y sensibilidades muy distintas y discutían con frecuencia. Sin embargo, esas discusiones no parecían debilitar su matrimonio, sino todo lo contrario. De hecho, su unión parecía fortalecerse con sus diferencias.

Daisy reflexionó acerca de los matrimonios de sus amigas: Annabelle y el señor Hunt representaban la armonía de dos temperamentos parecidos; Evie y lord St. Vincent eran de naturaleza muy distinta, pero se necesitaban el uno al otro como el día y la noche. Era imposible pensar que alguna de aquellas uniones fuera superior a las otras.

Quizás, a pesar de todo lo que había oído acerca del ideal de un matrimonio perfecto, éste no existía. Quizá cada matrimonio constituía una creación única.

Aquella idea le resultó reconfortante.

Y la llenó de esperanza.

Cuando la interminable cena llegó a su fin, Daisy, en lugar de soportar el ritual del té y la charla banal, alegó que padecía dolor de cabeza. En realidad, su excusa era medio verdad. La combinación de la luz, el ruido y la tensión emocional que experimentaba había provocado que las sienas le palpitaran de una forma dolorosa. Daisy esbozó una sonrisa lastimosa, presentó sus excusas y se dirigió a la escalera principal.

Sin embargo, cuando llegó al vestíbulo, oyó la voz de su hermana.

—¡Daisy, quiero hablar contigo!

Daisy conocía bien a Lillian y reconoció el tono de su voz. Su hermana mayor se mostraba suspicaz y preocupada y quería discutir acerca de los problemas que había pendientes entre ellas hasta que todo quedara aclarado.

Pero Daisy se sentía demasiado cansada.

—Ahora no, por favor —respondió Daisy mientras sonreía a su hermana

de una forma apaciguadora—. ¿Puede esperar hasta más tarde?

—¡No!

—Me duele la cabeza.

—A mí también, pero aun así vamos a hablar —se impuso Lillian.

Daisy sintió una oleada de exasperación. Después de toda la paciencia que había mostrado hacia Lillian, después de todos los años de apoyo y lealtad incuestionables hacia ella, no le parecía demasiado pedirle que no la presionara.

—Me voy a la cama —respondió Daisy mientras miraba a su hermana de una forma desafiante—. No pienso darte ninguna explicación, sobre todo cuando es evidente que no tienes ninguna intención de escucharme. Buenas noches. —Al ver la expresión afligida que reflejaba el rostro de su hermana, añadió con un tono de voz más amable—: Te quiero.

Daisy se puso de puntillas, besó a su hermana en la mejilla y se dirigió a la escalera.

Lillian luchó contra la tentación de seguir a Daisy escaleras arriba. Entonces se dio cuenta de que había alguien detrás de ella, se dio la vuelta y vio que Annabelle y Evie la miraban con comprensión.

—No quiere hablar conmigo —se quejó Lillian medio aturdida.

Evie, quien en general se mostraba titubeante a la hora de tocarla, rodeó a Lillian con un brazo.

—Va-vayamos al invernadero —sugirió.

El invernadero era, con mucho, la habitación favorita de Lillian de toda la casa. Las paredes eran de cristal y el suelo estaba formado por una rejilla de hierro forjado que permitía el paso del aire que calentaban unas estufas situadas más abajo. Naranjos y limoneros inundaban la sala con su fresca fragancia a cítrico, mientras unas plataformas atiborradas de plantas tropicales añadían un matiz exótico a la perfumada atmósfera de la habitación. La luz de unas antorchas situadas en el exterior desplegaban intrincadas sombras por la sala.

Las tres amigas se sentaron juntas en un rincón en el que había varias sillas. Lillian dejó caer los hombros con desánimo.

—Creo que lo han hecho.

—¿Quién ha hecho el qué? —preguntó Evie.

—Daisy y el señor Swift —murmuró Annabelle con un deje de diversión en la voz—. Estábamos especulando acerca de si habían..., esto..., tenido conocimiento carnal el uno del otro.

Evie contempló a sus amigas con perplejidad.

—¿Y qué os hace pensar que lo han tenido?

—Bueno, tú estabas sentada en la otra mesa, cariño, de modo que no pudiste verlos, pero durante la cena se produjeron... corrientes de fondo.

—¡Oh! —Evie se encogió de hombros—. Si os referís a eso, entonces no importa que estuviera o no sentada a vuestra mesa, porque no soy nada buena percibiendo corrientes de fondo.

—Ésas eran unas corrientes de fondo muy evidentes —declaró Lillian con voz grave—. No habría resultado más obvio si el señor Swift hubiera subido a la mesa y hubiera anunciado que lo habían hecho.

—A pesar de ser norteamericano, el señor Swift nunca haría algo tan vulgar —declaró Evie con decisión.

Lillian arrugó el entrecejo con una expresión feroz.

—¿Qué ha ocurrido con «yo nunca podría ser feliz con un frío industrial»? ¿Qué ha ocurrido con «quiero que las cuatro estemos siempre juntas»? ¡Al infierno con todo eso! ¡No puedo creer que Daisy haya hecho eso! ¡Todo iba tan bien con lord Llandrindon! ¿Qué puede haberla empujado a dormir con Matthew Swift?

—Dudo que durmieran mucho —contestó Annabelle con ojos chispeantes.

Lillian le dirigió una mirada cortante.

—Si tienes tan mal gusto como para que esto te divierta, Annabelle...

—Daisy nunca estuvo interesada en lord Llandrindon —intervino Evie con rapidez para evitar que sus amigas discutieran—. Sólo lo utilizaba para provocar al señor Swift.

—¿Cómo lo sabes? —preguntaron las dos amigas al mismo tiempo.

—Bueno, yo-yo... —Evie realizó un gesto de impotencia con las manos—. La semana pasada, yo, más-más o menos le sugerí que lo pusiera celoso. Y ha funcionado.

Las cuerdas vocales de Lillian realizaron un gran esfuerzo antes de que el sonido saliera por su boca.

—¿Será necia, imbécil, cabeza de chorlito...?

—¿Por qué la animaste a provocarle celos, Evie? —preguntó Annabelle de una forma mucho más amable que la utilizada por Lillian.

—Daisy y yo oímos, de una forma accidental, que el se-señor Swift hablaba con lord Llandrindon. El señor Swift intentaba convencerlo de que la cortejara, pero era evidente que era él quien la quería.

—¡Seguro que lo planeó todo! —soltó Lillian—. ¡De algún modo debió de saber que los oiríais! ¡Su charla con Llandrindon sin duda respondía a una conspiración siniestra y taimada y las dos caísteis en la trampa!

—No lo creo —contestó Evie. Entonces contempló el rostro crispado de Lillian y le preguntó con aprensión—: ¿Vas a gritarme?

Lillian sacudió la cabeza y se tapó el rostro con las manos.

—Gritaría como un alma en pena si creyera que serviría de algo —respondió entre los dedos—. Pero como estoy casi segura de que Daisy ha tenido relaciones íntimas con ese reptil, ahora ya no se puede hacer nada para salvarla.

—Quizá no quiera que la salven —señaló Evie.

—Si no quiere que la salven es porque se ha vuelto completamente loca —gruñó Lillian.

Annabelle asintió con la cabeza.

—Está claro. Daisy se ha acostado con un hombre guapo, joven, sano e inteligente que, por lo visto, está enamorado de ella. ¿En qué estaría pensando cuando se acostó con él? —Al ver la irreverente expresión de Lillian, Annabelle sonrió con compasión y acarició con suavidad la espalda de su amiga—. Querida —murmuró—, como bien sabes, hace algún tiempo no me importaba si me casaría con alguien a quien amara o no. Lo único que quería era sacar a mi familia de la situación desesperada en la que se encontraba. Sin embargo, cuando pensé lo que representaría para mí acostarme día tras día con mi esposo y pasar el resto de la vida con él, supe que Simon constituía la única elección posible para mí. —Annabelle se interrumpió y unas lágrimas repentinas humedecieron sus ojos, algo inusual en la serena y hermosa Annabelle—. Cuando estoy enferma —continuó con

voz ronca—, cuando tengo miedo o necesito algo, sé que Simon moverá cielos y tierra para que todo vuelva a estar bien. Confío en él con todas las células de mi ser. Y cuando veo a la hija que hemos concebido, en la que estaremos unidos para siempre... ¡Dios mío, qué feliz me siento por haberme casado con él! Las tres hemos podido escoger a nuestros maridos, Lillian. Tienes que permitir que Daisy goce de la misma libertad que nosotras.

Lillian sacudió la mano con enojo.

—Él no tiene la misma categoría que nuestros maridos. Ni siquiera la de St. Vincent, quien es posible que, en el pasado, fuera un mujeriego taimado y sinvergüenza, pero al menos tiene corazón. —Lillian se interrumpió y dijo entre dientes—: Sin ánimo de ofenderte, Evie.

—No pasa nada —respondió Evie con los labios temblando, como si estuviera conteniendo la risa.

—La cuestión es que estoy a favor de que Daisy goce de la libertad de elegir a su marido, siempre que realice una elección acertada —declaró Lillian con expresión concentrada.

—Querida... —empezó Annabelle con la intención de rectificar, con delicadeza, a su amiga.

Sin embargo, Evie la interrumpió.

—Cre-creo que Daisy tiene derecho a equivocarse. Lo único que podemos hacer es ofrecerle nuestra ayuda, si nos la pide.

—¡No podremos ayudarla si se va a vivir a la maldita ciudad de Nueva York! —replicó Lillian.

Evie y Annabelle no rebatieron su comentario, pues sabían que algunos problemas no podían ser resueltos con meras palabras y que ciertos miedos no podían ser aplacados. Entonces hicieron lo que hacen las amigas cuando todo lo demás ha fallado y permanecieron a su lado en silencio como muestra de que se preocupaban por ella.

Un baño caliente ayudó a relajar el cuerpo y los exasperados nervios de Daisy, quien permaneció sumergida en la humeante agua hasta que su musculatura se ablandó y su dolor de cabeza desapareció. Cuando se sintió renovada, Daisy se puso un camisón blanco con volantes y se cepilló el

cabello mientras un par de doncellas se llevaban la bañera.

Daisy deslizó la cerda del cepillo por su cabello hasta que su larga melena formó una cascada brillante de color ébano. Daisy contempló la húmeda noche primaveral a través del ventanal abierto que conducía al balcón de su habitación. El cielo, sin estrellas, era del color de las ciruelas negras.

Daisy sonrió de una forma ausente. Entonces oyó que la puerta de su dormitorio se abría y dedujo que una de las sirvientas volvía para recoger una toalla olvidada o un plato de jabón, de modo que no se giró.

De repente, Daisy sintió un toque en el hombro seguido del contacto cálido de una mano grande que se deslizaba a través de su pecho. Sobresaltada, Daisy se puso de pie, pero entonces alguien tiró de ella hacia atrás hasta que topó con un cuerpo fuerte y masculino.

La voz grave de Matthew le hizo cosquillas en la oreja.

—¿En qué estabas pensando?

—En ti, claro. —Daisy se apoyó en él y levantó la mano para acariciar la superficie velluda del antebrazo de Matthew hasta donde empezaba la manga arremangada de su camisa. Daisy volvió a mirar al exterior—. Esta habitación pertenecía a una de las hermanas del conde —explicó Daisy—. Según me contaron, su amante, de hecho un mozo de los establos, solía escalar hasta el balcón para verla. Igual que Romeo.

—Espero que el premio compensara el riesgo —respondió él.

—¿Tú te habrías arriesgado tanto por mí?

—Si fuera la única manera de poder estar contigo... Pero no tiene ningún sentido escalar dos plantas hasta el balcón cuando hay una puerta en perfecto estado y disponible —argumentó Matthew.

—Entrar por la puerta no resulta tan romántico.

—Tampoco lo es romperse el cuello.

—¡Qué pragmático eres! —respondió Daisy mientras se reía y se volvía hacia él.

La ropa de Matthew olía a aire libre con un cierto aroma acre a tabaco. Debía de haber salido a la terraza trasera con algunos de los caballeros después de la cena. Daisy se hundió todavía más en sus brazos y olió el almidón de su camisa y el aroma limpio y familiar de su piel.

—Me encanta como hueles —declaró Daisy—. Podría entrar con los ojos

tapados en una habitación llena de hombres y te encontraría enseguida.

—¡Vaya, otro juego de salón! —exclamó él, y ambos se echaron a reír.

Daisy lo cogió de la mano y tiró de él hacia la cama. Exigió:

—¡Ven, échate conmigo!

Matthew sacudió la cabeza y se resistió.

—Sólo puedo quedarme unos minutos. Westcliff y yo nos vamos al amanecer. —Su mirada se deslizó con avidez por el recatado camisón de volantes de Daisy—. Y si nos acercamos a la cama, no podré evitar hacerte el amor.

—A mí no me importaría —respondió Daisy con timidez.

Matthew la cogió entre sus brazos y la abrazó con dulzura.

—Es mejor que no lo hagamos tan pronto después de la primera vez. Necesitas descansar.

—¿Entonces por qué has venido?

Daisy notó que Matthew frotaba la mejilla contra la coronilla de su cabeza. Incluso después de todo lo que había ocurrido entre ellos, le parecía imposible que Matthew Swift la estuviera abrazando con tanta ternura.

—Sólo quería desearte buenas noches y decirte que...

Daisy levantó la cabeza con una mirada inquisitiva en los ojos y él le robó un beso, como si no pudiera contenerse.

—¿Decirme...?

—... que no tienes que preocuparte de que vaya a cambiar de opinión respecto a casarme contigo —murmuró él—. De hecho, te costará mucho librarte de mí.

—Sí —respondió Daisy mientras le sonreía—, ya sé que eres de fiar.

Matthew se obligó a sí mismo a separarse de Daisy y se dirigió a desgana hacia la puerta. Después de entreabrir la con cuidado, dio una ojeada al pasillo para asegurarse de que estaba vacío.

—Matthew... —susurró Daisy.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—Vuelve a mí pronto.

Lo que Matthew percibió en el rostro de Daisy hizo que sus ojos resplandecieran entre las sombras. Matthew asintió levemente con la cabeza y

salió de la habitación antes de que le resultara imposible hacerlo.

13

Matthew enseguida descubrió que viajar a Bristol con lord Westcliff era algo muy distinto a moverse solo por la ciudad portuaria. Él había planeado alojarse en una pensión situada en el centro de Bristol, pero como viajaba con Westcliff, se alojaron en la residencia de una familia adinerada que se dedicaba a la construcción naval. Según supo Matthew, muchas familias prósperas de la zona los habían invitado a hospedarse en sus casas, pues todas ansiaban agasajar al conde con todos los medios a su alcance.

Todos eran amigos de Westcliff o deseaban serlo. Tal era el poder que emanaba de un antiguo nombre aristocrático. Aunque, para ser justos, el entusiasmo que despertaba Westcliff se debía a algo más que a su nombre o su título. Westcliff era conocido por sus ideas políticas progresistas, por no hablar de su habilidad como hombre de negocios y ambos aspectos eran muy valorados en Bristol.

La ciudad de Bristol, a la que sólo Londres aventajaba en volumen de negocios, vivía un periodo de crecimiento galopante. Conforme las zonas comerciales se expandían, los muros de la vieja ciudad se derrumbaban, las estrechas carreteras se ampliaban y nuevas calles aparecían casi a diario. Y, lo que todavía era más importante, una red ferroviaria que conectaba la estación de Temple Mead con el puerto acababa de ser construida. Como resultado de todos aquellos adelantos, Bristol constituía el mejor lugar de Europa para establecer una fábrica.

Matthew reconoció a regañadientes ante Westcliff que su presencia había facilitado mucho los acuerdos y las negociaciones. El nombre de Westcliff no

sólo abría puertas, sino que los demás se sentían inclinados a ofrecerle toda suerte de ventajas. Matthew también reconoció, en su fuero interno, que tenía mucho que aprender del conde, quien era una autoridad en negocios y sabía mucho de procesos de fabricación.

Por ejemplo, cuando en cierta ocasión hablaron de la producción de locomotoras, el conde no sólo estaba familiarizado con los principios del diseño y la ingeniería de las máquinas, sino que conocía el nombre de doce tipos distintos de pernos de los que se utilizaban en los novedosos trenes de vía ancha.

Matthew, sin ningún tipo de modestia, consideraba que no conocía a ningún hombre que pudiera competir con su habilidad para comprender y memorizar cantidades ingentes de datos técnicos. Hasta que conoció a Westcliff. Este hecho les permitía mantener conversaciones interesantes, al menos para ellos. Los demás empezaban a bostezar pasados cinco minutos.

Marcus, por su parte, había emprendido aquel viaje de una semana a Bristol por dos razones. La oficial era conseguir ciertos objetivos de negocios y la no oficial era decidir qué hacer con Matthew Swift.

A Marcus no le había resultado fácil dejar a Lillian. Había descubierto que el nacimiento de un hijo y su infancia eran circunstancias totalmente comunes cuando les ocurrían a las demás personas, pero que eran extremadamente importantes cuando implicaban a su mujer y a su hija. Todo lo relacionado con su hija lo fascinaba: sus hábitos de sueño, sus despertares, su primer baño, la forma en que agitaba los dedos de los pies, contemplarla mientras mamaba del pecho de Lillian...

Aunque no era insólito que una dama de la alta sociedad diera de mamar a su hijo, resultaba mucho más habitual que contratara a una nodriza. Sin embargo, Lillian cambió de opinión respecto a este tema en cuanto Merritt nació.

—Me quiere a mí —explicó Lillian a Marcus.

Él no se atrevió a señalar que el bebé no podía tener una opinión formada sobre aquella cuestión y que, lo más probable, era que se sintiera igual de feliz siendo amamantada por una nodriza.

El temor de Marcus a que su esposa padeciera la fiebre puerperal disminuyó día a día a medida que Lillian volvía a ser ella misma: esbelta,

saludable y vigorosa. Marcus se sintió sumamente aliviado. Nunca había experimentado un amor tan abrumador por nadie, ni nunca imaginó que Lillian se convertiría, con tanta rapidez, en un requisito indispensable para su propia felicidad. Marcus haría todo lo que estuviera en su mano por Lillian. Y, como Lillian estaba tan preocupada por su hermana, Marcus había decidido formarse una opinión definitiva acerca de Matthew Swift.

Durante las reuniones que celebraron con representantes de la compañía Great Western de ferrocarriles, el comodoro del puerto, varios concejales y los directivos de distintas empresas, a Marcus le impresionó la forma en que Swift se desenvolvía en aquellos ambientes. Hasta entonces, Marcus sólo había visto a Swift relacionarse con los acaudalados invitados en Stony Cross, pero durante el viaje a Bristol enseguida se dio cuenta de que Swift se relacionaba con soltura con personas muy distintas, desde ancianos aristócratas hasta jóvenes y corpulentos trabajadores del puerto. En cuanto a las negociaciones, Swift era agresivo sin resultar inapropiado. Swift era calmado, serio y prudente, pero también poseía un sentido del humor irónico que utilizaba con destreza.

Marcus distinguió la influencia de Thomas Bowman en la tenacidad y la insistencia con que Swift defendía sus opiniones. Sin embargo, a diferencia de Bowman, Swift poseía una presencia y una seguridad naturales que atraían, de una forma instintiva, a los demás. En opinión de Marcus, Swift saldría adelante en Bristol. Esa ciudad era un buen lugar para un joven ambicioso y ofrecía tantas oportunidades como Londres, si no más.

En cuanto a si Matthew Swift encajaba con Daisy... En fin, esa decisión era más difícil de tomar. Marcus se resistía a realizar valoraciones en relación con estos temas, pues la experiencia le había demostrado que su opinión no era infalible. Su oposición inicial al matrimonio de Annabelle con Simon Hunt constituía un ejemplo en este sentido. Sin embargo, tenía que realizar una valoración. Daisy se merecía un marido que se portara bien con ella.

Cuando finalizó una de las reuniones que mantuvieron con los representantes de la compañía ferroviaria, Marcus y Swift pasearon por Corn Street y deambularon por un mercado de frutas y verduras. La calle había sido embaldosada recientemente para evitar que los viandantes se ensuciaran con el barro y los vertidos que se echaban en el suelo. La calle estaba

flanqueada por tiendas en las que se vendían libros, artículos de perfumería y objetos de cristal fabricados con la arenisca local.

Marcus y Swift entraron en una taberna para tomar algo. El local estaba atiborrado de todo tipo de clientes, desde ricos comerciantes a trabajadores de los astilleros de la zona.

Marcus se sintió cómodo en la escandalosa atmósfera de la taberna y se llevó a los labios una jarra de cerveza negra de Bristol. La cerveza estaba fría y se deslizó por su garganta dejando un regusto suave y amargo en su boca.

Mientras Marcus valoraba distintas maneras de sacar a colación el tema de Daisy, Swift lo sorprendió con una petición franca y directa.

—Milord, desearía comentarle cierta cuestión.

Marcus adoptó una actitud alentadora.

—Adelante.

—La señorita Bowman y yo hemos llegado a un... acuerdo. Tras considerar las lógicas ventajas que implicaría para ambos, he tomado una decisión sensata y pragmática respecto a...

—¿Cuánto tiempo hace que está enamorado de ella? —lo interrumpió Marcus mientras reía para sus adentros.

Swift exhaló un suspiro tenso.

—Años —admitió. Matthew deslizó los dedos por su cabello corto y espeso y lo dejó todo alborotado—. Pero no sabía que se trataba de amor hasta hace poco.

—¿Mi cuñada lo corresponde?

—Creo que... —Swift se interrumpió y bebió un trago largo de cerveza. Se lo veía joven y atribulado—. No lo sé —admitió—. Espero que con el tiempo... ¡Demonios!

—En mi opinión, no le resultará difícil granjearse el cariño de Daisy —declaró Marcus en un tono de voz más amable del que tenía planeado utilizar—. Por lo que he podido observar, constituirá un buen trato para ambas partes.

Swift lo miró con una sonrisa triste.

—¿No cree que estaría mucho mejor con un caballero que viviera en el campo y recitara poesías?

—Eso constituiría un verdadero desastre. Daisy no necesita un marido tan

soñador como ella.

Marcus alargó el brazo hacia la fuente de madera con comida que había entre ellos, cortó un pedazo de queso Wensleydale y lo introdujo entre dos rebanadas gruesas de pan. A continuación, observó a Swift de una forma especulativa mientras se preguntaba por qué se lo veía tan tenso. La mayoría de los hombres se mostrarían mucho más entusiasmados que él ante la idea de casarse con la mujer que amaban.

—Bowman estará muy complacido —indicó Marcus mientras observaba con atención la reacción de Swift.

—Complacerlo nunca ha influido en mi decisión. Cualquier implicación en sentido contrario constituye una infravaloración grave de lo que la señorita Bowman puede ofrecer.

—No es preciso que salga en su defensa —replicó Marcus—. Daisy es una granujilla preciosa, por no mencionar lo encantadora que es. Si tuviera algo más de confianza en ella misma y fuera un poco menos susceptible, a estas alturas ya habría aprendido a atraer al sexo contrario con facilidad. Pero debo manifestar, en su favor, que Daisy no tiene temperamento para jugar con el amor. Y pocos hombres tienen la inteligencia necesaria para apreciar la sinceridad en una mujer.

—Yo la aprecio —declaró Swift de una forma cortante.

—Eso parece. —Marcus reflexionó acerca del dilema en el que se encontraba Swift y sintió una oleada de simpatía hacia él. Como hombre sensato y con una loable aversión hacia el melodrama, a Swift debía de resultarle más que violento ser víctima de las flechas de Cupido—. Aunque no me ha pedido mi apoyo respecto a la boda —continuó Marcus—, puede contar con él.

—¿Aunque *lady* Westcliff esté en contra?

La mención del nombre de su esposa hizo que la añoranza punzara el pecho de Marcus. La añoraba incluso más de lo que había esperado.

—*Lady* Westcliff —contestó con sequedad— aceptará el hecho de que, muy de vez en cuando, las cosas no resulten como ella desea. Y si con el tiempo usted demuestra ser un buen marido para Daisy, mi esposa cambiará de opinión. Lillian es una mujer justa.

Swift continuó mostrando una expresión preocupada.

—Milord...

Swift agarró el asa de su jarra de cerveza con fuerza y la miró con fijeza.

Marcus percibió la sombra que cruzó el rostro del joven y dejó de masticar. Su instinto le indicaba que algo iba muy mal. «¡Maldición! —pensó Marcus—. ¿Es que nada relacionado con los Bowman puede ser sencillo?»

—¿Qué opinaría usted de un hombre que ha construido su vida sobre una mentira..., aunque esta vida valga más la pena que lo que nunca habría conseguido en su vida original?

Marcus volvió a masticar, tragó con dificultad y se tomó su tiempo para beber una buena cantidad de cerveza.

—¿Pero todo gira alrededor de una falsedad? —preguntó por fin.

—Sí.

—¿Ese hombre ha privado a alguien de algo que le era legítimo? ¿O ha causado daños físicos o emocionales a alguien?

—No —respondió Swift mientras lo miraba a los ojos—. Aunque sí está envuelto en ciertos problemas legales.

Al oír aquello, Marcus se sintió mucho mejor. Según su experiencia, ni siquiera los mejores hombres podían evitar tener problemas legales de uno u otro tipo de vez en cuando. Quizá Swift, víctima de un engaño, se había visto complicado en algún negocio cuestionable o había cometido una indiscreción de juventud que podía resultar embarazosa si salía a la luz después de todos aquellos años.

Como es lógico, Marcus no juzgaba las cuestiones de honor a la ligera y a nadie le gustaba saber que un posible futuro cuñado había tenido problemas legales en el pasado. Por otro lado, Swift parecía un hombre de buen carácter y comportamiento correcto y Marcus había descubierto muchas cosas en él que le gustaban.

—Me temo que tendré que mantener en reserva mi apoyo a la boda hasta que conozca los detalles de su situación —declaró Marcus con prudencia—. ¿Puede usted contarme algo más en relación con esta cuestión?

Swift negó con la cabeza.

—Lo siento. Ojalá pudiera.

—¿Y si le doy mi palabra de que no revelaré su secreto?

—No —susurró Swift—. Lo siento de nuevo.

Marcus suspiró de una forma ostentosa y se reclinó en su asiento.

—Por desgracia, no puedo solucionar, ni tan solo mitigar, un problema si no tengo ni idea acerca de los pormenores de dicho problema. Por otro lado, creo que las personas nos merecemos una segunda oportunidad y prefiero juzgar a un hombre por aquello en lo que se ha convertido en lugar de por lo que fue. Dicho esto, quiero que me dé su palabra acerca de algo.

Swift levantó la mirada con una expresión de cautela en sus ojos azules.

—¿Sí, milord?

—Quiero que se lo cuente todo a Daisy antes de casarse con ella. Quiero que le cuente su problema con todo detalle y que le permita decidir si quiere continuar o no con los planes de matrimonio. Quiero que no la convierta en su esposa sin haberle contado antes la completa y pura verdad.

Swift ni siquiera parpadeó.

—Tiene usted mi palabra.

—¡Bien!

Marcus hizo una seña a la doncella de la taberna para que se acercara a la mesa.

Después de aquella conversación, necesitaba algo mucho más fuerte que una cerveza.

14

Como Westcliff y Matthew Swift estaban en Bristol, la finca estaba extrañamente tranquila. Lillian y Daisy se sintieron muy aliviadas al saber que Westcliff había organizado que sus padres realizaran una excursión a Stratford-on-Avon con una familia vecina. Allí, disfrutarían de una semana de banquetes, representaciones teatrales, conferencias y eventos musicales, los cuales formaban parte de la celebración del doscientos ochenta aniversario del nacimiento de Shakespeare. Sin embargo, cómo había conseguido Westcliff que el matrimonio Bowman asistiera a aquel evento constituía un misterio para Daisy.

—A nuestros padres, Shakespeare no les interesa en absoluto —comentó maravillada Daisy a Lillian poco después de que el carruaje que transportaba a sus padres hubiera salido—. Y no me puedo creer que nuestro padre haya preferido ir al festival en lugar de ir a Bristol.

—Westcliff estaba decidido a que nuestro padre no los acompañara —respondió Lillian con una sonrisa de medio lado.

—¿Por qué no? Después de todo, se trata del negocio de nuestro padre —dijo Daisy.

—Sí, pero cuando hay que negociar, nuestro padre es demasiado brusco para la forma de ser de los británicos y hace que resulte difícil llegar a un acuerdo, y Westcliff puso tanto empeño en la preparación del viaje a Stratford que nuestro padre no encontró la forma de negarse. Además, después de que de una forma aparentemente casual Westcliff informara a nuestra madre acerca de todas las familias nobles que conocería en el festival,

nuestro padre perdió toda oportunidad.

—Creo que Westcliff y el señor Swift realizarán un buen trabajo en Bristol —comentó Daisy.

Lillian enseguida se puso en guardia.

—Sin duda.

Daisy se dio cuenta de que, sin el efecto amortiguador de sus amigas, Lillian y ella hablaban de una forma excesivamente cuidadosa. Y esto no le gustaba. Las dos hermanas siempre habían actuado con libertad y franqueza la una con la otra. Pero ahora parecía que tenían que evitar ciertos temas, era como si trataran de ignorar a un elefante que estuviera en medio de una habitación. A toda una manada de elefantes, en realidad.

Lillian no le preguntó a Daisy si se había acostado con Matthew. De hecho, Lillian parecía no sentir el menor interés en hablar de Matthew. Y tampoco le preguntó a Daisy por qué la incipiente relación con lord Llandrindon se había evaporado o por qué ella no había decidido regresar a Londres para el final de la temporada.

Daisy tampoco estaba interesada en abordar ninguno de estos temas. A pesar de las promesas que Matthew le había hecho antes de irse, Daisy se sentía inquieta e impaciente y lo último que quería era discutir con su hermana.

En consecuencia, ambas hermanas se centraron en Merritt y se turnaron para cogerla en brazos, vestirla y bañarla como si fuera una muñequita. Aunque en la finca había dos niñeras, Lillian se mostraba reacia a dejar a Merritt en sus manos. La simple verdad era que disfrutaba estando con su hija.

Antes de irse, Mercedes les advirtió que estaban acostumbrando al bebé a estar mucho tiempo en brazos.

—La estropearás —dijo Mercedes a Lillian—, y entonces todos tendremos que sostenerla continuamente en brazos.

Lillian le contestó que había brazos de sobra en Stony Cross Manor y que sostendrían a Merritt en brazos tanto como el bebé quisiera.

—Quiero que su infancia sea distinta a la nuestra —explicó Lillian a Daisy más tarde mientras empujaban el cochecito del bebé por el jardín—. Uno de los pocos recuerdos que conservo de nuestros padres es cuando

nuestra madre se arreglaba para salir por la noche o cuando entraba en el estudio de nuestro padre para contarle nuestra última travesura. Y, a continuación, nos castigaba.

—¿Recuerdas cómo nos gritaba nuestra madre cuando patinábamos por las aceras y chocábamos contra los viandantes? —preguntó Daisy con una sonrisa.

Lillian se echó a reír. Dijo:

—Salvo cuando chocábamos contra los Astor, entonces le parecía bien.

—¿O cuando los gemelos plantaron un huerto y nosotras desenterramos las patatas antes de que maduraran? —recordó Daisy.

—O cuando pescábamos o cogíamos cangrejos en Long Island...

—O cuando jugábamos al béisbol...

Aquella tarde llena de recuerdos produjo en ambas hermanas un gran bienestar.

—Quién habría adivinado que tú acabarías casada con un noble inglés y que yo sería una... —Daisy titubeó—, una solterona.

—¡No seas tonta! —contestó Lillian con calma—. Es evidente que tú no eres una solterona.

Aquello fue lo más cerca que estuvieron de hablar acerca de la relación de Daisy con Matthew Swift. Sin embargo, Daisy se dio cuenta de que Lillian se mostraba más reservada de lo habitual y llegó a la conclusión de que su hermana quería evitar un distanciamiento entre ellas. Y si para esto tenía que aceptar a Matthew Swift en la familia, Lillian haría lo posible para tolerarlo. Daisy sabía lo difícil que le resultaba a su hermana no expresar sus opiniones y sintió deseos de abrazarla. Sin embargo, en lugar de abrazarla, cogió el asa del cochecito.

—Me toca empujar a mí —declaró Daisy.

Las dos hermanas continuaron paseando y Daisy retomó la enumeración de sus recuerdos.

—¿Recuerdas cuando volteamos la barca en el estanque?

—Sí, con la gobernanta dentro —añadió Lillian, y ambas sonrieron.

Los Bowman fueron los primeros en regresar el sábado. Como era de

esperar, el festival de Shakespeare había constituido una absoluta tortura para Thomas.

—¿Dónde está Swift? —preguntó nada más entrar en la casa—. ¿Dónde está Westcliff? Quiero un informe de las negociaciones.

—Todavía no han regresado —contestó Lillian cuando salió a recibir a sus padres al vestíbulo. Lanzó a su padre una mirada levemente mordaz—. ¿No vas a preguntarme cómo me encuentro, padre? ¿No quieres saber cómo está la niña?

—Ya veo, con mis propios ojos, que tú estás bien —replicó Bowman—. Y deduzco que el bebé está bien, si no ya me habrías informado de que algo le pasa. ¿Cuándo se espera que Swift y Westcliff estén de vuelta?

Lillian miró hacia el techo.

—En cualquier momento.

Transcurridas unas horas, se hizo evidente que los viajeros se habían encontrado con algún contratiempo, seguramente alguno de los que solían dificultar los desplazamientos por carretera en primavera. El clima resultaba impredecible y, en general, las carreteras necesitaban arreglo, por lo tanto, no era extraño que los carruajes sufrieran desperfectos y los caballos lesiones, como torceduras o inflamación de los corvejones.

Como el anochecer se aproximaba y no había señales de Westcliff y Matthew, Lillian declaró que era mejor que cenaran antes de que el cocinero sufriera un ataque de nervios.

La cena fue un acto discreto al que sólo asistieron los Bowman y dos familias locales, una de ellas la formada por el vicario y su esposa. A mitad de la cena, el mayordomo le susurró algo a Lillian. Ella sonrió y mientras informaba a los comensales de que Westcliff había llegado y que se uniría a ellos en cuanto pudiera, sus mejillas adquirieron color y sus ojos brillaron.

Daisy mantuvo una expresión calmada, como si llevara una máscara pegada al rostro. Sin embargo, debajo de la superficie, una profusión de expectativas bombeaba por sus venas. Daisy se dio cuenta de que los cubiertos temblaban de una forma evidente en sus manos, de modo que los dejó sobre el plato y apoyó las manos en su regazo. Escuchó sólo a medias la conversación que tenía lugar en la mesa. La otra mitad de su mente estaba clavada en la puerta.

Cuando, después de lavarse y cambiarse de ropa, por fin, los dos hombres entraron en el comedor, el corazón de Daisy palpitaba tan deprisa que sólo podía respirar de una forma superficial.

Matthew miró a los comensales en conjunto y se inclinó para saludarlos, como había hecho Westcliff. A los dos se los veía compuestos y arreglados. Se diría que habían estado ausentes siete minutos, en lugar de siete días.

Antes de sentarse en su lugar, en la cabecera de la mesa, Westcliff se dirigió hacia donde estaba Lillian. El conde no era propenso a realizar demostraciones públicas de afecto y todos, incluida Lillian, se quedaron sorprendidos cuando él cogió el rostro de su esposa entre las manos y la besó en la boca. Lillian se sonrojó y le indicó que el vicario estaba allí, por lo que Westcliff se echó a reír.

Matthew, por su parte, se sentó en el lugar vacío que había al lado de Daisy.

—Señorita Bowman —saludó con voz suave.

Daisy no consiguió pronunciar ninguna palabra, levantó la vista hacia los ojos sonrientes de Matthew y sintió como si un chorro de cálidas emociones brotara de su interior. Daisy tuvo que apartar la mirada antes de realizar una locura. Sin embargo, sus sentidos permanecieron muy conscientes de la cercanía del cuerpo de Matthew.

Westcliff y Matthew entretuvieron al grupo con el relato de cómo su carruaje había quedado atrapado en el lodo. Por suerte, un granjero que pasaba por allí con un carro tirado por un buey los ayudó, pero en el proceso de desatascar el carruaje todos quedaron cubiertos de barro de los pies a la cabeza. Además, por lo visto, el incidente había dejado al buey de muy mal humor. Cuando terminaron de contar la historia, todos los comensales reían divertidos.

La conversación derivó hacia el tema del festival de Shakespeare y Thomas Bowman explicó la visita que habían realizado a Stratford-on-Avon. Matthew formuló una o dos preguntas y pareció muy interesado en la conversación.

De repente, Daisy se sobresaltó al notar que él colocaba la mano en su regazo. Los dedos de Matthew se cerraron sobre los de ella y le dieron un suave apretón. Mientras tanto, Matthew seguía participando en la

conversación y charlaba y sonreía con soltura. Daisy cogió la copa de vino con su mano libre y la llevó a sus labios. Después de beber un par de sorbos, casi se atragantó al notar que Matthew jugueteaba con sus dedos. Las sensaciones que habían permanecido adormecidas durante una semana, se despertaron con vivacidad.

Sin mirar a Daisy, Matthew deslizó algo en su dedo anular, más allá del nudillo, hasta que encajó en la base del dedo. Matthew volvió a dejar la mano de Daisy en su regazo, pues un sirviente se acercó para rellenar sus copas de vino.

Daisy contempló su mano y parpadeó al ver en su dedo un anillo con un zafiro amarillo rodeado de pequeños diamantes redondos. Parecía una flor de pétalos blancos. Daisy cerró la mano con fuerza e inclinó el rostro para ocultar un rubor de placer.

—¿Te gusta? —susurró Matthew.

—¡Oh, sí!

Aquella fue toda la conversación que mantuvieron durante la cena. Lo cual no era de extrañar, pues, aunque tenían muchas cosas que decirse, todas eran extremadamente íntimas. Daisy se preparó para soportar el largo ritual de la tertulia posterior a la cena mientras tomaban té y oporto, y se sintió muy complacida cuando todos, incluso su padre, manifestaron su deseo de retirarse temprano. El anciano vicario y su esposa declararon que regresaban a su domicilio y el grupo se dispersó con naturalidad.

Matthew salió del comedor con Daisy y murmuró en su oído:

—¿Esta noche tendré que escalar la pared exterior de la casa o dejarás la puerta de tu dormitorio abierta?

—La puerta estará abierta —contestó Daisy de una forma concisa.

—¡Gracias a Dios!

Más o menos una hora más tarde, Matthew abrió con cautela la puerta del dormitorio de Daisy y entró. Una lámpara situada en la mesita de noche iluminaba la estancia y la llama de la vela bailaba al compás de la brisa que entraba por el balcón.

Daisy estaba sentada en la cama y leía. Tenía el cabello recogido en una trenza que le caía por encima del hombro. Vestida con un recatado camisón blanco plisado en la zona del pecho, Daisy parecía tan pura e inocente que

Matthew se sintió ligeramente culpable por acercarse a ella mientras unas oleadas de deseo estremecían su cuerpo. Sin embargo, cuando Daisy levantó la mirada del libro, sus ojos oscuros atrajeron a Matthew de una forma irresistible.

Daisy dejó el libro a un lado. La luz de la lámpara iluminaba su perfil. Su piel tenía el aspecto fresco y perfecto del marfil pulido y Matthew deseó calentársela con las manos.

Daisy sonrió, como si pudiera leer los pensamientos de Matthew. Apartó las sábanas que la cubrían y el zafiro amarillo brilló en su dedo. A Matthew le sorprendió su propia reacción al ver el anillo, pues sintió un ramalazo de posesividad primitiva. Con lentitud, Matthew obedeció la invitación de Daisy y se acercó a la cama.

Matthew se sentó en el borde del colchón. Sus nervios temblaban mientras ella recogía el vuelo desparramado de su camisón. Daisy se deslizó sobre el regazo de Matthew con la agilidad de un gato. El aroma dulce de su piel femenina llenó las fosas nasales de Matthew mientras ella se sentaba encima de sus muslos. Daisy le rodeó el cuello con los brazos y susurró con voz grave:

—Te he echado de menos.

Las manos de Matthew recorrieron el contorno del cuerpo de Daisy, sus suaves curvas, su estrecha cintura, su trasero firme con forma de corazón... Pero, aunque los encantos físicos de Daisy lo hechizaban, su naturaleza cálida y su inteligencia despierta lo hechizaban todavía más.

—Yo también te he echado de menos.

Los dedos de Daisy jugaron con el cabello de Matthew y aquel contacto suave envió descargas de placer desde la base del cráneo de Matthew hasta su coronilla.

La voz de Daisy adoptó un tono provocativo.

—¿Has conocido a muchas mujeres en Bristol? Westcliff ha mencionado algo acerca de una cena y una fiesta organizadas por vuestros anfitriones.

—Yo no vi a ninguna mujer. —A Matthew le costaba pensar debido a los exquisitos estremecimientos de placer que recorrían su cuerpo—. Tú eres la única mujer a la que he querido en toda mi vida.

Daisy frotó la punta de su nariz contra la de él en un suave jugueteo.

—Sin embargo, en el pasado sí que conociste a otras mujeres.

—Así es —admitió Matthew mientras cerraba los ojos y disfrutaba de la caricia del aliento de Daisy en su piel—. Sin embargo, desear que la mujer que está entre tus brazos sea otra, proporciona una sensación intensa de soledad. Poco antes de salir de Nueva York, me di cuenta de que todas las mujeres con las que había estado en los últimos siete años se parecían a ti de una u otra forma. Una tenía tus ojos, otra tus manos, o tu cabello. Creí que me pasaría el resto de la vida buscando sustitutas de tu persona. Creí que...

Daisy aplastó su boca contra la de él y acalló su franca confesión. Entreabrió los labios y Matthew no necesitó ninguna otra invitación para besarla. Introdujo la lengua en la boca de Daisy poco a poco hasta que la llenó por completo. El suave contorno de los pechos de Daisy rozó el pecho de Matthew con cada inhalación.

Matthew la tumbó en la cama, cogió el borde inferior de su camisón y lo deslizó hacia arriba. Ella lo ayudó y se contorsionó levemente para quitárselo por la cabeza. El movimiento del cuerpo de Daisy hizo que la sangre de Matthew ardiera en sus venas. Daisy estaba desnuda, tumbada junto a él, con el rubor de su piel iluminado por la luz de la lámpara y los brazos extendidos con timidez a lo largo de su cuerpo. Matthew se emborrachó con la visión de su cuerpo mientras se quitaba la ropa.

Después, Matthew se echó al lado de Daisy y dedicó toda su atención a liberarla de su timidez. Le acarició los hombros, la garganta, la delicada piel que cubría su clavícula. De un modo gradual, el calor de su piel se transfirió a la de ella y la carne de Daisy pareció encenderse con las pacientes caricias de Matthew. Daisy jadeó y adaptó su cuerpo flexible al de Matthew mientras él amortiguaba sus sonidos con su boca y le susurraba que los ventanales estaban abiertos y que debía mantenerse en silencio.

Matthew deslizó con calma sus labios hasta los pechos de Daisy y acarició sus suaves pezones con la boca hasta que éstos se pusieron en tensión. Matthew oyó los sonidos contenidos que realizaba Daisy, sonrió y realizó círculos con la lengua alrededor de sus pezones. Jugueteeó con sus pechos hasta que Daisy se tapó la boca con la mano mientras jadeaba.

Al final, Daisy se giró y exhaló un gemido atormentado contra la almohada.

—No puedo permanecer callada —susurró temblorosa.

Matthew rió con suavidad y la besó en la espalda.

—Pues yo no pienso parar —murmuró él mientras le daba la vuelta de nuevo—. Y piensa en todos los problemas que tendremos si nos descubren.

—¡Matthew, por favor...!

—No hables.

Matthew deslizó sin restricciones la boca por el cuerpo de Daisy y la besó y la mordisqueó con suavidad hasta que ella se retorció de placer. De vez en cuando, Daisy se daba la vuelta y clavaba los dedos en el colchón, como si fueran las garras de un gato. En todas estas ocasiones, él volvía a tumbarla sobre la espalda y, entre promesas susurrantes y palabras cariñosas, la hacía callar con sus besos mientras sus dedos jugueteaban con delicadeza y satisfacían y calmaban su hinchada carne. Cuando todo el cuerpo de Daisy estuvo en tensión y su piel brilló empapada en sudor, Matthew se colocó entre sus temblorosos muslos.

Daisy notó cómo el duro miembro de Matthew se deslizaba con suavidad en su interior y gimió y todo su cuerpo se encendió mientras él buscaba el ritmo adecuado para los dos. Matthew supo que lo había encontrado cuando Daisy dobló las rodillas de una forma instintiva y le rodeó las caderas con las piernas.

—Sí, sujétame... —susurró Matthew mientras la penetraba una y otra vez y la musculatura interior de Daisy palpitaba con fuerza.

Matthew nunca había experimentado un éxtasis como aquél e introdujo su miembro en la deliciosa tirantez del interior de Daisy penetrándola cada vez más hondo, mientras el cuerpo de ella se agitaba de una forma instintiva contra el de él. Matthew la siguió en todos sus movimientos y le dio lo que ella necesitaba en cada momento mientras los dos permanecían concentrados en el placer que Daisy experimentaba.

Daisy volvió a taparse la boca y abrió mucho los ojos. Matthew le cogió la muñeca, apartó la mano de Daisy y separó sus labios con su boca mientras le introducía con fuerza la lengua en la boca. Los violentos estremecimientos de Daisy llevaron a Matthew al clímax y él contuvo un gemido grave que brotó de su pecho mientras su cuerpo experimentaba fuertes y desgarradoras sacudidas.

Cuando las últimas convulsiones desaparecieron, el sopor más profundo que nunca había experimentado se apoderó de Matthew. Sólo la idea de que podía aplastar a Daisy consiguió que se dejara caer a un lado. Daisy emitió un sonido de consternación y se acercó a él en busca de la calidez de su cuerpo. Matthew colocó el brazo por debajo de la cabeza de Daisy y, de algún modo, consiguió agarrar la arrugada sábana y tapar sus cuerpos.

La tentación de quedarse dormido era abrumadora, pero Matthew no se lo permitió, pues no estaba seguro de poder despertarse antes de que la doncella entrara en la habitación por la mañana para encender la chimenea. Matthew se sentía completamente satisfecho y el efecto que experimentaba al sentir el pequeño cuerpo de Daisy apretujado contra el de él constituía una tentación difícil de resistir.

—Tengo que irme —susurró Matthew junto al cabello de Daisy.

—No, quédate. —Daisy volvió el rostro hacia Matthew y rozó con sus labios su pecho desnudo—. ¡Quédate toda la noche! ¡Quédate para siempre!

Él sonrió y la besó en la sien.

—Me quedaría, pero creo que tu familia se ofendería al saber que te he corrompido antes de la boda.

—Yo no siento que me hayas corrompido —dijo Daisy con seriedad.

—Pues yo sí que me siento corrompido —declaró él.

Daisy sonrió.

—Entonces será mejor que me case contigo. —Daisy deslizó su pequeña mano por el cuerpo de Matthew mientras lo exploraba de una forma indecisa—. Resulta irónico, pero ésta será la primera vez que hago algo que complacerá a mi padre.

Matthew exhaló un suspiro de comprensión y apretó todavía más el cuerpo de Daisy contra el de él. Matthew conocía bien al padre de Daisy y estaba familiarizado con sus ataques de mal genio, con su egoísmo y con sus exigencias imposibles de satisfacer. Sin embargo, también comprendía todo lo que Bowman había tenido que pasar y los sacrificios que había tenido que hacer para construir una gran fortuna a partir de la nada. Bowman había rechazado todo lo que se había interpuesto en su camino para lograr sus objetivos, incluida la proximidad de su esposa y de sus hijos.

Por primera vez en su vida, Matthew pensó que Bowman y su familia se

beneficiarían con la presencia de un mediador que facilitara la comunicación entre ellos. Si él podía ejercer esta función, encontraría la manera de llevarla a cabo.

—Tú eres lo mejor que tu padre ha hecho —susurró Matthew junto a la cabeza de Daisy—. Algún día él se dará cuenta de esta realidad.

Matthew notó que los labios de Daisy esbozaban una sonrisa junto a su piel.

—Lo dudo, pero resulta agradable oírtelo decir. La verdad es que no tienes por qué preocuparte en este sentido, pues ya hace tiempo que acepté su forma de ser.

Una vez más, sorprendió a Matthew la magnitud de los sentimientos que Daisy le inspiraba y lo embargó un deseo ilimitado de hacerla feliz.

—Sea lo que sea lo que necesites o lo que quieras, yo lo conseguiré para ti. Sólo tienes que pedírmelo.

Daisy se desperezó y un estremecimiento de placer recorrió sus extremidades. A continuación, deslizó los dedos por la suave textura de los labios de Matthew.

—Quiero saber qué deseo formulaste cuando lanzaste la moneda de cinco dólares al pozo.

—¿Eso es todo? —Matthew sonrió mientras sentía el suave contacto de los dedos de Daisy en sus labios—. Deseé que encontraras a alguien que te quisiera tanto como yo. Aunque sabía que mi deseo no se convertiría en realidad.

Daisy levantó la cabeza para mirarlo y la luz de la lámpara se extendió por sus delicadas facciones.

—¿Por qué no?

—Porque sabía que nadie podía quererte tanto como yo te quiero.

Daisy se tumbó encima de Matthew y su cabello cayó a ambos lados de sus cuerpos como una cortina.

—¿Y cuál fue tu deseo? —preguntó Matthew mientras deslizaba los dedos por el cabello resplandeciente de Daisy.

—Deseé encontrar al hombre perfecto para mí. —Su tierna sonrisa detuvo los latidos del corazón de Matthew—. Entonces apareciste tú.

15

Tras un sueño insólito por lo largo, Matthew se atrevió a bajar a la planta baja. Los sirvientes estaban ocupados limpiando los suelos de piedra, la madera y las alfombras. Otros, sacaban brillo a las lámparas, reemplazaban las velas gastadas por otras nuevas y pulían las piezas de metal.

Matthew entró en el comedor y una criada le ofreció llevarle una bandeja con el desayuno a la terraza posterior. Como el día prometía ser muy agradable, Matthew aceptó sin dilación.

Se sentó frente a una de las mesas de la terraza y contempló los saltos de una liebre por el bien cuidado jardín.

Su ensimismamiento fue interrumpido por el ruido de las puertas que se abrían. Matthew levantó la vista y, en lugar de la criada con la bandeja del desayuno, vio la nada grata figura de Lillian Bowman. Gruñó interiormente y enseguida se dio cuenta de que Westcliff le había contado lo de su compromiso con Daisy.

Sin embargo, por lo visto el conde había ejercido una influencia suavizadora en su esposa. No es que a Lillian se la viera feliz, claro, pero Matthew consideró una señal positiva que no se acercara a él con una hacha en la mano.

Todavía no...

Lillian le indicó con un gesto que no se levantara, pero él lo hizo de todos modos.

La expresión de Lillian era seria y declaró con frialdad:

—No es necesario que me mire como si fuera una plaga de Egipto. De

vez en cuando, soy capaz de mantener una conversación civilizada. ¿Puedo hablar con usted?

Lillian se sentó antes de que él pudiera acercarle la silla.

Matthew la observó con preocupación, se sentó y esperó a que Lillian hablara. A pesar de la tensión que se percibía en el aire, Matthew casi sonrió cuando se dio cuenta de que había visto la misma expresión de Lillian en el rostro de Thomas Bowman en múltiples ocasiones. Lillian estaba decidida a que las cosas se desarrollaran a su manera, aunque también era consciente de que si se ponía a proferir gritos se sentiría satisfecha pero no lograría nada.

—Usted y yo somos conscientes de que, aunque no puedo evitar que se celebre esta inoportuna boda, puedo conseguir que el proceso resulte desagradable para todos. Sobre todo para usted —declaró Lillian con una calma forzada.

—En efecto, soy consciente de esa posibilidad —respondió Matthew sin ningún asomo de sarcasmo en la voz.

Pensara lo que pensara de Lillian, Matthew sabía que el amor que ella sentía por Daisy era intachable.

—Entonces quiero dejar a un lado las sutilezas y mantener con usted una conversación de hombre a hombre —declaró Lillian.

Matthew reprimió una sonrisa.

—Estupendo —respondió él con el mismo tono formal que había empleado Lillian—. Me parece bien.

Matthew pensó que Lillian podía llegar a caerle bien. Al menos, uno siempre sabía a qué atenerse con ella.

—La única razón por la que estoy dispuesta a tolerar la idea de tenerlo como cuñado —continuó Lillian— es que mi esposo parece tener un buen concepto de usted y yo me siento inclinada a tener en cuenta su opinión. Aunque debo decir que mi esposo no es infalible.

—Es la primera vez que oigo un comentario semejante referido al conde.

—Sí, bueno... —Lillian sorprendió a Matthew y esbozó una sonrisa—. Ésta es la razón por la que Westcliff decidió casarse conmigo. El hecho de que yo lo contemple como un simple mortal constituye un alivio para él después de los halagos incesantes de los que es objeto. —Los ojos oscuros y redondos de Lillian, que eran menos exóticos que los de Daisy, se

encontraron con la inquisitiva mirada de Matthew—. Westcliff me ha pedido que intente ser imparcial, pero no me resulta fácil serlo cuando el futuro de mi hermana está en juego.

—*Milady*, si puedo ofrecerle alguna garantía que apacigüe sus inquietudes... —declaró Matthew de todo corazón.

—No, espere. Primero quiero contarle lo que pienso de usted.

Matthew guardó silencio con consideración.

—Usted siempre ha personificado lo peor de mi padre —declaró Lillian—. Su frialdad, su ambición, su egoísmo... Pero usted es peor, porque sabe disimularlo mucho mejor que él. Usted es como habría sido mi padre si hubiera tenido un aspecto atractivo y cierta sofisticación. Creo que, en cierto sentido, al conseguirlo a usted, Daisy debe de sentir que por fin se ha granjeado el afecto de mi padre. —Lillian frunció el ceño y continuó—: Mi hermana siempre se ha sentido inclinada a amar a los seres que son difíciles de querer, como los descarriados y los inadaptados. Y, cuando ama a alguien, no importa cuántas veces esa persona la traicione o la decepcione, ella siempre la acogerá con los brazos abiertos. Pero usted valorará tan poco como mi padre esta característica de Daisy. Usted tomará lo que quiere y le ofrecerá muy poco a cambio. Y, cuando de una forma inevitable, la haga sufrir, yo seré la primera de una larga fila de personas que estarán esperando para acabar con usted. Y, cuando yo haya terminado, no quedará nada para los que esperan detrás de mí.

—¡Bien por la imparcialidad! —exclamó Matthew, quien respetaba la brutal sinceridad de Lillian, a pesar de que sus palabras lo herían—. ¿Puedo responder con la misma franqueza que usted ha empleado?

—No deseo otra cosa —dijo Lillian con sequedad.

—*Milady*, usted no me conoce tanto como para saber hasta qué punto soy o no igual que su padre. Ser ambicioso no es ningún crimen, sobre todo cuando uno ha empezado desde cero. Y no soy frío, sino de Boston, lo cual significa que no soy dado a mostrar en público mis emociones. Y, en relación con el egoísmo, usted no puede saber si he hecho o no cosas por otras personas y, en caso afirmativo, cuánto he hecho. En cualquier caso, no tengo la menor intención de enumerarle mis buenas acciones para conseguir su aprobación. —Matthew la miró con frialdad—. Sea cual sea su opinión, la

boda se celebrará porque Daisy y yo así lo queremos, de modo que no tengo por qué mentirle a usted. Podría decirle que Daisy me importa un comino y, aun así, casarme con ella, pero la verdad es que estoy enamorado de Daisy. Y hace mucho tiempo que lo estoy.

—¿Hace años que está enamorado en secreto de mi hermana? —preguntó Lillian con escepticismo—. ¡Qué conveniente!

—Al principio, yo no lo consideraba amor, lo único que sabía era que experimentaba un sentimiento continuo y abrasador de preferencia hacia ella.

—¿Preferencia? —Durante unos instantes pareció que Lillian se ponía furiosa, pero, de repente, sorprendió a Matthew y se echó a reír—. ¡Dios mío, no cabe duda de que usted es de Boston!

—Lo crea usted o no, yo nunca habría escogido sentir lo que siento por Daisy —masculló Matthew—. Para mí habría sido mucho más conveniente amar a otra mujer. ¡Dios sabe que merezco que se me reconozca el mérito de estar dispuesto a aceptar a los Bowman como familia política!

—En esto tiene usted razón. —Lillian sonrió y apoyó la barbilla en una mano mientras contemplaba a Matthew con fijeza. De repente, su voz adquirió un sutil tono inquisitivo que hizo que el vello de la nuca de Matthew se erizara—. Considero muy extraño que un Swift de Boston utilice la expresión «empezar desde cero». ¿Me he equivocado al creer, durante todos estos años, que procedía usted de un linaje acomodado?

¡Maldición, Lillian en verdad era una mujer inteligente! Matthew se dio cuenta de que había cometido un error, pero contestó con voz calmada:

—La rama principal de los Swift es adinerada, pero yo soy uno de los proverbiales primos pobres, por esto me he visto obligado a aprender una profesión.

Lillian arqueó un poco las cejas.

—¿Y la rama adinerada de los Swift habría permitido que sus primos menos afortunados vivieran en una pobreza total, como usted dice?

—Debo reconocer que he exagerado un poco —declaró Matthew—, pero estoy convencido de que esta diferencia de matiz no la preocupará hasta el grado de perder de vista el hilo principal de nuestra charla.

—Creo que he entendido su punto de vista, señor Swift. —Lillian se puso de pie, con lo que obligó a Matthew a levantarse—. Una cosa más. ¿Cree

usted que Daisy sería feliz si la obligara a vivir en Nueva York?

—No —respondió Matthew con voz tranquila mientras advertía un destello de sorpresa en los ojos de Lillian—. Es evidente que usted y sus amigas son esenciales para su felicidad.

—¿Entonces usted... estaría dispuesto a establecer su domicilio aquí? ¿Aunque mi padre se opusiera?

—Si esto es lo que Daisy quiere, sí. —Matthew intentó contener una ráfaga repentina de irritación, con resultados limitados—. Yo no tengo miedo del genio de su padre, *milady*, y tampoco soy la marioneta de nadie. El hecho de que trabaje para él no significa que haya renunciado a mi libre albedrío y al dominio de mi mente. Yo soy perfectamente capaz de encontrar un trabajo bien remunerado en Inglaterra, tanto en las empresas Bowman como fuera de ellas.

—Señor Swift, no sabe lo tentador que me resulta creer en usted —declaró Lillian con sinceridad.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Matthew.

—Supongo que significa que intentaré ser más amable con usted.

—¿A partir de cuándo? —contestó él.

Lillian sonrió de medio lado.

—Quizás a partir de la semana que viene.

—Ansío que llegue ese momento —masculló Matthew. Y se sentó mientras ella se alejaba.

Como era de esperar, Mercedes Bowman recibió la noticia del compromiso de Daisy con Matthew Swift con escaso entusiasmo. Como había conseguido casar tan bien a su hija mayor, había esperado lograr lo mismo con Daisy. A Mercedes le importaba poco que Matthew Swift consiguiera una fortuna cuando la compañía extendiera su negocio a aquel país. Y todavía le importaba menos que Daisy hubiera encontrado un hombre que parecía comprender e incluso disfrutar con sus excentricidades.

—¿A quién le importa que sea bueno haciendo dinero? —se quejó Mercedes a sus hijas mientras charlaban en el salón Marsden—. En Manhattan había montones de hombres emprendedores que poseían grandes

fortunas. Si vinimos aquí fue para encontrar un caballero que tuviera algo más. ¡Ojalá hubieras sido capaz de atraer a un hombre refinado y de buena cuna, Daisy!

Lillian, quien estaba amamantando a su hija, replicó en tono sarcástico:

—Mamá, aunque Daisy se casara con el gran duque de Luxemburgo, no cambiaría el hecho de que los Bowman somos de origen plebeyo y que la abuela, Dios la tenga en su gloria, fuera una lavandera que trabajaba en la zona de los muelles. Tu preocupación por la nobleza resulta un poco exagerada, ¿no crees? Dejemos este asunto a un lado y alegrémonos por Daisy.

Mercedes hinchó los carrillos con indignación, con lo cual su estrecha cara pareció un fuelle a punto de soltar el aire.

—A ti el señor Swift te gusta tan poco como a mí —replicó Mercedes.

—Es cierto —respondió Lillian con franqueza—, pero aunque me cuesta admitirlo, esto nos convierte en una minoría. Por lo visto, todos los habitantes del hemisferio norte aprecian a Swift, incluido Westcliff, sus amigos, mis amigas, los sirvientes, los vecinos...

—Exageras.

—... los niños, los animales y los vegetales de orden superior —terminó Lillian con sarcasmo—. Y si los vegetales de raíz comestible pudieran hablar, estoy convencida de que declararían que a ellos también les cae bien Swift.

Daisy, quien estaba sentada junto a la ventana con un libro, levantó la vista y sonrió con amplitud.

—Su encanto no alcanza a las aves de corral —explicó Daisy mientras sonreía con burla—. Matthew tiene un problema con los gansos. Gracias por ser tan complaciente, Lillian, pensaba que montarías un escándalo a causa del compromiso.

Lillian suspiró con aire compungido.

—He aceptado el hecho de que me resultaría más fácil empujar un guisante con la nariz desde aquí hasta Londres que oponerme a este matrimonio. Además, podré verte más si vives en Bristol que si te trasladaras a Thurso con lord Llandrindon.

La mención de aquel nombre casi hizo llorar a Mercedes.

—¡Me contó que en Thurso se pueden realizar unos paseos maravillosos!

—declaró con voz lastimera—. ¡Ah, y la historia de los vikingos! ¡Me habría gustado tanto aprender cosas de los vikingos!

Lillian soltó un resoplido y preguntó a su madre:

—¿Desde cuándo te interesan los paganos belicosos con sombreros ridículos?

Daisy volvió a levantar la vista de la lectura.

—¿Estáis hablando otra vez de la abuela?

Mercedes lanzó a sus hijas una mirada iracunda. Dijo:

—Por lo visto no tengo más opción que aceptar este matrimonio con dignidad. Al menos tengo el consuelo de que, en esta ocasión, podré planificar una boda adecuada.

Mercedes nunca había perdonado del todo a Lillian y a Marcus que contrataran los servicios de Gretna Green, con lo cual la privaron del placer de organizar una de las grandes fiestas con las que siempre había soñado.

Lillian sonrió con disimulo en dirección a Daisy.

—No te envidio, cariño.

—No resultará agradable —advirtió Daisy a Matthew aquella misma tarde mientras estaban sentados sobre la hierba que bordeaba la represa de un molino en el extremo occidental del pueblo—. Toda la ceremonia estará pensada para que el mundo entero conozca a los Bowman.

—¿Sólo a los Bowman? —preguntó Matthew—. Creí que yo también formaba parte de la ceremonia.

—¡Bueno, el novio es la parte más significativa de todo el proceso! —exclamó ella con buen humor.

Daisy había pretendido divertir a Matthew con su comentario, pero la sonrisa de Matthew no llegó a reflejarse en sus ojos. Matthew miró hacia la presa del molino con expresión distante.

El molino de piedra, con su rueda hidráulica de casi cuatro metros de diámetro, había sido abandonado hacía tiempo por otro más efectivo que estaba más hacia el centro de Stony Cross. Con su precioso tejado escalonado a dos aguas y sus paredes forradas de madera hasta media altura, el molino ofrecía un aspecto encantador que se veía realzado por el entorno rústico en

el que se encontraba.

Matthew lanzó un anzuelo con cebo en la presa con una flexión experta de la muñeca mientras Daisy balanceaba los pies en el interior del agua. De vez en cuando, el movimiento de los dedos de sus pies atraía a los peces de la presa.

Daisy observó a Matthew, quien parecía absorto en alguna cuestión problemática. Su perfil era pronunciado y característico, su nariz, recta y prominente, incluía unos labios bien perfilados y su mandíbula era angulosa y perfecta. Daisy disfrutó de la vista que le ofrecía su aspecto desaliñado, con la camisa salpicada de agua, los pantalones con alguna que otra hoja seca pegada, el cabello despeinado y aquellos mechones que le caían sobre la frente.

Había una dualidad fascinante en Matthew que Daisy no había encontrado en ningún otro hombre. En determinados momentos era el hombre de negocios agresivo, inflexible y de ojos penetrantes que recitaba de un tirón hechos y datos.

En otros momentos, era un amante tierno y comprensivo que se despojaba de su cinismo como de un viejo abrigo y entablaba conversaciones amenas con ella acerca de cuestiones como qué cultura antigua había desarrollado la mitología más interesante o cuál era la verdura preferida de Thomas Jefferson. (Aunque Daisy estaba convencida de que eran los guisantes, Matthew había defendido de manera convincente que eran los tomates.)

Juntos mantenían largas conversaciones acerca de temas relacionados con la historia o la política progresista. Para ser un descendiente de una antigua familia de Nueva Inglaterra, Matthew estaba muy concienciado respecto a las cuestiones reformistas. En general, los hombres de negocios estaban tan concentrados en ascender la escala social que se olvidaban de aquellos que se habían quedado en los escalafones inferiores. Daisy pensó que el hecho de que Matthew se preocupara de corazón por los que eran menos afortunados que él hablaba a favor de su forma de ser.

Durante sus charlas, habían empezado a elaborar planes provisionales para el futuro. Tendrían que buscar una casa en Bristol que fuera grande para poder recibir visitas. Matthew insistió en que tuviera vistas al mar, una biblioteca para los libros de Daisy y, añadió con voz grave, un muro alto para

que pudiera hacerle el amor en el jardín sin que los viera nadie.

Dueña de su propia casa... Daisy nunca había pensado en aquella posibilidad y la idea de organizar las cosas exactamente como ella quería y tener una casa que se ajustara a sus preferencias personales le parecía muy atractiva.

Sin embargo, en la comunicación con Matthew siempre faltaba algo. Aunque Matthew quería compartir con ella muchas ideas y pensamientos, muchos otros resultaban inaccesibles para Daisy. En ocasiones, hablar con Matthew era como pasear tranquilamente por un camino serpenteante junto a paisajes muy interesantes para acabar, de una forma súbita, contra un muro de piedra.

Cuando Daisy insistía en que Matthew le hablara de su pasado, él sólo hacía vagas referencias a Massachusetts y a que había crecido cerca del río Charles, pero retenía con obstinación cualquier información acerca de su familia. Hasta entonces, incluso se había negado a explicar qué miembros de la familia Swift acudirían a la ceremonia matrimonial. Aunque, como era lógico, alguien tenía que asistir por su parte.

Se diría que Matthew no existía antes de los veinte años, que era cuando empezó a trabajar con el padre de Daisy. Ella ansiaba derribar el sólido muro que la separaba de sus secretos. Resultaba enloquecedor sentir, de una forma continua, que estaba a punto de realizar un descubrimiento. Pero éste siempre se le escapaba. Su relación con Matthew parecía la materialización de aquella teoría hegeliana en la que algo estaba siempre en camino de convertirse en otra cosa sin llegar nunca a completarse el proceso.

Daisy volvió a llevar sus pensamientos al momento en el que se encontraba y decidió captar la atención de Matthew.

—Claro que —declaró de una forma casual— tampoco tenemos por qué celebrar una boda corriente. Podríamos realizar la típica ceremonia de la compra de la novia. Tú le regalas una vaca a mi padre y asunto terminado. O podríamos realizar el ritual de atar nuestras manos con una cinta. ¡Ah, y también está la antigua práctica griega en la que yo me rapo la cabeza, ofrezco mi sacrificio a Artemisa y después me baño en un arroyo sagrado!

De repente, Daisy se encontró tumbada con la espalda contra el suelo y el cielo parcialmente oculto por el cuerpo de Matthew. Daisy soltó una risa

ahogada al darse cuenta de la velocidad a la que Matthew había echado a un lado el aparejo de pesca y se había lanzado sobre ella. Los ojos azules de Matthew brillaban con picardía.

—Podría tomar en consideración la entrega de la vaca o la atadura de las manos, pero me niego a casarme con una novia sin pelo.

Daisy disfrutó al sentir cómo el peso de Matthew la aplastaba contra la hierba esponjosa y al percibir el olor de la tierra y de las plantas a su alrededor.

—¿Y qué me dices del ritual del baño? —preguntó ella.

—Ese ritual puedes hacerlo. De hecho... —los largos dedos de Matthew se dirigieron a la hilera de botones que había en la parte delantera del vestido de Daisy—, creo que deberías ir practicándolo. Te ayudaré.

Daisy se revolvió y gritó mientras él empezaba a quitarle el vestido.

—¡Esto no es un arroyo sagrado, sino una presa de molino vieja y lodosa!

Sin embargo, Matthew continuó en su empeño y se rió de los esfuerzos de Daisy mientras le bajaba el vestido hasta la cintura. Aquella mañana, Daisy, desafiando las normas del decoro y debido a la cálida temperatura ambiental, la cual era inusual en esa época del año, no se había puesto el corsé. Daisy empujó con fuerza el sólido y duro pecho de Matthew y él, sin ofrecer resistencia, rodó por el suelo mientras arrastraba consigo a Daisy. El mundo giró alrededor de ambos y el cielo blanco y azul se volvió borroso. Al final, Daisy se encontró a sí misma sentada encima de Matthew mientras él le subía la camisa hasta la cabeza.

—¡Matthew...! —protestó ella con la voz ahogada por el tejido de lino.

Matthew le quitó la camisa por completo y la tiró a un lado. A continuación, colocó las manos por debajo de los brazos de Daisy y la levantó en vilo. La respiración de Matthew se aceleró mientras contemplaba los pechos de punta rosada de Daisy.

—¡Bájame! —ordenó ella ruborizada al verse expuesta a la mirada de Matthew.

Aunque había hecho el amor con él en dos ocasiones, todavía era demasiado inexperta para sentirse cómoda haciéndolo al aire libre.

Matthew la obedeció y la acercó a su cabeza hasta que uno de sus pezones quedó en el interior de la boca de él.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No es esto lo que yo...! ¡Oh!

Matthew le chupó ambos pechos de una forma alternativa y los lamió y jugueteó con ellos utilizando la lengua y los dientes. Tras detenerse para quitarle el resto de la ropa, Matthew la besó en la boca con pasión. Daisy tiró de la camisa de Matthew con dedos torpes debido a la excitación que sentía.

Matthew bajó las manos para ayudarla, se quitó la camisa por la cabeza y acercó con suavidad el desnudo pecho de Daisy al de él. La cálida fricción de la piel de Matthew en la de ella envió todos los pensamientos coherentes de Daisy más allá de su alcance. Daisy rodeó el cuello de Matthew con los brazos y aplastó su boca contra la de él con pasión y ansiedad.

Al sentir la risa ahogada de Matthew en sus labios, Daisy abrió los ojos.

—Ten un poco de paciencia, cariño —susurró él—. Estoy intentando ir despacio.

—¿Por qué? —preguntó Daisy con labios calientes y sensibles.

Daisy mojó con la punta de la lengua el punto medio de su labio inferior y Matthew bajó los párpados mientras seguía con la mirada el leve movimiento de su lengua.

—Porque así experimentarás más placer —declaró con voz áspera.

—No necesito más placer —declaró Daisy—. Esto es todo lo que mis sentidos pueden absorber.

Matthew rió con suavidad, apoyó su fuerte mano en la mejilla de Daisy y la acercó a él. Apoyó la punta de la lengua en la ligera hendidura situada en la mitad del labio inferior de Daisy y la dejó allí durante unos instantes ardientes mientras Daisy jadeaba. Matthew la besó con sensualidad mientras su lengua acariciaba y exploraba el interior de la boca de Daisy.

Poco a poco, Matthew apoyó a Daisy en el suelo, encima de su camisa. La fina tela conservaba el aroma seductor de la piel de Matthew y Daisy se deleitó con aquel olor familiar y masculino y cerró los párpados para proteger sus ojos del resplandor del sol. Matthew había desabotonado la parte superior de sus pantalones y el tejido rozó las sensibles piernas de Daisy. Ella se excitó al sentir su cuerpo desnudo contra el cuerpo medio vestido de Matthew y separó las piernas mientras él se colocaba entre sus muslos.

—Quiero formar parte de ti —susurró él—. Quiero estar siempre contigo.

—¡Sí, sí...!

Daisy quiso retenerlo y lo sujetó con sus flexibles extremidades.

Matthew la penetró poco a poco y el dolor que Daisy había experimentado en las ocasiones anteriores se convirtió en placer mientras sentía la exquisita presión interior que ejercía el miembro de Matthew al llenarla. Matthew introdujo su miembro en Daisy de una forma gradual y paciente mientras resistía los esfuerzos que ella realizaba para que él se diera prisa. Daisy se retorció y luchó para que él entrara más mientras jadeaba y gemía debido a la excitación y el esfuerzo. Matthew la cogió por las caderas y la obligó a estarse quieta.

—Tranquila... —Matthew habló con picardía y con voz suave—. Ten un poco de paciencia.

Ella lo necesitaba completo y en aquel mismo instante. El cuerpo de Daisy vibraba y sus nervios rebosaban de sensaciones.

—Por favor... —El ansia que Daisy experimentaba por sentir la presión de Matthew en su interior casi le impedía articular palabras—. No puedo quedarme quieta mientras tú...

—Sí, sí que puedes.

Matthew permaneció inmóvil en el interior de Daisy mientras sus manos exploraban su cuerpo con habilidad. Daisy se contorsionaba sin descanso debajo de él mientras su deseo aumentaba con cada caricia y la boca voluptuosa de Matthew absorbía sus gemidos. Con cada desplazamiento del miembro de Matthew, la excitación que Daisy experimentaba aumentaba y su cuerpo se arqueaba y se elevaba hacia el de él.

Matthew cedió a sus deseos con una risa ahogada y asumió el control del ritmo mientras le daba largas caricias. El cuerpo de Matthew calentó al de Daisy invadiéndola y proporcionándole placer sin descanso.

—No hay ninguna prisa, Daisy —declaró él con voz ronca y densa—. No tenemos por qué correr... ¡Sí, así, cariño...! ¡Sí!

Matthew dejó caer la cabeza sobre el hombro de Daisy y su aliento acarició la piel de ella. Los músculos de sus brazos se hincharon y Matthew hundió los dedos en el suelo a ambos lados de Daisy, como si quisiera amarrarlos a ambos a la tierra.

Daisy se sintió como una criatura salvaje inmovilizada contra el suelo por el ritmo primario de las caderas de Matthew. El cuerpo de Daisy formó un

arco tenso mientras toda su carne buscaba la de él. Sus sentidos se centraron en la vibrante satisfacción que empezaba donde sus cuerpos se unían y que se expandía hasta la punta de los dedos de sus extremidades.

Matthew alcanzó su propio clímax mientras su cuerpo temblaba en el estrecho círculo formado por los brazos de Daisy. Apoyó la cabeza en el pecho de Daisy cubriéndolo con su aliento y la corriente de placer que experimentaba se extendió por su cuerpo desde el lugar en el que ella estaba más íntimamente unida a él.

Daisy sabía que Matthew la amaba. Lo notaba en todos los latidos del corazón de él, que palpitaba junto al de ella. Matthew lo había admitido delante de Westcliff y de Lillian, pero, por alguna razón, no se lo había dicho a ella de una forma directa.

Para Daisy, el amor no era una emoción que debía alcanzarse de una forma gradual. Ella quería sumergirse en aquella emoción con todo su ser, con confianza y honestidad, cosas para las que, por lo visto, Matthew todavía no estaba preparado.

Sin embargo, se prometió a sí misma, algún día no habría barreras entre ellos. Algún día...

16

El festival de primero de mayo de Stony Cross se había celebrado durante siglos. Al principio, constituía un acto pagano con el que se celebraba el final del invierno y el regreso de la fertilidad de la tierra. Con el tiempo, había evolucionado hasta convertirse en una fiesta de tres días de duración que incluía juegos, banquetes, bailes y cualquier otra juerga imaginable.

La burguesía local, los granjeros y gente de la ciudad se mezclaban sin reparos durante el festival a pesar de las protestas del clero y de otras personas de talante conservador para quienes el festival no era más que una excusa para satisfacer los apetitos de la carne y emborracharse en público. Lillian explicó a Daisy con picardía que, por lo visto, cuanto más enérgicas eran las quejas acerca de los pecados que se cometían el primero de mayo, más personas asistían al festival.

La plaza oval del pueblo estaba iluminada con antorchas. Un poco más lejos, una hoguera enorme enviaba columnas gigantescas de humo al cielo cubierto de nubes. El cielo había estado nublado durante todo el día. El aire estaba cargado de humedad y contenía la promesa de una tormenta que amenazaba con estallar en cualquier momento. Afortunadamente, de momento los dioses paganos retenían la tormenta y las celebraciones tenían lugar como estaba planeado.

Daisy y Matthew deambularon entre los tenderetes de madera que se habían levantado a lo largo de la calle principal y en los que se vendían telas, juguetes, sombreros de señora, joyas de plata y cristalería. Daisy estaba decidida a ver y hacer tanto como le fuera posible en poco tiempo, pues

Westcliff les había aconsejado con determinación que regresaran a la finca bastante antes de medianoche.

—Cuanto más tarde es, más desenfrenado se vuelve el jolgorio —declaró el conde de forma significativa—. Ocultas tras las máscaras y debido a la influencia del vino, las personas hacen cosas que nunca harían a la luz del día.

—¡Oh! ¿Qué importancia tiene un pequeño ritual de fertilidad aquí y allá? —se mofó Daisy con buen humor—. No soy tan inocente como...

—Volveremos temprano —tranquilizó Matthew al conde.

Pero conforme se abrían paso entre la notable multitud que llenaba el pueblo, Daisy comprendió lo que Westcliff había querido decir. Todavía era temprano y la abundancia de vino ya había desatado las inhibiciones de muchos. La gente se abrazaba, discutía, reía y jugaba. Algunas personas depositaban coronas florales a los pies de los viejos robles, vertían vino sobre sus raíces y...

—¡Santo cielo! —exclamó Daisy mientras una visión sorprendente atraía su atención a lo lejos—. ¿Qué le hacen a aquel pobre árbol?

Matthew le cogió la cabeza con las manos y se la giró en otra dirección.

—No mires.

—¿Es algún tipo de culto al árbol o...?

—¡Vayamos a ver a los acróbatas! —exclamó Matthew con un entusiasmo repentino mientras la conducía al otro lado de la plaza.

Pasearon con calma entre hombres que lanzaban llamaradas de fuego por la boca, prestidigitadores y acróbatas y se detuvieron para comprar un odre de vino joven. Daisy bebió con cuidado del odre, pero una gota resbaló por la comisura de sus labios. Matthew sonrió y se dispuso a sacar un pañuelo, pero pareció pensárselo mejor, agachó la cabeza y absorbió la gota de vino con un beso.

—Se supone que debes protegerme de la falta de decoro —declaró ella con una sonrisa—, pero en lugar de protegerme, me llevas por mal camino.

Matthew le limpió la cara con el dorso de la mano.

—Pues sí que me gustaría llevarte por el mal camino —murmuró él—. De hecho, me gustaría llevarte directamente a aquel bosque y... —Matthew pareció perder el hilo de su pensamiento mientras contemplaba los ojos

dulces y oscuros de Daisy—. Daisy Bowman —susurró Matthew—, desearía...

Daisy nunca supo cuál era su deseo, porque una muchedumbre pasó por su lado y la empujó contra el cuerpo de Matthew. Todos querían acercarse a ver a unos malabaristas que se lanzaban bolos y aros por el aire. A causa de los empujones, el odre de vino cayó bajo los pies de la muchedumbre. Matthew rodeó a Daisy con los brazos con actitud protectora.

—¡Se me ha caído el vino! —se lamentó Daisy.

—Mejor —Matthew acercó su boca a la oreja de Daisy y rozó el delicado borde exterior de ésta con los labios—. Podría haberseme subido a la cabeza y tú podrías haberte aprovechado de mí.

Daisy sonrió y se acurrucó contra su cuerpo fuerte mientras sus sentidos se deleitaban en la tranquilizadora calidez del abrazo.

—¿Tanto se me nota? —preguntó ella con voz apagada.

Matthew acarició con su boca la suave piel que había debajo del lóbulo de la oreja de Daisy. Dijo:

—Me temo que sí.

Matthew apretó a Daisy contra su costado y la condujo entre el gentío hasta que alcanzaron un espacio despejado al otro lado de los tenderetes. Le compró un cucurucho de castañas asadas, un conejito de mazapán, un sonajero de plata para la pequeña Merritt y una muñeca de trapo para la hija de Annabelle. Mientras recorrían la calle principal hacia el carruaje que los esperaba, Daisy se detuvo junto a una mujer que vestía ropas chillonas y llevaba puestas varias bufandas entretejidas con hilo metálico y diversas joyas confeccionadas con oro batido.

A Daisy, el rostro de aquella mujer le recordaba las muñecas de manzana que ella y Lillian hacían cuando eran pequeñas. Después de pelar las manzanas, grababan una cara en uno de los lados y las dejaban secar hasta que se convertían en cabezas marrones y arrugadas. A continuación, les ponían cuentas negras para simular unos ojos y mechones de lana cardada como cabello. Sí, aquella mujer tenía exactamente el mismo aspecto.

—¿Le leo el futuro a la señorita, caballero? —preguntó la mujer a Matthew.

Matthew miró a Daisy y levantó una ceja con sarcasmo. Daisy sonrió

pues sabía que él no tenía paciencia con los temas relacionados con el misticismo, las supersticiones ni nada que tuviera algo que ver con lo sobrenatural. Matthew era demasiado práctico para creer en cosas que no podían demostrarse mediante pruebas empíricas.

—Sólo porque tú no creas en la magia no significa que no exista — declaró Daisy en tono provocativo—. ¿No quieres echar una ojeada al futuro?

—Prefiero esperar hasta que llegue —fue la seca respuesta de Matthew.

—Sólo dos peniques, señor —insistió la adivina.

Matthew suspiró, cambió los paquetes de mano y hurgó en el bolsillo.

—Estos peniques estarían mejor empleados en las casetas para comprar una cinta para el cabello o un pedazo de fruta confitada —informó Matthew a Daisy.

—Para venir de alguien que lanzó una moneda de cinco dólares al pozo de los deseos... —recordó Daisy.

—Lo de la moneda no tuvo nada que ver con formular un deseo, sólo lo hice para atraer tu atención.

Daisy se echó a reír.

—Pues lo conseguiste. En cualquier caso... —Daisy lo miró de una forma significativa— tu deseo se convirtió en realidad, ¿no? —Daisy cogió las monedas y se las entregó a la adivina—. ¿Qué sistema de adivinación utiliza? —preguntó a la mujer en tono risueño—. ¿Tiene una bola de cristal? ¿Utiliza las cartas del tarot o lee la palma de la mano?

Como respuesta, la mujer cogió un espejo con reverso de plata que colgaba de su cintura y se lo entregó a Daisy.

—Contemple su reflejo —le indicó con solemnidad—. Él es la puerta al mundo de los espíritus. No deje de mirar. No aparte la vista.

Matthew suspiró y miró hacia el cielo.

Daisy contempló su expectante reflejo con obediencia y vio que la luz de una antorcha titilaba en el espejo sobre el reflejo de sus facciones.

—¿Usted también va a contemplar mi reflejo? —preguntó Daisy.

—No —respondió la adivina—. Sólo tengo que observar sus ojos.

Entonces se produjo un silencio. Algo más lejos, la gente cantaba canciones y los tambores sonaban. Daisy contempló sus propios ojos y vio pequeños destellos dorados que eran como chispas que saltaban de una

hoguera. Si se concentrara más y mirara su reflejo el tiempo suficiente, podría incluso medio convencerse de que el espejo era, de verdad, la entrada a un mundo mágico. Quizá se trataba de su imaginación, pero Daisy notó la intensidad de la concentración de la adivina.

De una forma brusca que sobresaltó a Daisy, la mujer le arrebató el espejo de las manos.

—No funciona —declaró la adivina de una forma lacónica—. No veo nada. Le devolveré el dinero.

—No es necesario —replicó Daisy desconcertada—. No es culpa de usted si mi espíritu no es transparente.

La voz de Matthew sonó tan seca que se podría haber encendido una cerilla en ella.

—Nos sentiríamos igual de bien si se inventara cualquier cosa —le dijo a la mujer.

—No puede inventarse algo —protestó Daisy—. Eso sería despreciar su don.

Daisy observó las facciones arrugadas de la adivina y le pareció que se sentía contrariada de verdad. Debía de haber visto o pensado algo que la había preocupado, lo cual, seguramente, era una buena señal para dejar las cosas como estaban. Sin embargo, si no averiguaba de qué se trataba, Daisy sabía que la curiosidad la volvería loca.

—No queremos que nos devuelva el dinero —declaró—, pero, por favor, tiene que contármelo. Si se trata de malas noticias podré superarlas mejor si las conozco de antemano, ¿no cree?

—No necesariamente —contestó la mujer con voz grave.

Daisy se acercó a ella y percibió un olor a higos dulces y a hierbas. ¿Laurel? ¿Albahaca?

—Quiero saberlo —insistió Daisy.

La adivina la miró largo rato en actitud reflexiva. Al final, declaró a regañadientes:

—Dulce es la noche en la que se entregó el corazón, pero amargo es el día. Promesa en abril, corazón roto en mayo.

¿Corazón roto? A Daisy no le gustó cómo sonaba aquello.

Matthew se acercó a ella por detrás y apoyó una mano en su cintura.

Aunque Daisy no le veía la expresión, sabía que era irónica.

—¿Cuatro peniques le inspirarían algo más optimista? —preguntó Matthew.

La adivina lo ignoró, colgó el espejo de su cintura y le indicó a Daisy:

—Prepare un amuleto con clavos envueltos en un pedazo de tela y que él lo lleve como protección.

—¿Protección frente a qué? —preguntó Daisy con ansia.

Pero la mujer ya se alejaba de ellos y se dirigía hacia la multitud en busca de más ingresos mientras su falda de vivos colores se balanceaba como los juncos a la orilla del río.

Daisy se volvió hacia Matthew y contempló su rostro inexpresivo.

—¿De qué podrías necesitar protección?

—Del clima —dijo él.

Matthew levantó la mano hacia el cielo y entonces Daisy se dio cuenta de que unas gotas gruesas y frías estaban cayendo sobre su cabeza y sus hombros.

—Tenías razón —declaró Daisy refiriéndose al mal augurio de la mujer —, tendría que haberme decidido por la fruta confitada.

—Daisy... —Matthew deslizó la mano que tenía libre hasta la nuca de Daisy—. No te habrás creído esa sarta de tonterías, ¿no? Esa vieja bruja se ha aprendido de memoria unos cuantos versos y recita algunos al azar a cambio de dos peniques. La única razón por la que nos ha ofrecido un mal presagio es porque yo no creía en la magia de su espejo.

—Sí, pero parecía consternada de verdad —dijo Daisy.

—No había nada de verdad en ella o en lo que ha dicho. —Matthew acercó a Daisy hacia él sin importarle si alguien los veía. Daisy miró a Matthew. Una gota de lluvia cayó en su mejilla y otra cerca de la comisura de sus labios—. Lo que nos ha pronosticado no es real —declaró Matthew. Sus ojos eran del color del cielo a medianoche. La besó con fuerza y pasión en medio de la calle, mientras los labios de ambos absorbían el sabor de la lluvia —. Pero esto sí que es real —susurró Matthew.

Daisy se apretó contra él y se puso de puntillas para que su cuerpo encajara con el firme contorno del de Matthew. Los regalos que habían comprado amenazaron con caer al suelo y Matthew se esforzó en sostenerlos

mientras su boca devoraba la de Daisy. Ella interrumpió el beso con una risa repentina. Un trueno hizo que la tierra vibrara debajo de sus pies.

Daisy percibió, en la periferia de su visión, que la multitud se dispersaba hacia el refugio que ofrecían las tiendas y los tenderetes.

—¡Te reto a una carrera hasta el carruaje! —exclamó Daisy mientras se levantaba ligeramente las faldas y salía corriendo a toda velocidad.

17

Cuando el carruaje llegó al final del sendero cubierto de grava caía una cortina de agua y el viento sacudía los costados del vehículo. Matthew pensó en los juerguistas del pueblo y dedujo, divertido, que muchas pasiones amorosas debían de estar enfriándose con aquel chaparrón.

El carruaje se detuvo. El techo retumbaba a causa del impacto de la lluvia incesante. Lo habitual era que un lacayo abriera la puerta del carruaje con un paraguas en la mano, aunque, en aquellos momentos, la intensidad de la tormenta le arrancaría aquel utensilio de las manos.

Matthew se quitó la chaqueta y se la puso a Daisy por encima de la cabeza. Aquella pieza de ropa no constituía una excelente protección, pero evitaría que se empapara durante el recorrido entre el carruaje y la entrada principal de la casa.

—¡Pero tú te empaparás! —protestó Daisy mientras daba una ojeada a Matthew, quien vestía con chaleco y mangas de camisa.

Él se echó a reír.

—¡Yo no estoy hecho de azúcar!

—¡Yo tampoco!

—Tú sí —murmuró él. Daisy se sonrojó y Matthew sonrió al ver su rostro entre las solapas de la chaqueta, como si se tratara de un mochuelo en su escondrijo del bosque—. Lleva tú la chaqueta. Sólo hay unos cuantos metros hasta la casa.

Se oyó un golpeteo en la puerta del carruaje y apareció un lacayo que luchaba a brazo partido con un paraguas. Un golpe de viento volvió el

utensilio del revés. Matthew saltó del carruaje y la intensa lluvia lo empapó de inmediato. Matthew tocó al lacayo en el hombro.

—¡Entre en la casa, yo ayudaré a la señorita Bowman! —gritó por encima del estruendo de la tormenta.

El lacayo asintió con la cabeza y regresó enseguida a la casa.

Matthew cogió a Daisy en brazos y la depositó con cuidado en el suelo. Juntos recorrieron el encharcado camino y subieron las escaleras de la entrada, y no se detuvieron hasta que cruzaron el umbral de la puerta.

La calidez y la luz del vestíbulo los envolvieron. La camisa empapada de Matthew se había pegado a su cuerpo y un ligero estremecimiento de placer recorrió su espalda cuando pensó en lo agradable que resultaría sentarse frente al calor de la chimenea.

—¡Oh, cielos! —exclamó Daisy mientras apartaba un mechón de pelo empapado de agua de la frente de Matthew—. ¡Estás chorreando!

Una sirvienta corrió hacia ellos con unas cuantas toallas secas dobladas sobre el brazo. Matthew asintió con la cabeza en señal de agradecimiento, se frotó el cabello con una de las toallas y se secó el rostro. A continuación, agachó la cabeza para que Daisy le arreglara el cabello con los dedos.

Matthew percibió que alguien se acercaba y miró por encima de su hombro. Westcliff acababa de entrar en el vestíbulo. La expresión de su rostro era seria, y había algo en sus ojos, una sombra de preocupación, que hizo que un escalofrío recorriera las venas de Matthew.

—Swift —declaró el conde con voz calmada—, esta tarde hemos recibido una visita inesperada. Los visitantes todavía no han revelado el propósito que los ha llevado a presentarse sin previo aviso. Sólo nos han comunicado que se trata de un asunto relacionado con usted.

El escalofrío que experimentaba Matthew se intensificó y tuvo la sensación de que unos cristales de hielo se clavaban en sus músculos y sus huesos.

—¿Quiénes son? —preguntó Matthew.

—Un tal señor Wendell Waring, de Boston, y dos agentes de Bow Street.

Matthew permaneció inmóvil y no mostró reacción alguna mientras asimilaba aquella información, aunque lo invadió una ola de desesperación.

¡Cielos! ¿Cómo lo había encontrado Waring allí, en Inglaterra?

¿Cómo...? Pero el cómo no importaba, ahora todo había terminado. Él le había robado todos aquellos años al destino, y ahora el destino venía a pasarle cuentas. El corazón le latió con fuerza y Matthew sintió deseos de echar a correr. Pero no había ningún lugar adonde escapar y, aunque lo hubiera, él estaba cansado de vivir con la amenaza de que aquel día llegara.

Matthew notó que Daisy deslizaba su mano en la de él, pero él no le devolvió el cálido apretón. Matthew miró con fijeza el rostro de Westcliff y, fuera lo que fuera lo que el conde percibió en su mirada, éste no pudo evitar exhalar un suspiro hondo.

—¡Maldita sea! —murmuró Westcliff—. Es malo, ¿no?

Matthew sólo pudo asentir una vez con la cabeza. A continuación, soltó la mano de Daisy. Ella no volvió a tocarlo. Su desconcierto era casi palpable.

Tras contemplar durante un largo rato a Matthew, Westcliff enderezó los hombros.

—Bueno —declaró con decisión—, entremos y resolvamos este asunto. Sea lo que sea, yo lo apoyaré a usted como amigo.

Una breve risa de incredulidad escapó de los labios de Matthew.

—¡Pero si ni siquiera sabe de qué se trata! —exclamó Matthew.

—Yo no hago promesas vanas. Venga. Están en el salón principal.

Matthew asintió, con la boca seca pero decidido. Le sorprendió averiguar que era capaz de actuar como si no estuviera ocurriendo nada, como si su mundo no estuviera a punto de saltar en pedazos. Tenía la impresión de que lo estaba observando todo desde fuera. El miedo nunca lo había hecho reaccionar de aquella manera. Claro que nunca había tenido tanto que perder.

Daisy y Westcliff lo precedieron, y ella levantó la cabeza mientras el conde le susurraba algo. Daisy asintió con rapidez y pareció sentirse reconfortada.

Matthew bajó la mirada hacia el suelo. En aquellos momentos, ver a Daisy le producía un dolor agudo en la garganta, como si le estuvieran clavando una aguja. Matthew deseó volver a sentirse aturdido e insensible, y por suerte así ocurrió.

Los tres entraron en el salón. Al ver a Thomas, Mercedes y Lillian, Matthew se sintió como debían de sentirse los condenados. Su mirada recorrió la habitación. Al mismo tiempo, una voz rugió:

—¡Ahí está! ¡Es él!

De repente, Matthew sintió un dolor intenso en la cabeza y las piernas le flaquearon como si se hubieran vuelto de mantequilla. La luz de la habitación se encogió como una estrella en implosión. La oscuridad se cernió sobre él, aunque su mente luchaba con debilidad y desconcierto por mantener la conciencia.

Matthew percibió, de una forma tenue, que estaba en el suelo y notó el roce áspero de la alfombra de lana en su mejilla. Un hilillo de líquido resbaló de su boca. Matthew tragó aquella sustancia salada. Un gemido vibraba en su garganta. Se concentró en el dolor y notó que procedía de la parte posterior de su cabeza. Lo habían golpeado con algo, con un objeto duro.

Unas chispas de luz cruzaron su visión mientras Matthew notaba que alguien tiraba de él de los brazos y hacia arriba. Se oyeron unas voces. Unos hombres hablaron a gritos y una mujer soltó un chillido. Matthew parpadeó para aclarar su visión, pero sus ojos no dejaban de lagrimear a causa del agudo dolor que sentía en la cabeza. De repente, un aro metálico y pesado aprisionó una de sus muñecas. Matthew se dio cuenta de que eran unas esposas y el espantoso y familiar contacto de éstas en su piel le produjo una profunda sensación de pánico.

De una forma gradual, las voces fueron haciéndose más y más reconocibles a través del zumbido de sus oídos. Matthew oyó la voz furibunda de Westcliff:

—¿Se atreve a entrar en mi casa y atacar a uno de mis invitados? ¿Sabe quién soy yo? ¡Quíteselas ahora mismo o me encargaré de que los tres se pudran en Newgate!

Y otra voz:

—¡No después de todos estos años! ¡No me arriesgaré a que se escape!

Quien había hablado era el señor Wendell Waring, el patriarca de una adinerada familia de Nueva Inglaterra. El segundo hombre que Matthew más despreciaba en el mundo, después de Harry, el hijo de Waring.

Era extraña la facilidad con que los sonidos o los olores lograban reavivar el pasado, por mucho que Matthew deseara olvidarlo.

—¿Y adónde exactamente cree usted que va a escapar? —preguntó Westcliff con acritud.

—Estoy autorizado a retener al fugitivo con el medio que yo elija. Usted no tiene derecho a protestar.

Decir que Westcliff no estaba acostumbrado a que le dijeran que no tenía derecho a hacer algo, sobre todo en su propia casa, sería quedarse muy corto. Y uno se quedaría igual de corto si dijera que Westcliff estaba furioso.

La violencia de la discusión superó la de la tormenta que rugía en el exterior, pero Matthew perdió el hilo de la misma cuando sintió un roce en el rostro. Se echó hacia atrás mientras oía la voz susurrante de Daisy:

—Tranquilo. No te muevas.

Daisy le secó la cara, los ojos y la boca con un pañuelo y le apartó el cabello hacia atrás. Matthew se sentó en una silla, apoyó las manos esposadas en el regazo y contempló a Daisy mientras reprimía un gemido de impotencia.

El rostro de Daisy estaba pálido, pero se la veía muy tranquila. La tensión había encendido sus mejillas y el color escarlata de éstas resaltaba en la palidez de su piel. Se arrodilló junto a la silla en la que Matthew estaba sentado para examinar las esposas que lo aprisionaban. Un aro de hierro con un cerrojo rodeaba una de sus muñecas y estaba unido a otro aro más grande que utilizaría el agente de la policía para llevárselo.

Matthew levantó la cabeza. En la habitación había dos fornidos agentes de la policía vestidos con el uniforme habitual de verano que consistía en unos pantalones blancos, una chaqueta negra con cola y cuello alto y un sombrero de copa dura. Los dos agentes estaban de pie y guardaban un sombrío silencio mientras Wendell Waring, Westcliff y Thomas Bowman discutían acaloradamente.

Daisy estaba manipulando la cerradura de las esposas. El corazón de Matthew dio un vuelco cuando se dio cuenta de que ella intentaba abrir la cerradura con una horquilla del pelo. La habilidad de las hermanas Bowman para abrir cerraduras era conocida y la habían desarrollado a lo largo de años de intentos frustrados, por parte de sus padres, de imponerles disciplina. Sin embargo, en aquel momento a Daisy le temblaban mucho las manos y no conseguía dominar aquella cerradura que, además, le era desconocida, y sus intentos por liberarlo eran inútiles.

Matthew deseó poder librar a Daisy de aquella situación tan desagradable,

de la miseria de su pasado, de él mismo.

—¡No! —exclamó Matthew en voz baja—. No vale la pena. Daisy, por favor...

—¡Eh, usted! —declaró uno de los agentes al ver el trajín en el que andaba Daisy—. ¡Aléjese del prisionero, señorita! —Al ver que ella lo ignoraba, el agente avanzó hacia Daisy con las manos medio levantadas—. ¡Señorita, le he dicho que...!

—¡No se atreva a tocarla! —soltó Lillian con una ferocidad que provocó un silencio momentáneo en la habitación.

Incluso Westcliff y Waring se callaron de repente.

Lillian lanzó una mirada iracunda al atónito agente y apartó con suavidad a Daisy.

—Antes de que den un solo paso hacia mí, les aconsejo que piensen en cómo repercutirá en sus carreras el hecho de que hayan maltratado a la condesa de Westcliff en su propia casa —amenazó Lillian a los agentes en tono punzante.

Lillian extrajo una horquilla de su propio cabello y ocupó el lugar de Daisy frente a Matthew. En cuestión de segundos, la cerradura se abrió y las esposas se soltaron de su muñeca.

Antes de que Matthew pudiera darle las gracias, Lillian se incorporó y continuó su diatriba contra los agentes:

—¡Menudo par están hechos ustedes! ¡Mira que aceptar órdenes de un norteamericano mal educado e insultar a quienes los han acogido y los han protegido de la tormenta! Está claro que son ustedes demasiado cortos de entendederas para saber todo el apoyo político y financiero que mi esposo ha conseguido para el nuevo cuerpo de policía. Mi marido sólo tendría que levantar un dedo para que el ministro del Interior y el magistrado jefe de Bow Street fueran retirados de sus cargos en cuestión de días. De modo que, si yo fuera ustedes...

—Disculpe, *milady*, pero no tenemos otra opción —protestó uno de los fornidos policías—. Nos han dado órdenes para que llevemos al señor Phaelan a Bow Street.

—¿Y quién demonios es el señor Phaelan? ¡Maldita sea! —soltó Lillian.

El agente, visiblemente sorprendido por la soltura con que la condesa

maldecía, aclaró mientras señalaba a Matthew:

—Ese hombre.

Matthew, al notar que todas las miradas estaban fijadas en él, adoptó una actitud inexpresiva.

Daisy fue la primera en moverse. Cogió las tintineantes esposas del regazo de Matthew y se dirigió a la puerta de la habitación, donde se había formado una pequeña congregación de sirvientes curiosos. Después de hablar con ellos brevemente, Daisy se sentó en una silla al lado de Matthew.

—¡Y pensar que creía que esta tarde me aburriría! —exclamó Lillian con sequedad mientras cogía una silla y se sentaba al otro lado de Matthew, como si ayudara a Daisy a defenderlo.

—¿Así es como te llamas, Matthew Phaelan? —preguntó Daisy a Matthew con dulzura.

Él no podía contestar, pues todos los músculos de su cuerpo se habían puesto en tensión al oír aquel nombre.

—¡Ése es su nombre! —chilló Wendell Waring.

Waring era uno de esos hombres desafortunados cuya voz aguda no encajaba con su porte altivo y majestuoso. Aparte de la voz, Waring era un hombre de apariencia y modales distinguidos, con una espesa mata de pelo plateado, unas patillas bien arregladas y una barba blanca y poblada. Se notaba a la legua que era del viejo Boston, con su ropa de confección anticuada, la chaqueta de *tweed* cara pero muy usada, y ese aire de confianza en sí mismo que sólo podía proceder de una familia que se vanagloriara de haber asistido a Harvard durante generaciones. Sus ojos eran como piedras de cuarzo, duros, claros y sin brillo.

Waring se acercó a Westcliff en un par de zancadas y agitó, con brusquedad, un montón de papeles frente a su rostro.

—¡He aquí la prueba de mi autoridad! —exclamó con malevolencia—. Aquí tiene una copia del requerimiento diplomático de arresto provisional refrendado por el secretario de Estado norteamericano. Una copia de la orden emitida por *sir* James Graham, el ministro del Interior británico, al magistrado jefe de Bow Street para que expida una orden de arresto contra Matthew Phaelan, alias Matthew Swift. Copias de declaraciones juradas que atestiguan que...

—Señor Waring —lo interrumpió Westcliff con una suavidad que para nada mitigaba la amenaza de su voz—, puede usted enterrarme aquí mismo con copias de cualquier cosa, desde peticiones de arresto a la Biblia Gutenberg, pero en ningún caso le entregaré a este hombre.

—¡No tiene usted elección! ¡Es un criminal convicto que debe ser extraditado a Norteamérica pese a quien pese!

—¿Que no tengo elección? —Los ojos oscuros de Westcliff se abrieron como platos y el rostro se le enrojeció—. ¡Por Dios que nadie había puesto a prueba mi paciencia como ahora! ¡La propiedad en la que usted se encuentra ha estado en posesión de mi familia durante cinco siglos, y en esta tierra y en esta casa yo soy la autoridad! Ahora, haga el favor de contarme, con tanta deferencia como sea usted capaz de mostrar, qué queja tiene contra este hombre.

Lord Westcliff enfurecido constituía una visión impresionante. Matthew dudaba que, ni siquiera Wendell Waring, quien era amigo de presidentes y hombres de influencia, se hubiera topado nunca con un hombre con una capacidad de mando tan natural. Los policías miraron con inquietud a los dos hombres.

Waring no miró a Matthew mientras hablaba, como si no pudiera tolerar la repulsión que le producía verlo.

—Todos ustedes conocen al hombre que está ahí sentado con el nombre de Matthew Swift. Este hombre ha engañado y traicionado a todas las personas con las que se ha cruzado en la vida. El mundo estará mucho mejor cuando lo hayamos exterminado, como a tantas otras alimañas. Ese día...

—Disculpe, caballero —lo interrumpió Daisy con una amabilidad que rozaba la burla—, pero, para empezar, yo preferiría oír la versión sin adornos. No tengo ningún interés en conocer su opinión acerca del carácter del señor Swift.

—Su apellido es Phaelan, no Swift —replicó Waring—. Y es hijo de un borracho irlandés. Su madre murió en el parto y a él lo llevaron al orfanato de Charles River. Yo tuve la desgracia de conocerlo cuando tenía once años, el día que lo compré para que fuera el compañero y ayuda de cámara de mi hijo Harry.

—¿Que usted lo compró? —repitió Daisy con voz agria—. No sabía que

los huérfanos podían comprarse y venderse.

—Entonces digamos que lo alquilé —contestó Waring mientras desviaba la vista hacia ella—. ¿Quién es usted, descarada señorita, que se atreve a interrumpir a sus mayores?

De repente, Thomas Bowman intervino en la discusión mientras su bigote temblaba a causa del enojo que experimentaba.

—¡Ella es mi hija! —bramó Bowman—. ¡Y puede hablar cuando quiera!

Sorprendida al oír que su padre la defendía, Daisy le sonrió brevemente y volvió a dirigir su atención a Waring.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó el señor Phaelan para usted? —preguntó Daisy de inmediato.

—Durante siete años. Él se ocupaba de mi hijo Harry mientras estudiaba en el internado, le hacía los recados, cuidaba sus efectos personales y venía a casa con él durante las vacaciones.

Waring dirigió la mirada hacia Matthew y un sentimiento inculpatario nubló sus ojos.

Ahora que su presa no podía escapar, parte de la furia que experimentaba se convirtió en sombría resolución. Waring parecía haber transportado una pesada carga durante demasiado tiempo. Continuó:

—Entonces no sabíamos que estábamos dando cobijo a una serpiente. Durante una de las vacaciones que Harry pasó en casa, desapareció una fortuna en dinero y joyas de la caja fuerte. Una de las joyas era un collar de diamantes que había pertenecido a los Waring durante un siglo. Mi bisabuelo se lo había comprado a la archiduquesa de Austria. El robo sólo lo podía haber realizado alguien de la familia o un sirviente de confianza que tuviera acceso a la llave de la caja fuerte. Todas las pruebas señalaban a una persona, a Matthew Phaelan.

Matthew permanecía sentado y en silencio. Calma en el exterior, caos en el interior. Matthew contuvo su agitación con un esfuerzo titánico, pues sabía que si la dejaba ir, no conseguiría nada bueno.

—¿Cómo sabe que la caja no la abrió un ladrón con una ganzúa? —oyó Matthew que Lillian preguntaba con frialdad.

—La caja llevaba incorporado un mecanismo de detección antirrobo —explicó Waring—, el cual interrumpe el proceso de apertura si alguien

manipula las clavijas con una ganzúa. Sólo podía abrirse con una llave reguladora o con la llave original. Y Phaelan sabía dónde guardábamos la llave. De vez en cuando, lo enviábamos a sacar dinero u objetos personales de la caja.

—¡Matthew no es un ladrón! —exclamó Daisy con brusquedad. Ella salió en defensa de Matthew antes de que él mismo pudiera defenderse—. ¡Él no es capaz de robar nada a nadie!

—Un jurado de doce hombres afirmó lo contrario —bramó Waring mientras su ira cobraba nuevo ímpetu—. Phaelan fue declarado culpable de robo y sentenciado a una pena de quince años en la prisión del Estado, pero escapó antes de que lo ingresaran en prisión y desapareció.

Matthew pensó que, tras oír aquello, Daisy se alejaría de él, pero le sorprendió ver que se levantaba y se ponía de pie a su lado. Matthew notó la leve presión de su mano en el hombro. Él no respondió a su gesto de una forma evidente, pero todos sus sentidos absorbieron con ansia el tacto de sus dedos.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó Matthew con voz áspera mientras realizaba un gran esfuerzo para mirar a Waring.

El tiempo había cambiado a aquel hombre de una forma sutil. Las arrugas de su rostro se habían acentuado un poco y sus huesos eran más prominentes.

—Contraté a varios hombres que llevan años buscándolo —respondió Waring con un deje desdeñoso y melodramático que incluso sus amigos bostonianos habrían considerado excesivo—. Sabía que no podía permanecer escondido para siempre. Descubrí que alguien había realizado una cuantiosa donación anónima al orfanato Charles River y sospeché que usted estaba detrás de aquello, pero me resultó imposible traspasar el muro de abogados y empresas falsas que había empleado como fachada. Entonces se me ocurrió que usted podía haber buscado al padre que lo había abandonado cuando era un bebé. Seguimos su pista y, a cambio de unos cuantos tragos, su padre nos contó todo lo que queríamos saber, su nombre falso, su dirección en Nueva York... —El desprecio que sentía Waring se extendió por el aire como un enjambre de moscas negras mientras añadía—: Su padre lo vendió por el equivalente a medio litro de *whisky*.

Matthew contuvo la respiración. En efecto, él había encontrado a su padre

y, de una forma ilógica y carente de prudencia, decidió confiar en él. La necesidad de estar conectado con algo, con alguien, había sido demasiado intensa. Su padre era una auténtica calamidad y, por desgracia, Matthew apenas pudo hacer nada por él aparte de buscarle un lugar para vivir y pagar su manutención.

Siempre que Matthew conseguía realizar una escapada para visitarlo en secreto, encontraba montones de botellas vacías por todas partes.

—Si alguna vez me necesitas —le indicó a su padre mientras introducía una nota doblada en su mano—, envía a alguien a buscarme a esta dirección. No se lo cuentes a nadie, ¿comprendes?

Su padre, que era dependiente como un niño, le contestó que sí, que lo comprendía.

«Si alguna vez me necesitas...» Matthew había deseado con desesperación que alguien lo necesitara.

Éste era el precio de aquella debilidad.

—Swift, ¿las acusaciones de Waring son ciertas? —preguntó Thomas Bowman.

Cierto matiz de súplica atenuaba el habitual tono prepotente de su voz.

—No del todo.

Matthew miró con cautela a su alrededor. Lo que esperaba ver en los rostros que lo rodeaban, acusación, miedo, rabia, no existía. Incluso juraría que Mercedes Bowman, quien no podía decirse que fuera una mujer compasiva, lo miraba con bondad.

De repente, Matthew se dio cuenta de que se encontraba en una situación distinta a la de años atrás, cuando era pobre y no tenía amigos. Entonces sólo contaba con un arma, la verdad, la cual le había servido de bien poco. Ahora tenía dinero e influencia propios, por no mencionar a unos aliados poderosos. Y, por encima de todo, ahora tenía a Daisy, quien todavía permanecía a su lado. Y el contacto de su mano vertía fuerza y tranquilidad en sus venas.

Matthew se encontró con la mirada acusadora de Wendell Waring y entrecerró los ojos de una forma desafiante. Le gustara o no, Waring tendría que escuchar la verdad.

18

—Yo era el sirviente de Harry Waring —empezó Matthew con aspereza—. Y era un buen sirviente, aunque sabía que él me consideraba como algo inferior a un ser humano. Desde su punto de vista, los sirvientes eran como perros. Yo sólo existía para su conveniencia. Mi trabajo consistía en asumir la responsabilidad de sus fechorías, cumplir con sus castigos, reparar lo que él había destrozado y conseguir lo que él necesitaba. Incluso a una edad temprana, Harry era un gandul arrogante y creía que podía librarse de todo, hasta de un asesinato, gracias a su apellido.

—¡No permitiré que lo calumnie! —gritó Waring con ferocidad.

—¡Usted ya ha utilizado su turno! —bramó Thomas Bowman—. ¡Ahora quiero oír a Swift!

—¡No se llama...!

—¡Déjelo hablar! —exclamó Westcliff, y la frialdad de su voz calmó la agitación creciente.

Matthew realizó un leve gesto de agradecimiento con la cabeza en dirección al conde. Su atención se desvió hacia Daisy, quien había vuelto a sentarse en la silla, aunque ahora la había acercado a la de Matthew hasta que la pierna derecha de él quedó casi oculta debajo de la falda de Daisy.

—Fui con Harry al Boston Latin —continuó Matthew—, y después a Harvard. Yo dormía en el sótano, en las dependencias de los sirvientes. Una de mis funciones consistía en estudiar los apuntes que tomaban sus amigos durante las clases que Harry se saltaba y realizar los trabajos por él.

—¡Eso es mentira! —gritó Waring—. ¡Usted, a quien habían educado

unas viejas monjas en el orfanato...! ¡Está loco si piensa que alguien le va a creer!

Matthew esbozó una sonrisa socarrona.

—Aprendí más yo de aquellas monjas viejas que Harry de todos sus tutores privados. Harry decía que no necesitaba una educación, porque ya tenía un nombre y dinero. Sin embargo, yo no tenía ni nombre ni dinero, y mi única oportunidad consistía en aprender tanto como me fuera posible con la esperanza de ascender algún día.

—¿Ascender adónde? —preguntó Waring con claro desdén—. ¡Usted era un sirviente, un sirviente irlandés! No tenía ninguna posibilidad de convertirse en un caballero.

Una extraña sonrisa de medio lado torció los labios de Daisy. Afirmó:

—Pues eso es, con exactitud, lo que Matthew hizo en Nueva York, señor Waring. Matthew conquistó un lugar para sí mismo en la sociedad y en el mundo de los negocios y, sin duda, se convirtió en un caballero.

—Tras la máscara de una identidad falsa —replicó Waring—. ¡Él es un fraude! ¿Acaso no lo ve?

—¡No! —contestó Daisy mientras miraba a Matthew con ojos brillantes y profundos—. Yo veo a un caballero.

Matthew sintió deseos de besarle los pies, pero apartó la mirada de la de Daisy y continuó:

—Yo hice lo que pude para que Harry continuara en Harvard, pero él parecía empeñado en que lo expulsaran. La bebida, el juego... —Matthew titubeó y se recordó a sí mismo que había damas en la sala— y lo demás sólo fueron de mal en peor. Sus gastos mensuales sobrepasaban, con mucho, la pensión que sus padres le enviaban y las deudas de juego alcanzaron unas proporciones tan gigantescas que incluso Harry empezó a preocuparse. Harry tenía miedo de las consecuencias a las que tendría que enfrentarse cuando su padre se enterara del alcance de su problema. Sin embargo, Harry era Harry, de modo que buscó la salida más fácil. Esto explica el robo de la caja fuerte durante aquellas vacaciones. Enseguida supe que había sido él.

—¡Mentiras venenosas! —soltó Waring.

—Harry me inculpó a mí en lugar de admitir que él había robado la caja fuerte para pagar sus deudas —continuó Matthew—. Había decidido

sacrificarme a mí para salvar su propia piel. Como es lógico, su familia aceptó su palabra por encima de la mía.

—Su culpabilidad quedó demostrada en los tribunales —replicó Waring con aspereza.

—No se demostró nada —dijo Matthew. La rabia creció en el interior de Matthew y su respiración se hizo más profunda conforme luchaba para mantener el control. Notó que la mano de Daisy buscaba la de él y la estrechó con la suya. Era consciente de que la apretaba demasiado fuerte, pero no podía evitarlo—. El juicio fue una farsa —declaró—. Se realizó a toda prisa para evitar que la prensa se fijara demasiado en el caso. El abogado de oficio que me asignaron literalmente se durmió durante la mayor parte del proceso. Ninguna prueba me relacionaba con el robo. El sirviente de uno de los compañeros de clase de Harry confesó que había oído cómo Harry y dos amigos suyos tramaban incriminarme, pero tuvo miedo de testificar en el juicio.

Matthew vio que los dedos de Daisy se estaban poniendo blancos, se esforzó en aflojar la mano y acarició con el dedo pulgar los nudillos de la mano de ella.

—Continúa, Matthew...

—Entonces tuve un golpe de suerte —continuó Matthew con más calma—. Un reportero del *Daily Advertiser* escribió un artículo en el que informaba acerca de las deudas de juego de Harry y de cómo, casualmente, éstas se habían cancelado justo después de cometerse el robo. Después de que se publicara el artículo, se produjeron protestas generalizadas por la evidente parodia que suponía aquel proceso judicial.

—¿Y aun así lo condenaron? —preguntó Lillian indignada.

Matthew sonrió con ironía.

—Puede que la justicia sea ciega, pero le encanta el sonido del dinero. Los Waring eran muy poderosos y yo un simple sirviente sin un mísero dólar.

—¿Cómo escapaste? —preguntó Daisy.

La sombra de una sonrisa amarga cruzó las facciones de Matthew.

—Mi escapada fue una sorpresa tanto para mí como para los demás. Me habían subido al carromato de la prisión y salimos hacia allí antes del amanecer. El carromato se detuvo en un tramo vacío de la carretera. De

repente, la puerta se abrió y media docena de hombres me sacaron al exterior. Pensé que iban a lincharme, pero me explicaron que eran ciudadanos simpatizantes de mi causa y que estaban dispuestos a enmendar un error. Me dejaron en libertad y me dieron un caballo. Los guardias de la prisión no opusieron resistencia. Me fui a Nueva York, vendí el caballo y empecé una nueva vida.

—¿Por qué elegiste el nombre de Swift? —preguntó Daisy.

—Por aquel entonces, yo ya había aprendido el poder que acompaña a un nombre respetado. Los Swift son una familia numerosa con muchas ramas, de modo que creí que este apellido me permitiría moverme por el mundo sin ser sometido a un escrutinio detallado.

Thomas Bowman intervino en la conversación. Su amenazado orgullo lo hacía sentirse herido en lo más vivo.

—¿Por qué acudió a mí en busca de un empleo? ¿Acaso tenía pensado engañarme?

Matthew lo miró directamente a los ojos y recordó la primera impresión que le produjo Thomas Bowman: un hombre poderoso dispuesto a darle una oportunidad, un hombre demasiado ocupado en su negocio para formular preguntas comprometedoras, un hombre astuto, tozudo, con fallos, pero decidido. La figura masculina con más influencia en la vida de Matthew.

—Ésa nunca fue mi intención —declaró Matthew con sinceridad—. Yo admiraba lo que usted había conseguido y quería aprender de usted. Y yo... —a Matthew se le hizo un nudo en la garganta—, con el tiempo, sentí respeto y agradecimiento hacia usted, y también un gran afecto.

El rostro de Bowman enrojeció de alivio y sus ojos brillaron mientras asentía levemente con la cabeza.

Waring tenía el aspecto de un hombre deshecho y su compostura se tambaleaba como una plancha de cristal a punto de romperse. Lanzó a Matthew una mirada iracunda y cargada de odio.

—¡Está mancillando la memoria de mi hijo con sus mentiras! —exclamó—. ¡Y no lo permitiré! Creyó que, si se mudaba a otro país, nadie...

—¿Su memoria? —Matthew lo miró atónito—. ¿Harry ha muerto?

—¡Por su culpa! Después del juicio, se levantaron rumores, mentiras y celos que nunca más desaparecieron. Los amigos de Harry lo evitaron. La

mancha que había salpicado su honor arruinó su vida. Si usted hubiera admitido su culpabilidad, si hubiera correspondido a todo lo que nos debía, Harry todavía estaría conmigo. Sin embargo, las sucias sospechas de los demás crecieron con el tiempo y este estigma empujó a Harry a la bebida y a una vida de excesos.

—Por lo visto —comentó Lillian con sarcasmo—, su hijo ya vivía así antes del juicio.

Lillian tenía una habilidad especial para llevar a los demás hasta el límite y Waring no fue una excepción.

—¡Phaelan es un criminal convicto! —exclamó Waring mientras se precipitaba hacia Lillian—. ¿Cómo se atreve a creerle a él en lugar de a mí?

Westcliff llegó hasta ellos en tres zancadas, pero Matthew ya se había situado delante de Lillian para protegerla de la ira de Waring.

—Señor Waring —intervino Daisy en medio del jaleo—, haga el favor de dominarse. Como podrá ver, su actitud no ayuda a su causa.

Su calmada lucidez pareció vencer la furia de Waring, quien le lanzó una mirada suplicante.

—Mi hijo ha muerto. Y Phaelan es el culpable.

—Culpar a Matthew no lo hará volver —respondió ella con calma—, ni será útil a su memoria.

—¡Pero me proporcionará paz! —exclamó Waring.

Daisy lo miró con una expresión seria en el rostro y una mirada de lástima.

—¿Está seguro?

Todos percibieron que a Waring la respuesta a aquella pregunta no le importaba, pues era incapaz de razonar.

—¡He esperado muchos años y he viajado miles de kilómetros para llegar a este momento! —declaró Waring—. ¡Nadie impedirá que lleve a cabo lo que he venido a hacer! Usted, Westcliff, ya ha visto los documentos que me respaldan y ni siquiera usted está por encima de la ley. Los agentes tienen órdenes de utilizar la fuerza en caso necesario. ¡Me entregará a Phaelan ahora mismo, esta misma noche!

—No lo creo. —La mirada de Westcliff era tan dura como una piedra—. Sería una locura viajar en una noche como ésta. Las tormentas primaverales

en Hampshire suelen ser violentas e impredecibles. Esta noche se quedarán todos en Stony Cross Park mientras considero lo que debe hacerse.

Los agentes se mostraron vagamente aliviados al oír su sugerencia, pues ningún hombre en su sano juicio se aventuraría a viajar en aquel diluvio.

—¿Y ofrecerle a Phaelan la oportunidad de volver a escapar? —preguntó Waring con desdén—. ¡No! Lo dejará usted bajo mi custodia.

—Tiene usted mi palabra de que no escapará —contestó Westcliff sin titubear.

—Su palabra no tiene valor para mí —replicó Waring—. Es evidente que usted está del lado de Phaelan.

La palabra de un caballero inglés lo era todo para el conde, y no creer en su palabra constituía el peor de los insultos. Matthew se sorprendió de que Westcliff no explotara allí mismo, aunque sus mejillas temblaron de rabia.

—Ahora sí que la ha hecho buena —murmuró Lillian con voz atemorizada.

Incluso durante las discusiones más acaloradas que había mantenido con su esposo, ella nunca se había atrevido a poner en entredicho su honor.

—Se llevará a este hombre por encima de mi cadáver —declaró Westcliff con voz mortífera.

Matthew se dio cuenta de que la situación había llegado demasiado lejos. Waring hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta, el cual estaba abombado a causa de un objeto pesado. Matthew vislumbró el contorno de una pistola. ¡Claro, una pistola constituía una garantía sólida en caso de que los agentes resultaran ineficaces!

—¡Espere! —exclamó Matthew. Haría o diría lo que fuera necesario para evitar que Waring sacara la pistola. Si la sacaba, el enfrentamiento alcanzaría un grado de peligrosidad que nadie conseguiría aplacar—. Iré con usted. — Matthew miró con fijeza a Waring deseando que se relajara—. La acción judicial ya está en marcha y Dios sabe que no puedo detenerla.

—¡No! —gritó Daisy mientras le rodeaba el cuello con los brazos—. ¡No estarás seguro con él!

—Saldremos ahora mismo —informó Matthew a Waring mientras se soltaba de las manos de Daisy y la empujaba con cuidado tras la protección de su cuerpo.

—No puedo permitir que... —empezó Westcliff.

Matthew lo interrumpió con firmeza.

—Es mejor así. —Matthew quería llevarse al desequilibrado de Waring y a los dos agentes de la policía lejos de Stony Cross Park—. Iré con ellos y todo se solucionará en Londres. Éste no es el lugar ni el momento para discutir.

El conde maldijo en voz baja; sin embargo, era un estratega hábil y comprendió que, de momento, no dominaba la situación. Aquella batalla no podía ganarla mediante la fuerza bruta, sino que precisaba de dinero, argumentos legales y presión política.

—Yo iré a Londres con usted —declaró Westcliff con sequedad.

—Imposible —replicó Waring—, en el carruaje sólo hay asiento para cuatro personas, o sea que iremos el prisionero, los agentes y yo.

—Yo les seguiré en mi carruaje.

—Y yo lo acompañaré —declaró con decisión Thomas Bowman.

Westcliff llevó a Matthew a un aparte y le habló en voz baja mientras le rodeaba los hombros con un brazo.

—Conozco bien al magistrado de Bow Street. Me ocuparé de que lo lleven ante él en cuanto lleguemos a Londres y, a petición mía, lo pondrá en libertad de inmediato. Después esperaremos en mi residencia hasta que el embajador de Estados Unidos presente un requerimiento formal y, mientras tanto, reuniré un regimiento de abogados y toda la influencia política de la que dispongo.

Matthew apenas consiguió articular una palabra.

—Gracias —declaró.

—Milord —susurró Daisy—, ¿conseguirán extraditar a Matthew?

Las facciones de Westcliff se endurecieron con arrogante certeza.

—Desde luego que no.

Daisy soltó una risita nerviosa.

—Bien, yo confío en su palabra, milord, aunque Waring no lo haga.

—Cuando haya terminado con Waring... —murmuró Westcliff, pero entonces sacudió la cabeza—. Disculpad, ordenaré a los sirvientes que preparen mi carruaje.

El conde se dirigió a la puerta y Daisy miró a Matthew a los ojos.

—¡Ahora comprendo tantas cosas! ¡Y entiendo por qué no querías contármelo!

—Sí, yo... —empezó Matthew con voz áspera— sabía que no estaba bien lo que hacía, pero creí que si te contaba la verdad te perdería.

—¿No pensaste que te comprendería? —preguntó Daisy con voz grave.

—No sabes cómo eran las cosas antes. Nadie me creía. Los hechos no tenían importancia. Y, después de todo aquello, no creí que nadie confiara en mi inocencia.

—Matthew, yo siempre creeré todo lo que me digas —lo tranquilizó Daisy.

—¿Por qué? —murmuró él.

—Porque te amo.

Sus palabras lo dejaron anonadado.

—No tienes por qué decirlo...

—Te amo —insistió Daisy mientras agarraba su chaqueta—. Tendría que habértelo dicho antes, pero quería esperar hasta que confiaras en mí y dejaras de ocultarme tu pasado. Pero ahora que conozco lo peor... —Daisy se interrumpió y esbozó una sonrisa irónica—. Porque esto es lo peor, ¿no? ¿Hay algo más que quieras confesarme?

Matthew sacudió la cabeza aturdido.

—Sí. No. No hay nada más.

Daisy lo miró con expresión tímida.

—¿No vas a decirme que tú también me amas?

—No tengo derecho a decírtelo —declaró Matthew—. No hasta que este asunto se resuelva. No hasta que mi nombre...

—Dímelo —pidió Daisy mientras tiraba de su chaqueta.

—Te amo —balbuceó Matthew.

¡Cielo santo, qué bien le sentó decírselo a Daisy!

Daisy volvió a tirar de su chaqueta hacia ella, esta vez como gesto de reafirmación, de posesión. Matthew intentó resistirse a sus impulsos, la cogió por los brazos y sintió el calor de su piel a través de la tela húmeda de su vestido. A pesar de lo inadecuado de la situación, el cuerpo de Matthew tembló de deseo. «No quiero dejarte, Daisy», pensó Matthew.

—Yo voy contigo a Londres —murmuró Daisy.

—No, quédate aquí con tu hermana. No quiero que formes parte de esto.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no crees? Como prometida tuya, siento algo más que un interés pasajero en el resultado de este asunto.

Matthew bajó la cabeza y le rozó el cabello con los labios.

—Me será más difícil si estás allí —declaró en voz baja—. Necesito saber que estás a salvo en Hampshire. —Matthew apartó las manos de Daisy de su chaqueta, se las llevó a la boca y besó sus dedos con pasión—. Ve al pozo por mí mañana. Necesitaré otro deseo de cinco dólares —murmuró.

Daisy le apretó las manos con fuerza.

—Será mejor que sea un deseo de diez dólares.

Matthew se dio cuenta de que alguien se aproximaba a ellos y se dio la vuelta. Se trataba de los agentes de la policía, quienes parecían consternados.

—El procedimiento exige que los detenidos sean llevados a Bow Street esposados —declaró uno de ellos. Entonces lanzó a Daisy una mirada acusadora—. Disculpe, señorita, pero ¿qué ha hecho usted con las esposas que le pusimos al señor Phaelan?

Daisy miró al agente con aire inocente.

—Se las entregué a una sirvienta, pero me temo que es muy olvidadiza. Lo más probable es que las haya perdido.

—¿Por dónde podemos empezar a buscarlas? —preguntó el agente con impaciencia.

—Les sugiero que realicen un examen exhaustivo de todos los orinales —declaró ella con rostro inexpresivo.

19

Debido a la inmediatez de su marcha, Marcus y Bowman empacaron pocos efectos personales aparte de una muda de ropa y los artículos básicos de limpieza personal. Los dos hombres se sentaron en bancos opuestos en el carruaje y hablaron poco. El viento y la lluvia azotaban el vehículo y Marcus pensó, con preocupación, en el cochero y los caballos.

Era una insensatez viajar con aquel tiempo, pero de ningún modo pensaba permitir que se llevaran a Matthew Swift, bueno, a Matthew Phaelan a toda prisa y sin ningún tipo de protección. Además resultaba obvio que el deseo de venganza de Wendell Waring había alcanzado un grado irracional.

Los comentarios de Daisy a Waring en el sentido de que hacer pagar a otro por los crímenes de Harry no le devolvería a su hijo ni limpiaría su memoria habían sido muy acertados. Sin embargo, Waring consideraba que aquello era lo último que podía hacer por su hijo y se había convencido a sí mismo de que encarcelar a Matthew demostraría que su hijo era inocente.

Harry Waring había intentado sacrificar a Matthew para ocultar su vida corrupta y Marcus no pensaba permitir que Wendell Waring triunfara donde su hijo había fracasado.

—¿Dudas de él? —preguntó Thomas Bowman de repente.

Parecía más preocupado de lo que Marcus lo había visto nunca. Sin duda, aquella situación era muy dolorosa para Bowman, quien quería a Matthew Swift como a un hijo. Incluso más que a sus propios hijos. No resultaba extraño que se hubiera creado un fuerte vínculo entre ambos: Swift, un joven sin padre y Bowman, un hombre que necesitaba a alguien a quien guiar y

educar.

—¿Me pregunta si dudo de Swift? En absoluto. Considero que su versión es mucho más creíble que la de Waring.

—Yo también. Además, conozco el carácter de Swift y puedo asegurarle que, en todos mis tratos con él, Swift ha demostrado guiarse por unos principios y una honestidad que rayaban en lo excesivo.

Marcus sonrió de una forma leve.

—¿Puede alguien ser excesivamente honesto? —preguntó.

Bowman se encogió de hombros y su bigote se torció con una sonrisa indecisa.

—Bueno, una honestidad extrema en ocasiones puede obstaculizar los negocios.

Un rayo cayó muy cerca del carruaje y a Marcus se le erizó el vello de la nuca.

—¡Esto es una locura! —masculló—. Pronto tendrán que pararse en una posada, si es que consiguen salir del condado de Hampshire. La corriente de algunos de los arroyos locales es más fuerte que la de los ríos. Y si el nivel del agua sube mucho, algunas carreteras se volverán intransitables.

—Eso espero —declaró Thomas Bowman con fervor—. Nada me gustaría más que presenciar cómo Waring y ese par de incompetentes que lo acompañan se ven obligados a regresar a Stony Cross Manor con Swift.

El carruaje aminoró la marcha y se detuvo con brusquedad. La lluvia golpeaba con fuerza el exterior del vehículo.

—¿Qué ocurre? —Bowman apartó la cortina para mirar por la ventanilla, pero lo único que vio fue oscuridad y el agua que se precipitaba contra el cristal.

—¡Maldición! —exclamó Marcus.

Alguien golpeó con nerviosismo la puerta del carruaje y la abrió con ímpetu. El rostro pálido del cochero apareció en la abertura. Debido al sombrero negro que llevaba puesto y al manto del mismo color con el que se cubría y que se confundía con la oscuridad de la noche, el cochero parecía una cabeza sin cuerpo.

—Milord —balbuceó el cochero—, se ha producido un accidente más adelante. Debería usted venir.

Marcus salió con rapidez del vehículo. Una cascada de lluvia fría lo golpeó con fuerza. Cogió el farol que colgaba en el exterior del carruaje y siguió al cochero hasta un riachuelo que cruzaba la carretera un poco más adelante.

—¡Cielos! —murmuró Marcus.

El carruaje que transportaba a Waring y a Matthew estaba encima de un sencillo puente de madera cuyo extremo se había soltado de la orilla y ahora el puente colgaba en diagonal a través del riachuelo. La violenta corriente había arrastrado parte del puente y, en aquel momento, las ruedas traseras del carruaje estaban medio sumergidas en el agua mientras el tiro de caballos luchaba en vano por sacar el vehículo del agua. El puente se balanceaba en el agua como si fuera un muñeco de trapo y amenazaba con soltarse de la otra orilla.

No había forma de llegar al carruaje accidentado. El puente se había partido por el extremo más cercano a ellos y sería un suicidio intentar atravesar la corriente.

—¡Dios mío, no! —exclamó Thomas Bowman horrorizado.

Lo único que podían hacer era contemplar, con impotencia, cómo el cochero del carruaje de Waring intentaba salvar a los caballos y, de una forma desesperada, desataba las correas que los unían al carruaje.

Mientras tanto, la ventanilla superior del vehículo se abrió y una figura humana subió hasta el exterior con evidente dificultad.

—¿Se trata de Swift? —preguntó Bowman mientras se acercaba tanto como le resultaba posible a la orilla—. ¡Swift!

Pero su grito fue engullido por el estruendo de la tormenta, el bramido de la corriente y los crujidos del puente que se venía abajo.

Entonces varias cosas sucedieron al mismo tiempo. Los caballos saltaron desde el puente a la seguridad de la orilla, el contorno oscuro de una o dos personas apareció sobre el puente y con una lentitud espeluznante y casi majestuosa, el pesado carruaje cayó al agua. Al principio, el vehículo se hundió hasta la mitad, después se mantuvo precariamente a flote durante unos instantes, pero, al final, los faroles que colgaban de sus costados se apagaron y el carruaje se inclinó a un lado mientras el desbocado riachuelo se lo llevaba corriente abajo.

Daisy sólo consiguió dormir de forma irregular. Los pensamientos se sucedían en su cabeza con rapidez. A lo largo de la noche, se había despertado en varias ocasiones mientras se preguntaba qué le ocurriría a Matthew. Temía por su seguridad. Sólo la idea de que Westcliff estaba con él o, al menos, cerca de él, le permitía conservar una calma razonable.

Daisy revivió una y otra vez el momento en el que Matthew por fin reveló los secretos de su pasado. ¡Qué vulnerable y solo le había parecido entonces! ¡Qué carga tan pesada había tenido que llevar todos aquellos años! ¡Y qué coraje e imaginación había demostrado tener al reinventarse a sí mismo!

Daisy sabía que no podría esperar en Hampshire mucho tiempo. Quería de una forma desesperada ver a Matthew, transmitirle confianza y, si fuera necesario, defenderlo frente al mundo entero.

Durante la tarde, Mercedes le había preguntado si las revelaciones acerca de Matthew habían afectado su decisión de casarse con él.

—Sí —respondió Daisy—, ahora estoy más decidida que antes a casarme con él.

Lillian se había unido a la conversación y había reconocido que, después de saber todo lo que le había pasado, Matthew Swift le caía mucho mejor.

—Sin embargo —añadió Lillian—, sería agradable saber cuál será tu nombre de casada.

—¿Qué hay en un nombre? —exclamó Daisy citando al Romeo de Shakespeare.

Daisy cogió una hoja de papel del escritorio y jugueteó con ella.

—¿Qué haces? —le preguntó Lillian—. ¡No me digas que vas a escribir una carta en estos momentos!

—No sé qué hacer —admitió Daisy—, pero creo que debería contarles a Evie y Annabelle lo que ha ocurrido.

—Lo averiguarán enseguida por medio de Westcliff —declaró Lillian—. Pero estoy segura de que esta historia no les sorprenderá.

—¿Por qué lo dices?

—Todos sabemos que las novelas con giros dramáticos y personajes de oscuro pasado te encantan, de modo que era de prever que tu noviazgo no sería tranquilo ni rutinario.

—Sea como sea —contestó Daisy con ironía—, en estos momentos un noviazgo tranquilo y rutinario me resultaría muy atractivo.

Después de aquella noche de sueño irregular, Daisy se despertó al oír que alguien entraba en su dormitorio. Al principio, pensó que se trataba de la doncella que entraba para encender la chimenea, pero era demasiado temprano, de hecho, todavía no había amanecido. La lluvia se había convertido en una ligera llovizna.

Era Lillian quien había entrado en el dormitorio.

—Buenos días —saludó Daisy con voz ronca mientras se sentaba y se desperezaba—. ¿Cómo es que te has levantado tan temprano? ¿Merritt no te dejaba dormir?

—No, ella está durmiendo —declaró Lillian con voz grave. Llevaba puesta una pesada bata de terciopelo y el pelo recogido en una trenza floja. Lillian se acercó a la cama de Daisy y le tendió una taza de té humeante—. Toma esto.

Daisy cogió la taza y observó a Lillian, quien se sentó en el borde de la cama. Aquello no era habitual. Algo había sucedido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daisy mientras un escalofrío de terror recorría su espina dorsal.

Lillian señaló con la cabeza la taza de té.

—Lo que tengo que contarte puede esperar hasta que estés un poco más despierta.

Era demasiado temprano para tener noticias de Londres, reflexionó Daisy. Fuera lo que fuera, no podía estar relacionado con Matthew. Quizá su madre había caído enferma. Quizás había ocurrido algo espantoso en el pueblo.

Después de beber unos sorbos del té, Daisy se inclinó, dejó la taza en la mesilla de noche y volvió a dirigir su atención a Lillian.

—Esto es todo lo despierta que voy a estar hoy. Cuéntame qué es lo que ocurre.

Lillian se aclaró la garganta y declaró con voz pastosa:

—Westcliff y nuestro padre han regresado.

—¿Cómo? —Daisy la observó desconcertada—. ¿Por qué no están en Londres con Matthew?

—Él tampoco está en Londres.

—Entonces ¿todos han regresado?

Lillian sacudió la cabeza.

—No. Lo siento, me estoy explicando muy mal. Yo... iré directa al grano. Poco después de que Westcliff y nuestro padre salieran de Stony Cross, su carruaje tuvo que detenerse porque se había producido un accidente en el puente. ¿Sabes el viejo puente que hay que cruzar para tomar la carretera principal?

—¿El que cruza el riachuelo?

—Sí. Bueno, en estos momentos, el riachuelo ya no es un riachuelo. Debido a la tormenta se ha convertido en un río caudaloso. Por lo visto, la corriente debilitó el puente y, cuando el carruaje del señor Waring lo estaba cruzando, se derrumbó.

Daisy se quedó helada. ¡El puente se había derrumbado! Daisy se repitió aquellas palabras una y otra vez, pero se le hacían tan difíciles de interpretar como una lengua antigua y olvidada. Al final, después de un gran esfuerzo, recuperó el dominio de sí misma.

—¿Todo el mundo ha salido ileso?

—Todos salvo Matthew —declaró Lillian con voz temblorosa—. Quedó atrapado en el interior del carruaje y la corriente se lo llevó.

—Matthew está bien —afirmó Daisy de una forma automática, aunque su corazón empezó a golpearle el pecho como si fuera un animal salvaje enjaulado—. Matthew sabe nadar. Lo más probable es que haya terminado río abajo en una orilla. Alguien tiene que salir a buscarlo.

—Lo están buscando por todas partes —explicó Lillian—. Westcliff ha organizado una búsqueda a gran escala. Se ha pasado la mayor parte de la noche buscándolo y ha regresado hace poco. El carruaje se rompió en pedazos mientras era arrastrado por la corriente. No hay ningún rastro de Matthew. Uno de los policías le confesó a Westcliff... —Lillian se interrumpió y sus ojos marrones se llenaron de lágrimas—, le confesó que... —Lillian se esforzó en terminar la frase— que le habían atado las manos a Matthew.

Daisy dobló las rodillas y apretó las piernas contra su pecho. Su cuerpo quería ocupar el menor espacio posible y alejarse de aquella revelación.

—Pero ¿por qué? —susurró Daisy—. ¡No había ninguna razón para

atarlo!

A Lillian le tembló la mandíbula mientras intentaba recuperar el control de sus emociones.

—En vista del pasado de Matthew, dijeron que había un riesgo razonable de que se escapara. Aunque yo creo que Waring insistió en que lo maniataran a causa del rencor que siente hacia él.

Daisy se sintió aturdida. El pulso le latía con fuerza. Estaba asustada pero, al mismo tiempo, una parte de ella experimentaba una extraña indiferencia. Por un momento, Daisy evocó una imagen de Matthew luchando por mantenerse a flote en las oscuras aguas, con las manos atadas e intentando liberarse de las ataduras...

—¡No! —exclamó Daisy mientras contenía el violento latido de sus sienes con las palmas de las manos. Sentía como si le estuvieran clavando unas agujas en el cráneo y respiraba con dificultad—. No tuvo ninguna oportunidad, ¿no es cierto?

Lillian sacudió la cabeza de un lado a otro y apartó la mirada. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas hasta el cubrecama.

¡Qué extraño que ella no estuviera llorando también!, pensó Daisy. Una presión caliente creció detrás de las órbitas de sus ojos y hacia el interior de su cabeza y el cráneo le dolió. Sin embargo, sus lágrimas parecían esperar algún pensamiento o alguna palabra que las liberara.

Daisy continuó apretando sus palpitantes sienes.

—¿Lloras por Matthew? —preguntó a Lillian mientras la vista se le nublaba por el dolor de cabeza que experimentaba.

—Sí. —Lillian sacó un pañuelo de la manga de su bata y se sonó la nariz de una forma ruidosa—. Pero, sobre todo, por ti. —Lillian se inclinó y rodeó a Daisy con los brazos, como si así pudiera protegerla de todo mal—. Te quiero, Daisy.

—Yo también te quiero —respondió Daisy con voz ahogada mientras, aturdida por el dolor, intentaba respirar con fluidez.

La búsqueda continuó durante todo el día y la noche siguientes. Para Daisy, los rituales comunes, como dormir, trabajar y comer, habían perdido

su significado. Sólo un incidente consiguió atravesar el insensible entumecimiento que parecía presionar a Daisy por todos los lados. El incidente consistió en que Westcliff no le permitió participar en la búsqueda.

—Tu presencia no ayudará a nadie —le dijo Westcliff, demasiado cansado para ejercer su tacto habitual—. El nivel de las aguas es muy alto y es muy peligroso y difícil moverse ahí afuera. En el mejor de los casos, serás una distracción, y en el peor, resultarás herida.

Daisy sabía que el conde tenía razón, pero no pudo evitar que la indignación estallara en su interior. Aquel sentimiento era de una intensidad sorprendente y amenazaba con hacerle perder el control, de modo que Daisy volvió a replegarse en sí misma.

Era posible que nunca encontraran el cuerpo de Matthew. Esta posibilidad le parecía demasiado cruel e insoportable. De alguna manera, una desaparición era peor que una muerte. Sería como si Matthew no hubiera existido nunca y ella no tendría nada tangible que llorar. Daisy nunca había entendido por qué algunas personas querían ver el cuerpo de sus seres queridos después de que hubieran muerto. Pero ahora sí que lo entendía. Ver el cuerpo de Matthew sería la única forma de terminar con aquella pesadilla y experimentar el alivio que suponía llorar y sentir el dolor.

—Sigo pensando que, si estuviera muerto, yo lo sabría —dijo Daisy a Lillian mientras estaba sentada en el suelo junto a la chimenea.

Daisy estaba envuelta en un viejo chal y la suavidad que aquella prenda había adquirido con el paso de los años la reconfortaba. A pesar del fuego, las distintas piezas de ropa que llevaba puestas y la taza de té con coñac que tenía en las manos, Daisy no conseguía entrar en calor.

—Si estuviera muerto lo sentiría, pero no siento nada. Es como si me hubieran congelado viva. Quiero esconderme en algún lugar. No quiero pasar por esto. No quiero hacerme fuerte.

—No tienes por qué serlo —respondió Lillian con voz suave.

—Sí que tengo que ser fuerte, porque la única alternativa es romperme en miles de pedazos.

—Yo mantendré todos tus pedazos unidos. Todos.

Una leve sonrisa curvó los labios de Daisy mientras contemplaba el rostro preocupado de su hermana.

—Lillian —murmuró Daisy—. ¿Qué haría sin ti?

—Nunca tendrás que averiguarlo.

Sólo la insistencia de su madre y de su hermana consiguió que Daisy tomara unos pocos bocados durante la cena, aunque bebió una copa entera de vino con la esperanza de que dispersaría sus pensamientos obsesivos.

—Westcliff y nuestro padre deberían regresar ya —declaró Lillian con voz tensa—. No han descansado y apenas han comido desde hace horas.

—Vayamos al salón —sugirió Mercedes—. Podemos distraernos jugando a las cartas o quizá tú, Lillian, podrías leer en voz alta un fragmento de una de las novelas favoritas de Daisy.

Daisy le lanzó una mirada de disculpa.

—Lo siento, pero no puedo. Si no os importa, me gustaría estar a solas arriba.

Daisy se lavó, se puso el camisón y contempló la cama. Se sentía cansada y un poco ebria, pero su mente rechazaba la idea de dormir.

Daisy se dirigió a la sala Marsden. La casa estaba en silencio y sus pies desnudos pisaron las sombras que, como enredaderas, se extendían por el suelo alfombrado. La sala estaba iluminada por una única lámpara cuya luz amarilla se reflejaba en las caras de unos cristales colgados en las sombras y éstos esparcían destellos luminosos por las paredes estampadas de flores. Un montón de obras impresas estaban apiladas junto al sofá: periódicos, novelas y un libro de poesía humorística que Daisy había leído a Matthew para contemplar sus elusivas sonrisas.

¿Cómo podía haber cambiado todo tan deprisa? ¿Cómo podía la vida coger a una persona con tanta frialdad y dejarla en un camino nuevo y nada deseado?

Daisy se sentó en la alfombra y empezó a ordenar aquellas obras poco a poco. Formaría un montón para dejarlo en la biblioteca y otro para llevárselo a los habitantes del pueblo cuando fuera a visitarlos. Aunque quizá no era una buena idea emprender aquella tarea después de haber bebido tanto vino. En lugar de formar dos montones, las obras terminaron esparcidas alrededor de Daisy como tantos y tantos sueños abandonados.

Cruzó las piernas y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá. Sus dedos rozaron la tela que encuadernaba uno de aquellos libros. Daisy la contempló

con los ojos medio cerrados. Los libros siempre habían sido para ella como puertas a otros mundos, a mundos mucho más fantásticos e interesantes que la realidad. Sin embargo, al final, había descubierto que la vida real podía ser mucho más maravillosa que las fantasías.

Y que el amor podía invadir de magia el mundo real.

Matthew era todo lo que ella siempre había querido. ¡Sin embargo, había podido compartir tan poco tiempo con él!

El reloj de la chimenea distribuía su tenue tictac con una lentitud exasperante. Mientras permanecía apoyada en el sofá y medio adormecida, Daisy oyó que la puerta de la sala se abría y dirigió su aletargada mirada hacia allí.

Un hombre entró en la habitación.

El hombre se quedó junto al umbral de la puerta y contempló la visión que ofrecía Daisy sentada en el suelo y rodeada por los libros.

Daisy levantó la mirada hasta el rostro del hombre y se quedó paralizada por la nostalgia, el miedo y la ansiedad.

El hombre era Matthew, quien iba vestido con ropa tosca y poco habitual en él. Su presencia vital llenó la habitación.

Daisy, temerosa de que aquella visión desapareciera, permaneció totalmente inmóvil. Los ojos empezaron a dolerle y se le llenaron de lágrimas, pero ella los mantuvo abiertos, pues no quería perder de vista a Matthew.

Él se acercó a ella con lentitud, se agachó y la observó con una atención y una ternura inmensas. Matthew apartó algunos de los libros que se interponían entre ellos.

—Soy yo, amor mío —declaró Matthew con voz suave—. Todo está bien.

—Si eres un fantasma, espero que me persigas para siempre —consiguió susurrar Daisy a través de sus labios secos.

Matthew se sentó en el suelo y cogió las manos frías de Daisy.

—¿Un fantasma entraría por la puerta? —preguntó él con dulzura mientras guiaba la mano de Daisy hasta los arañazos y golpes de su rostro.

El contacto con la piel de Matthew envió un escalofrío de conciencia dolorosa al cuerpo de Daisy. Con alivio, Daisy por fin sintió que la

insensibilidad se derretía, que sus emociones se desataban, e intentó taparse los ojos. Su pecho pareció desgarrarse a causa de los sollozos salvajes y desenfrenados que surgían por su garganta.

Matthew le soltó la mano y la abrazó con firmeza mientras le susurraba palabras de consuelo. Daisy continuó llorando y él la abrazó con más fuerza, como si comprendiera que ella necesitaba la presión dura y casi dolorosa de su cuerpo.

—Por favor, sé real —balbuceó ella—. Por favor, no seas un sueño.

—Soy real —afirmó él con voz ronca—. No llores tanto, no hay ne... ¡Oh, Daisy, amor mío!

Matthew le cogió la cabeza entre las manos y susurró palabras reconfortantes en los labios de Daisy mientras ella intentaba apretujarse más contra él. Matthew la apoyó en el suelo y utilizó el peso de su cuerpo para controlar los movimientos ansiosos de Daisy.

Sus manos se entrelazaron con las de ella. Daisy jadeó y volvió la cabeza para examinar la piel enrojecida y con marcas de la muñeca de Matthew.

—Te ataron las manos —declaró Daisy con una voz áspera que no se parecía en nada a la de ella—. ¿Cómo conseguiste liberarte?

Matthew inclinó la cabeza y besó la superficie surcada de lágrimas de la mejilla de Daisy.

—La navaja —declaró de una forma escueta.

Daisy abrió mucho los ojos mientras continuaba mirando la muñeca.

—¿Conseguiste sacar la navaja de tu bolsillo y cortar las ataduras mientras flotabas corriente abajo en un carruaje que se estaba hundiendo?

—Fue mucho más fácil que forcejear con el ganso, te lo aseguro.

Una risa medio llorosa escapó del pecho de Daisy, pero enseguida se convirtió en otro sollozo. Matthew atrapó el sollozo con su boca mientras sus labios acariciaban los de Daisy.

—Empecé a cortar la cuerda al primer signo de peligro —continuó Matthew—. Y dispuse de unos cuantos minutos antes de que el carruaje cayera al agua.

—¿Por qué no te ayudaron los demás? —preguntó Daisy enojada mientras se secaba las lágrimas con la manga del camisón.

—Estaban ocupados salvando su propia piel. Aunque creo que merezco

algo más de consideración que los caballos —añadió Matthew—. De todos modos, cuando el carruaje empezó a desplazarse río abajo, yo ya me había desatado las manos. Los escombros que bajaban por el río estaban haciendo añicos el carruaje, de modo que salí del vehículo y nadé hasta la orilla. Sin embargo, recibí varios golpes mientras nadaba. Un hombre de edad que había salido a buscar a su perro me encontró y me llevó a su cabaña, donde él y su esposa me cuidaron. Perdí el sentido y recobré la conciencia un día y medio más tarde. Para entonces, la pareja de ancianos ya habían oído hablar de la búsqueda que estaba realizando Westcliff y le informaron de mi paradero.

—Creí que te habías ido para siempre —declaró Daisy con voz entrecortada—. Creí que no te volvería a ver nunca más.

—¡No, no...! —Matthew le acarició el cabello y besó sus mejillas, sus ojos y sus temblorosos labios—. Siempre volveré a ti. Soy fiable, ¿recuerdas?

—Sí, salvo durante los... —Daisy tuvo que inhalar hondo al notar que él bajaba los labios por su garganta— veinte años que viviste antes de conocerme. Diría que eres tan de fiar que eres casi pre... —la lengua de Matthew se había deslizado por el sensible hueco que había en la base del cuello de Daisy— predecible.

—Supongo que albergas unas cuantas quejas acerca de mi identidad falsa y mi condena por robo.

Los exploradores besos de Matthew se desplazaron hasta el delicado borde de la mandíbula de Daisy y absorbieron una lágrima errante.

—¡Oh, no! —declaró Daisy sin aliento—. Te p-perdoné incluso antes de saber de qué se trataba.

—Cariño mío —susurró Matthew mientras frotaba su mejilla contra la de ella y la acariciaba con la boca y las manos. Ella se agarró a él con frenesí, buscando más y más proximidad. Matthew levantó la cabeza y la observó con atención—. Ahora que este desagradable asunto ha levantado su horrible cabeza, tendré que limpiar mi nombre. ¿Me esperarás, Daisy?

—No.

Sin dejar de gimotear, Daisy empezó a desabrochar los botones de madera de aquellas ropas prestadas.

—¿No? —Matthew sonrió de medio lado y la miró de una forma inquisitiva—. ¿Has decidido que soy demasiado problemático?

—He decidido que la vida es demasiado corta para perder un solo día —gruñó Daisy mientras tiraba del áspero tejido de la camisa de Matthew—. ¡Malditos botones!

Matthew le cubrió las manos con las de él y calmó sus frenéticos movimientos.

—No creo que a tu familia le entusiasme la idea de que te cases con un fugitivo de la justicia.

—Mi padre te perdonaría cualquier cosa. Además, tú no serás un fugitivo para siempre. Tu caso será sobreseído cuando se conozcan los verdaderos hechos. —Daisy liberó sus manos de las de Matthew y se agarró a él con fuerza—. Llévame a Gretna Green —suplicó—. Esta noche. Así se casó mi hermana. Y Evie también. Se podría decir que fugarse con el prometido es una tradición de las Floreros. Llévame...

—¡Chsss! —Matthew la abrazó y la acercó a su fornido cuerpo—. No voy a salir corriendo nunca más —susurró—. Por fin voy a enfrentarme a mi pasado. Aunque me resultaría mucho más fácil resolver mis problemas si ese bastardo de Harry Waring estuviera vivo.

—Hay otras personas que saben lo que ocurrió en realidad —manifestó Daisy de una forma apasionada—. Sus amigos, el sirviente que mencionaste y...

—Sí, lo sé. Pero no hablemos de eso ahora. Dios sabe que tendremos tiempo de sobra durante los próximos días.

—Quiero casarme contigo —insistió Daisy—. No más adelante, sino ahora. Después de lo que he pasado..., después de creer que habías desaparecido para siempre..., nada más tiene importancia.

Daisy pronunció esta última palabra de una forma entrecortada, pues le dio hipo.

Matthew le alisó el cabello y borró el rastro de sus lágrimas con el pulgar.

—Está bien, está bien. Hablaré con tu padre. No vuelvas a llorar, Daisy, por favor.

Sin embargo, Daisy no podía detener las lágrimas de alivio que brotaban de sus ojos. Un nuevo temblor surgió de la médula de sus huesos y, cuanto más se esforzaba en contenerlo, más evidente era.

—¿Qué ocurre, cariño?

Matthew deslizó las manos por sus temblorosos brazos.

—¡Tengo tanto miedo!

Matthew exhaló un sonido grave e involuntario y la sostuvo con fuerza contra su pecho mientras sus labios se deslizaban por sus mejillas con vehemencia.

—¿De qué tienes miedo, amor mío?

—Tengo miedo de que esto no sea más que un sueño. Tengo miedo de despertarme y... —Daisy tenía más hipo— y volver a estar sola y descubrir que tú no has estado aquí y...

—Tranquila, estoy aquí y no me iré. —Matthew se desplazó hacia abajo y abrió el camisón de Daisy con lentitud deliberada—. Deja que te haga sentir mejor, cariño, deja que...

Sus manos se deslizaron con ternura por el cuerpo de Daisy. Matthew le acarició las piernas y el roce de sus manos envió flechas ardientes por el cuerpo de Daisy. Un gemido escapó de los labios de ella.

Matthew oyó su gemido y soltó un soplando quebrado mientras intentaba controlarse. Pero no lo consiguió. En aquellos momentos, sólo sentía deseo. Perdido en el anhelo de inundarla de placer, Matthew desnudó a Daisy allí mismo, en el suelo, y acarició con sus manos su fría piel hasta que toda ella se ruborizó.

Daisy se estremecía de una manera desenfrenada. Al mirar a Matthew, percibió la luz de la vela por detrás de su oscura cabeza mientras él se inclinaba sobre ella y repartía besos con lentitud a lo largo de sus piernas, de su estómago, de sus temblorosos pechos...

Y en todas las partes en las que Matthew la besaba, el frío temblor que la dominaba se convertía en calor. Daisy suspiró y se relajó en el reconfortante ritmo de sus manos y su boca. Intentó desabotonarle la camisa y él la ayudó. La pieza de tejido áspero cayó al suelo y dejó al descubierto la suave piel masculina de Matthew. De algún modo, cuando Daisy vio los morados que tenía en la piel, se sintió reconfortada, pues ahora sabía que no estaba soñando. Daisy apretó los labios contra una de las marcas y tocó el morado con la lengua.

Matthew la acercó a él con cuidado mientras deslizaba la mano por la curva de su cintura y por detrás de sus caderas con una sensualidad que erizó

el vello de las piernas de Daisy. Ella se retorció con una mezcla de placer e incomodidad, pues el pelo de la alfombra rozaba su sensible piel y le producía un picor doloroso en las nalgas.

Matthew comprendió el problema que Daisy tenía, soltó una risita, tiró de ella y la sentó en su regazo.

Sudando y con la boca seca, Daisy apretó sus pechos contra el torso de Matthew.

—No pares —le susurró.

Él cubrió con la mano la piel hormigueante de la nalga de Daisy.

—La alfombra te escocerá la piel —dijo Matthew.

—No me importa, sólo quiero..., quiero...

—¿Esto?

Matthew la sentó a horcajadas sobre sus piernas hasta que ella sintió el tenso tejido de sus pantalones entre sus muslos.

Avergonzada y excitada, Daisy cerró los ojos mientras percibía cómo Matthew acariciaba los intrincados pliegues de su cuerpo e inundaba de sensaciones y humedad su ardiente carne.

Daisy le rodeó el cuello con sus débiles brazos. Si no fuera por el apoyo que le proporcionaba el robusto brazo de Matthew en su espalda, no habría podido mantenerse sentada. Toda su conciencia estaba centrada en los lugares donde él la tocaba, en el roce de sus nudillos en la suave y húmeda piel de su...

—No pares —se oyó a sí misma susurrar otra vez.

Los ojos de Daisy se abrieron de golpe cuando Matthew introdujo dos dedos en su interior. Y, después, tres. El deseo se retorcía en su interior como las llamas de una hoguera.

—¿Todavía tienes miedo de que sea un sueño? —murmuró Matthew.

Ella tragó saliva de una forma ostentosa y negó con la cabeza.

—Nu-nunca tengo sueños como éste.

Matthew sonrió y unas arrugas aparecieron en los bordes de sus ojos. Retiró los dedos y Daisy, notando el vacío en su interior, se estremeció, soltó un gemido y dejó caer la cabeza sobre el flexible hombro de Matthew. Él la apretó con fuerza contra su torso desnudo.

Daisy se agarró a él. Los ojos se le nublaron y la habitación se convirtió

en un mosaico de luz amarillenta y sombras negras. Notó que Matthew la levantaba en vilo, la giraba y la ayudaba a arrodillarse delante del sofá. Daisy apoyó la mejilla en la suave tapicería y abrió los labios para acomodarlos a su profunda respiración. Él se colocó detrás de ella y su cuerpo grande y sólido se ajustó al de ella por todos los lados. Entonces él la penetró y la unión entre ellos fue íntima, fluida y exquisita.

Daisy se puso en tensión debido a la sorpresa, pero él la cogió por las caderas y la acarició para tranquilizarla y animarla a confiar en él. Ella se quedó quieta y cerró los ojos mientras el placer aumentaba con cada penetración lenta. Matthew deslizó una de sus manos hasta la parte delantera del cuerpo de Daisy. Sus dedos encontraron la mullida prominencia de su sexo y la acariciaron hasta que Daisy alcanzó un clímax ardiente y unos espasmos intensos de liberación recorrían su cuerpo.

Mucho más tarde, Matthew ayudó a Daisy a ponerse el camisón y la guió a lo largo del oscuro pasillo hasta su dormitorio. La tumbó en la cama y Daisy le susurró que se quedara con ella.

—No, amor mío. —Matthew se inclinó sobre ella—. Me encantaría, pero no podemos ser tan indecorosos.

—No quiero dormir sin ti. —Daisy contempló el rostro en sombras de Matthew—. Y no quiero despertarme sin ti.

—Algún día. —Matthew estampó un beso firme en la boca de Daisy—. Algún día podré estar contigo en todo momento, ya sea de día o de noche, y te abrazaré tanto como quieras. —Y añadió con voz profunda debido a la emoción—: Puedes estar segura.

En la planta principal, el agotado conde de Westcliff estaba echado en el sofá con la cabeza apoyada en el regazo de su esposa. Tras dos días de búsqueda continuada y sin haber dormido mucho, Marcus estaba destrozado. Sin embargo, se sentía agradecido porque no se había producido una tragedia y porque el prometido de Daisy estaba de vuelta sano y salvo.

Marcus se sentía algo sorprendido por la forma en que su esposa lo estaba mimando. Nada más llegar a la casa, Lillian lo agasajó con unos bocadillos y coñac caliente, le limpió la cara con una toalla húmeda, aplicó unguento en

sus rasguños y vendajes en los cortes de sus dedos e incluso le quitó las botas enlodadas.

—Tienes peor aspecto que el señor Swift —replicó Lillian cuando él le dijo que se encontraba bien—. Por lo que sé, él ha estado tumbado en una cama durante los dos últimos días, mientras que tú has estado recorriendo los bosques rodeado de barro y lluvia.

—Él no estaba precisamente holgazaneando —señaló Marcus—. Estaba herido.

—Eso no cambia el hecho de que tú no has tenido ningún descanso y apenas has comido mientras lo estabas buscando.

Marcus aceptó sus cuidados y, en secreto, disfrutó de sus atenciones. Cuando Lillian opinó que ya estaba alimentado y vendado de una forma adecuada, apoyó la cabeza de Marcus en su regazo. Él suspiró satisfecho mientras contemplaba el fuego de la chimenea.

Los delgados dedos de Lillian jugaron distraídamente con el cabello de Marcus.

—Ha pasado mucho tiempo desde que el señor Swift subió a ver a Daisy y no se oye ningún ruido. ¿No vas a subir a ver qué es lo que pasa? —comentó Lillian.

—No, ni por todo el cáñamo de China —declaró Marcus repitiendo una de las nuevas frases favoritas de Daisy—. Sólo Dios sabe lo que podría interrumpir.

—¡Santo cielo! —exclamó Lillian horrorizada—. No creerás que están...

—No me extrañaría. —Marcus realizó una pausa deliberada antes de añadir—: Acuérdate de cómo éramos nosotros.

Como Marcus esperaba, su comentario despertó el interés de Lillian de inmediato.

—Todavía somos así —protestó ella.

—No hemos hecho el amor desde antes de que naciera el bebé. —Marcus se incorporó y se embelesó contemplando la imagen de su joven esposa a la luz de la hoguera. Ella era, y siempre sería, la mujer más tentadora que él había conocido. La pasión inagotable que sentía por ella se reflejó en la gravedad de su voz—. ¿Cuánto tiempo más tengo que esperar?

Lillian apoyó el codo en el respaldo del sofá, descansó la cabeza en la

mano y esbozó una sonrisa de disculpa.

—El doctor ha dicho que, al menos, tenemos que esperar otros quince días. Lo siento. —Lillian se echó a reír al ver la expresión de Marcus—. Lo siento mucho. Vayamos arriba.

—Si no vamos a acostarnos juntos, no veo qué sentido tiene —gruñó Marcus.

—Te ayudaré a darte un baño. Incluso te frotaré la espalda.

Marcus se sintió intrigado por su oferta y le preguntó:

—¿Sólo la espalda?

—Estoy abierta a negociar —respondió Lillian de una forma provocativa—. Como siempre.

Marcus la apretó contra su pecho y suspiró.

—Tal como están las cosas, aceptaré lo que me ofrezcas.

—¡Pobre! —Sin dejar de sonreír, Lillian giró la cabeza para besar a Marcus—. Pero recuerda, vale la pena esperar para algunas cosas.

Epílogo

Daisy y Matthew no se casaron hasta finales de otoño. Para entonces, Hampshire estaba engalanado de escarlata y naranja brillante, los perros de caza salían al campo cuatro días a la semana y ya se habían recogido los cestos de la última cosecha de los frutales. El heno ya estaba segado y las escandalosas bandadas de codornices habían abandonado los campos. Su canto había sido reemplazado por las alegres notas del tordo músico y el trino del escribano aureolado.

Durante todo el verano y buena parte del otoño, Daisy soportó muchas separaciones de Matthew. Entre ellas, las debidas a los frecuentes viajes que tuvo que realizar a Londres para resolver sus asuntos legales. Con la ayuda de Westcliff, la petición de extradición del gobierno norteamericano se canceló y Matthew pudo quedarse en Inglaterra. Después de contratar a dos hábiles abogados y ponerlos al día de los pormenores del caso, Matthew los envió a Boston para que lo defendieran en el tribunal de apelación.

Mientras tanto, Matthew viajó y trabajó sin descanso supervisando la construcción de la fábrica de Bristol, contratando empleados y estableciendo canales de distribución por todo el país. A Daisy le parecía que Matthew había cambiado en algunos aspectos desde que los secretos de su pasado se habían revelado. De algún modo, se lo veía más libre, y también más seguro y magnánimo.

Al ver la energía inagotable de Matthew y el creciente número de sus logros, Simon Hunt le comunicó con determinación que si alguna vez se cansaba de trabajar para Bowman sería bien recibido en la empresa

Consolidated Locomotive. Su proposición indujo a Thomas Bowman a ofrecer a Matthew un porcentaje mayor en los futuros beneficios de la fábrica de jabones.

—Cuando cumpla treinta años ya seré millonario, si consigo mantenerme fuera de la prisión —comentó Matthew a Daisy con ironía.

A Daisy le sorprendió y le emocionó que todos los miembros de su familia, incluida su madre, defendieran a Matthew. Si lo hicieron por ella o por su padre, no estaba claro. Thomas Bowman, quien siempre había sido muy exigente con todo el mundo, perdonó de inmediato a Matthew por haberlo engañado. Incluso lo consideró, más que nunca, su hijo de hecho.

—Creo que si Matthew Swift cometiera un asesinato a sangre fría, nuestro padre diría de inmediato «Bueno, el chico debía de tener una buena razón para asesinarlo» —le comentó Lillian a Daisy.

Daisy descubrió que, si se mantenía ocupada, el tiempo pasaba más deprisa, de modo que se dedicó a buscar una casa en Bristol. Al final, eligió una con el tejado a dos aguas que estaba situada frente al mar y que había pertenecido al dueño de un astillero y a su familia. Acompañada de su madre y de su hermana, a quienes les gustaba ir de compras más que a ella, Daisy compró muebles sólidos y confortables y también vistosas cortinas para las ventanas y telas para la casa. Y, cómo no, compró mesas y estanterías para libros para tantas habitaciones como le fue posible.

Matthew acudía a visitarla siempre que disponía de unos días libres. Ya no había restricciones entre ellos, ni secretos ni temores. Juntos mantenían largas conversaciones, paseaban por el aletargado paisaje veraniego y obtenían un bienestar inagotable en su mutua compañía. Y, por las noches, cuando Matthew subía al dormitorio de Daisy en la oscuridad y le hacía el amor, inundaba sus sentidos de un placer infinito y su corazón de alegría.

—He intentado no venir a ti con todas mis fuerzas —susurró Matthew una noche mientras tenía a Daisy en sus brazos y la luna creaba sombras en la irregular superficie de la ropa de la cama.

—¿Por qué? —susurró Daisy a su vez.

Daisy se colocó encima de Matthew y se tumbó sobre su musculoso pecho. Él jugueteó con la oscura cascada de su cabello.

—Porque no debería hacerlo hasta que estemos casados. Existe el riesgo

de que...

Daisy lo silenció con su boca y no paró hasta que la respiración de Matthew se aceleró y su piel desnuda estuvo tan caliente como la plancha de una cocina. Daisy levantó la cabeza y le sonrió mientras contemplaba sus ojos brillantes.

—Todo o nada —murmuró Daisy—. Así es como te quiero.

Al final, recibieron noticias de los abogados de Matthew. Un tribunal de tres jueces de Boston había estudiado el expediente del robo, había revocado la sentencia y había desestimado el caso. También dictaminaron que el caso no podía volver a abrirse, con lo que truncaron cualquier esperanza que la familia Waring tuviera de prolongar aquella terrible experiencia.

Matthew recibió las noticias con una calma extraordinaria, aceptó las felicitaciones de todos y agradeció de corazón el apoyo de los Bowman y los Westcliff. Sólo cuando estuvo a solas con Daisy, su serenidad se vino abajo, pues la liberación que experimentaba era demasiado grande para sobrellevarla con estoicismo. Daisy le ofreció todo el consuelo y apoyo que pudo en un intercambio tan íntimo y franco que permanecería para siempre entre ellos dos.

Y por fin llegó el día de la boda.

La ceremonia se celebró en la capilla de Stony Cross y resultó despiadadamente larga. Por lo visto, el vicario había decidido impresionar a los destacados y acaudalados asistentes, muchos de los cuales procedían de Londres y, otros, de Nueva York. El servicio incluyó un sermón interminable, una cantidad de himnos fuera de lo común y tres lecturas de las escrituras tras las cuales todos quedaron con el trasero entumecido.

Daisy, vestida con su pesado traje de satén color champán y con un incómodo hormigueo en los pies a causa de los zapatos bordados y de tacón alto, aguantó con paciencia el final de la ceremonia. La boda se convirtió en un ejercicio de resistencia. Daisy hizo lo que pudo para parecer solemne, pero cuando miró por el rabillo del ojo a Matthew, quien se veía alto y guapo en su chaqué negro y con el fular blanco y almidonado, el corazón le dio un brinco de felicidad.

Después de los votos, y a pesar de la advertencia previa de Mercedes en cuanto a que el novio no debía besar a la novia, pues esta costumbre no se seguía en los círculos de la alta sociedad, Matthew tiró de Daisy hacia él y le estampó un beso en la boca delante de todo el mundo. Se oyeron un par de exclamaciones ahogadas y una oleada de risas amistosas se extendió por la multitud.

Daisy levantó la vista hacia los ojos chispeantes de su marido.

—¡Se está usted comportando de una forma escandalosa, señor Swift! —susurró Daisy.

—Esto no es nada —contestó él en voz baja y con una expresión amorosa en el rostro—, estoy reservando mi peor comportamiento para esta noche.

Los invitados se trasladaron a la casa principal. Después de recibir a lo que le parecieron miles de personas y tras sonreír hasta que se le entumecieron las mejillas, Daisy dejó escapar un largo suspiro. A continuación les esperaba un banquete nupcial que podría haber servido para alimentar a media Inglaterra y horas y horas de brindis y despedidas interminables. Sin embargo, lo único que Daisy deseaba era estar a solas con su marido.

—¡Venga, no te quejes! —declaró Lillian con voz risueña junto a su oreja—. Una de nosotras tenía que tener una boda como es debido. Y te ha tocado a ti.

Daisy se volvió y vio que Lillian, Evie y Annabelle estaban a su lado.

—No pensaba quejarme, pero creo que habría sido más sencillo escaparme con Matthew a Gretna Green.

—Tu escapada habría resultado poco imaginativa, querida, si tenemos en cuenta que Evie y yo ya lo hicimos antes que tú.

—Ha sido una ceremonia preciosa —declaró Annabelle con afecto.

—Y muy larga —bromeó Daisy—. Me siento como si llevara horas charlando y de pie.

—Esto es precisamente lo que has hecho —declaró Evie—. Ven con nosotras, vamos a celebrar una reunión de las Floreros.

—¿Ahora? —preguntó Daisy desconcertada mientras contemplaba el animado semblante de sus amigas—. No podemos, nos esperan para el banquete.

—¡Oh, deja que esperen! —contestó Lillian con voz alegre.

Lillian agarró a Daisy por el brazo y la arrastró fuera del vestíbulo.

Mientras las cuatro amigas avanzaban por el pasillo, se cruzaron con lord St. Vincent, quien se veía elegante y resplandeciente en su traje de gala. Lord St. Vincent se detuvo y miró a Evie con una sonrisa tierna en el rostro.

—Parece que estéis escapando de algo —declaró él.

—Eso hacemos —respondió Evie.

St. Vincent deslizó el brazo por la cintura de Evie y le preguntó con un tono de complicidad:

—¿Adónde vais?

Evie reflexionó durante un instante.

—A empolvar la nariz de Daisy.

El vizconde observó a Daisy con actitud de sospecha.

—¿Las cuatro? ¡Pero si su nariz es muy pequeña!

—Sólo tardaremos unos minutos, milord —contestó Evie—. ¿Nos excusarás ante los demás?

St. Vincent se echó a reír.

—Dispongo de un surtido inagotable de excusas, amor mío —le aseguró él.

Antes de alejarse de ellas, St. Vincent cogió la cabeza de Evie entre sus manos y la besó en la frente. Y, durante un brevísimo instante, apoyó la mano en la barriga de su esposa.

Lillian y Annabelle no se percataron de aquel gesto, pero Daisy sí que lo vio y supo de inmediato qué significaba. «¡Evie tiene un secreto!», pensó Daisy mientras sonreía.

Las tres mujeres condujeron a Daisy hasta el invernadero, donde la cálida y suave luz otoñal entraba en la sala por los ventanales y el olor a cítrico y laurel flotaba en el aire. Lillian le quitó el velo y la pesada corona de azahar y los dejó encima de una silla.

En una mesita cercana había una bandeja de plata con una botella de champán frío y cuatro copas de cristal.

—Vamos a realizar un brindis especial para ti, querida —declaró Lillian mientras Annabelle servía el espumoso líquido y tendía las copas a sus amigas—. Por nuestro final feliz. Como tú eres la que ha tenido que esperar

más, en mi opinión mereces beberte toda la botella tú sola. —Lillian sonrió abiertamente—. Sin embargo, la compartiremos contigo.

Daisy cogió la copa por el pie.

—El brindis debería ser por las cuatro —declaró Daisy—. Después de todo, tres años atrás teníamos las peores perspectivas posibles de encontrar marido. Ni siquiera conseguíamos que nos sacaran a bailar. Y mirad lo bien que se han resuelto las cosas.

—Lo único qu-que tuvimos que hacer fue ser un poco astutas y montar algún que otro escándalo —contestó Evie con una sonrisa.

—Y ser buenas amigas —añadió Annabelle.

—¡Por la amistad! —exclamó Lillian con voz seria.

Y las cuatro copas chocaron en lo que constituyó un momento perfecto.



LISA KLEYPAS (nacida en 1964) es una escritora estadounidense dentro del género romántico histórico. Sus novelas se ambientan principalmente en el siglo XIX. En 1985, fue elegida Miss Massachusetts y compitió por el título de Miss América en Atlantic City. Kleypas actualmente reside en Texas con su esposo, Greg Ellis, y sus dos hijos, Griffin y Lindsay.

Comenzó a escribir sus propias novelas románticas durante sus vacaciones de verano al tiempo que estudiaba ciencias políticas en el Wellesley College. Sus padres estuvieron conformes con apoyarla durante unos meses después de su graduación de manera que pudiera finalizar su manuscrito. Aproximadamente dos meses después, a los 21 años de edad, Kleypas vendió su primera novela.

Al mismo tiempo, fue elegida Miss Massachusetts por la ciudad de Carlisle. Durante su competición de Miss América, Kleypas cantó una canción que ella misma había escrito, obteniendo así la distinción de «talento no finalista».

Kleypas ha sido escritora de novela romántica a tiempo total desde que vendió su primer libro. Sus novelas han estado siempre en las listas de

superventas, vendiendo millones de copias por todo el mundo y siendo traducidas a catorce idiomas diferentes.

Aunque es conocida sobre todo por sus novelas románticas de género histórico, Kleypas anunció a principios de 2006 que pensaba abandonar el género para dedicarse al romance contemporáneo.